

12

SOS

RO

LIBRARY

2
195

B.P. de Soria



61089969
BB 605

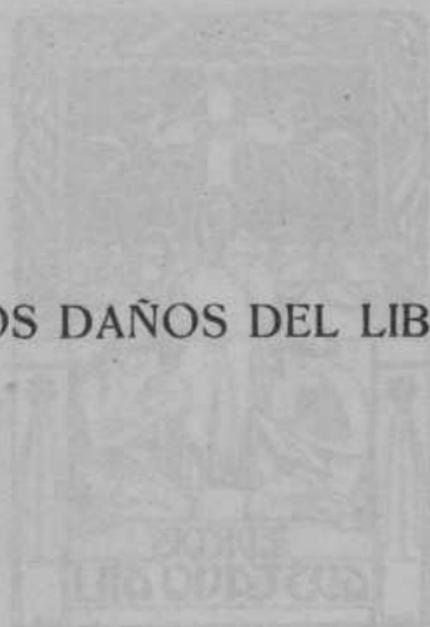
BB
605



88
703

8200

LOS DAÑOS DEL LIBRO





2
195

132-107A

Los daños del Libro

POR _____

D. Antolín López Peláez

_____ Obispo de Jaca



MCMV ✻ Gustavo Gili, editor
Calle Universidad, 45 ✻ BARCELONA



9

2602

ES PROPIEDAD

Reservados todos los derechos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DEDICATORIA

AL

Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos

El primer trabajo que tuve la osadía de dar al público, alcanzó la honra de ser dedicado á V. E., que habia elegido para Magistral de su Cabildo á un desconocido alumno de Teología de otra diócesis. Desde entonces, cada día que pasaba me traía nuevos y más poderosos motivos de gratitud, no siendo el menor de ellos el haberme proporcionado ocasión, con vivir en su Palacio, de admirar, ya que no de imitar, ejemplos heroicos de todas las virtudes. Dispénsese, pues, el honor de que le dedique también la última obrilla que escribí siendo subdito suyo, última quizá de mi vida, porque nuevas ocupaciones, superiores infinitamente á mis merecimientos, reclamarán toda mi atención y exclusivo empleo de mis escasas fuerzas intelectuales. Aunque nada vale y es indigna del talento de tan preclaro Mecenas, me atrevo á esperar que no será desdeñada de su benevolencia, viendo en ella solamente el afecto entrañable que le profesa el más ferviente de sus admiradores.

Antolín López Peláez



INTRODUCCIÓN

Como don precioso del cielo—*divino favente numine inventa*—saludó la Santa Sede (1) la aparición del admirable invento de Gutenberg y Faust; primicia suya fué la impresión de la palabra divina; protección especialísima, privilegios señaladísimos tuvo en Roma; y protegida y aliada de la religión contribuyó eficazísimamente á difundir sus luces y á propagar sus verdades. Pero tal abuso se ha hecho de este medio de comunicar las ideas, que en ocasiones se siente uno tentado á deplorar que se hubiese descubierto esa «rueda terrible gracias á la que giran los siglos y se cambia todo sobre la faz del mundo», como la llamaba el cardenal Alimonda (2).

(1) León X, decreto *inter sollicitudines*.

(2) Conferencia 12, *si la Iglesia tiene derecho á censurar la prensa*.

No hay exageración en decir que el pecado capital de los tiempos actuales consiste en haber convertido en instrumento de perdición lo que la bondad divina concediera para iluminar y santificar las almas. Muchos bienes ha traído la imprenta, y un sacerdote, Balmes en su revista *La Sociedad*, los puso como nadie de relieve; pero no compensaron ni de lejos los males que ahora causa. Los libros buenos que salen de las prensas son en número insignificante al lado de los malos.

Al compás que sube de punto el perfeccionamiento de las máquinas impresoras, va aumentando el mal uso que de ellas se hace; el espíritu de la irreligión y de la inmoralidad háse apoderado casi por completo de estas maravillas de la mecánica moderna, empleándolas como arma terrible para vencer y conquistar infinitas almas cristianas.

De los centros editoriales más importantes, como de las fuentes de los abismos, brotan con ímpetu de catarata diluvios de tinta venenosa; la inmensa ola negra, que lleva en su seno fuerza de explosivo, crece, sube y avanza sin cesar, llenando los más hondos valles, escalando las más empinadas alturas, sumergiendo el orbe en sus impuras heces y en sus amargos posos y corrompiendo la atmósfera con sus deletéreas emanaciones.

No hay medio de librarse de la importunidad

tentadora de las publicaciones perversas: los vendedores nos las meten por los oídos en la vía pública y los librereros por los ojos en los escaparates; tropezamos con ellas en los viajes, y las encontramos á nuestro lado en los asientos del ferrocarril; llaman á todas las casas, se deslizan por debajo de las puertas, y allí donde no se dejaría entrar á predicadores corrompidos y falaces, suele permitirse la entrada al papel que predica sus ideas disolventes y repite sus propias frases corrosivas.

El genio del mal ha encontrado en los diminutos movibles tipos de imprenta un auxiliar poderosísimo. El escándalo que produce un orador no pasa más allá de donde su voz llega; pero llega su voz á todas partes, recorre del uno al otro confín del globo, se deja oír en todos los puntos del espacio, y resiste á la acción del tiempo mejor que grabada en mármol y bronce, si la palabra, retrato del pensamiento, se fotografía á su vez en una débil hoja que se lleva el aire.

Cuánto daño cause la estampa con tal, íbamos á decir, sacrilego abuso á que se presta, no hay expresiones suficientes para declararlo, y no lo llorarían bastante las lágrimas que á Jeremías arrancó la vista lastimosa de la destrucción de la ciudad santa y del templo. El corazón más duro chorrea sangre y el alma más tibia siente escalofríos de espanto en presencia de tantas ruinas

como siembra en su camino el paso avasallador de los volúmenes impresos.

Los esfuerzos más generosos para la propagación de la fe y el mejoramiento de las costumbres hallan fuerte obstáculo en las reproducciones de la imprenta. La palabra de Dios ó no es escuchada ó se oye por muchísimos con desfavorable prevención á causa de las calumnias que contra sus dogmas y sus ministros á todas horas por este medio se esparcen; y si arraiga en el espíritu, antes que crezca y madure la sofoca la cizaña que el *hombre enemigo* copiosamente siembra valiéndose de los últimos adelantos de la industria tipográfica.

Por eso, llena de indignación el alma y con el corazón verdaderamente apenado á vista de la creciente desconsoladora difusión de odiosos escritos, aunque tan importante asunto merecía pluma más hábil y más docta, no nos resistimos al deseo de exteriorizar nuestros temores y tristezas con las siguientes mal pergeñadas líneas, que quiera Dios Nuestro Señor sirvan de algo para su gloria.

En nuestra última obrita *La censura eclesiástica*, probamos, contra herejes é incrédulos, el derecho de la Iglesia para prohibir las malas lecturas; ahora, al discurrir sobre los daños y peligros de las mismas, nos dirigimos á nuestros hermanos católicos conjurándolos con todas las veras

de nuestra alma por la salvación de la suya y por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que oigan y sigan la voz infalible de la Iglesia, madre tan tierna y cariñosa como solícita y vigilante, que sólo busca el bien de sus hijos, así temporal como eterno.

LOS DAÑOS DEL LIBRO

CAPÍTULO PRIMERO

Obras doctrinales

La lectura de obras irreligiosas ante la Biblia. — Poder de la palabra escrita. — Razones de condenar los Santos Padres la lección de tratados impíos. — La lectura, comida del alma. — Magisterio de los libros. — La propensión al mal. — Las disposiciones del lector. — Variedad de asuntos en las obras anticristianas. — Ingenio de sus autores. — Carácter seductor de sus doctrinas. — Obras heréticas. — Obras de católicos, que pueden ser perniciosas.

La necesidad de huir, como de la vista de una serpiente, de las obras publicadas por los doctores de la impiedad, tan magistralmente descritos y anunciados en las cartas de San Judas (1) y del Apóstol (2), por esos que en frase del Príncipe de los Apóstoles velan el libertinaje con el nombre de libertad (3) y al predicarla favorecen tan sólo el deseo de la carne (4), lobos con piel de oveja, como los apellidó el Redentor (5), escribas de

(1) Vers. 4.

(2) 2 Tim., 3.

(3) 2 Petr., 2, 19.

(4) Gal. 5, 13.

(5) Math. 7, 15.

pluma mentirosa, que diría Jeremías (1), se deduce de ininidad de pasajes de la Sagrada Escritura; donde se dice refiriéndose á los herejes, á los autores de disensiones, á los perversos, que tengamos mucha cuenta no sea que con las contradicciones de una falsa ciencia (2) nos seduzcan (3), que nos apartemos de su lado (4), que evitemos su compañía (5), que no comamos con ellos (6), ni aun les saludemos siquiera (7), pues son destructores de las almas (8), á las que poco á poco corrompen (9) como maligno cáncer (10), y así se les debe tener por malditos y execrados (11). Pues si de esta manera quiere el Espíritu Santo que nos hayamos con los herejes é impíos ¿de qué otra podemos habernos respecto á sus producciones literarias? Si tan peligroso es oírlos ¿cuánto no será leerlos? Las palabras pasan; las letras permanecen: la impresión causada por aquellas será más viva, pero no suele durar mucho más que el sonido: un discurso es una tempestad después de cuyos truenos y relámpagos vuelve á lucir el sol en el azul del cielo; las páginas de un libro empapan en sus pensamientos el

(1) 8, 8.

(2) 1 Tim. 6, 20.

(3) 2 Thes. 2, 3.

(4) Rom. 16, 17.

(5) Tit. 3, 10.

(6) I Cor. 5, 11.

(7) 2 Joan 1, 10.

(8) Act. 15, 24.

(9) I. Cor. 15, 33.

(10) 2 Tim. 2, 17.

(11) Gal. 1, 8.

alma como la lluvia menuda poco á poco se infiltra en la tierra: la palabra hablada, dice Zaccaria en la *Storia polémica della proibizione dei libri* (1), es la saeta que hiere al pasar volando; la palabra escrita es el dardo clavado profundamente en el alma: lo que se escribe puede una y otra vez leerse y, como el fruto del árbol prohibido en el Paraíso, está de continuo tentando la vista. El libro, escribió Clemente XIII en su Constitución *Christianæ Reipublicæ* (2), se halla siempre con nosotros, viaja en nuestra compañía, permanece en nuestras habitaciones y llega adonde á ningún mal consejero se permitiría la entrada; á lo cual se añade, según notó el P. M. Vigil (3), que «no hiere nuestra susceptibilidad, no suscita ninguna de las objeciones que el amor propio, en defensa de la razón, opone casi siempre á las afirmaciones de un interlocutor viviente, y por eso, escudado con su impersonalidad, logra muchas veces su objeto». Sin contar que, como dice Suarez (4), la palabra hablada se limita á un lugar, y la palabra escrita corre por muchos. Y tampoco es de omitir que aquella suele ser fruto del momento, de ocasión; y en ésta, obra de intención y considerada como más trascendente, se pone mayor esmero y mas solícito trabajo, á fin de lograr la persuasión y el

(1) Lib. 2, cap. 3.

(2) Año de 1766.

(3) *Los libros prohibidos*, Pastoral del 97.

(4) Disput. de mediis Ecclesiæ contra hæreses.

convencimiento. Entre los que propagan el error por medio de la palabra y los que se emplean en propagarlo por medio de la pluma hay la diferencia que Louis Proal en el prefacio de *La criminalité politique* señala entre los malhechores vulgares y los malhechores políticos: aquéllos no matan ni roban más que á determinadas personas y el número de sus víctimas es limitado, al paso que éstos causan sinnúmero de catástrofes y además *corrompent et ruinent des nations entières*.

No hay que admirarse de que la Iglesia fulmine airada contra los lectores de obras de herejes donde se defienda la herejía, los rayos de sus más severos anatemas; y los predicadores truequen contra su proceder desde la cátedra santa; y los Padres hagan uso, para reprobalo, de las expresiones más fuertes y enérgicas, llegando á decir Orígenes (1) que «es tan grande crimen leer los libros heréticos como alimentarse con las ofrendas de los dioses gentílicos», y no dudando en afirmar nuestro San Isidoro, que «no es menos grave pecado leer dichos libros que ofrecer incienso al mismo demonio»; y los moralistas convengan en afirmar con el P. Gury (2), que la propaganda de malas lecturas es «diabólica invención, la más eficaz de todas para precipitar las almas en los abismos infernales» Sólo podrá extrañarse de ello el que no haya advertido bastantemente lo incalculable de este daño de la

(1) Hom. 20 in Num.

(2) Tom. I, pág. 182, ed. Barcelona, 1902.

pérdida de la fe, á que se expone quien se dedica á tales lecciones. El hombre que tiene su alma manchada por el pecado, pero conserva en ella la luz sacrosanta de la religión, puede compararse á un árbol tronchado por el vendaval y caído en tierra, cuyas raíces, si vuelven á ser regadas con la lluvia del cielo, brotarán de nuevo fuertes tallos y ramas floridas; ó á las cenizas de un incendio que allá en su fondo conservan todavía un resto de calor capaz de producir llama al soplo más suave. Pero cuando se ha perdido la fe, «principio de la humana salud y fundamento de toda justificación», como la denomina el Concilio Tridentino (1), entonces las raíces de la virtud secas y agostadas necesitan, para reverdecer, la porción más eficaz del rocío divino; y el fuego del amor de Dios sólo volverá á encenderse por uno de los mayores y más estupendos milagros de la omnipotencia y de la gracia.

Dios mismo con hechos milagrosos ha manifestado más de una vez el enojo que le causan los que sin motivo suficiente se ponen á peligro de perder su religiosidad por la lectura de obras irreligiosas. Surio en la *Vida de San Pacomio* (2) refiere que dos anacoretas que iban á visitarle, despidieron en la celda hedor extraordinario é intolerable, con lo cual entendió el Santo, ilustrado por revelación divina, que eran lectores de las obras heréticas de Orígenes; y narra Juan Moscho en

(1) Ses. 6, cap. 8.

(2) Día 4 de Mayo.

su *Prado Espiritual* (1), que el abad Ciriaco, presbítero de la Laura junto al río Jordán, vió en sueños á la Virgen Santísima, resplandeciente de hermosura y de gloria, y acompañada de otros dos moradores de los palacios del cielo, de pie á la puerta de su habitación; suplicóles el ermitaño que se dignaran honrar su aposento pasando á él, á lo cual la Señora con semblante desapacible le contestó enojada: «¿Tienes en tu compañía un enemigo mío y osas rogarme que entre?»: *habes intra cellam inimicum meum, et vis ut ingrediari?* Comprendió el buen solitario lo que se le quería decir, y arrojando los libros de Nestorio que en su poder guardaba, obtuvo el consuelo de ver dentro de la celda á la Madre de su Dios.

Ninguna mala ocasión más *próxima*, inminente y casi irresistible, que las lecturas malas. Ellas son, como dijo San Basilio, *cibus animarum*, comida del alma, que se nutre, por decirlo así, y se desarrolla y crece en la perfección de sus operaciones intelectuales con el alimento espiritual de las ideas; y así como el sustento corporal, á pesar de lo grosero y bajo de sus principios constitutivos, se convierte en sangre de nuestras venas y da sensibilidad á nuestros nervios, vigor á los músculos, luz á los ojos, movimiento al corazón y sonidos á los labios; del mismo modo las ideas de los malos libros, endulzadas y coloradas por la imaginación, y conducidas á lo más

(1) Cap. 46.

íntimo del alma por la voluntad á la que deslumbran y seducen con apariencias de bien, excitan ó infunden la vida del mal en el entendimiento, que por fin acaba identificándose en absoluto con ellas. Y á la manera que el alimento, cuando se toma con repugnancia ó á la fuerza, no es bien admitido por el estómago, que algunas veces lo arroja, pero si se come con gusto, parece que más fácilmente se digiere y más pronto se asimila; así también son aceptadas con mayor seguridad las doctrinas de aquellos libros que se leen con mayor deleite.

«Hay venenos para el alma como hay venenos para el cuerpo, dice Proal en *La criminalité politique*; las falsas máximas producen una muerte tan segura como las substancias venenosas. El número de venenos intelectuales es tan grande como el de venenos físicos.»

El que lee un libro, por este solo hecho se torna, en cierto modo, discípulo del autor, á cuyo magisterio, por lo general, se confía y se entrega. Y así como era lema de la escuela pitagórica esta célebre conclusión: *Magister dixit, ergo ita est*, del propio modo el vulgo y, hoy que tanto se lee, hay mucho vulgo entre los lectores, cree á pie juntillas todo lo que está en letra de imprenta, como creyó el Hidalgo de la Mancha todo cuanto leía «de claro en claro y de turbio en turbio» en los disparatados libros de Caballería, hasta que «de tanto leer se le secó el cerebro». El autor

predilecto de un lector, escribía la *Civiltà Cattolica*, ejerce sobre éste una fascinación semejante á la que la mujer amada suele ejercer sobre el hombre: le insinúa sus ideas, sus gustos, sus caprichos, hasta precipitarle en cualquier abismo: no otra fué la causa de prohibir el Señor que los israelitas se uniesen á mujeres extranjeras; porque, se dice en el libro III de los Reyes, «infalliblemente pervertirán vuestros corazones para haceros servir á sus dioses». Y aunque uno se proponga no seguir al escritor en sus extravíos, el corazón humano no sabe detenerse á la mitad del camino en sus afectos, y seguirá sus huellas por los senderos del error. Paul Bourget, en el prefacio de *Le disciple*, dice hablando de la fascinadora influencia de la lectura: «*il n'est aucun d'entre nous, qui, descendu au fond de sa conscience, ne reconnaisse qu'il n'aurait pas été tout á fait le même, s'il n'eût pas lu tel ou tel ouvrage.*»

Aun los mismos que poseyendo más altas dotes intelectuales disciernen con exactitud lo verdadero de lo falso, no es difícil que corran igual infausta suerte que los demás sus compañeros de malas lecturas. El hombre está inclinado al vicio desde que se cometió la primer falta, y experimenta la verdad de aquel verso de Ovidio:

Video meliora proboque, deteriora sequor;

conoce el bien, y sigue el mal no obstante, por-

que una cosa dicta la razón y otra cosa persuade de la concupiscencia:

Aliud cupiditas, mens aliud suadet.

El lector de un trabajo anticatólico llevará toda la sana intención que se quiera en aceptar lo bueno y rechazar lo malo que en él encuentre, pero el resultado práctico estará muy lejos de corresponder á este deseo que raya en la simpleza. Tal vez, sí, en un principio tenga horror á las impiedades que le salen al paso, y tal vez por un momento apartará de ellas la vista con enojo. Pero así como el canto de las sirenas de Homero atraía á los nautas hacia sirtes y vorágines y vórtices, donde encontraban su tumba por las olas con rapidez vertiginosa arrebatados, siendo la influencia de su acento hasta tal punto grande, que el prudente Ulises sólo pudo substraerse á ella en las costas de Sicilia haciendo que sus marineros se taparan los oídos con cera, y atándose él mismo al mastil del bajel; y así como el inocente pajarillo, fascinado por la vista brillante de la serpiente y magnetizado por el lustre vivísimo y deslumbrador de los colores de la piel, detiene el vuelo, se posa en el árbol vecino, y bajando de rama en rama, sin movimiento para escapar, ni acción para defenderse, va á caer en la boca sangrienta del venenoso reptil; así, de idéntica manera, el *fulgor operis* y el *sermonis pulchritudo*, que decía Orígenes, la galanura de la frase y el brillo de la elocuencia

seducen al lector, le adormecen dulcemente con sus arrullos engañosos, y como Dálila á Sansón, le cortan la cabellera del temor santo, para entregarle, sin fuerzas ya, en manos de sus enemigos. Estará algún tiempo indeciso en abrazar doctrinas que pugnan con su fe; mas luego, como asegura un testigo de mayor excepción, un hereje, Abraham le Moine, «sobrevendrán las dudas, huirán los escrúpulos y se hará incrédulo sin sospecharlo siquiera».

Para nosotros, es una verdad rayana á la evidencia que la lección continuada y habitual de las obras anticatólicas concluye arrancando del alma la fe, si no siempre, al menos la inmensa mayoría de las veces. Háse de presuponer que no tienen fe grande aquellos que apacientan el entendimiento en lecturas que la fe anatematiza, ni se distinguen por el amor á la Iglesia los que hallan gusto con los libros malvados donde se escarnece sus dogmas, se impugna su moral y se pisotea y horriblemente se maltrata lo más santo de su culto y de su disciplina. No puede ser buen hijo el que oye con agrado, y busca quien se los diga, los denuestos é invectivas más atroces, al par que las calumnias más infames y más viles, contra aquélla que le dió el sér. Á esta mala propensión y disposición de la voluntad júntase, desgraciadamente, en la mayor parte de los lectores de tales escritos, la ignorancia más crasa y más supina en materias religiosas. Ya se quejaba el

Cardenal Inguanzo (1) de que «no se ha cuidado ni se cuida de lo principal en la educación de la juventud». Hoy la generalidad de las personas se precian *de no ser teólogos*, como dicen; se hace gala de ignorar el catecismo, y alguien hay que pesa los astros, mide la tierra, calcula el número de las arenas de los mares, escribe, como Salomón, acerca de todos los seres de la naturaleza desde el cedro del Líbano hasta el hisopo de las paredes y habla *de omni scibili aliisque plurimis*, y á pesar de eso, tratándose de cosas de religión, se ve forzado á sellar los labios y posar la pluma so pena de incurrir en cuantiosos dislates.

Con semejante estado de ánimo se lee, por lo común, lo que sería capaz de seducir á quien estuviese más arraigado en la fe y adornado de instrucción en asuntos religiosos más sólida y más vasta; porque, es preciso confesarlo, muchas obras anticristianas están hechas con exquisito arte y condensan los esfuerzos, los desvelos y vigiliias de largos años, ó la vida entera de un hombre: en ellas se reúnen argumentos tomados de todas las ciencias, se resucitan las más deslumbrantes falacias de los antiguos filósofos, se maneja el látigo sangriento y burlón de los poetas gentiles, se saca de la obscuridad y del silencio de sus tumbas á todos aquellos miembros de la Iglesia que la deshonraron con una vida licen-

(1) *Sobre las malas doctrinas y libros perniciosos*, 1827.

ciosa, se descende á las entrañas de la tierra para examinar los fósiles, y se sube con la consideración á los cielos á fin de observar las leyes que presiden á sus giros, y de todo se hace arma de combate contra la doctrina cristiana.

Por otra parte, la exposición de los pensamientos en semejantes libros se halla á las veces realizada y enriquecida con todos los primores de una elegancia varonil y subyugadora, donde lucen la pureza de una dicción sin tacha, la estructura galana y castiza de la frase, los giros más donosos del idioma y las preesas más resplandecientes del estilo. No se puede negar, por ejemplo, que Rousseau poseía todos los resortes de la elocuencia que acertó á derramar á torrentes en varios de sus escritos, y que los de Voltaire, aun siendo *una oruga*, en frase de De-Maistre, descubren en algunas de sus páginas un poeta de alto vuelo y de arranques verdaderamente líricos.

Agréguese al ingenio de los corifeos de la impiedad la naturaleza misma intrínseca de los misterios de nuestra religión, que por estar fuera de los alcances naturales de la inteligencia humana se prestan de suyo á cavilaciones y sutilezas: tén-gase presente, además, que las doctrinas contrarias al catolicismo halagan todas las concupiscencias, ofrecen pábulo á todas las pasiones y dejan suelta la rienda á los apetitos más violentos y desapoderados; y dígasenos después si no es hacedero que aquellos infelices que convierten en ocupación continua la lectura de obras anti-

crisitanas, navegando sin rumbo fijo, á guisa de nao sin gobernalle, por el piélagó proceloso de la idea, sembrado de Scylas y de Caribdis, no den con sus creencias contra la roca de la impiedad, estrellándose y manifestando visiblemente con el naufragio de su fe los deplorables efectos de los tales libros, escritos con dañada intención y con las peores artes.

Y si tan peligrosas son las obras de los enemigos de la revelación, el peligro sube de punto en las que, profesando el cristianismo, sólo en algún dogma se apartan de la Iglesia romana; porque en ellas la mentira usa el lenguaje de la verdad, ostenta sus vestidos é imita sus maneras, para que, diferenciándose en tan poco, se las llegue á confundir. Una palabra, *homousios*, separaba á los arrianos de los católicos, y por no admitir la palabra *Theotocos* dejaron de pertenecer los nestorianos á la ortodoxia. Las protestas de cristianismo, de adhesión á la *Iglesia verdadera*, y el defender ardientemente buen número de artículos de nuestro credo, son parte para que no se desconfíe de unas obras en que es tan subido el perfume religioso, y para que no se vea la serpiente de la herejía entre las flores de fingida piedad: en muchas luteranas, á pesar de hallarse todas informadas por el *libre examen*, principio del racionalismo, se aparenta gran amor á Jesús y en el celo por su honra se quiere fundar todo el sistema; y qué amaños emplean en las suyas los jansenistas lo descubre el autor del *Bourg-*

Fontaine, poniéndolos en la picota de la infamia.

Hay libros de doctrina teológica que sería difícil poder tachar de ciertamente heréticos, y cuya lectura, sin embargo, no deja de ofrecer serios peligros. La ambigüedad de las expresiones y la obscuridad de los razonamientos contribuyen á hacer formar ideas equivocadas y conceptos falsos en puntos capitales, dando á la inteligencia una dirección torcida difícil de enderezar por el buen camino, y sembrando gérmenes morbosos que costará destruir cuando sea conocida su dañosa influencia, los que, si no apagan la llama de la fe en el alma, serán por lo menos parte para turbar el reposo del espíritu y robarle la serenidad con nubes de inquietud ó de duda.

Hasta en obras de autores católicos publicadas con fin recto y sanas tendencias puede haber peligro, porque se dé á sus expresiones más alcance del que en realidad tienen, ó porque estén escritas con demasiada libertad extremando el espíritu crítico y combatiendo los abusos de modo que parece van contra las más santas instituciones, con lo que arrancan el trigo cuando sólo se proponen extirpar la cizaña. Muy laudable fué la intención que á Feijóo puso la pluma en la mano y pureza acrisolada de doctrina resplandece constantemente en sus escritos: con todo, no fueron siempre buenos los efectos que su lectura produjo, aunque algo los aumenta Salas Quiroga, y no poco de ponderación y de exceso hay en estas palabras con que el apóstata

Leocadio Doblado, describe la impresión que en él hizo: «Si, por efecto del encanto de la maravillosa lámpara de Aladino, me hubieran impensadamente transportado á los subterráneos soberbios descritos en las *Mil y una noches*, no habría podido experimentar el enajenamiento que sentí al tomar en mis manos este tesoro intelectual. Mi razón, que semejante al pajarillo en su nido, no había notado aún que tuviese alas, se vió repentinamente lanzada en una región de encantos extraordinarios... Saliendo al punto de la pesadez de una vida meramente física, conocí que tenía la facultad de pensar. No sé si el alma, elevándose después de la muerte á una región superior y recibiendo nueva existencia, notará tanto su poder... Todos mis conocimientos se reducían, es cierto, á un reducido número de hechos de física y de historia; pero había aprendido para siempre á raciocinar, á examinar, á dudar. Algunas semanas más tarde era yo escéptico con gran sorpresa de mis amados padres.»

No basta que un libro no sea malo para que deje de causar males. Hay muchos de suyo óptimos, y para ciertas personas útiles y aun necesarios, que á otras por su especial simplicidad ó fragilidad pueden servir de escándalo: entre ellos por vía de ejemplo cita Arndt (1) muchos decretos del Concilio Tridentino sobre reforma-ción, los tratados de Teología Moral, la Historia

(1) *De libris prohibitis*, n.º 80.

Eclesiástica, por más fielmente que se narre, si no se tiene cuenta con oportunas advertencias de precaver que v. gr., un indocto leyendo la caída de San Pedro ó el miserable fin de Judas, se escandalice por no parar mientes en que la cabeza del Colegio Apostólico es Cristo, cuya virtud brilla más con la flaqueza de los hombres. Los libros en vulgar donde los apologistas impugnan los errores contemporáneos, pueden ser perniciosos, mayormente dice Lacroix (1), «para los menos firmes en la fe, ó los más sencillos», á los cuales, en frase de la Sagrada Congregación del Índice (6 de Octubre de 1650), se ha de suministrar la doctrina en forma de leche digerible, no de alimento tan sólido que no lo sepan deglutir: fuera de que en lo posible cabe que algunos que nunca habían oído hablar de estas controversias se entibien en sus sentimientos religiosos, ó sean tentados á leer los libros de los herejes para juzgar por sí mismos, ó por su mala disposición les hagan más fuerza en los de los apologistas las objeciones que las pruebas más convincentes. Tales escritos, aconseja Heymans (2), no se dejen en manos de quienes no tengan noticia de las disputas religiosas.

(1) VII, 387.

(2) *De Ecclesiastica librorum prohibitione*, pág. 201, ed. 1849.

CAPÍTULO II

Malas artes de los escritores impíos

Supuestos conflictos entre la fe y la razón. — Hipocresías de los sectarios. — Fingen ser de los suyos los mayores ingenios. — Falsifican la historia. — Adulteran los textos de los escritores católicos. — Su tono doctoral. — Aire de convicción. — Ejemplos de esto. — Criterio falaz. — El método en la discusión. — La forma. — Las citas de la Escritura.

Cuanto cuidado haya de ponerse en evitar la lectura de obras anticristianas, se colige del mal fin que á los autores guía y de las malas artes que para conseguirlo usan.

Algunos blasfemando de lo que ignoran, cual los impíos coetáneos de San Judas (1), ó falseando á sabiendas y maliciosamente la doctrina que rebaten, presentan por dogmas del catolicismo las alucinaciones de sus inteligencias exaltadas y confusas y los delirios monstruosos de sus febriles cerebros pretendiendo después, arrogantemente, que la razón y la fe son anti-

(1) Epist. cat. v. 10.

téticas, y la religión y la ciencia no pueden en manera alguna hermanarse: que este y no otro dice la augusta Asamblea Vaticana (1), es el origen y principio de las contradicciones aparentes entre el dogma y los progresos del espíritu humano: (*Inanis autem hujus contradictionis species inde potissimum oritur, quod vel fidei dogmata ad mentem Ecclesiæ intellecta et exposita non fuerint, vel opinionum commenta pro rationis effatis habeantur.*)

Por maravilla descubren á las claras estos hipócritas el fin último que persiguen en sus encarnizados y rudos ataques contra el cristianismo. Si se les ha de creer, únicamente combaten á los ultramontanos y á los retrógrados, á aquellos discípulos de Jesús, que, no comprendiendo su amplio espíritu de libertad, de progreso y de tolerancia, enarbolan la bandera agujereada y polvorienta de ideales que pasaron para no volver como las edades bárbaras que les prestaron calor y vida. Podrán afirmar sin rebozo, que deben arrumbarse algunas creencias de la Iglesia; pero pocas veces aparecerán atacando paladinamente su institución misma. El filosofismo, escribía Augusto Nicolás, se lisonjeaba en sus comienzos de conjurar las consecuencias, sin combatir más que las doctrinas; pero todos sus defensores coincidieron en atacar á la Iglesia, limitando á ésta la destrucción. Para que no se vea su odio satánico

(1) Constit. Dogmat. *Dei Filius*, cap. IV.

contra el catolicismo, lo que pudiera prevenir á los lectores en contra suya, afectan de ordinario zaherir por igual á todas las religiones reveladas; pero, de hecho, asestan todos sus tiros y dardos contra nuestra religión santísima, bien convencidos de que ella es la única que tiene vitalidad bastante para oponerse con fortuna á sus revolucionarios intentos. Por eso, como escribe el apologista francés antes citado, la Iglesia es la destinada á recibir, hasta el fin de los siglos, los golpes de todos cuantos quieran llegar al corazón de la sociedad, de que ella es baluarte. Á más de un escritor impío se le ha escapado esta confesión elocuente, como, y baste el ejemplo por los muchos que se pudieran aducir, al profesor neoyorkino que escribió los célebres *Conflictos entre la Ciencia y la Religión*, cuando en el prólogo dice: «Al hablar de la cristiandad me refiero á la Iglesia Romana».

Nunca, á no ser por rara excepción, citan con aplauso á los sabios católicos: muy lejos de eso omiten el mentarlos, ó si lo hacen es para ponerlos cual no digan dueñas; de lo que da buena muestra Voltaire, cuando, escribiendo á su gran amigo el filosofastro Condorcet, le inculcaba repetiese incesantemente, que á Pascal, después de la caída del puente de Neully, se le había resentido el cerebro; y es de advertir que á datar de este golpe fué cuando el insigne pensador con ánimo más levantado y más redoblados esfuerzos volvió por los fueros sacrosantos de la verdad re-

ligiosa injustamente conculcados por una filosofía indigna de ser así llamada. Los hombres de talento más claro y de ingenio más agudo y penetrante aparecen todos en las obras de los impíos como enemigos declarados de Jesús, cual si fuera la impiedad patrimonio exclusivo y cualidad privativa de los espíritus nobles y de las inteligencias grandes. Newton, Leibnitz, Bacon, Euler y otros fueron presentados por el enciclopedismo como contrarios ó poco afectos á la religión.

Pero sobre todo, donde es de observar la mala fe y la artería de los adversarios de la Iglesia, es en las ciencias históricas: cual si estuvieran en terreno conquistado, entran á saco la verdad, se parapetan tras de los errores más absurdos y establecen á granel las monstruosas invenciones de su delirante fantasía, que presentan como realidades de las que á un buen criterio no es lícito dudar. Si no fuera esto un hecho incontrastable, sobre el cual no pueda existir controversia, no sería, ni mucho menos, difícil y trabajoso corroborar la aserción con abundantes ejemplos. Aun sin salir de nuestra hoy malaventurada patria, y en la misma Universidad Central, el autor del *Catecismo de los textos vivos* mostraríanos hombres á quien la impiedad coloca sobre el pedestal de la ciencia y tributa el incienso de la fama, *haciendo la historia*, como ellos dicen, para su uso particular ó fines de escuela, y devorando hasta los más inverosímiles anacronismos, á trueque de poner á salvo sus ideas malsanas y hetero-

doxos principios: de donde resulta que desde hace algún tiempo la historia, según frase de De-Maistre, no es más que una conspiración contra la verdad.

Entre otros innumerables, no debe omitirse un ardid de los impíos que basta por sí solo para poner fuera de duda su ningún escrúpulo en materia del octavo precepto. Cuando no se atreven á calumniar á los más excelsos escritores presentándolos como adeptos suyos, consecuentes con su costumbre de mentir, cercenan con el mayor desenfado aquellos trozos, pasajes ó libros que de una manera más saliente favorecen á la religión. Así, por ejemplo, de Locke (1) suprimieron los enciclopedistas el tratado sobre el *cristianismo razonable*, ó sea la *Harmonía del cristianismo con la razón humana*; Condorcet omitió y quitó de las *Cartas á una princesa de Alemania*, escritas por Euler, aquellos pasajes que más claramente probaban la existencia de la revelación divina, diciendo luego con sin igual frescura, que «había purgado los escritos de aquel sabio de algunos lunares que desdecían de su ilustración». Los sectarios volterianos de la vecina Francia tradujeron en Dijón el año 1779 las obras de lord Bacon, truncando y corrompiendo cuantos textos les pudieran perjudicar, hasta el

(1) Aunque pasa este filósofo inglés por el padre del moderno materialismo, creía en Dios y en la espiritualidad del alma, y sus últimas palabras fueron estas según Debreine (*Pensamientos*, capítulo 2.º) «Muero persuadido de que no puedo salvarme sino por Nuestro Señor Jesucristo».

extremo de hacerse necesario que De-Luc publicara en Berlin en 1800 su obra *Bacon tal cual es para poner en su punto la verdad*.

No es de las malas artes menos usadas, ni de las que tienen más secundario interés y menor importancia en la empresa diabólica de obcecar y pervertir el entendimiento de los lectores, el estilo dictatorio y el tono magistral de que hacen frecuentemente alarde los autores incrédulos en sus obras literarias. Cual si estuviesen dotados de la prerrogativa de la infalibilidad, hablan siempre *ex cathedra* y pronuncian autoritativamente fallo decisivo sobre las cuestiones más abstrusas y materias más difíciles de la religión, á manera de la famosa Sibila de Cumas, cuando, subida sobre lo alto de su trípode con la mirada olímpica, el entrecejo arrugado y el continente desdeñoso, dirigía con voz solemne palabras misteriosas á la multitud, que las tenía por oráculos de los cuales no era lícito dudar; y este modo de decir ampuloso, enfático, sesquipedal y rimbombante es el mejor argumento y la demostración más irresistible y contundente para los necios, cuyo número es infinito según la frase del real hijo de David (1). «¿Por qué, me preguntará alguno, escribía Nicolás Jamin, cuando los incrédulos proponen las paradojas más extravagantes, hablan con un tono magistral? Porque saben que para los tontos é ignorantes este tono es una grande prue-

(1) Ecclé, 1, 15.

ba; pues, dicen éstos para consigo: «Este autor es hombre de entendimiento y si no tuviera grandes razones para pensar así, no hablaría con tanta confianza»; y con este trampantojo triunfa el seductor de la sencillez de los que no le conocen.»

No hay de tales escritores, según decía uno de ellos, Rousseau (1), «quien por la propia gloria no engañe de buena gana al género humano». Pero como la palabra se dió al hombre para manifestar sus pensamientos y la escritura no es otra cosa que el archivo y la reproducción del lenguaje, se precisa hacerse cierta violencia natural para admitir el dolo y el fraude literario, mayormente cuando no se descubre ningún interés en ello; pues no son, por fortuna, muy comunes los hombres «que mienten precisamente por mentir», de los cuales hablaba Pascal en sus *Pensamientos*; y así en presencia del candor, sinceridad, convicción y buena fe que aparentan y fingen, no es fácil distinguir al lobo debajo de la piel de oveja, ni á la serpiente en su nido de flores, y oprimido y fascinado el entendimiento entre una lluvia de afirmaciones sonoras y vibrantes, se acaba por tragar el anzuelo y caer en las redes tendidas por el engaño.

Ejemplos sinnúmero cabría aducir de la tal indigna astucia de los *bellos espiritus de la incredulidad*. En la *epistola* que escribió al arzobispo de París acerca de la coexistencia de los

(1) Emilio, libro III.

dos principios, decía Rousseau: «Es conveniente advertir que la cuestión de la eternidad de la materia, que tanto atormenta á nuestros teólogos, no inquietaba nada á los Padres de la Iglesia, no muy distantes de la sentencia de Platón. Omitiendo á Justino mártir, á Orígenes y otros, Clemente Alejandrino defiende en sus *Hypothyposis* tan acérrimamente la opinión afirmativa, que Focio juzga por la misma causa, que este libro fué corrompido; pero esta misma opinión se lee en la obra de los *Stromata*, en la cual refiere la teoría de Heráclito, sin desaprobársela, etc.» En este pasaje casi hay tantas inexactitudes como palabras, según puede verse en los teólogos católicos, cuando al escribir de la creación desatan las objeciones tomadas de la autoridad: esto no embargante, el lector incauto, que de ordinario no tendrá vagar ni humor para evacuar las citas, fiando por otra parte en la honradez del que lo advera, concluirá por admitir que los Santos Padres cayeron en un error de gravísima cuantía y de trascendencia suma.

Voltaire que, aun cuando en frase del mismo Rousseau (1) no ratiocinó nada, y, al decir de otro autor, no pensó nunca, es sin disputa el príncipe de la incredulidad moderna que de él recibe el nombre y tuvo por reliquias sus forros de pieles, no cede ventaja á nadie en el escribir doctoral y sibilino. Después de hacer escarnio de los que

(1) Ep. 5.^a *De la Montaña*.

abrazan como dogma de la religión revelada y axioma de la natural, que sólo piensan las substancias espirituales, exclama (1): «¿Qué dirían éstos si se vieran convictos de impiedad? Y ciertamente, ¿quién será el que se atreva á decir sin impiedad suma que no puede suceder que el Criador comunique juntamente con la materia el pensamiento y el sentido?» Y ¿quién, diremos nosotros, al leer esto con tanta seriedad escrito, y respirando todo el aire de la indignación más natural y espontánea, no creería mirar en el patriarca de Ferney un profeta de la verdad hasta lo sumo convencido de sus aseveraciones, y únicamente deseoso de que se conozca con exactitud la naturaleza del pensamiento humano? En el mismo lugar dice: «El divino Platón, maestro de Aristóteles, y el divino Sócrates, preceptor de Platón el divino, juzgaban al alma corpórea y eterna. Por lo que hace á los Padres de la Iglesia, muchos en los primeros siglos, muchos, repito, creyeron que el alma humana y los ángeles eran de cuerpo. Muchos escolásticos, como el doctor irrefragable, el doctor sutil, el doctor angélico, el doctor seráfico y el doctor querúbico, se persuadieron más adelante que conocían clarísimamente al alma; pero, en realidad, hablaron como si quisieran que nadie los entendiese. Descartes nació para extirpar los errores de la antigüedad, pero substituyendo en su lugar los propios. Male-

(1) Ep. 13 sobre M. Locke.

branche en sus falaces contemplaciones cree que vemos todas las cosas en Dios, etc.» Este pasaje revela un error crasísimo y vilmente calumnia á los doctores de la Iglesia, como puede verse en el sobre toda ponderación sapientísimo Petavio (1), y sin embargo, el que tales invenciones se atreve á escribir, llama con la mayor formalidad y el aire más petulante á los que no opinan como él «rebaño de necios y de locos que no saben absolutamente nada» concluyendo por apellidarlos «hombres débiles que, desempeñando en la sociedad el mismo papel que los soldados cobardes en el ejército, temen ellos y ponen el espanto en el corazón de los demás».

Los incrédulos de nuestros tiempos no van en zaga á los anteriores en arrogancia y osadía. El trabajo de Draper, *Historia del conflicto entre la Religión y la Ciencia*, en cuyo elogio se han hecho lenguas los krausistas españoles, diciendo unos, como V. D. Montoro (2), que este libro, así como los de Ambereay, Kant, Hegel, Strauss, Vera, Hartmann y Stuart Mill, promueve honda universal agitación y va de pueblo en pueblo dejando luminosas huellas en la conciencia humana, y asegurando otros, como don Nicolás Salmerón en el prólogo de la traducción de Augusto T. Arcimis, que «contribuir á su propagación es trabajar en la obra de la redención humana», es pasmoso ejemplo de temeridad y petulancia desmedidas,

(1) *De Deo Deique propriet*, lib. 2.º cap. 5.º.

(2) *La Revista Contemporánea*, tomo 5.º pág. 236.

según lo han evidenciado los PP. Cornoldi, Cámara y Mendive y los Sres. Mir y Rubió y Ors. No hay sino abrirlo por cualquiera de sus hojas, y la verdad de lo que vamos diciendo saltará á la vista. Así, v. gr., en el principio del capítulo 6.^o escribe muy formal y seriamente: «Ideas de la Escritura sobre el mundo: la tierra es una superficie plana». Pues bien, como dijo el último Prelado de Salamanca (1): «Con las concordancias de la Biblia en la mano podrá cerciorarse el lector, que de tres mil y tantas veces que en diferentes sentidos sale la palabra *tierra*, nunca, ni por asomo ni por sonsonete, la *Vulgata* indica semejante desatino geográfico.» En el hebreo se designa á la tierra con la palabra *Tébol*, la cual se traduce por *globb*, y de su redondez se habla en no pocos lugares de la Escritura.

Renán en la tristemente célebre *Vida de Jesús*, que, aun cuando no es otra cosa que una simple novela escrita como el mismo autor dice «en las alturas de Ghazir, mientras la mar, las aldeas, las bahías, las montañas se esparcían bajo sus pies», por el daño que pudiera hacer con la seductora elegancia de sus formas y el ruido de sus anuncios obtuvo una refutación seria por parte de hombres tan eminentes como Brunner, que la examina científicamente, Haneberg, que la considera desde el punto de vista exegético, y Caminero, que la sujetó á la piedra de toque de la críti-

(1) *Contestación á Draper*, pág. 234, ed. 3.^a. Valladolid 1888.

ca histórica, Renán, íbamos diciendo, hace coro á sus conolegas de impiedad en esto del desenfadado y procacidad en el escribir. Después de haber advertido que no gusta de largas discusiones críticas, inmediatamente añade: «un sistema continuado de observaciones pondrá al lector en estado de examinar exactamente todas las aserciones del texto por las fuentes»: á lo cual responde el Dr. J. R. Michelis en su *Contestación alemana á la blasfemia francesa* (1): «Yo digo que eso es charlatanismo » Y ciertamente, de la multitud de notas que el académico francés pone debajo del texto, tres cuartas partes, según de su mismo sistema se desprende, no tienen valor alguno científico; de la última cuarta parte, más de la mitad no pertenece al asunto, y las demás son de todo en todo indiferentes. Sin duda el discípulo de Strauss quiso hacer vano y ostentoso alarde de erudición talmúdica teniendo en cuenta aquellos conocidos versos:

«El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
Á preguntárselo á ellas».

Pero el hecho es, por lo que á nuestro asunto respecta, que con esta aparatosa exhibición de conocimientos se deslumbra y seduce traidoramente con harta frecuencia á los lectores.

(1) Pág. 24, traduc, de D. Pedro de Armiño.

Entre los medios reprobables y muy peligrosos de que echan mano los sectarios para atraerse y arrancar del seno de la Iglesia á sus hijos, no puede dejar de mencionarse el método falaz y traidor con que disputan de los dogmas (1).

Es una verdad tan repetida como evidente, que en materia religiosa no hay ni puede haber en el fondo sino estas dos capitalísimas cuestiones: Primera, si Dios ha hablado. Segunda, cuál es la sociedad que instituyó para custodiar y dar interpretación genuina á sus infalibles palabras. Porque repugnando á su sabiduría infinita el equivocarse, y no pudiendo consentir su bondad inmensa, que los hombres necesariamente sean engañados, síguese que si fundó la Iglesia, todas las objeciones que se presenten contra la misma han de ser meros paralogismos. Pero muy lejos los librepensadores, no menos que los heterodoxos, de acudir á este terreno que es el verdadero lugar del combate, escaramucean por el campo de la doctrina católica, siguiendo un original sistema de guerrillas.

Unos, v. gr., para destruir la cosmogonía mosaica y acusar de error al caudillo de Israel, en lugar de ceñirse ante todo á las palabras del texto explicadas por la Iglesia de acuerdo con la crítica, intérpretanlo arbitrariamente y en su sentido más estricto, á fin de presentarle incompatible con los adelantos de la ciencia, com-

(1) Véase la doctísima obra *De fundamentis Religionis*, pág. 534, traducción de Venecia en 1767.

batiéndolo hasta con las conchas marinas que *peregrinan por los montes*, en frase de Tertuliano, *lejos del mar, procul a pelago*, que decía Ovidio (1). Otros enarbolan la bandera del ridículo, y agitando el látigo sangriento de la sátira fustigan acerbamente las costumbres de los cristianos, y sin detenerse á probar lo que dicen, confunden los consejos con los preceptos evangélicos y las exageraciones de algunos moralistas con la moral de la Iglesia, y la vida perfecta y voluntaria del monje con la vida común y obligatoria del cristiano. Algunos, pretextando que los misterios del cristianismo se oponen á la razón humana, en lugar, como nota Delauro-Dubez (2), de traer á examen los motivos de credibilidad en que se fundan, exageran las dificultades que al primer golpe de vista se ofrecen, discurren nuevas antilogías, hinchan y agrandan sofismas de puro viejos olvidados, y dan cuerpo á objeciones fantásticas á manera del manchego Hidalgo que convertía en gigantes desaforados los pellejos de vino y los molinos de viento.

Enemigos del método escolástico, al que miran como rémora del progreso del espíritu, diciendo que dentro de sus órbitas estacionarias voltea el pensamiento humano necesariamente, constreñido en giros inmutables, al controvertir con los escritores católicos en lugar de sujetarse á principios ciertos, aceptando por base de la discusión defini-

(1) *Metamorph*; lib. 15, vers. 263.

(2) *Los incrédulos y los creyentes*, p. 110, ed. 2.

ciones claras y generalmente admitidas, pasan sin orden alguno de unas materias á otras las más incoherentes é inconexas, cual salta de flor en flor la inconstante mariposa, para que no se note el lado flaco de sus argumentos, y, como diría el P. Alvarado en las donosísimas cartas que escribió bajo el nombre de *El Filósofo Rancio*, «para divertir al gato con cascabeles». Jamás declaran con franqueza y lucidez el estado de la cuestión; traen tan sólo los racionios que se oponen á la verdad, callando cuidadosamente los que la comprueban, y, según advirtió el autor de las *Epístolas filosóficas* al refutar á los deistas (1): «No parece sino que únicamente aprendieron en cualquiera tesis las objeciones hasta la respuesta exclusive»; aludiendo á las obras de los escolásticos donde se ponían en cada proposición antes de todo las dificultades. Si alguna vez, por maravilla, hacen ostensión de las razones que contra los propios sistemas existen, sólo es de las más débiles y menos claras; por lo general, inventan contra sus teorías sofismas los más vanos y fútiles que hacen pasar ante los ojos de los lectores como la demostración principal, como el Aquiles de los adversarios, para que se tenga por incontrastable una sentencia contra la que no hay observación que victoriosamente no se refute. Son como aquel que hiciese un gigante de cartón para tener el gusto de cortarle la cabeza

(1) Ep. 41.

de un tajo ó levantara un castillo de naipes por el placer de derribarlo al suelo con un solo golpe.

No siempre blasonan, con la falacia que hemos notado, de método científico, discursivo y racional. Muchas veces se valen de la forma novelesca que, por su misma traza é índole, se presta más fácilmente y con mayor disimulo á recibir el veneno de la seducción bajo múltiples y por todo extremo variadas formas. Frecuentemente también echan mano de las descripciones de viajes, con el objeto de intercalar virulentas, mordaces y malignas declamaciones contra los dogmas augustos de la religión. Esta arma fué muy usada en la nación vecina allende los Pirineos por la época que precedió inmediatamente á la de la Enciclopedia. De ello hay ejemplos que no nos dejarán mentir en la *Descripción de la Isla de Borneo*, por Fontenelli; en las *Cartas Persas*, de Montesquieu; en la *Historia de Severambes*, escrita por Vairesse; en la *Vida de Mahoma*, dada á luz por el conde de Bouillón-Villers, y en el *Viaje y aventuras de Jacobo María*, compuesto por Simón Tissot de Palol.

Aunque parezca raro en hombres que tanto abominan del estudio de los Sagrados Libros, no pocas veces combaten á la Iglesia con textos de la Escritura, y se entrometen audazmente á interpretar y hacer el comentario de los lugares más intrincados y difíciles: todo con el fin torcido de escarnecer y desprestigiar la revelación; lo cual no debe sernos de extrañeza, puesto caso

que los impíos son hijos del demonio, serpiente antigua (1), padre de la mentira, y quieren cumplir sus deseos, según de los de su época decía el Salvador (2), ya que manifiesta una predilección especial en abusar del sagrado texto, y así, cuando tentó á Jesús, le citó estas palabras (3): «Mandaré sus ángeles que te custodien» aplicables á los justos, mas en ninguna manera á Aquel cuya humanidad era regida y sustentada inmediatamente por la persona divina. Cuán bien los escritores anticristianos imitan esta treta de su infernal pedagogo, pónelo de relieve Voltaire en varios de sus libros y de una manera especial en el *Diccionario filosófico*, como v. gr. cuando afirma que, según el Génesis, colocó Dios en la entrada del Paraíso un buey, para que la defendiese con una espada de fuego, traduciendo torcida y ridiculamente la palabra *cherub*, como explica el abate Nonnote en la obra que escribió en impugnación de ésta.

(1) Apoc. 12, 9.

(2) Joan, 8, 44.

(3) 61, 90, 11.

CAPÍTULO III

Daños producidos por las obras impías

Ejemplos en países extranjeros.—Idem en España.—Causas de la impiedad en Inglaterra —La revolución francesa y la literatura irreligiosa.—Influjo particular de Voltaire y Rousseau.—Las dos siguientes revoluciones francesas.—La corrupción de costumbres en la sociedad actual.

Si las razones desarrolladas en los capítulos anteriores no hubieran puesto de relieve, y á las claras, el peligro, sobre toda ponderación gravísimo é inminente, que de pervertirse y extraviarse corren los que leen obras de mala doctrina, los tristísimos ejemplos que en mayor ó menor número cada uno de nosotros habrá tenido ocasión de observar, y los que abundantemente nos suministran todos los tiempos y países, concluirían de convencernos, sin dejarnos lugar á duda, de la veracidad del precitado aserto. Recorriendo atentamente las severas páginas de la historia, en cada una de ellas anchos surcos de sangre y montones informes de escombros nos señalarán

los efectos de las malas lecturas. Allí es de llorar cuántas increíbles defecciones de los *vigilantes de Israel*, y cuántas caídas estrepitosas de las *columnas de la casa del Señor* se han debido única y exclusivamente á un vil libbrejo ó á una, al parecer, baladí hoja suelta. Hombres de innegable clarísimo juicio se han dejado enredar y envolver en las telarañas de añejos y ya pulverizados visibles sofismas que tal vez no presentaban otra novedad que la de venir en libros nuevos que nos traen á la memoria, como si para ellos únicamente fueran escritas, aquellas palabras del Quijote: «Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros que así han echado á perder el ingenio más delicado de la Mancha».

Son casos asaz conocidos, pero nada se pierde en recordarlos. Bardesano, cuya elocuencia y talento poético, al tenor de antiguas tradiciones, eran por todo extremo brillantes, después de haber abrazado ardorosamente la fe cristiana, renegó de ella, muy probablemente, por la lectura de las obras que defendían el sistema gnóstico de Valentino. Según San Dionisio de Alejandría, los comentarios torcidos y siniestros del obispo Nepote sobre el Apocalipsis fueron la causa más eficaz de la propagación del *quilianismo*, cuya herejía llegó á inficionar medio Oriente. Eutiques, aquel archimandrita de Constantinopla, que en la controversia contra el patriarca Nestorio desplegó, no obstante sus años, un celo tan vivo, una solicitud tan ardiente y activi-

dad tan prodigiosa, cayó en una herejía antitética de la que impugnaba, y desgarró, para muchos siglos, la túnica inconsutil de la Esposa del Cordero, por haber manejado los escritos de los adeptos de Manes: éste á su vez había caído miserablemente por leer á Scitiano.

El célebre Julio de Halicarnaso, á consecuencia de haber leído una de las producciones del gnosticismo egipcio, vino á convertirse en hereje y padre de herejes, fundando la secta llamada de los *fantasiastas*. Wicleff, por más esfuerzos que hizo en sus pláticas para extender y propagar el suco virulento de la herejía que lleva su nombre, sólo consiguió infiltrarle en el estrecho y limitado círculo de sus amigos; mas luego que expuso su doctrina por escrito, y Hus la leyó con avidez, *avidissime legit*, que dice Vouters (1), y se le tradujo al alemán, toda la Bohemia se apartó de su antigua fe, para seguir las novedades del párroco de Lutterworth. Bullingero, presidente de la iglesia de Zurich, cuando, deseoso de perfección más encumbrada, iba á trocar su borla de doctor por el humilde sayal de los cartujos, tuvo la desgracia de que cayera en sus manos un libro de Meláncton, y hecho ya otro con su lectura, fué, juntamente con Gaspar Grossmann, León Judac y Guillermo Farel, el perturbador religioso de la Suiza, el que, como dice Alzog (2), sucedió á Zuinglio, quien es sabido que perdió

(1) Historia Eccles, tomo 2.º, página 117.

(2) Tomo 3.º, página 404, edición tercera española

igualmente la fe en la invocación de los santos por haber leído una obra de Erasmo.

En nuestra Historia no es, por desgracia, donde hay que llorar menos perversiones de nobilísimos y piadosos ingenios, ocasionadas, cuasi únicamente, por las malas lecturas, á las cuales tal vez se entregarían obcecados con la misma tentación diabólica que seduce á muchos cristianos de nuestros tiempos, por creer que saben distinguir en ellas lo bueno y lo malo, y tendrán fuerza bastante para abrazar lo primero y rechazar lo segundo. La falta de originalidad, «la pobreza de espíritu propio», que descubre el señor Menendez Pelayo en los heterodoxos españoles (1), es debida, á no dudarlo, á la influencia de literaturas extrañas. Al revés de lo que se observa en otros países, en los herejes de España no es *ordinariamente* la corrupción del corazón la que ha engendrado los extravíos del entendimiento. Muchos han vuelto la espalda á la Iglesia, no por sacudir la coyunda de los preceptos eclesiásticos, sino por haberse dejado seducir con las doctrinas exóticas de los libros extranjeros. Citemos sólo dos casos. Avito se perdió por leer ciertas obras de Orígenes, aunque al mismo tiempo tenía delante su refutación, siendo de advertir que estaba ya avisado por San Jerónimo, de que se precaviera de los errores en ellas contenidos, y las estudiaba con el fin santo de sacar

(1) Tomo 3.º, discurso, preliminar.

de allí armas para rebatir la herejía que por aquel entonces levantaba en nuestro suelo su orgullosa cabeza.

La secta priscilianista que, dicho sea de pasada, tampoco nació aquí, sino que llegó á nuestra tierra por obra del egipcio Marco, hizo en la grey cristiana una riza desastrosa, más que con los sermones elocuentes de Prisciliano, con los libros de sus secuaces, según narra el solitario de Belén (1): siendo esta aseveración en tal punto exacta, que Santo Toribio no duda en escribir á San León, á Ceponio y á Itacio, que los malos libros fueron la *causa única* de la corrupción de la Iberia y la Galia Narbonense. En la época del nacimiento del protestantismo se formó, con muy buen acuerdo de higiene intelectual, un riguroso cordón sanitario al rededor de España, por el que se libró de la peste que inficionaba el resto de Europa; pero algunos libros que lograron salvar la frontera hicieron estragos no pequeños. Juan Díaz, Francisco de Encinas y Miguel Servet, perdieron la fe en la religión católica, abrazaron fervorosamente el protestantismo y se dedicaron á propagar sus perversas doctrinas, por haber leído las obras de Melancton. Usoz y Río se hizo cuákero con leer la Apología de Barclay, que le llevó un librero de viejo.

En presencia de los referidos ejemplos y otros muchos que podríamos, si no fuera prolijo, enu-

(1) *In Isaiam*, lib. 18, cap. 64.

merar ¿no debemos formar juicio de que están privados de él en absoluto, los que, fiando temerariamente en las fuerzas propias, se enfrascan en las malas lecturas por creerse á cubierto de los dardos del error?

Y lo que sucede con los individuos sucede con los pueblos, y lo que se verificó antes se repite en nuestros días. Inglaterra, esa nación á quien el impiísimo Voltaire apellidó modelo y espejo de Europa (1), y á la cual celebraba con grandes alabanzas (2), no menos que el autor de las *Cartas judías* (3), por su amplísima libertad de imprenta y por el poco escrúpulo que hacen sus habitantes de leer los partos del librepensamiento, ha llegado al punto más subido de inmoralidad é irreli-gión, precisamente, como decía Woodward, porque la «impiedad se publica con descaro y se recibe con aplausos»; ó en frase del Obispo anglicano Hedmond Gibson, en Carta Pastoral dirigida á sus diocesanos de Londres, «por las redes tendidas á la inocencia en libros infandos, cuyo solo nombre causa horror».

En Francia, la muerte de Luís XIV, cuya exagerada censura civil, sobre toda clase de libros, había sido no poco depresiva para la Iglesia, señaló el principio de un desbordamiento general de la imprenta. La prostitución de la corte de Versalles, el libertinaje más que pagano de que

(1) Epitafio de Mademoiselle Lecouvreur.

(2) Discurso 6, *Del Hombre*.

(3) Epist. 159.

hacían gala los nobles durante la Regencia, reflejábese en la literatura liviana de aquel tiempo; y la incredulidad, que es natural consecuencia de la corrupción de costumbres, inundó pronto el suelo francés con un verdadero diluvio de escritos impíos. El mismo Rousseau no pudo menos de gritar en un famoso discurso pronunciado en la Academia de Dijón: «Pluguiese á Dios que la mayor parte de nuestros escritores hubiesen permanecido ociosos. Las costumbres serían hoy más puras y estaría más pacífica la sociedad... Al considerar los horrorosos desórdenes que la imprenta ha causado ya, y si hemos de juzgar del porvenir por los progresos que el mal va haciendo de día en día, no es difícil prever que los soberanos no tardarán mucho en arrepentirse de haber introducido este arte terrible en sus Estados». Cómplices unas autoridades, atentas otras únicamente á gozar de los fastuosos placeres en que se consumían las contribuciones de la nación, desoídas las que daban la voz de alarma, dejaron propagar y cundir por doquiera las ideas más peligrosas, sin conceder importancia á los primeros rugidos de la tempestad que en aquella atmósfera viciada y pestilente se iba formando sobre sus cabezas; y sólo salieron del letargo cuando estalló el volcán y todo el país fué inundado en torrentes de lava que arrasaron los altares y volcaron el trono.

La Iglesia por todos los medios y en todos los tonos había predicho la horrible hecatombe que

había de anegar en sangre á Francia si se la dejaba anegar en la tinta que como un manantial de podredumbre saltaba de las plumas corrompidas de los filósofos; pero se hizo de ella el mismo aprecio que de Casandra Troya cuando le anunciaba inminente ruina. Los obispos, en la *Memoria* presentada al Rey en 6 de Mayo de 1770, exclamaban: «¡Cómo! ¿Por no contener los progresos del entendimiento humano, será preciso permitirle que lo destruya todo? ¡Con qué no podrá ser el hombre libre sino cuando nada haya sagrado para él!... Esta fatal libertad es la que ha introducido en los ingleses, nuestros vecinos, esa multitud confusa de sectas, de opiniones y de partidos, ese espíritu de independencia y de rebelión que tantas veces ha conmovido y ensangrentado el trono; y ésta misma produciría entre nosotros efectos acaso más funestos, pues en la misma actividad de la nación y pueblo hallaría medios para suscitar las más extraordinarias revoluciones, y precipitarlo todo en los horrores de la anarquía». Sus reclamaciones no fueron atendidas; y no habían transcurrido cuatro lustros cuando los tristes presagios tuvieron tan fiel como espantoso cumplimiento.

Aunque la Sorbona y el Parlamento las habían condenado, no se hizo cosa eficaz para impedir la difusión de las obras de Helvecio, en las que, según el propio marqués de Argens, se enseñaba «una filosofía desastrosa que con la hacha en la mano y una venda sobre los ojos derriba, abate,

trastorna y lo destruye todo sin edificar nada». Se propagó abundantemente la *Historia filosófica* del abate Rainal, donde hay párrafos como éstos: «Los que gobiernan están demasiado acostumbrados á mirar á los hombres como esclavos abatidos por la naturaleza, cuando es cierto que no lo están sino por el hábito. Pero guardaos no se levanten con furor, y no les hagáis recordar que ellos tienen el derecho de mandar... Dos medios hay para libertarse de un tirano, ó la expulsión, ó la muerte... Desde el punto en que el esclavo del despotismo haya roto su cadena y abandonado su suerte á la decisión del acero, está forzado á asesinar á su tirano y exterminar su raza y posteridad. Si no osa á tanto, tarde ó temprano habrá de sufrir el castigo de no haber sido valiente sino á medias.» Condorcet, autor y víctima de la revolución, la había preparado con sus escritos, donde hay frases como ésta del *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del entendimiento humano*: «Llegará un día en que el sol no alumbrará en la tierra más que á hombres libres que no reconozcan más señor que á su razón; un día en que los tiranos y sus esclavos, los sacerdotes y sus estúpidos ó hipócritas agentes no existirán sino en los libros ó en los teatros.» Se había dejado á Holbach poner en molde que los desgraciados «no tienen otro recurso que hacer la guerra á la sociedad y vengarse con sus delitos, ya de la dureza del Gobierno, ya de su negligencia»; se permitió á La Mettrie, después

de comparar á los príncipes tiranos con los tigres que saborean la sangre de las víctimas, decir en el *Discurso sobre la felicidad*: «Te compadezco al quejarte de las calamidades públicas; pero ¿quién no se quejaría aún más de un Estado donde no se encontrara un hombre bastante virtuoso para librarle, aun á costa de su vida, de monstruos semejantes?» Se vió sin espanto impresas las horribles frases que Diderot puso en verso:

«La Nature n'a fait ni serviteur ni maître:
Je ne veux ni donner ni recevoir des lois...
Et ses mains ourdiraient les entrailles du prêtre
A défaut d'un cordon pour étrangler les rois»;

y el resultado tenía que ser el que era de esperar. Hasta tal punto es ello exacto, conexión tan íntima y tan estrecha existe entre la propaganda de los hombres de la Enciclopedia y los crímenes de los hombres del Terror, que conforme á las observaciones de La Harpe refutando el libro *Del espíritu*, se ve palpablemente la aplicación de cada género de sofismas á cada género de delitos.

Voltaire, decían sus discípulos al estallar como volcán hirviente la revolución, no vió todo cuanto hizo, pero hizo todo cuanto vemos. El primer autor, decía el *Mercurio de Francia* de 7 de Agosto de 1790, «el primer autor de esta grande revolución que asombra á la Europa y esparce la inquietud y el sobresalto en las Cortes, es sin contradicción Voltaire. Él es el primero que hizo

caer la barrera más formidable del despotismo: es decir, el poder religioso y sacerdotal. Si no hubiese quebrantado el yugo de los sacerdotes, jamás se hubiera roto el de los tiranos... El pensamiento de los sabios es el que prepara las revoluciones: el brazo del pueblo es el que las realiza»; y el ciudadano Gossin, en un informe dado á la Convención en 30 de Mayo de 1791 en nombre de la Comisión de Constitución, se expresaba así: «Voltaire es el que ha hollado el fanatismo... Los pueblos del monte Jura le habían visto conmovér el árbol antiguo que vosotros habéis desarraigado.» Con razón se ha advertido que el principio revolucionario, *la insurrección es el más sagrado de todos los deberes* no es más que una abreviación de aquellas palabras de Rousseau: «El hombre nace libre, y por donde quiera se mira entre cadenas. Ínterin un pueblo que se ve precisado á obedecer, obedece, obra bien; pero si en el momento que puede sacude el yugo, obra mejor». Mallet-Dupan refiere en su *Mercurio británico*, que encontró á Marat en 1789 en un paseo público explicando el *Contrato social* de Rousseau á la muchedumbre revolucionaria que le rodeaba. Los discursos de los legisladores de 1789, de los constitucionales de 1791, de los republicanos del 92, y de los niveladores del 93 no son más que comentarios de las obras de este filósofo. Muy justamente Luis XVI, preso en el Temple, que había sido la cuna de la filosofía de su siglo, exclamaba contristado mirando los retratos de

Rousseau y de Voltaire: «Estos dos hombres son los que han perdido á Francia.»

Así como Federico II de Prusia decía que para castigar una provincia la daría por gobernadores á filósofos como Voltaire, Napoleón I de Francia repetía muchas veces: «No me siento bastante fuerte para gobernar un pueblo que lea con asiduidad tales autores», su espada, para enfrenar el genio de la revolución, atajó los pasos del genio de la literatura revolucionaria: en su tiempo no se hizo ninguna edición de Voltaire, y al finalizar su dominación apenas existían ejemplares de las obras de aquel mal llamado filósofo. Pero la Restauración no comprendió sus intereses: aflojó las riendas á la impiedad, y ésta se precipitó desbocada por los campos de la literatura hollando lo más sagrado: como si esto fuese poco se trabajó con verdadero furor sin dar paz á la mano para sacar nuevamente á luz los escritos más perniciosos y demoleedores: en diez años se hicieron en Francia 35 ediciones de Voltaire; y en 30 de Abril de 1826 pudo decir *La Gaceta de Lyon*: «Andarán en las manos de los hombres cuatro millones y doscientos mil volúmenes de solo Voltaire, que respiran en cada página, en cada frase, en cada línea el horror al fanatismo y á la opresión», ó, como debiera mejor haber dicho, á la religión y á la monarquía. Sucedió lo que tenía que suceder. «La Restauración, dice Ortiz de Urruela, que dejó sembrar estos vientos, recogió las tempestades que arrojaron en tres días tres genera-

ciones de reyes al destierro». En el reinado siguiente de Luis Felipe publicaron los impresores lo que les vino en gana, y hasta parece que el Gobierno subvencionaba á Eugenio Sué y á otros escritores no menos dañosos: resultado, un nuevo destronamiento. La prensa pudo decir personificada en Alejandro Dumas en un famoso manifiesto: «Yo hice la revolución de Julio y la de Febrero, y haré todas las revoluciones que se necesiten; porque yo soy el que soy.» La propaganda literaria de la lujuria y de la mentira prosiguió después su marcha con más avasallador empuje; y hoy esa nación es la más corrompida é incrédula porque es donde más libros se publican contra la religión y las buenas costumbres. Las infiltraciones kantianas y protestantes entre algunas personas obligadas á velar por la pureza de la fe, las absurdas concesiones hechas al racionalismo por varios apologistas católicos, la excesiva libertad de la crítica bíblica y el peligroso apartamiento de la manera tradicional de explicar y defender el dogma, provienen asimismo en gran parte, como nota Magnier, en su *Critique d'une nouvelle exégèse critique*, de que no se tiene bastante repugnancia y horror á los libros heréticos.

Mientras España, donde el Santo Tribunal de la Inquisición ejercía rigor saludable y vigilancia suma sobre todo lo concerniente á la fe, se conservó ilesa de los estragos producidos por la hidra del protestantismo, en aquellos pueblos don-

de la libertad de expresar los pensamientos y por consecuencia de leer los publicados no tenía freno, ni límite, ni medida, se arraigaron y extendieron su sombra mortífera las plantas venenosas de la herejía y de la incredulidad. Es una verdad que salta á la vista, que el indiferentismo que hoy corroe las entrañas de nuestra patria infeliz, tiene como una de sus principales causas ese número incalculable de libros que introducen, sin que se les vaya á la mano, en la biblioteca del sabio y en los hogares del iliterato, la ponzoña y el virus de todos los errores y badomías en materias religiosas.

La corrupción intelectual y moral, espantosa sobre cuanto es imaginable, que se extiende por el mundo todo en proporciones verdaderamente alarmantes, y se propaga con rapidez increíble y sube sin cesar y llega ya con su gangrena al corazón mismo de la sociedad presente, halla, como á nadie se le oculta, uno de sus orígenes más copiosos en esos infames libros que á diario se publican, y son arrebatados de las manos de los vendedores por la temeridad inconsciente ó maligna de tantos infelices.

CAPÍTULO IV

Los crímenes del anarquismo

Empeño de los modernos impíos en hacer ver que ninguna idea es perjudicial.—Diferente modo de pensar de los escritores antiguos.—La experiencia ha abierto á muchos los ojos.—De las malas ideas provienen las malas acciones.—Influencia dañosa del positivismo.—Idem del determinismo.—Idem del darwinismo.—Filialción del anarquismo científico.—Relación entre la propaganda anarquista y los crímenes de los anarquistas.—Literatura anarquista.—Idem socialista.—Los anarquistas no son malhechores de derecho común: ni criminales natos.—Se hallan sugestionados por lecturas acráticas: ó por otras igualmente perniciosas.—Leyes especiales contra la propaganda anarquista.—Necesidad de prohibir y castigar la publicación de escritos libertarios.

El famoso autor de la *Sociología criminal*, Ferri, cuya clasificación de *factores del delito*, aunque no merece ser aceptada, y ha sido combatida por los mismos criminalistas de su escuela, se ha hecho famosa, en los tres grupos en que distribuye las causas que pueden ocasionarlo y modificar ó hacer desaparecer la imputabilidad y responsabilidad del delincuente, llamándolos á unos factores *antropológicos* (carácter personal, temperamento, etc.), á otros *físicos* (clima, esta-

ciones, fecundidad del suelo), y á los terceros *sociales* (religión, costumbres, legislación, alcoholismo, etc.), no incluye las lecturas, á pesar de su extremada importancia.

Es ya achaque añejo en los que más daño causan con la pluma, tener por inocentes sus trazos sobre el papel. Hobbes fué quien dijo que no se hacía mal á los hombres proponiéndoles ideas. Siguiendo sus pasos, insistía el autor del *Sistema de la naturaleza* (1): «Ninguna obra puede ser peligrosa aun conteniendo principios evidentemente contrarios á la experiencia y al buen sentido: ¿qué resultaría de un libro donde se dijese que el sol no es luminoso, que el parricidio es legítimo, que el robo es permitido, que el adulterio no es crimen? Estas no son máximas que convenzan á los hombres.» Semejante es el modo de discurrir de La Mettrie en el *discurso preliminar* de sus *Obras filosóficas*: «Los materialistas se complacen en decir que el hombre es una máquina; pero el pueblo, el vulgo, no lo creerá nunca. Nuestros escritos no son para la muchedumbre otra cosa que cantares... Nuestras hipótesis no son peligrosas, no tienen influencia ninguna práctica... Las verdades filosóficas no son sino sistemas diversos, de los cuales cada uno puede tomar lo que más le guste... He creído poder demostrar que los

(1) Aunque esta obra, titulada también *De legibus mundi phisici et mundi moralis* salió con el nombre de Mirabeau, y fué atribuida á Lagrange, á Diderot y á Naigeau, consta que es del alemán Dietrich Holbach.

remordimientos son sólo preocupaciones de la educación y que el hombre es una máquina gobernada por el fatalismo absoluto... Todas estas cuestiones pueden ser consideradas como el punto matemático, que no existe más que en el cerebro de los geómetras, como tantos y tantos problemas de geometría y de álgebra, cuya solución clara é ideal demuestra toda la fuerza del espíritu humano: fuerza que no es enemiga de las leyes: teorías inocentes y de pura curiosidad.» No es menos admirable el aplomo con que en el Prefacio del *Hombre criminal* escribe Lombroso para defender la inocencia de su dañino sistema: «Las doctrinas se quedan en los libros, los hechos siguen su curso. La cosa está demostrada.»

Los filósofos antiguos solían tener más sentido común ó menos impudencia, por no ignorar la relación entre la teoría y la práctica, y la diferencia notabilísima entre los errores morales y los demás absurdos. Plutarco, escribiendo *De la superstición*, refutaba anticipadamente los sofismas de Holbach con la observación siguiente: «Si alguien cree que estos pequeños cuerpos invisibles que se llaman átomos y el vacío son los principios del universo, es una opinión errada la que profesa, pero sin que le cause llaga alguna, ni le dé calentura, ni le produzca dolor. Al contrario, si alguno sostiene que la riqueza debe ser el supremo bien del hombre, esta falsa opinión es una enfermedad que le roe el alma, que le tiene

fuera de sí, que no le deja un momento de reposo, que le agujijonea sin cesar.»

Los escritores depositan en el libro las ideas envueltas en las palabras; pero pronto las crisálidas se convierten en mariposas que vuelan por todas partes, y legiones de orugas roen en el jardín de la sociedad las hermosas plantas de la virtud. Una gota de tinta puede producir arroyos de sangre. Cada línea que se escribe es un surco que se traza en los cerebros de la muchedumbre. Todo pensamiento lanzado á la publicidad es semilla que cayendo en terreno preparado arraigará profundamente y dará frutos abundantes: grano imperceptible de mostaza que puede convertirse en árbol corpulento. Los tratadistas suelen quedarse á la mitad del camino en sus deducciones; pero el pueblo es lógico terrible y saca de cada premisa hasta la última consecuencia. Los hechos contemporáneos hablan tan alto que son pocos los que no hayan oído su voz. Durante mucho tiempo, escribe Bourdeau (1), se consideró en Alemania que eran inofensivas las teorías de Hegel, de Büchner y de Strauss; pero ya se ve que «las ideas de los filósofos bajan lentamente hasta las masas agitadas, y que hoy cuentan aun los barrios pobres de las grandes ciudades con discípulos aventajados, con demagogos en mangas de camisa y delantal de cuero, que han jurado la ruina de todas las instituciones socia-

(1) *Revue des deux mondes.*

les». Siempre había juzgado, dice Julio Favre (1), que estas cosas eran pura declamación, «que socialmente no eran peligrosas; y me he equivocado».

Faltando el amor á Dios falta la base para amar al hombre. Si se quita á la autoridad su origen divino y al principio de los poderes sociales su carácter sagrado, no es ilógico clamar como Espronceda:

«¿Quién al hombre del hombre hizo juez?»

Suprimida la fuerza del derecho no resta más que el derecho de la fuerza. No habiendo cielo hay que hacer de la vida un paraíso, cueste lo que cueste; y de no existir la cárcel eterna del infierno, sería una simpleza dejar de quebrantar las leyes humanas con tal que pueda hacerse de modo que se evite el ir á sus cárceles. Los remordimientos no tienen razón de ser cuando un poder superior no ha grabado sus leyes indiscutibles en la naturaleza humana. «No quisiera yo, decía Voltaire, estar al servicio de un príncipe ateo, porque sin el menor escrúpulo me haría machacar el cráneo en un almirez tan pronto como le conviniese». ¿A qué, por otra parte, preocuparse de responsabilidad moral ninguna, puesto que sin alma espiritual la libertad es un fantasma y el mérito y el demérito desaparecen? Con estas creencias se da oído fácilmente á con-

(1) *Información sobre el 18 de Marzo.*

sejos como aquél de Holbach: «Trabajad para vuestro bienestar, gozad sin daros punto de reposo»; y parece de perlas lo que otro materialista, La Mettrie, dice en su infame *Arte de gozar*. «Luchar con la naturaleza, rebelarse contra ella, ¡vaya una comedia!» Ya Descartes en el *Discurso sobre el método* advertía que «nada hay que aparte más del camino de la virtud á los débiles que el suponer que nada tenemos que temer ni que esperar después de esta vida, ni más ni menos que las hormigas y las moscas», y hasta el propio d'Alembert (1) llamaba la atención sobre los peligros que encierra el desconocer «la diferencia que el Creador estableció entre el hombre y la bestia».

Littré (2) hizo ver cómo los obreros se adhieren más y más cada día al positivismo; y esto cabalmente explica que faltándoles la fe y la esperanza concluyan por no tener caridad, y su desesperación ante los obstáculos y dificultades que se les presentan en la vida los lleve á los crímenes más inauditos. Mallok había dicho (3) que el positivismo causaría los mayores estragos en la juventud, y los hechos, comprobados por recientes estadísticas del crimen, han venido á darle la razón. No es posible tener respeto á la vida ajena ni formarse alta idea de la dignidad del prójimo, cuando se opina, con los evolucionistas, que

(1) *Explicaciones sobre los elementos de filosofía.*

(2) *Estudio sobre los progresos del positivismo.*

(3) *La vida ¿vale la pena de vivir?*

es un mal la asistencia á los viejos y á los enfermos, porque según se expresaba Herbert Spencer (*Introducción á la ciencia social*) «toda sociedad desciende, en su aspecto físico, con la conservación artificial de sus más débiles miembros».

Á compás del crecimiento y auge de la mala imprenta ha ido creciendo el número de delitos: el aumento en la difusión de las doctrinas perversas ha coincidido con el aumento en la criminalidad. Cuando se ha leído (1) que «lo que es ilegal en virtud de nuestras relaciones sociales y políticas, es natural y normal en virtud de la ley universal de la necesidad; y fuera del organismo social no existe delito»; cuando uno de los cultivadores de la antropología criminal, hoy tan en boga (2), osa sostener que toda vez que la inmensa mayoría de los organismos es indudablemente *anormal*, los hombres criminales son indudablemente *normales*, no habiendo en la naturaleza más seres *anormales* que los hombres honrados, que son maltratados y degollados por los llamados delincuentes en castigo de no quererse dejar *normalizar*», no hay que admirarse de que los predispuestos al crimen se decidan á ejecutarle cometiendo los más escandalosos atentados contra la honra, la propiedad, y la vida, sin que tal predisposición, como quería Régis en *Les Régicides*, sea, sin embargo, preciso para que las lecturas causen su efecto.

(1) Notovich, *La libertad de la voluntad*.

(2) Albrecht, *Actas del Congreso de Roma*, de 1885.

En las obras de los criminalistas se echa de ver por numerosos ejemplos la relación íntima, próxima, inmediata, que suele existir entre las malas lecturas y las malas acciones. Macé, en el *Museo criminal*, atestigua que muchos criminales se determinaron á cometer sus delitos ó á excusarlos fundándose en el sistema de la *lucha por la vida*. El homicida Abadie repetía con frecuencia: «La vida es una batalla: yo mato al que me pone obstáculos: los fuertes derriban á los débiles». El estudiante Lehier, poco antes de asesinar á la viuda Gillet, dió una conferencia sobre el darwinismo diciendo: «Todo sér tiende á ocupar su puesto bajo el sol; pero en el banquete de la naturaleza no hay sitio para todos los convidados ni plato para todo el mundo: cada uno lucha para ocupar un puesto: el más fuerte tiende á aplastar al más débil».

Rousseau ha escrito: «El que come en la ociosidad lo que no ha ganado él mismo, roba; y un rentista á quien el Estado paga para no hacer nada, á mis ojos no difiere mucho del salteador que vive á expensas de los transeuntes.» Pues bien, Proal refiere (1) que preguntando él al ladrón Clarenson el móvil de sus robos, le contestó: «Yo no soy un ladrón, soy un restaurador.» Y como en sus explicaciones coincidiese con las teorías de Rousseau, interrogado si le había leído, respondió con gran entusiasmo. «Sí, señor; y

(1) *El delito y la pena.*

ahora mismo acababa de leer su discurso sobre *El origen de la desigualdad entre los hombres*. ¡Qué libro más hermoso! Rousseau era un verdadero socialista, como Jesucristo, como Robespierre.» Macé cuenta que habiendo oído á un procesado razones parecidas á las del filósofo ginebrino, le replicó: «¿Y dejáis que vuestros hijos roben?» obteniendo por contestación: «decid mejor si les dejo que se diviertan».

La lógica no se queda á la mitad del camino: cuando un sistema establece un principio, otro se encargará de sacar las conclusiones, y no faltarán personas que se junten y organicen para llevarlas á la práctica. Rousseau había dicho: «La naturaleza hace bueno al hombre y la sociedad le pervierte: el hombre de la naturaleza posee todas las virtudes, el hombre social todos los vicios: en el estado natural el hombre es libre, independiente; el hombre civil nace, vive y muere en la esclavitud. Sabed de una vez, oh pueblos, que la naturaleza ha querido libraros de la ciencia, como una madre arrebatada de las manos de su hijo un arma peligrosa.» Los hombres, según él, se asociaron libremente en virtud de un pacto ó contrato en que cada individuo quiso ceder una parte de sus derechos personales en beneficio de lo comunidad. Los anarquistas se proponen traer los felices tiempos cantados por el maniático filósofo de Ginebra y devolver al individuo lo que le quitó la sociedad. «Nuestra organización, escribe uno de ellos, Grave, en su *La société au lende-*

main de la revolution, no tiene leyes, ni estatutos, ni reglamentos á los cuales deba el individuo someterse bajo pena de un castigo cualquiera: no tiene ningún comité que la represente; los individuos no le están sometidos por la fuerza; son libres y pueden abandonarla cuando quiera aquella arrebatárles su iniciativa.»

El positivismo materialista en que, apoyado por las teorías darwinianas, ha venido á resolverse el antiguo panteísmo, dió por fruto natural el anarquismo científico. El sistema social de Spencer, escribió el Sr. Posada, «con su pobrísimo concepto del derecho, con su idea materialista del gobierno, con su opinión acerca del carácter perturbador del Estado, con su nihilismo administrativo, entraña una verdadera sugestión del anarquismo doctrinal corriente». La idea anarquista apenas es más que el resultado lógico de las leyes del transformismo aplicadas á la ciencia social como puede verse en la obra del anarquista Tandy rotulada *La libre concurrencia: bosquejo de los principios del anarquismo filosófico*.

El anarquismo habíase ya manifestado como sistema científico en la Asamblea internacional de Londres de 1864 donde dominaron las ideas de Carlos Marx: en el Congreso de la Paz de 1867, sugestionó á los asambleístas Bakounine con sus brutales teorías de la destrucción violenta del Estado y de toda la organización social existente. La ruptura de relaciones entre los partidarios

de la evolución y los de la revolución estalló ruidosamente en el Congreso de la Haya de 7 de Septiembre de 1872: desde esta fecha en que Bakounine y Caffiero se dedicaron febrilmente á exponer el plan del anarquismo terrorista, principia la lista inacabable de espantosos atentados de secta tan criminal.

En 1873 se recrudeció de una manera alarmante su propaganda; y las consecuencias no tardaron en tocarse. Aquel mismo año, en 5 de Febrero, los anarquistas hicieron asesinar por medio de la joven Vera Tassouhtz al general Trepoff, jefe de la policía rusa. Hoedel, en 11 de Mayo, y Nobiling, en 2 de Junio, atentaron á la vida del emperador de Alemania: en 26 de Agosto, un anarquista dió de puñaladas al jefe de la policía de San Petersburgo, general Mentzenzoff; en 29 de Octubre, Moncasí disparó sobre el rey de España; y en 17 de Noviembre, Passanante intentó matar al de Italia é hirió al ministro Cairoli. Y el año siguiente no fué menos fecundo en famosos crímenes anarquistas: el 8, el 22 y el 29 de Marzo fueron, respectivamente, los asesinatos del general Kropotkine, gobernador de Kharkow, del coronel Knopp, jefe de la policía de Odessa, y del general Drentelen, jefe de la gendarmería de San Petersburgo; en 14 de Abril, los disparos de Solovieff contra el czar; el 17 de Agosto, asesinato del general Metzenseff, jefe de la gendarmería de San Petersburgo; en 30 de Noviembre, atentado de Hartmann contra Ale-

jandro II; en 30 de Diciembre, disparos contra Alfonso XII.

Años después se hizo más extensa y activa la propaganda de estas criminales ideas. «Fanáticos, decía el Fiscal del Supremo, Sr. Martínez del Campo, en Circular de 17 de Noviembre de 1894, fanáticos secuaces de doctrinas servidas, en nuestra nación y fuera de ella, por criminales empeños colectivos de desarraigar por el fuego y por el terror condiciones perdurables de la sociedad, llevan su audacia hasta hacer gala en la prensa periódica de sus reprobables designios y de propósitos exterminadores de cuanto vive al amparo del derecho positivo: validos de escritos propios ó de conferencias á la imprenta destinadas, se atreven unas veces á dar al público el elogio de crímenes perpetrados y el ensalzamiento de sus autores, y llegan otras á excitar sin rebozo y á provocar, sin respeto de la moral ni de la ley, á la ejecución de esos gravísimos delitos que execra la conciencia humana.» Á este aumento en la propaganda literaria del anarquismo había correspondido aumento terrible en la *propaganda por el hecho*. Del año 1886 al 1892 registró Flor O'Squarr en *Les coulisses de l'Anarchie* 1,123 crímenes cometidos por los anarquistas en Europa y 502 en América.

Ha habido numerosos casos en que á la provocación ha seguido inmediatamente el hecho, en que la excitación de la imprenta ácrata se tradujo por modo rápido y visible en horrendo aten-

tado anarquista. *Le Père Peinard*, de 19 de Octubre de 1893, en un artículo intitulado *Le Bateau Russe*, atacó violentísimamente la alianza francorusa; al día siguiente, un individuo disparó dos veces su revólver contra los oficiales rusos en el Círculo Militar de París. En el mismo número había una lámina con esta inscripción: *El fusilamiento de Barcelona*, donde aparecían en lo alto, con la aureola luminosa de los mártires, los cuatro anarquistas agarrotados en Jerez, y en la parte inferior, de rodillas delante del pelotón de soldados, el asesino Pallás, cuyas últimas palabras, *la venganza será terrible*, servían de orla al cuadro: en el mes siguiente, con efecto, se ejecutó terrible venganza con las bombas arrojadas al teatro del Liceo barcelonés. En 7 de Diciembre de 1892, aparecieron en la capital de Francia grandes carteles encarnados, diciendo: «Hace pocas semanas, hablaba la dinamita, y su voz poderosa, agradable á nuestros oídos, hacía desfallecer á toda la alta *pégre* de directores y explotadores... Si la Comisión parlamentaria no arroja todos esos ladrones que se la designa, habrá que hacerlos saltar con la dinamita»; al año siguiente, casi en el mismo día, se tiró un petardo en medio del Parlamento. La relación entre los inspiradores en la prensa y los ejecutores, escribió Tarde (1), mostróse con evidencia en Lyon: dos atentados se registraron en 1882; el

(1) *Foules et Sectes*.

uno en un café, que algunos días antes había sido *designado* en un diario anarquista; el otro en una oficina de reclutamiento que acababa de ser igualmente señalada por la misma publicación. El autor de estos atentados, lector del periódico anarquista *Le droit social*, era, dice Berard (1), «un joven extraviado por las lecturas acráticas».

La literatura del anarquismo es ya muy copiosa. Nettlau da á conocer cuán grande es el número de obras anarquistas extranjeras, y R. Mella cita las siguiente españolas: *Siete sentencias de muerte*, *Estudios sociales*, *La moral del progreso*, *El Estado*, *Anarquistas literarios*, *Á las hijas del pueblo*, *Notas sociales*, *Fuera política*, *La ley de la vida*, *Acracia ó república*, *El catolicismo y la cuestión social*, *El proceso de un gran crimen*, *¿Dónde está Dios?*, *Sinopsis social*, *¡Cómo nos diezman!*, *Evolución y revolución*, *Consideraciones sobre el hecho y la muerte de Pallás*, *Los sucesos de Jerez*, *Á las madres*. Hace poco tiempo se enumeraban estos periódicos libertarios: *El Productor*, y el *Espartaco*, en Barcelona; *Tierra y libertad*, y la *Revista blanca*, en Madrid; *El Corsario*, y *Juventud*, en Valencia; *El Perseguido*, en Gijón; *La Lucha de clases*, en Bilbao; *La Emancipación*, y *El Combate*, en La Coruña; *La Vos del Terruño*, en Morón; *Redención*, en Carmona; *La Aurora*

(1) En el *Archivo de Antropología criminal*.

social, en Oviedo; *El despertar del Terruño*, en La Línea; *Sociedad futura*, en Sevilla; *El Faro de Andalucía*, en Málaga; *El Rebelde*, en Las Palmas; y *El Obrero*, en Santa Cruz de Tenerife. En Barcelona hay un grupo denominado *Juventud libertaria*, que se dedica á la publicación y propagación de trabajos anarquistas; y por cada periódico que desaparece se fundan muchos más.

La literatura socialista es mucho más abundante que la anarquista. Ya hace años pudo decir el P. Félix, en el libro *El socialismo ante la sociedad* (1): «La prensa socialista constituye todo un ejército de literatos ó semiliteratos que trabajan como un solo hombre para el triunfo de una misma causa, y que, á fin de conseguirlo, ponen en práctica todos los medios que puede inventar el *genio* del odio, haciendo de la palabra humana el uso más abominable que nunca se hizo en la humanidad... Es hoy como el animal misterioso del Apocalipsis: no tiene sólo una voz, sino cien y mil, aun contando únicamente nuestro país de Francia. ¿Puedo haceros oír las voces que hace hablar en todos los países del mundo, y las predicaciones antisociales que hace retumbar en todos los confines de la tierra? Todas estas voces, bajo formas indefinidamente varias, dicen la misma cosa: dicen contra la sociedad lo que Catón decía contra Cartago: «¡Es preciso destruirla!

(1) *La conspiración socialista*

¡Es preciso destruirla!» El fin de la prensa socialista es el mismo que el de los anarquistas, si bien los últimos, como dice el P. Vicent en el *Socialismo y Anarquismo* (1), «quieren llegar cuanto antes y para esto echan mano de todos los medios de destrucción»: en los escritos de los socialistas hay las maldiciones más terribles contra el orden actual existente, y ni una palabra de execración contra los crímenes de los que le perturban y atacan con la violencia.

Algunos escritores, como Berard, no ven en los anarquistas otra cosa que «malhechores de derecho común que tratan de disimular sus atentados bajo la máscara de teorías sociales». Pero estos son los falsos anarquistas, los que adoptan un nombre que no les pertenece. El anarquista, decía don José Carvajal, informando ante el Jurado en defensa de Juan María Debats, «es un ideólogo, un soñador, que aspira al gobierno de la humanidad sin gobiernos, y que niega el progreso y anula el tiempo en la ambición de realizar un ideal de finalidad inaccesible». Para lograr sus utópicas aspiraciones tienen por legítimos todos los medios, y de sus criminales actos hay que echar la mayor culpa, no al brazo que los ejecuta, sino á la cabeza que los dispone, al que sugiere la idea, no al que obrando á su impulso la lleva á la práctica.

César Lombroso en *El delito político y las re-*

(1) Parte 1.^a, cap. VI.

voluciones, que escribió en colaboración con Laschi, y sobre todo en *Los anarquistas*, busca en estos malvados el *hombre criminal* caracterizado por rasgos fisionómicos verdaderamente típicos, los considera como enfermos irresponsables de sus actos, dignos sólo de que se les ponga en cura, y atribuye sus delitos á la herencia, á la epilepsia, al histerismo, á causas patológicas y agentes fisiológicos. Sin embargo, pide (1) la prohibición de sus periódicos y de la publicidad de sus procesos. Y la verdad es que los hechos hablan más alto que las teorías y en muchos tipos anarquistas estudiados por él se ve la afición á malsanas lecturas. De Oliva, el que atentó contra Alfonso XII, dice el mismo Lombroso: «Se dedicó con afición apasionada á la lectura de libros y periódicos ultraliberales»; y de Casserio: «No dedicaba las horas que su trabajo le dejaba libre, á otra cosa que á la lectura de libros y folletos anarquistas»; y de Santiago Salvador: «El anarquismo que alguien le inculcó en sus comienzos, él luego concluyó de desarrollarlo con la lectura de periódicos y opúsculos de propaganda revolucionaria».

Recordamos haber leído que las sociedades secretas para fanatizar á los ilusos á quienes querían convertir en instrumentos de muerte, comenzaban por proporcionarles obras de Tolstoy, luego de Kropotkine, etc. Es de advertir que casi todos los anarquistas de acción eran de escasa

(1) *Los anarquistas*, pág. 184, trad. Madrid, 1894.

capacidad intelectual, y por ende terreno abonado para creer á pie juntillas en las primeras letras de molde con que topasen, y más si en éstas se exaltaba su débil fantasía con empresas redentoras de la humanidad, de las cuales ellos mismos, lo más despreciado del mundo, podían ser gloriosos protagonistas. Un ejemplo bastará por muchos: el pope Gapon, que en el presente año declaró condenado á muerte al Czar y al frente de millares de obreros fué el alma de la abortada revolución rusa que sólo se pudo ahogar con torrentes de sangre, era, según un escritor peterburgués (1), «hombre de escasa cultura, al cual han medio trastornado el cerebro las lecturas... Habla como poseído de los espíritus; y sus labios pronuncian sentenciosamente, pero sin orden ni concierto, frases en que van mezclados Tolstoy, Kropotkine... apareciendo unas veces como loco, como cuerdo otras, y siempre como un hombre que ha leído demasiado para que sea bien asimilado en un cerebro enfermo y poco preparado».

En las indagaciones hechas por Hammon entre los anarquistas para averiguar cómo habían llegado á cometer ó intentar tan atroces delitos, se vió que su espíritu de rebelión y de venganza estaba «provocado por especiales lecturas». No es preciso que éstas para producir los mismos funestos resultados se llamen y declaren propiamente anárquicas: «Leí á Víctor Hugo, confesa-

(1) *La Correspondencia de España*, n.º 17,159.

ba un anarquista, y mi espíritu se sublevó contra la opresión actual.» La historia, en manos de ciertos autores, es igualmente arma terrible para combatir el orden social y hacer asesinos á hombres honrados. «¿Qué es toda nuestra educación, escribía Guillermo Ferrero en *La Reforma Social* (1), sino una continua glorificación de la violencia en todas sus formas? Una muy importante parte de aquella es la instrucción clásica, y ésta no puede resolverse más que en un himno á la fuerza brutal, que comience con la apoteosis de los asesinatos de Codro ó Aristógenes para llegar á los regicidios de Bruto, á través de la historia de todos los crímenes horribles cometidos por el más brutal de los pueblos, el pueblo romano. Y toda la historia de la Edad Media, y toda la historia moderna, y aun la historia misma de nuestro renacimiento, tal como hoy se enseñan «¿qué son sino la apología, hecha desde un punto de vista especial, de actos brutales y violentos?» Ha habido alguno, decía ya el Mariscal de Tavannes en sus *Memorias*, que «hubiera querido ser César para trastornar el estado de las naciones: otros habrían deseado ser *Brutos* ó *Timo-leones* para matar á los tiranos».

En España, lo mismo que en las otras naciones, en los explosivos que han ensangrentado las ciudades había mucha tinta de imprenta. El señor Cadalso, director de la Cárcel celular de Madrid,

(1) Año de 1894.

en su obra *El anarquismo en España*, hizo notar el funestísimo influjo que aquí ejercen las traducciones de los más celebrados anarquistas extranjeros; y el antiguo juez de Barcelona Gil Maestre, en su libro rotulado como el anterior, dice de las producciones de la prensa anárquica: «Ella fué la que principalmente perturbó la débil inteligencia de Casserio y puso en sus manos el puñal homicida; ella la que dió alientos á Ravachol, Vaillant y Ascheri; ella la que perturbó á obreros como Pallás y Borrás; ella la que abrió el camino á los malos sentimientos de Salvador.» Pero no es preciso amontonar autoridades científicas y literarias, pues los mismos anarquistas como Emilio Henry atribuyen á la acción de los libros de la secta el origen de los crímenes que cometen. Vaillant afirmó que su atentado había sido además consecuencia práctica de los estudios del positivismo moderno.

A pesar del sistema dominante de represión, que castiga los atentados y no las causas que los producen, que mete en la cárcel al que, tal vez inconsciente y necesariamente, los ejecuta, y deja impune al que inspirándolos es acaso más responsable de ellos que el autor material, no ha podido menos de dictarse contra la propaganda anarquista la ley de 10 de Julio de 1894, reformada en sentido de agravar la penalidad por la de 2 de Septiembre de 1896, castigándose, según la circular de la Fiscalía del Supremo, fecha 13 de Agosto de 1897, no sólo la propaganda directa sino la

que resulta de la descripción de los atentados, etc., y en los años posteriores, muy lejos de parecer excesivo este rigor, en la prensa y en el Parlamento se ha pedido que se aumente.

Es lo que decía Cánovas del Castillo en la sesión inaugural de la Academia de Jurisprudencia en 1892: «Jamás debe suponerse rota la relación íntima que sin cesar existe entre la voluntad inteligente de una parte y de otra la acción libre... Dejemos correr libremente las doctrinas antisociales y creed que, al fin, será cosa corriente, entre muchos, cuando no entre el mayor número, la convicción de que el simple burgués, cuanto más el rico, por sólo serlo, representan tanta perversidad como cualquier ladrón ú homicida.» Como escribió J. Lagardère en *La femme contemporaine*, bajo el título *Importance du choix de nos lectures*, «las facultades intelectuales nunca permanecen inactivas: la idea que se les confía por medio de la memoria, está uno y otro día pidiendo ser puesta en ejecución, brillar fuera, traducirse por efectos.» Siempre ha seguido el hecho á la idea como el fruto al germen, como la consecuencia á las premisas: Ribot lo explica así, dentro de su criterio materialista, en el libro *La psicología de los sentimientos* (1): «Si alguna ley psicológica hay bien establecida por los hechos y el razonamiento, es que toda representación intensa de un acto tiende á realizarse: lo

(1) Cap. 10.

que es inevitable; puesto que la imagen viva de un movimiento es un movimiento que comienza, es una reviviscencia de los elementos motores incluidos en la imagen.» Siempre se ha dicho que el ejemplo es la mejor exhortación; pero también es verdad que la exhortación se traduce pronto por ejemplos.

Es un contrasentido y una iniquidad manifiesta castigar al autor material y no al autor moral, al que pone bombas explosivas en las calles y no al que pone ideas explosivas en el cerebro, al que mueve el puñal y no al que mueve al asesino. Francis Magnard en *Le Figaro*, después de consignar que las provocaciones de la literatura anarquista obtienen inmediato efecto llevando á los ánimos exaltados la luctuosa convicción de que el único remedio para los males de la sociedad es hacer desaparecer la sociedad misma, y que los excitadores y provocadores como Félix Pyat tienen buen cuidado de no ejecutar lo que aconsejan, exclamaba indignado con razón sobrada: «¿No os parece que esto es sencillamente abominable; que tal abstención de *diletante*, que este puesto de abogado consultor de la dinamita, tiene algo particularmente vil, de más cobardía que los atentados mismos, cuyos autores se exponen á graves riesgos?»

La absoluta libertad de pensamiento debía traer los libertarios, el desorden intelectual producir el desorden social, la anarquía en las ideas engendrar la anarquía en las acciones. Los me-

dios de represión más severos y fuertes no bastan para contrarrestar la invasora ola de las ideas anarquistas. Así lo confesó Zola mismo, añadiendo, en una entrevista con un redactor del *Journal des Débats*, después del atentado de Vaillant contra la Cámara francesa: «Yo que tanto he combatido á favor del positivismo, después de treinta años de luchas me encuentro fuera de asiento en mis convicciones. La fe religiosa hubiera impedido la propaganda de esas teorías.» Pero una libertad absurda permite arrancar de las muchedumbres por todos los medios la fe, única que puede salvar esta sociedad amenazada de muerte por enemigos implacables.

CAPÍTULO V

Solución de algunas objeciones

Para defender la religión no se precisa por lo común leer las obras á ella contrarias.—Funestos efectos de la curiosidad.—No hace falta la lectura de libros donde se combate la fe, para que sea razonable el asentimiento prestado á ésta.—Ni leyéndolos se puede formar juicio sobre la solidez de los sistemas opuestos al catolicismo.—Aun llevando buena intención es difícil que no perjudiquen tales lecturas.—Nada prueba el que á algunos no les hayan hecho daño.

Procedamos ya á desatar las dificultades y resolver las dudas que á la tesis que venimos sustentando se oponen.

¿Se puede llegar á la posesión de la verdad, dicen algunos, sin convencerse de que lo contradictorio es falso? Aun sin eso, ¿no conviene tener sabidos los argumentos que contra la Iglesia se aducen? Y ¿cómo se sabrán, sin leer los libros de sus adversarios?

Algunos quieren enterarse de las tales argumentaciones para mejor refutarlas cuando alguien se las presente; pero este buen deseo no justifica la perjudicial lectura de las obras malas. Es cierto,

sí, que los católicos amantes de su religión no pueden consentir que sea impunemente zaherida y ultrajada; no hay duda que, cuando la ocasión se ofrezca y lo exija, debemos hacer confesión de nuestra fe y salir á la defensa de sus dogmas desfigurados ó combatidos por la procacidad impía; imposible no desear que todo cristiano sepa y entienda la doctrina por él profesada, los fundamentos en que se apoya y las pruebas que la abonan y la asisten, para que su *obsequio sea razonable* según las palabras del Apóstol (1), y pueda estar siempre preparado á dar contestación á todos los que le pregunten los motivos de sus creencias y de sus esperanzas, según el mandato de San Pedro (2). Mas no es á los simples fieles, ordinariamente hablando, á los que en especial incumbe la obligación de conocer de una manera científica la religión cristiana, y vindicarla por extenso de las imposturas de sus enemigos; bástales saber bien ese libro de oro que se llama *Catecismo*, y admitir la infalibilidad de la Iglesia, principal argumento y razón la más obvia de todas sus doctrinas. Lo expresó admirablemente San Gregorio Nacianceno en su homilia *De la moderación en las controversias* diciendo: «¿Conserva con tenacidad aquellas palabras con que has sido alimentado á la vez que con la leche; mas deja para los instruídos y eruditos el cuidado de hablar y de disputar. Te basta y sobra tener el

(1) Epíst. *Ad Rom.*, cap. 12, v. 1.º

(2) 1 Petr. 3, 15.

fundamento: edifique sobre él el arquitecto. Te basta saciar con pan tu corazón; deja las viandas más delicadas para los más ricos y los que las tienen en más abundancia. Ningún hombre prudente y de recto juicio te acusará porque no prepares la cena con aparato de esplendidez y profusión, mas si no pusieres pan sobre la mesa á cualquier discípulo de Cristo ó á cualquier otro, ó no le alargases un vaso de agua, permitiéndotelo tus facultades, entonces si que con mucha razón serás condenado.» Si hay quien se conoce con más fuerza para la lucha, y recibió del cielo un entendimiento ricamente abastecido de armas poderosas, que anhela esgrimir en pro de la santa causa contra la hidra monstruosa del error, no necesita leer las obras de los impíos para enterarse de los sofismas que quiere desbaratar: en los controversistas católicos se encuentran presentados con todo su vigor y muchas veces con las propias palabras de los adversarios, como puede observarse en los escritos apologéticos de San Jerónimo contra Vigilancio, en los del Obispo de Hipona combatiendo á Fortunato, Segundo, Félix, Fausto, Máximo y Juliano y en los de Santo Tomás en ambas *Sumas*. En el caso de que realmente alguno, sin peligro, con luces bastantes é intención recta, necesitara leer escritos heterodoxos, la Santa Sede se lo concedería amorosa y benigna.

En la generalidad de los que desean saber las objeciones de los impíos, no es la intención

de combatir las lo que los excita á su lectura, y por eso, además, corren gran riesgo de perder la fe, hundiéndose en el abismo de la indiferencia, á semejanza del Príncipe de los Apóstoles que, al decir de San Lorenzo Justiniano (1), cayó, porque no entró al atrio de la casa de Caifás para defender á su Maestro sino con otro fin muy distinto. La curiosidad los impulsa y los pierde como á nuestros primeros padres. ¿Por qué, decía la astuta serpiente, por qué os prohibió Dios la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, que es tan dulce al gusto, tan deleitosa á la vista y tan agradable al tacto? No moriréis aunque la comáis, contra lo que él os ha dicho; y os la veda porque sabe que si llegáis á probarla se abrirán vuestros ojos, y conociendo el bien y el mal seréis tanto como El: prestaron oídos dóciles (2) y en vez de la ciencia universal y de la felicidad sin tasa y sin medida que se les prometiera, perdieron la sabiduría sobremanera grande que adornaba su espíritu, las gracias riquísimas infundidas en su alma, las dotes privilegiadas de su cuerpo y la paz colmada de su conciencia, encontrándose desnudos totalmente en medio de una tierra que les negaba el homenaje antes á su realeza prestado. No es otro el fruto que de su curiosidad temeraria recogen aquellos espíritus imprudentes

(1) *De triumph.* cap. VIII. *Ingressus est et fortasse deo corruit, quoniam non ut pugnaret sed, ut finem videret accessit.*

(2) Génesis, cap. III, vers. 7.º

que, por la fútil razón de saber de bueno y de malo, como ellos dicen, precipítanse anhelantes sobre las fuentes de la impiedad para apagar su sed ardorosa de conocer de todo. Recuérdese que no hay que saber más de lo que conviene (1), ni con sabiduría que pueda calificarse de terrena (2) ó carnal (3), y que, en expresión de Tertuliano (4), todo lo sabe el que no sabe nada contra la Iglesia.

Los sectarios defienden que se necesita leer las obras donde se impugna la religión cristiana; porque sólo así es como dejamos de prestarle asentimiento ciego y estúpido; sólo así podemos compararla con las otras innumerables que le disputan encarnizadamente en campal batalla el dominio sobre las conciencias; y así únicamente, llegaremos á quedarnos convencidos de su verdad, pues, como escribía el autor del *Ensayo sobre la libertad de imprenta*, publicado en la república vecina (5), «ninguna proposición puede tenerse por demostrada, mientras haya argumentos que sólidamente la impugnen; y solamente podremos saber que contra una proposición no existen argumentos ineluctables leyendo las obras de los adversarios en que se hallan expuestos.» Vergüenza da confesarlo; pero ello es una verdad tan triste como evidente, que semejante modo

(1) Eccli. c. 7. v. 17.

(2) Philip. c. 3, v. 11.

(3) Rom. c. 8, v. 5.

(4) *Adversus regulam nihil scire, omnia scire est.*

(5) Cap. II.

de discurrir, si de discurso merece el nombre, semejante criterio subversivo de todo cristianismo es aceptado con aplauso y defendido en todos los tonos con frecuencia por quienes no renuncian á su filiación católica, imitadores de aquellos israelitas, contra los que vibraba sus encendidas palabras el ardoroso profeta del Carmelo, *porque, cojeando hacia dos lados* (1), pretendían hermanar el culto legítimo del Dios verdadero con la adoración supersticiosa del ídolo Baal. Esta objeción no es nueva, es la de los antiguos maniqueos, triturada ya y reducida á menudo polvo por el águila de Hipona, principalmente en su libro *De utilitate credendi*, y presentada contra los católicos bajo distinta forma por Fréret en su *Examen crítico*; pero nunca como en los aciagos y misérrimos tiempos que atravesamos ha estado más en boga, ni subido á punto tan alto de predicamento.

Fué principal empeño de J. J. Rousseau, al que consagró de una manera preferente las más pergeñadas producciones, demostrar que en la educación de los niños no debe inclinárseles el ánimo *a priori* hacia ninguna religión determinada, bastando proponérselas todas en la edad conveniente (2), para que, después de un maduro examen

(1) III Reg., cap. XVII, v. 21.

(2) Hay muchos que defienden este principio, pero se guardan muy bien de aplicarlo á su familia, Littré concertó con su esposa que ésta instruyese á la hija en la religión hasta los 15 años y él la enseñaría después el materialismo; pero se guardó de hacerlo. El librepensador Legouvé decía: «Yo también he tenido y tengo

comparativo, elijan, en todo caso, aquella que á la razón sea más conforme. Á este delirio, *le plus odieux d'un sophiste sans intelligence et sans cœur*, como en su obra *De l'éducation* lo calificó *Dupanloup*, se ha repuesto que con semejante educación no se admitiría jamás religión positiva alguna, ó, en el caso de hacerlo, sería en la última edad de la vida; pues tal examen precisaba, de ser cabal, que se aprendieran todas las lenguas, se registraran las bibliotecas todas, se resolviesen problemas los más intrincados, se pusieran á contribución todos los ramos del saber, y se examinaran en sus fundamentos más hondos y en sus consecuencias más remotas con atención profunda y detenida todos los sistemas religiosos. Esta misma contestación, que evidentemente no tiene vuelta de hoja, puede y debe darse á los que cohonestan la lectura de libros impíos con el estudio de las objeciones contra la religión, para certificar de la verdad de ésta. Porque, en efecto, la vida de un hombre no bastaría á conocer todos los argumentos que contra la Iglesia se han inventado y se propalan, aun cuando á ningún otro objeto se la quiera consagrar. Se ha echado mano, para combatirla, de todos los medios imaginables; se interrogó á las pirámides y á las esfinges; buscóse la clave con que descifrar y

en mi hogar almas creyentes y, como Littré, me tendría por criminal si alguna vez cayese en la tentación de turbar con mis dudas ú ofender con mis argumentos esas convicciones religiosas de las cuales las personas que amo con tanta ternura sacan comunmente su consuelo y su virtud.»

leer los caracteres geroglíficos, simbólicos, hieráticos y cuneiformes, que la antigüedad trazó sobre el polvo amasado, hasta convertirse en ladrillo, con las lágrimas, el sudor y la sangre de parias y de esclavos; se han seguido las huellas que sobre la arena movediza de los desiertos imprimiera la planta salvaje de tribus nómadas, errantes y vagabundas; transportándose con el espíritu á millones de siglos atrás, se asiste á la formación de los mundos siderales y á la constitución sólida de la tierra, separada de los focos ígneos como una hebra de luz desprendida de la rubia cabellera del sol; y en todo se busca argumentos contra la Iglesia de Cristo. El que quisiera, de consiguiente, tener noticia cabal de cuantas observaciones se la han opuesto, debería saber todas las ciencias, especialmente las físicas y exactas, pues de ellas, por principal modo, se ha valido el espíritu de la mentira y del error para añadir nuevos sofismas á los ya pulverizados por la pluma de los apologistas primeros.

Si los enemigos de la Iglesia estuviesen entre sí conformes y sustentaran unas mismas teorías é idénticos principios, aparecería menos difícil conocer los fundamentos de los sistemas anticatólicos con la lectura de sus obras; pero basta echar una ligera ojeada sobre ellas para convenirse de que no hay unión alguna, á no ser en la mera y absoluta negación del principio de autoridad en materia religiosa. Se da allí el mismo espectáculo que dieron los primeros impíos en las

llanuras de Sennaar, cuando su temerario y loco empeño de construir una torre más alta que las nubes, superior á las tempestades y vencedora de los siglos, fué humillado por Dios, confundiendo sus lenguas y permitiendo que no se entendiesen, hasta producir en ellos la separación más absoluta. Lo que decía Job al final de su capítulo X, cuadra como de molde á las escuelas anticristianas, que son, en efecto, tierra pedregosa y miserable cubierta de obscuridad y sombra de muerte, donde no hay orden, *nullus ordo*, sino un desconcierto horroroso y continuo. Como cada sectario pretende para sí el primer lugar en virtud de aquella soberbia que es raíz de todos los errores teológicos; como todos aspiran á la originalidad y al lauro de la invención; como no hay fuerza cohesiva, ni principio de autoridad ó norma sólida, ni criterio seguro que enlace y vincule en una sola y común aspiración los esfuerzos individuales y privados, resulta de esto la mayor divergencia entre los diversos escritores (1) que patrocinan por separado los más monstruosos delirios.

Y no exponen sus sistemas con la calma de espíritu propia de quien se halla en posesión de la justicia, dentro de los límites de la discusión ra-

(1) Los Santos Padres ya notaron este carácter de volubilidad del error. San Ireneo decía: *Inconsonanter et inconsequenter dispersa sunt vestigia doctrinæ ipsorum*; y San Hilario: *Quorum sermo in orbem semper et circulum erroris inflexus nihil tenens et in nullo consistens, indefinitæ sententiæ cursu recursuque jactatur.*

zonada y en la región serena y altísima de las ideas y de los principios: descienden con sobrada frecuencia al bajo terreno de los insultos, hacen de las teorías cuestión personal, y luchando, no porque la verdad se esclarezca y triunfe, sino para imponer el criterio propio, convierten su campo en un campo de Agramante, y revolviéndose unos contra otros, con la sañuda furia de un ánimo enconado, llevan á la práctica en el orden científico aquella contradicción que, en tiempos no distantes, hizo funcionar incesantemente la sangrienta guillotina, á saber, como dijo nuestro satírico autor de *La Marsellesa*:

«El pensamiento libre
Proclamo en alta voz:
Que muera el que no piense
Igual que pienso yo.»

El que lea sus obras para saber si la razón les asiste, apenas traspasa los dinteles de esta mansión nefanda, aun no toca los límites de este terreno vedado, de este campo de ruinas, cuando ya escucha los gritos del combate y percibe á los contendientes luchando con arrojo por el triunfo de sus preocupaciones privadas. Mientras los ateistas niegan la existencia de Dios, y los deistas admiten á Dios pero niegan la Providencia, y los naturalistas creen en Dios y en la Providencia, más desechando lo que su razón no alcanza, cada una de las infinitas y pequeñísimas fracciones en que estos grupos se dividen, se

atacan mutuamente con un enardecimiento digno en verdad de mejor causa, siendo lo más notable, que *por no poder estar en paz* (1), no solamente se hacen la guerra unos á otros, sino que se hallan en guerra perpetua consigo mismos, combatiendo hoy lo que defendieron ayer, afirmando en una obra lo que negaron en otra, y cayendo á veces en contradicciones manifiestas dentro de las páginas de un mismo libro.

El excepticismo, cuyos principios informan el deseo de saber los reparos que se oponen á la religión, es, en último término y con todas sus consecuencias, el funesto resultado que proviene de llevar á la práctica semejante voluntariedad. El que se entregue á la lectura de obras sectarias para conocer la verdadera religión, no solamente perderá de ordinario la fe en la religión cristiana por su temeridad indisciplinable y como castigo de su desobediencia, sino que, metido en el intrincado dédalo de la impiedad, no encontrando salida razonable por ningún sistema, y cegado por el polvo del combate en que los incrédulos sin compasión se hostilizan, desmayará de poseer la verdad religiosa, y juzgadas todas las confesiones y todos los sistemas por igual, tenidos todas por extravagantes sueños, acabará por tenderse, cansado y sin fuerzas, sobre el lecho de agonía del más lamentable indiferentismo.

Yo leo los libros irreligiosos, tomando de allí

(1) Isaías, cap. LVII, v. 11.

únicamente lo que haya de razonable: si me hicieran abandonar mis creencias, esto lo que probaría es que no son ellas tan sólidas como al presente las juzgo. He aquí uno de los argumentos especiosos con que el infernal enemigo de nuestras almas ciega á muchísimos, para que no vean la sima sin fin de males y de perdición en que, de pendiente en pendiente, como por plano inclinado en gran manera, se precipitan sin remedio, si se dan á tales lecturas. Este pretexto que, como luego habremos de ver, es mera fruslería, fué presentado con toda la fuerza aparente de una demostración ineluctable por Bayle y Helvecio. En el fondo es el mismo sofisma tan célebre de Zimmerman, cuando escribía, haciendo la defensa de la tolerancia (1): «Los ateos en sus libros no hacen sino racionar; no arrancan por fuerza el asentimiento. Los lectores pueden siempre rechazar ó no sus racionios.»

Aquel poeta español á quien, como dice don Fernando de la Vera é Isla,

«La fe en señal de victoria
Palma divina le ofrece,
Que realza en su memoria
Al lauro humano que crece
En los campos de la gloria».

aquel vate madrileño, al que, según terminaba Laverde Ruiz un lindísimo soneto,

...se vuelven estrellas las coronas;

(1) *Causas de la incredulidad*, par. 12, núm. 8.

Calderón de la Barca, en una palabra, escribió la siguiente redondilla:

«Del más hermoso clavel,
Pompa del jardín ameno,
El áspid saca veneno,
La officiosa abeja miel»,

donde se condensa un pensamiento verdaderísimo y de la mayor importancia. Es evidente que el mal ó el beneficio que se recibe con la lectura depende en mucho de las disposiciones del lector, á las cuales dice relación íntima y directa. Es, pues, evidente también que nunca miel de provecho, y sí siempre veneno y daño saca de las obras perversas el que las lee sin el necesario permiso, porque no serán las disposiciones de su ánimo muy favorables, cuando principia desoyendo la voz de la Iglesia, poniendo bajo los pies uno de sus preceptos más terminantes y rigurosos, y perpetrando uno de los pecados que mayor malicia y gravedad revisten. Aunque, según advirtió Paulo IV en su Breve *Quia in funerum* de 21 de diciembre de 1588, algunos se pervirtieron por leer libros de luteranos con el fin de combatirlos, y aunque abundan los ejemplos de personas caídas en los errores de las mismas obras que leían para refutarlas, no se discute que, cuando tales lecturas obedecen, teniendo licencia, á la necesidad ó á la obligación, cabe conservar ilesa é inmaculada la fe, á guisa de la salamandra que, en opinión de los antiguos, pa-

saba por el fuego sin sentirle; puédese, empero, aseverar, sin temor de equivocarse muchas veces, que no sucederá lo propio en los demás casos. Téngase también presente que, según se nota en el folleto publicado por un obispo lombardo con el título *Doveri d'ogni uomo in faccia alla stampa odierna* (1), se incurre en pecado grave exponiéndose, sin proporcionado motivo, al peligro próximo de engaño y de seducción.

Que algunos han leído numerosos libros malos, y supieron preservarse de su infección: bien; sea. Pero sólo el que haya uno que naufragó en estos procelosos mares ¿no será motivo más que suficiente para poner temor, y retraernos de dirigir hacia allí sin necesidad la proa? Si nosotros nos perdemos, ¿de qué nos servirá el que no se perdieran otros, y hayan, si se quiere, aprovechado? No se dé al olvido aquella hermosa *prolepsis* del fénix de los ingenios:

«Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.»

¿Es, acaso, que se trata de medir las fuerzas con los enemigos de la verdad ensayando si con las luces del ingenio propio pueden desatarse las

(1) Cap. X.

objecciones aglomeradas en sus libros? ¿O se los lee, tal vez únicamente, para experimentar si es factible leerlos sin dejarse seducir?

Sería la más rematada de todas las locuras, mayor aún que la de quien entrara en aguas peligrosas y profundas, á fin de saber si sabe nadar en aquellos parajes precisamente donde han perecido los nadadores más expertos; pudiéramos asimilarla á la estulticia apenas concebible de quien tomara un tósigo mortal para conocer experimentalmente la resistencia de su estómago. Si, como decía Carlos V de Alemania y I de España en el hermosísimo Edicto Imperial que dió en Bruselas el año de gracia de 1550, las mejores comidas, cuando se sospecha que tienen una sola gota de veneno, son inmediatamente rechazadas, ¿quién habrá tan falto de seso, que, por hacer experiencia de su robustez intelectual, tome la abundante y mortífera ponzoña de los malos libros que quitarán la vida, no ya á su cuerpo, sino, lo que es más de sentir, á su misma alma? ¿Habría alguno que embarcara en frágil, desvenado y roto esquiife, para aprender á evitar el naufragio?

La experiencia de todos los días viene acreditando sin género de duda, si de acreditarse estuviere necesitada, aquella sentencia del Salvador, según la cual los hijos de la luz son menos prudentes que los hijos de este siglo, que los hijos de las tinieblas (1). En esta lucha desigual con los

(1) Luc. cap. XVI, v. 8.

libros anticatólicos, casi siempre los lectores sufren la derrota de sus creencias, y, quedando prisioneros de los enemigos de sus almas en los lazos á su piedad y candidez tendidos, ó pierden la hermosa *virginidad de la fe*, llevando clavado en su espíritu el puñal de la duda, incompatible con el firme asentimiento que se debe á las verdades reveladas.

CAPÍTULO VI

Biblias protestantes

Adulteraciones de la Biblia hechas por Lutero y Calvino. — Fundación de las Sociedades Bíblicas. — Sus trabajos en España. — Traducciones que reparten en nuestra nación. — Frutos funestos que producen. — Razón de no leer la Biblia sin notas. — Obscuridad de las Sagradas Escrituras. — Necesidad de que sean interpretadas. — Qué cualidades ha de tener la interpretación.

La Constitución *Officiorum ac munerum* dada por León XIII en 26 de Enero de 1896 prohíbe (1), menos á los que se dedican á estudios teológicos y bíblicos, el leer las ediciones del texto original y de las antiguas versiones católicas de la Sagrada Escritura, aun las de la Iglesia oriental, *hechas por cualesquiera escritores no católicos, «aunque parezcan fiel é íntegramente editadas».*

Cuán prudente sea esta cautela y saludable este rigor, sólo podrá desconocerlo quien ignore el constante perverso modo de proceder de los

(1) Tit. 1, cap. 2.

heterodoxos. Ya dijo Tertuliano de los Marcionistas, que rechazaban unos libros sagrados y otros no los admitían íntegros. San Ireneo notó que esta sacrílega costumbre de mutilar á su gusto la Sagrada Escritura era propia de todos los herejes; y á todos los llamaba San Cipriano *corruptores evangelii*.

Tal fué la práctica de los subsiguientes innovadores de la doctrina de la Iglesia; pero nadie llevó la osadía al punto que los protestantes. Calvino viendo ser los libros que más se oponían á sus novedades los deuterocanónicos del Nuevo Testamento, ó sea la Epístola de San Pablo á los Hebreos, la de Santiago, la de San Judas, la segunda de San Pedro, la segunda y tercera de San Juan y el Apocalipsis, los rechazó como apócrifos. Lutero, menos escrupuloso aun, dejó de admitir los deuterocanónicos del Antiguo Testamento, esto es, los de Baruch, Tobías, Judith, Sabiduría, Eclesiástico y los Macabeos. Los protestantes posteriores, más influídos cada día por el espíritu racionalista, apenas hay libro santo cuya inspiración no nieguen. Si, como confiesa el pastor ginebrino Moulinie en su *Notice sur les livres apocryphes*, la causa de excluir del cánón de las Sagradas Escrituras ciertos libros, es el no acomodarse sus enseñanzas á las enseñanzas de la Reforma, la misma razón habría para suprimir de los admitidos todos los pasajes que á ellas se creyesen contrarios; así es que, con descaro inaudito, estos reformadores de nuevo cuño no

temen reformar la misma palabra de Dios tachando y truncando todo lo que en ganas le viene.

En cuanto á lo que reconocen por inspirado, como los originales de la Biblia no se conservan y en la infinidad de copias que se hicieron hay tantas variaciones que en sólo el Nuevo Testamento halló *treinta mil* el célebre Milio, y aun se quedó muy corto, los enemigos de la Iglesia y de su versión vulgata escogen la que mejor cuadra á sus perversos designios y á sus particulares doctrinas; de donde resulta que en las distintas ediciones hechas por los diversos sectarios hay una diferencia inmensa entre unas y otras. Siendo tan difícil como lo es, por múltiples causas que los mismos exégetas protestantes reconocen, la inteligencia del texto hebreo y griego de la Biblia, se prestan unas mismas frases á las más variadas interpretaciones, de las cuales eligen los novadores aquellas que más directamente pueden favorecer á sus erróneos sistemas. Y como si esto no fuera bastante, cuando aun se les figura insuficiente para sus depravados intentos, no hallan reparo en trocar unas frases por otras ó en añadir palabras que varían totalmente el sentido.

Lutero tiene en ello pocos que le igualen: hay quien ha contado los errores dogmáticos que más de bulto se destacan en su traducción alemana de la Biblia, y los encontró á millares; hasta secuaces de la Reforma, como Osiandro y Bucero, se

escandalizaron de tamañas y tan repetidas falsificaciones. El P. Querubín de San José, y Audin en cuanto á las primitivas versiones de los protestantes alemanes; Cotón, Chardou, Niquet y Veron á las francesas; y Ward, Emser, Horne y Milner por lo que toca á las publicadas en inglés han demostrado en sendos libros que el ejemplo de Lutero tuvo muchos y muy aprovechados imitadores.

Especialmente debe evitarse las *versiones editadas por las Sociedades bíblicas*,

Los reformados, que acusaban de espíritu de proselitismo á los *papistas* y decían que ellos no iban á convertir infieles á países bárbaros porque los tenían más cerca ó sea en la Iglesia Católica, después, contradiciendo sus propias doctrinas sobre la tolerancia religiosa, dedicáronse con celo digno de mejor causa á hacer propaganda mediante el reparto de ejemplares de la Sagrada Biblia. Instituyéronse al efecto multitud de asociaciones que se juntaron formando la *Gran sociedad bíblica* de Londres, el 7 de Marzo de 1804, la que sostiene millares de personas encargadas de distribuir libros por todos los países y cuenta con la cooperación de miles de sucursales; y en un solo año, en 1838, recaudó la enorme suma de 79.454,137 reales. Posteriormente, convencidos de su ningún éxito, fué decayendo mucho el entusiasmo de los protestantes por esta obra; pero hasta el año de 1889 habíanse repartido 124 millones de Biblias vertidas á doscientas setenta y

cinco lenguas (1). Aprovechándose de las revueltas políticas de España, de la tolerancia ó de la timidez de los Gobiernos, y de los gérmenes de aversión al catolicismo traídos por la invasión francesa, trabajaron con esfuerzo digno de tan mal propósito las sociedades bíblicas por esparcir en nuestra tierra el veneno elaborado en sus talleres tipográficos. Borrow, anglicano, fué el primero que acá vino subvencionado por ellas con fin tan reprobable: tradujo por sí mismo al *caló* de los gitanos el evangelio de San Lucas él hizo que el médico Oteiza lo vertiera al vascuence; pronto le siguieron Rule y otros metodistas.

Al principio encontróse gran dificultad para difundir Biblias adulteradas, de lo cual se quejaba el pastor Caballero; mas no por eso se desanimaron los metodistas, quienes sólo desde Septiembre á Enero de 1841 repartieron 100,000 ejemplares de Biblias españolas: establecióse una imprenta en Barcelona para publicarlas; James Thompson, emisario de las Sociedades Bíblicas, fundó en 1854 en Madrid la Sociedad Evangélica Española de Edimburgo; y se hicieron traducciones al valenciano, al catalán y á otros dialectos. La libertad de cultos traída á España por la revolución del 68, hizo sus primeras manifestaciones con la abierta propaganda de la *Sociedad bíblica* de Londres, ayudada por la Británica, la Ameri-

(1) Contando las versiones hechas por católicos y por protestantes, resulta que la Biblia ha sido traducida á cuatrocientas lenguas.



cana, la Escocesa y la Librería nacional y extranjera.

Conforme decía el pastor protestante Mestral en una famosa epístola publicada en *L'Univers*, el 25 de Marzo de 1873, las Sociedades Bíblicas propagan y recomiendan una Biblia «falsificada y en más de un pasaje tocada de arrianismo», y sin embargo, al repartir por España á precios los más económicos y á veces hasta de balde sus mistificaciones bíblicas, aseguran de ordinario al frente de ellas que son la fidelísima versión del P. Scio: maña muy añeja entre los sectarios, y en la que salieron maestros los pseudo-reformadores alemanes, haciendo pasar entre el vulgo, para mejor engañarle, como obras de ilustres católicos las traducciones en que inoculaban el virus de la herejía.

Las Biblias que la *Bibel Society* reparte con mayor abundancia en España, son las de Casiodoro de Reina y Ciprián de Valera, traducidas en Francfort el 1569 y en Amsterdam el 1602 respectivamente. Desde el punto de vista literario no parece exageración lo que de estas versiones y las del Nuevo Testamento por Juan Pérez y el burgalés Francisco de Encinas, trabajadas también en el siglo de oro de las letras castellanas, dicen los anotadores españoles del *Apurato bíblico* de Lamy (1), que «están tan bien desempeñadas, que hacen un grande honor á la nación

(1) Ed. Madrid, 1825.

española, y la colocan por esta razón en un grado superior á todas las naciones cultas de la Europa; pues todos saben que dichas versiones forman una de las épocas más gloriosas de la literatura española de aquellos siglos. En ellas, según contestan todos los inteligentes, se hallan claridad, propiedad, exactitud, majestad, y un lenguaje el más puro y elegante, conviniendo todos en que son, por decirlo así, uno de los mejores textos de la lengua.»

Pero si los protestantes nuestros conterrines traductores de Libros Sagrados manejaban bien, Valdés particularmente, la lengua castellana, no así las que traducían. De Casiodoro, que fué quien puso en romance la Biblia completa, dice el señor Menéndez Pelayo en los *Heterodoxos españoles* (1): «Como trabajo filológico no es el suyo ninguna maravilla. Sabía poco hebreo y se valió de la traducción latina de Santés Pagnino... Según Ricardo Simón, las notas de Casiodoro están tomadas casi siempre de la «Biblia Zuingliana» de León de Judá, ó de las antiguas de Ginebra.»

De Cipriano Valera forma este juicio el mismo escritor: «Es lo cierto que Valera ni de docto ni de hebraizante tenía mucho. Los veinte años que dice que empleó en preparar su Biblia deben de ser ponderación é hipérbole andaluza; porque su trabajo, en realidad, se concretó á tomar la Bi-

(1) Tomo II.

blia de Casiodoro de Reina y reimprimirla, con algunas enmiendas y notas que ni quitan ni ponen mucho... Á esto se reduce toda la labor de Valera, que, sin embargo, pone su nombre y calla el de Casiodoro en la portada.»

Aunque los autores de estas Biblias se proponían hacer falazmente propaganda con ellas entre los católicos, no pueden disimular su odio al catolicismo ni los principios á él por entero contrarios en que se inspiraban. El mismo Casiodoro en la *Amonestación al lector*, declara «no haber seguido en esta traslación en todo y por todo la vieja *Traslación latina que está en el común uso*, porque aunque su autoridad por la antigüedad sea grande, ni lo uno ni lo otro le excusan los muchos yerros que tiene apartándose del todo innumerables veces de la verdad del texto hebraico, otras añadiendo, otras trasponiendo de unos lugares á otros.» Conforme se multiplican, para difundirlas en los países de lengua castellana, nuevas ediciones de la Biblia de Casiodoro y Valera, al retocar el estilo anticuado han ido las Sociedades Bíblicas añadiendo nuevos errores. Han repartido también por España, con efecto, Biblias del Padre Scio, pero alteradas y corrompidas por Wite, ó séase el canónigo apóstata Don José María Blanco.

Muy justamente ya los Romanos Pontífices predecesores de León XIII (Pío VII, 1 Junio y 4 Septiembre 1816; León XII, 3 Mayo 1824; Pío VIII, 24 Mayo 1829; Gregorio XVI, 11 Agos-

to 1840 y 8 Mayo 1844; Pío IX, 1846) prohibieron contribuir pecuniariamente ni cooperar en modo alguno á las sobredichas sociedades. Con sólo repartir biblias entre los paganos, de esperar fué (1) que no se los atrajese al cristianismo; pues ni las leen, ni entienden su lenguaje, ni alcanzan su verdadero sentido, ni aun penetrándolo sería fácil que sin ofrecérseles motivo ninguno de crédito admitiesen que su religión era falsa y debían seguir la de los libros de los extranjeros; ni después de convencidos de que allí se contiene la palabra de Dios estarían seguros de que se hallaba bien traducido, máxime siendo tan opuestas entre sí las versiones protestantes.

Lo único que logran (2) los agentes de tales sociedades, pomposamente llamados *misioneros*, es encender el odio de los idólatras contra el nombre de Cristo, dificultar los admirables progresos de la doctrina católica, y exponer los ejemplares de las Santas Escrituras á las más irreverentes profanaciones; en cuanto á los católicos, los frutos que producen son igualmente frutos de perdición; pues no consiguen que abracen el protestantismo, pero sí que se apodere de muchos la duda y la indiferencia, y que, escandalizados los poco firmes en la fe ante tales discrepancias religiosas, concluyan por no tener religión ninguna.

(1) Perrone. «El protestantismo y la regla de fe» parte I, sección 2, cap. IV.

(2) Así aparece demostrado en la *Historia de las misiones cristianas* que en 1832 publicó Marshal.

Wix, en la obra que escribió contra las sociedades bíblicas, prueba que por su pretensión de obrar de concierto con personas de todas sectas, conducen á propagar la indiferencia religiosa; y Lamennais, en *El Conservador*, predijo que no sólo la anarquía religiosa, pero además la anarquía política serían consecuencia del establecimiento de tales sociedades.

En otras ediciones protestantes, los libros canónicos, que ellos no admiten, iban como de apéndices en concepto de apócrifos; en las de las sociedades bíblicas ni aun eso se hace (1): por lo que respecta á lo que publican, no sólo cortan y rajan á su talante los traductores, omitiendo ó cambiando lo que se les antoja, sino que suelen descuidar en absoluto todas las reglas de una buena versión, atentos únicamente á cobrar los sueldos. Ya Perceval, Capellán del Rey de Inglaterra, en su obra *Razones por las que no soy miembro de la Sociedad bíblica*, después de decir que, hasta su tiempo, habían costado las diversas traducciones 150,211,765 reales, las califica de *ejercicios de niños de escuela*, y manifestados sus garrafales defectos y monstruosos desatinos, concluía: «Sepan, pues, los pobres engañados de Inglaterra, con qué fin se emplean sus *cuotas semanales*. Seguramente que es para helarse la sangre en las venas de un cristiano al pensar en

(1) Principió á suprimir estos libros Steinkopf por indicación del Supremo Consejo de la Sociedad bíblica de Londres, la cual, en 1826, lo puso como condición para todas las futuras ediciones.

la presunción sacrílega de una sociedad que así se atreve á burlarse de la revelación del Todopoderoso.» Como este autor, opinan muchos de los más ilustres miembros de la llamada Iglesia anglicana, y contra las sociedades bíblicas han escrito los protestantes Bretschneider, Carlisle, Hook y Prettisman: y el ex pastor Bon Rodríguez en su *Historia de las Sociedades bíblicas*, sacó á la vergüenza pública las artimañas y manejos de las mismas en España. Bueno será advertir de pasada que, aquí como en todas partes, muchos de los viajantes de las Sociedades bíblicas han sido propagandistas de ideas revolucionarias y agentes encargados de promover conflictos y suscitar rebeliones de conformidad con los deseos é intereses de los Gobiernos de sus respectivos países. La gran propaganda bíblica de 1860 en Andalucía favoreció la propaganda de la república y del carbonarismo, según hace ver el señor Lafuente en la *Historia de las Sociedades secretas* (1). Los separatistas de Cuba y de los Estados Unidos laboraban en la Península con el pretexto de distribuir ejemplares de la Sagrada Escritura. Los sucesos de 22 de Junio del 66 se prepararon con el millón que la Sociedad bíblica dió á los progresistas, comprometidos á implantar la libertad de cultos si triunfaban... En las cuentas publicadas por dicha Sociedad figuran gruesas sumas, con que se subvencionaba á los periódicos revolucio-

(1) Tomo II.

narios. Algunos agentes bíblicos conspiraron en los clubs socialistas.

El *no permitir la biblia sin anotaciones* está en un todo conforme con la razón y con la experiencia.

Cuanto mayor es hoy, por desgracia, que en los primeros tiempos la ignorancia religiosa de los fieles y su desvío respecto de las ciencias sagradas y de las explicaciones catequísticas del sacerdote, tanto es más preciso ilustrar con notas el Sagrado Texto. «Si no conocierais la poesía, escribía San Agustín (1), no os empeñaríais en leer á Terenciano Mauro sin ayuda de maestros. Precisos son Aspero, Cornuto, Donato y otros infinitos comentadores para entender á cualquiera de los poetas aplaudidos en el teatro. ¿Y os arrojáis sin guía ni intérprete á leer los sagrados libros, considerados por todos como santos y llenos de cosas divinas, haciéndoos jueces atrevidos de ellas, sin doctrina de maestro?» Todas las herejías (2), como confiesa el propio Calvino (3), se creyeron fundadas en la Biblia, y de interpretarla privadamente nacieron, según hicieron notar los Santos Padres. Tertuliano hasta se atreve á decir, en su magnífica obra de las *Prescripciones*, que «los libros sagrados fueron por disposición divina escritos de suerte que suministraren

(1) *De utilitati credendi.*

(2) Ya al fin del siglo xvi, había 540 herejías. De entonces acá se cuentan por millares.

(3) *Epistolæ et responsa.*

á los sectarios materia para sus aberraciones, puesto que en ellos se lee: *Es necesario que haya herejias*, las cuales no podrían existir sin la Escritura.»

Cuánta sea la dificultad que ofrece la inteligencia de las páginas sagradas, por las doctrinas sobrenaturales y misteriosas que contienen, por los sucesos desconocidos que narran ó por los que anuncian para tiempos aun no llegados, por las alusiones que hacen á usos y costumbres muy diferentes de los nuestros, por los extraños modismos y expresiones figuradas y simbólicas, por la variedad de sentidos de una misma locución, por las aparentes contradicciones, por la excesiva concisión, por la falta de orden sistemático en la exposición y de enlace entre las materias, por las diferencias de asuntos y de estilos y por otra infinidad de causas, demuéstranlo sin género de duda los autores de *Hermanéutica Sagrada*; y prueba de ello son los infinitos comentarios y las muchas disputas á que su interpretación ha dado lugar entre los mismos católicos: «Yo podría escoger, predicaba Wiseman (1), los pasajes más conocidos de la Escritura Santa, y os mostraría cuán difícil es, con todo eso de ser tan conocidos, el descubrir su verdadero y preciso sentido... Os pondría á la vista los extensos y muy trabajados comentarios, las opiniones contradictorias y variadas hasta lo infinito, de los exégetas ó expo-

(1) Conferencia II.

sitores protestantes acerca de esos mismos textos que muchos de vosotros tal vez habréis leído y releído sin percataros de que tuviesen la menor obscuridad... Fijad un momento vuestra atención en las colecciones de los comentaristas ó expositores; contad el prodigioso número de sus volúmenes; medid la extensión de lo que han escrito acerca de cada versículo de la Escritura en particular, y fácilmente os convenceréis de que la Biblia no es un libro tan fácil de entender.» ¿Á qué fin, en otro caso, decía San Francisco de Sales á los hugonotes (1), tantos comentarios de los antiguos y tantos comentarios de vuestros mismos ministros? Si, efectivamente, fuera tan clara como los protestantes afirman, no andarían tan discordes en entenderla: sólo la expresión *hoc est corpus meum*, ha sido interpretada por ellos de doscientos distintos modos; Thiess ha contado las explicaciones que de parábola tan clara como la del administrador, *villicus iniquitatis*, han dado, y la suma arroja el número 85; y del versículo 20 del capítulo III, en la carta á los Gálatas, ha hallado 150 interpretaciones diferentes hechas por los mismos.

Después de tanto pregonar la claridad de la palabra de Dios, muchos de los reformadores no han podido menos de reconocer todo lo contrario, llegando alguno—*Flaco Illyrico*, en su *Catalogus testium veritatis*—á aducir ciento y un argu-

(1) *Les controverses*, parte II, chap. I, art. 10.

mentos en pro de su obscuridad. El mismo Lutero, que puso por principio de la reforma la absoluta sencillez de los Libros Santos, confesó más tarde (1) que «profundizar los sentidos de las divinas Escrituras es imposible... comprender su sentido sería una maravilla. Apenas nos es permitido conocer su alfabeto... Entender la palabra divina será siempre una empresa superior á nuestra inteligencia.»

Siendo, pues, la Escritura tan trabajosa de entender, como ella misma lo declara (2) y prueban los Santos Padres, de los cuales trae Serario un número tan sinnúmero de testimonios, que Bonfrer creyó preciso clasificarlos distribuyéndolos en veinte grupos, ¿puede discutirse, por nadie que tenga razón, la que tuvo la Iglesia para disponer lo que dispone en orden á las notas de las Sagradas Escrituras? Aun los que consideran la Biblia como un documento puramente humano, no deberían criticar el que se hiciese con ella lo que con todas las obras clásicas, lo que se hace, por ejemplo, con Homero, Virgilio y Dante. La historia bíblica es más antigua que otra alguna; sus locuciones distan más de los modernos idiomas que las de otro cualquier libro; la vulgata, versión declarada auténtica por la Iglesia, imita la brevedad y concisión del texto original, y como advierte el Sr. Mateos Gago (3),

(1) Audin *Vida de Lutero t. 2*

(2) Salm. 118. Luc. 24, 27; id., id., 15; 2 Petr. 3, 16

(3) Análisis filosófico, etc., pág. 226.

«es muy difícil que un traductor pueda transmitir con propiedad los idiotismos y los tropos ó figuras de dicción y de sentencia que tanto abundan en el original».

Además, dice un insigne escriturario francés: ¡cuántas cosas nos *repugnan al pronto*, y parecen naturales, buenas y loables luego que se nos da la verdadera significación de ellas! ¡Cuántas dificultades propuestas por Voltaire y otros filósofos se disipan con una simple observación de crítica ó de historia! Estas consideraciones han movido á todos los traductores capaces de comprender el espíritu de la Iglesia á añadir siempre á sus versiones las explicaciones necesarias para penetrar el verdadero sentido de nuestras Santas Escrituras, defendiéndolas por este medio de los temerarios asaltos de la impiedad.

Mas para que se pueda leer traducciones de la Biblia vulgata no basta que tengan cualesquiera comentarios ó notas: es preciso, no tratándose de versiones aprobadas por la Sede apostólica, que dichas aclaraciones, según antes queda expresado, «estén sacadas de los Santos Padres de la Iglesia y de doctos y católicos escritores bajo la vigilancia de los obispos».

«Por las historias consta, escribía el arzobispo Fray Bartolomé Carranza, que mientras la Escritura estuvo sin el agua de las glosas de los Santos y declaraciones de la Iglesia, se levantaron las más herejías que hasta ahora sabemos. Y las nuevas que en nuestros tiempos han nacido

ó se han renovado, no se podrían sustentar si quisiesen los herejes admitir las expresiones de Santos Concilios y Doctores.»

Si para cuidar de la salud nos confiamos á los médicos, si para estudiar un arte acudimos á los en él peritos, si en cualquier negocio se busca el consejo de las personas que mejor lo conozcan, ¿cómo tratándose de la inteligencia de las Sagradas Escrituras se podría prescindir de los encargados de explicarlas? Nadie sea osado á entrar en ellas enseña San Jerónimo (1), si no hay quien vaya delante mostrando el camino.

Á este Código de leyes divinas debe acompañar la jurisprudencia del Tribunal encargado de aplicarlas. Los pasajes más oscuros é importantes precisan la interpretación auténtica dada por la autoridad que instituyó Jesucristo para continuar su misión sacrosanta en el mundo, para enseñar el evangelio á todas las gentes, para dirimir entre los cristianos las disputas religiosas.

La palabra escrita de Dios debe explicarse por su palabra hablada que depositó en la Iglesia. En ayuda de la Escritura ha de venir la tradición divina, que constituye parte de la revelación y otra regla de fe, pues no todo lo enseñado de viva voz por Jesús fué escrito por sus discípulos.

«Á la manera que desde el tiempo de los Apóstoles, dice Moehler (2), se buscaron ya armas en la palabra de Dios para combatir esta misma

(1) Epist. 103

(2) La Simbólica, lib. I, cap. 5.

palabra, así ha sucedido en todos los siglos. ¿Cómo proceder en semejantes circunstancias? ¿Cómo preservar la doctrina de los errores que podrían alterarla? Entonces decide la creencia común contra el sentido privado; el juicio de todos contra el individuo; la sociedad de los fieles interpreta la Sagrada Escritura... Este sentimiento común, esta conciencia de la Iglesia es la tradición en su sentido objetivo.»

Y lejos de reprocharse esto con razón, es mucho para agradecer; pues como advertía Hettinger en las *Cartas á un joven teólogo* (1), «abandonada á sus fuerzas la humana inteligencia, se pierde en la investigación del Sagrado texto; mas para nosotros es consuelo grande el saber que en la Iglesia tenemos un guía oficial y seguro que nos introduzca en este Santuario, puesto que en ella habita el mismo Espíritu que tan altos misterios dictó.»

(1) Pag. 479, de la edición española

CAPÍTULO VII

Biblias en lengua vulgar

La Iglesia no teme nada de la lectura de la Biblia.—Lo que la preocupa es el bien espiritual de los fieles.—Las herejías nacieron de interpretar mal el Sagrado Texto.—Causas de las primeras prohibiciones de leer la Biblia en vulgar.—La lectura de la Biblia y los excesos del protestantismo.—La prohibición tridentina.—La lección de la Biblia es punto de disciplina.—Legislación vigente.—Peligros de la lectura de la Biblia para algunas personas.—Condiciones que exige su lectura.—Necesidad de proceder con consejo en ella.—Traducciones recomendables.

La Iglesia, amiga siempre de la luz, nada por sus dogmas teme del estudio de las Santas Escrituras, que precisamente les sirven de fundamento ó por modo clarísimo los demuestran; tan convencida está de la utilidad de su lectura para los fieles, que volúmenes enteros podrían llenarse con las exhortaciones que en todas las épocas se les hizo: el inmortal Pontífice León XIII concedió indulgencias á los lectores; Pío X que felizmente gobierna la nave de San Pedro, socorre y ayuda con todas sus fuerzas á la Sociedad de San Jerónimo fundada para propagar los libros sa-

grados y que ha hecho ediciones tan económicas como la de los cuatro Evangelios y de los hechos de los Apóstoles, en un tomo, con planos y grabados, que se vende á veinte céntimos.

Lo que preocupa á nuestra madre es que los cristianos, no entendiendo bien el sentido de las cartas que Dios se ha dignado dirigirles, conviertan en fuente de lamentables errores lo que es manantial de salvadoras enseñanzas: «Muchas cosas hay, escribía San Agustín, que aunque de suyo buenas y establecidas para un fin provechoso, no son útiles para todos, sino solamente para los que bien usan de ellas: una misma luz se derrama en los ojos sanos y en los enfermos, siendo para aquéllos auxilio y para éstos dolor; un mismo manjar alimenta á unos y daña á otros; una misma medicina á unos cura y á otros perjudica... Pero ¿qué me canso en contar lo que terminar no puedo? ¿Qué cosa hay en el uso de los hombres buena y lícita de que no pueda seguirse daño?» Ninguna cosa hay, escribía Fr. Luís de Granada, tan buena y tan perfecta de que no pueda usar mal la malicia humana. «¿Qué doctrina más perfecta que la de los Evangelios y Epístolas de San Pablo? Pues todos cuantos herejes ha habido, presentes y pasados, pretenden fundar sus herejías en esta tan excelente doctrina. Por donde el Apóstol San Pedro, haciendo mención de las Epístolas de San Pablo, dice que hay en ellas algunas cosas dificultosas de entender, de que tomaron ocasión algunos malos hombres

para fundar sus escritos. Y añade más: que de todas las Santas Escrituras pretenden ayudarse los herejes torciéndolas y falsificándolas para dar color á sus errores».

Es sabido que de la lectura de la Biblia, por malicia ó por ignorancia, sacaron los novadores sus despropósitos teologales. Orígenes dice que de su inteligencia carnal habían provenido las herejías todas. San Juan Crisóstomo advirtió que todos los herejes, desde los primeros tiempos, pasando en silencio unas palabras y cambiando otras, acudían al Sagrado Texto para cohonestar sus errores. San Hilario de Poitiers afirmaba en particular de Marcelo, de Iotino, de Sabelio, de los Maniqueos, de Marción y de Montano, que apoyaban sus mentiras en la verdad de la palabra de Dios. San Jerónimo asegura que para los herejes y perversos los pasajes todos bíblicos están llenos de escándalo. San Gregorio Magno escribió que el trigo de Dios, y el vino, el aceite, la plata y el oro que espiritualmente se encierran en la Sagrada Escritura, lo ofrecen á Baal los herejes, convirtiéndolo en sacrificio del diablo, por pervertir con su mala inteligencia los corazones de los discípulos y sacar errores de discordia en las palabras de paz; y nuestro San Isidoro nota también que las herejías nacieron de que al leer los libros santos no se los interpretó espiritualmente y no se alcanzó su verdadero sentido.

A pesar de ello, como advierte Fenelón en su *Carta sobre la lectura de la Biblia en lengua*

vulgar, en los doce primeros siglos no hubo prohibición alguna eclesiástica acerca de la lección de los sagrados libros. Éstos se escribieron en lengua vulgar, y cuando otras vinieron á ser más usadas, la Iglesia se apresuró á traducirlos á ellas; pero el daño producido por el abuso de algunos lectores llegó á ser extraordinariamente grande y extenso en el siglo XII. Pedro Waldo, cabeza de una secta muy numerosa, hizo traducir por Esteban de Emsa los Evangelios y otros de los libros canónicos en donde pretendía apoyar sus errores, no menos contrarios á la sociedad que á la Iglesia; aunque sus secuaces, verdaderamente socialistas, eran en su mayor parte, como dice Graverson (1) «completamente iliteratos,» se atribuían la misión de predicar la palabra divina. Si algún sacerdote católico, escribe el protestante Hurter en la *Vida de Inocencio III* (2), les quería explicar las Escrituras, le contestaban con arrogancia: «Las conocemos nosotros mejor». El mal fué en aumento con la aparición de los Albigenses que tanto abusaban de los libros Santos. «Estas herejías, exclamaba Raimundo, Conde de Tolosa, en el capítulo general de la Orden del Cister de 1177, han prevalecido de manera que han dividido el marido y la mujer, el padre y el hijo. Han seducido á los mismos sacerdotes, y así están abandonadas y medio en ruinas las iglesias: ni siquiera se bautiza á los niños.»

(1) T. 4 part. 2, cap 3.

(2) T. 3, lib 14.

Por eso, muy rectamente, á imitación de lo que 17 años antes habia hecho Inocencio III respecto á los fieles de la Diócesis de Metz (1), no viéndose otra manera de calmar los ánimos, según opina Fleury (2), el Concilio provincial de Tolosa, compuesto de varios Arzobispos y Obispos de Narbona, de Aix y de Burdeos, prohibió á los legos súbditos suyos la lectura de la Biblia en lenguaje vulgar.

La disparatada versión de Vicleff, quien imponía á sus secuaces la obligación estricta de leerla, fué causa de que el Concilio de Oxford de 1408 vedase de hacer tales traducciones sin autorización de los respectivos Prelados. Y cuanto fuere el daño que se seguía de leer el vulgo los libros divinamente inspirados, lo confirman Fr. Spiritu Roteró, *De non vertenda Scriptura Sacra in linguam vulgarem*, y Gerson, *Contra haeresim*, atribuyendo á esta causa todos los errores de la edad media. Es muy de advertir, sin embargo, con Tomás Moro, que no fué la Iglesia sino los Gobiernos Civiles quien primero quitó de manos del pueblo la Biblia con la que se le fanatizaba y exaltaba rebelándole contra toda soberanía. Para poner remedio á este mal, que atacaba á la sociedad en sus cimientos, pidió á la eclesiástica auxilio la autoridad civil.

El protestantismo aumentó increíblemente y extendió á toda Europa los males que en algunas

(1) Ep. 141.

(2) Lib. 72.

épocas y países había ocasionado la lectura de la Biblia contra las prohibiciones eclesiásticas. En su odio á la Iglesia no admite otra regla de fe que las solas Escrituras, interpretadas según el espíritu privado de cada persona. Una verdadera bibliomanía se apoderó de los nuevos herejes. Cada cual interpreta la palabra de Dios á su capricho. Los hombres más ignorantes querían ser jueces de lo que los sabios no entendían. Hasta las mujeres predicaban públicamente creyéndose con autoridad para exponer cuanto Dios había revelado. Hombres legos, analfabetos, como Jorge David y Gaspar Zuenefeldio, con la Biblia en la mano fundaron sus sectas. Carlostadio, Oecolampadio y otra infinidad de heresiarcas, con repartir entre el pueblo traducciones bíblicas, lo sublevaron contra la jerarquía eclesiástica.

No solamente los hombres más indoctos, escribía el franciscano celeberrimo Alfonso de Castro en su obra *De justa hæreticorum punitione*, al capítulo rotulado *De quinta hæresum causa, quæ est translatio sacræ Scripturæ in linguam vulgarem*, sino las mujerzuelas disputaban acerca de la fe católica, desvergonzándose hasta querer contender con los varones más instruidos. Por estas versiones, daba testimonio Ambrosio Catarino tratando *An expediat Scripturas in matrem linguam transferri*, por estas versiones en Alemania los hombres plebeyos y rudos se han hecho dóciles al diablo y no á Dios. Leyéndolas,

escribía á su vez Pedro Soto (1) se han hecho muchos censores y despreciadores de todo, ridiculizando la sencillez de la Iglesia romana. En 28 de Agosto de 1527 el Real Senado de París atestiguaba cómo por esta lectura muchísimos celebraban reuniones secretas, despreciaban los preceptos de Dios y sus ministros y causaban grandes males y escándalos. Hasta las costureras y criadas de servicio, decía Santiago de Ledesma en el libro *De divinis Scripturis quaris pasim lingua non leyendis*, creyéndose profetisas, apóstolas y doctoras inspiradas, interrumpían á los predicadores, acusándoles de no conocer bien la palabra divina. Las antiguas asechanzas del diablo, exclamaba Liret en el diálogo *De sacris libris in vulgare eloquium minime vertendis*, están hoy al descubierto: el daño que hizo á los de Metz y á los de Bohemia en otros siglos con las versiones de la Sagrada Escritura los produce ahora entre innumerables gentes.

En la famosa obra *Constitutio Unigénitus theologice propugnata*, advierte su autor el Padre Fontaine (2), que si en Alemania, Polonia, Bélgica y Francia cundió tanto la herejía de la Reforma fué por no establecerse la Inquisición, y la causa de que no fuera establecida, el espíritu de desmedida libertad y de apego al juicio privado que se fomentó con las corrompidas traducciones de la

(1) *Defensia catholicæ confessionis c. 23 de transferenda Scriptura in vulgares linguas vel non.*

(2) T. 3, pág. 721.

Escritura; de aquí, continuaba, dimanaron también guerras civiles é intestinas, sediciones y rebeliones sinnúmero, so color y con capa de libertad de conciencia. Por este modo, anotaba Coehleo (1), Lutero precipitó la Alemania en guerras y sediciones y se vió pelear ciudades contra ciudades, gentes contra gentes, provincias contra provincias, y á la plebe contra el Senado en una misma población, y al pueblo contra el príncipe, y al príncipe contra el Emperador.

Los crímenes inauditos de Harlem y Juan de Leyde, las inverosímiles extravagancias de Hacket y David Jorge, el fanatismo de Fox, de Wesley y del barón de Sweedenborg, innumerables motines, rebeliones y guerras intestinas, y hasta el suplicio de Carlos I de Inglaterra, atribúyenlos á la lectura inconsiderada de la Biblia en lengua vulgar los mismos protestantes: uno de ellos, O'Callaghan, después de describir los increíbles horrores á que el espíritu de secta impelió á sus correligionarios en los primeros tiempos de la Reforma, hace esta advertencia: «Las mayores atrocidades se las justificaba por la Sagrada Escritura; en las transacciones más ordinarias de la vida se usaba el lenguaje de la Sagrada Escritura; de los negocios interiores de la nación, de sus relaciones exteriores, se trataba con frases de la Escritura; con la Escritura se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones; y todo

(1) Ad annum 1522.

era no sólo justificado sino también consagrado con citas de la Sagrada Escritura.» «No había nadie, dice Walton, que no tomase sus sueños por palabras de Dios.»

El peligro se extendía de los países luteranos á aquellos más opuestos á la Reforma, y como escribió Fr. Luis de León en su libro *De los nombres de Cristo* (1) hablando de leer en la lengua vulgar la Biblia: «Esto que de suyo es tan bueno y fué tan útil, la condición triste de nuestros siglos y la experiencia de nuestra gran desventura nos enseñan que nos es ocasión ahora de muchos daños. Y así los que gobiernan la Iglesia, con maduro consejo y como forzados de la misma necesidad, han puesto una cierta y debida tasa en este negocio, ordenando que los libros de la Sagrada Escritura no anden en lengua vulgar de manera que los ignorantes los puedan leer; y como á gente animal y tosca que, ó no conocen estas riquezas, ó si las conocen no usan bien de ellas, se las han quitado al vulgo de entre las manos.»

La Iglesia habíase apresurado á utilizar el maravilloso invento de la imprenta para difundir más entre el pueblo la palabra divina; no pasados aun cincuenta años después de la invención tipográfica se contaban ya doscientas ediciones de la Vulgata. Antes de Lutero se había impreso ochocientas veces la Biblia y corrían doscientas edi-

(1) Libro I.

ciones en lengua vulgar. Pero viendo los Padres del Concilio Trento, que «consta por experiencia que si los Sagrados libros se permite leer á todos en lengua vulgar sin diferencia alguna, por la temeridad de los hombres, se sigue de ahí más daño que provecho», redactaron la Regla IV del Índice aprobado por Bula de Paulo IV, de 24 de Marzo de 1564, ordenando que «se esté en esta parte al juicio del Obispo ó del Inquisidor para que de consejo del Párroco ó del confesor puedan permitir la lectura de la Biblia traducida en lengua vulgar por autores católicos, á los que entendiesen que de esta lectura puedan sacar, no^a daño sino aumento de fe y de piedad; la cual licencia tengan por escrito». Los Papas Sixto V y Clemente VII aumentaron el rigor reservando á la Santa Sede la concesión del permiso para leer el texto sagrado en lengua vulgar, visto que el daño iba en aumento y exigía remedio más eficaz.

La prohibición de leer la Biblia se ha referido siempre, dice Hettinger en la *Teologia fundamental* (1), «á los casos en que tal lectura envuelva peligro para la fe y las buenas costumbres; prohibición que se funda en un derecho natural á la vez que divino, reconocido hasta por muchos protestantes». Este proceder de la Santa Sede miraba tan sólo al bien espiritual de sus hijos y el evitar á la sociedad graves daños, como prueba Velte en *La lectura de la Biblia en lengua vul-*

(1) Parte 2.^a, libro 2.^o, sección 2.^a

gar, y Malou en su extensa obra *Lecture de la sainte Bible en langue vulgaire*, y Carlos Mallet en el *Traité de la lecture de l'Écriture sainte*. Se ve, pues, cuán neciamente se ha dicho que entre las obras condenadas figura la revelación divina, y que los Soberanos Pontífices querían monopolizar la palabra de Dios para abusar de la sencillez del pueblo manteniéndole en la ignorancia.

Punto es de disciplina, variable con las circunstancias de los tiempos y de conformidad con lo que mejor á los fieles convenga, el permitirles traducciones de los libros inspirados; Dios no impuso á los fieles la obligación de leer la Biblia. La frase del Evangelio de San Juan *scrutamini scripturas*, que tan mal interpretan los jansenistas, ó se halla en indicativo y no en imperativo, ó expresa un consejo y no un mandato, y de cualquier modo referíase á los doctores de la ley y tenía por objeto aquellos pasajes solamente por donde se probaba la misión divina de Cristo. Los Santos Padres recomiendan, sí, esta lectura; pero los mismos que con mayor empeño á ella exhortan y de cuyos testimonios, reunidos por Van-Ess, tanto se abusa, manifiestan clara y terminantemente que no es necesaria; y que para entenderla se precisa una autoridad que la explique: tales son, por no citarlos todos, San Jerónimo (1), San Juan Crisóstomo (2) y San Agustín (3).

(1) *Comment in Epist. ad Galatas.*

(2) *Homilia IV in 2 Theis*

(3) *De doctrina christiana.*

En cuanto se aminoró, mudadas las condiciones de los tiempos, el peligro que solía haber para muchos en la lectura de Biblias puestas en vulgar, y cesó entre los protestantes ó se disminuyó notablemente aquella su contagiosa manía de justificar con gratuitas interpretaciones bíblicas todos los crímenes y todos los absurdos, Benedicto IV confirmó en 1757 un decreto de la «Congregación del Índice», ratificado también por Pío VIII en 1829, permitiendo la lectura de las traducciones que estén aprobadas por la Sede Apostólica ó impresas con notas tomadas de los Santos Padres ó de autores sabios y católicos. Esta misma benignidad se halla hoy vigente, y es muy conforme á razón, pues, según advierte Kaisiewicz, no hay tanto peligro ahora de que se explique erróneamente la Sagrada Escritura como de que se rechace su origen divino, dejándose llevar de las modernas corrientes racionalistas.

El derecho eclesiástico no prohíbe más que esto, el leer Biblias no aprobadas por la Iglesia en la expresada forma; *el derecho natural va más allá*, y en virtud de él ni aun esa lectura permitida por la Iglesia será lícita á algunas personas; pues ella misma, con todo y ser de sí tan santa, podrá servirles de ocasión para perder la santidad. En los libros Santos, dice Vigouroux (1) «no se debe buscar más que la edificación y el bien del alma; los fieles no deben por tanto leer-

(1) Manual bíblico.

los más que en condiciones de sacar de ellos algún provecho».

El mejor alimento, recibido en estómagos débiles ó tomado en malas condiciones, viene á causar no pequeños males. Aun en los lugares más obvios de las Escrituras vendrán á tropezar y caer algunos. «¿Qué cosa más sencilla, escribía Balmes (1), que *el sermón de la montaña?* Y sin embargo, ¿no hay algunos pasajes que leídos por personas indiscretas pueden prestarle ocasión para entregarse á extravagancias y hasta á crímenes?»

Toda la Sagrada Escritura es útil, escribía San Pablo á Timoteo, pero esto, conforme nota Ubaldi (2), ha de entenderse *per se et absolute*, sin que de ahí se colija que lo bueno de suyo no puedan convertirlo en dañoso los que lo usan. ¡Cuántos por su ignorancia y temeridad, recorriendo sin guía el extenso y variadísimo campo de las Santas Escrituras, leerán cosas que les confunden y perturban en sus creencias dejándoles perplejos y dudosos! ¿No cabe también, y se ve más que posible, que algunos cristianos carnales se escandalicen interpretando torcidamente algunos lugares del Sagrado Texto, ó que alucinados por la pasión quieran cohonestar sus vicios trayendo á mala parte el sentido de ciertas expresiones bíblicas? Orígenes, San Basilio, San Jerónimo, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio

(2) *La Sociedad*, vol. 2, pág. 211.

(3) *Introductio in Sacram Scripturam*.

Magno y otros padres de la Iglesia muestran cómo hay en la Biblia no poco que á ciertos lectores, al contrario de servirles de edificación, les producirá escándalo.

«Habría, dice Glaire (1), grandísimo peligro en poner la Biblia entera en manos de los jóvenes, porque indefectiblemente hallarían muchas cosas que pondrían su virtud á pruebas terribles. Por eso los judíos cuidaban de prohibir la lección de una parte de los Libros Santos á la gente moza, reservándola para edad más madura. Esta edad la fija San Jerónimo en los treinta años y San Gregorio Nacienceno en los veinticinco. En su vista ¿quedará todavía algún pretexto de entregar la Biblia á la juventud? ¿No hay en el día el mismo peligro indicado por los judíos antiguos? ¿No tenemos las mismas razones para ser tan severos como ellos en una materia tan importante?»

Las Escrituras dadas por Dios mismo á los hombres son sagradas, y por consiguiente, dice Cornely (2), «cual cosa sagrada han de tratarse». Los Santos Padres contestan en asegurar que para su provechosa lección se requiere fe firme y profunda humildad, y que debe preceder la devota oración. La humildad recomendaba especialmente mucho á sus religiosas Santa Teresa (3): «Nosotras, decía, con llaneza tomar lo que el Señor nos diere; y lo que no, no tenemos para que nos

(1) Introducción histórica y crítica, tomo I.

(2) *Introductio in utriusque Testamenti libros sacros*

(3) *Conceptos del amor de Dios.*

cansar, sino alegrarnos considerando que es tan grande nuestro Dios y Señor, que una palabra suya tendrá en sí mil misterios, y así no la entendemos nosotras bien... Siempre os guardad de gastar el pensamiento ni cansaros... Cuando Su Majestad quisiere dárnoslo sin cuidado ni trabajo, nosotras lo hallaremos sabido; en lo demás humillarnos y, como he dicho, alegrarnos que tengamos tal Señor, que aun palabras suyas dichas en nuestro romance no se pueden entender».

Preciso se hace también, dice San Basilio (1), oír con temor las palabras divinas y recibir con piedad lo que en ellas se expresa. Monte es la Sagrada Escritura, advierte San Gregorio el Grande; y por eso sepamos que cuando en el monte suena la voz del Señor se nos manda lavar los vestidos, y limpiarlos de toda mancha carnal si queremos llegar pronto á él. Según comparación de otro Padre, á la manera que el que va á escribir en cera, primero la allana y luego imprime en ella cuantas figuras quiere, así el corazón en que claramente se han de estampar las palabras de Dios, conviene que antes quede limpio de todo contrario pensamiento.

En asunto, finalmente, tan importante y arduo no es razón proceder por el vulgo sin consejo. «No á todos los fieles, escribía el propio Don Joaquín Lorenzo Villanueva en su obra *De la lec-*

(1) *Adversus Eunomium.*

ción de la Sagrada Escritura en lenguas vulgares (1), es lícito leer indistintamente cualquiera de los libros sagrados. Necesario es que emprenda con método esta lectura. Y porque en esto no atinan de ordinario ni tienen ojos para ello los rudos y poco advertidos, á estos tales obliga en cierta manera el derecho natural á que en tan grave negocio procedan con consejo de directores sabios y piadosos, que enterados de su necesidad espiritual les digan qué libros ó qué lugares de ellos han de leer antes, y cuáles por ventura no deben leer. De manera que aun después de haberse restituido al pueblo la facultad de leer en su lengua la Escritura, no debe tenerse esta licencia por tan ilimitada que nadie pueda ser excluído de ella, ni por tan indiscreta que á cada uno de los fieles dé libertad para leer todos los libros Sagrados sin guardar orden ni tasa en esta lectura. Recomendable es y se encarga mucho á los adultos la frecuencia de la Sagrada Eucaristía; pero con estas condiciones que se dejan entender aunque no se expresan: que no la reciban sino los dignos, y aun éstos en aquellas condiciones en que les ha de ser provechosa; y cuando no lo haya de ser, no la reciban, gobernándose por consejo de un prudente director.»

En esto se ha de imitar la práctica prudente de los primitivos cristianos. «Porque no nos hemos de imaginar, reparaba el Obispo de Segovia

(1) Página 226.

Fr. Felipe Scio (1), que en los primeros siglos, todo aquel que entendía las lenguas sabias en que se escribieron las Escrituras, ó los otros idiomas en que fueron después trasladadas, podía inculpablemente ó sin reprehensión leerlas, disputar sobre ellas, revolverlas y manejarlas... Las personas legas usaban de ellas con temor y reverencia, leyendo con particular atención aquellas partes ó capítulos que más conducían á la buena vida y costumbres, no entrando en la profundidad de los misterios, ni en los lugares de mayor dificultad, porque todo esto estaba reservado para tratarse en la escuela ó en el púlpito, y esto se hacía con mucha moderación. Y de aquí resultaba el grande provecho que experimentaban las almas leyendo las Escrituras: porque buscaban en ellas las historias que presentan señalados ejemplos y modelos de castidad, de humildad, de obediencia, de fortaleza, de clemencia, de pobreza y de menosprecio del mundo: notaban y meditaban con todo cuidado aquellos textos y pasajes que infundían en sus corazones el odio del pecado, el temor de los juicios de Dios y la alegría y consuelo espiritual: y en los oscuros se sujetaban ó recurrían al sentir de los antiguos padres, sin atreverse jamás á discurrir, y mucho menos á contradecir ó enseñar, según su opinión y fantasía».

Hay muchas traducciones de toda la Biblia en español; pero unas fueron hechas por judíos ó

(1) *Sobre la traslación de los libros Santos á la lengua castellana.*

protestantes y otras ó no se han impreso ó no se han vulgarizado. Las más recomendables son las del escolapio P. Scio y del Obispo de Astorga señor Amat. Acerca de ellas se expresa así el doctísimo Caminero (1) «La primera tiene en discursos preliminares y en multitud de notas las doctrinas comunes entre los expositores católicos, sin ofrecer hoy ningún otro mérito científico, antes es floja en este punto y repetidas veces necesita rectificación. Las notas son sobradas, muchas inútiles, otras demasiado vulgares y aun inexactas. Una Biblia en vulgar no debía tener más que las necesarias para prevenir una falsa inteligencia del texto, conciliar los pasajes al parecer opuestos y hacer resaltar los particularmente interesantes; de otro modo embarazan y hacen muy voluminosa la obra. En cuanto á la traducción es harto rastrera, y pide que otra mejor la deje olvidada, cosa que se conoció bien, cuando, pasados apenas veinte años, se mandó de Real orden hacer otra. La versión de Amat es mejor sin disputa; lleva en cursiva las palabras que no están en el texto latino y sirven para aclarar el concepto valiendo cada una por una nota. Por eso son escasas éstas, y aunque lleva un diccionario bíblico que puede suplirlas, el lector lego necesitaría tenerlas al pie en cada caso, pues es mucho pedir que estudie antes el diccionario y sepa tener presente sus doctrinas siempre que

(1) En el *Diccionario de Ciencias eclesiásticas*.

las necesite en la lectura del texto. Sería de desear que se publicara anotada razonablemente y conforme á las necesidades actuales por persona competente.» La empresa editorial *La verdadera Ciencia española*, publicó en 1886 una edición de la Biblia con el texto de Torres Amat y las notas de Scio de San Miguel; pero esta obra, aunque laudable, dice el Sr. Múgica (1), no satisface á todos los escriturarios y teólogos españoles; por lo que, «merecería bien el que conservando por punto general el texto de Torres Amat y algunas notas del P. Scio, formara una nueva edición con más ricas notas y comentarios y vindicias.»

(1) *Cursus Scripturæ*, t. I.

CAPÍTULO VIII

De las novelas en general

Popularidad de la novela.—Su importancia en la moderna sociedad.—Su influjo sobre los lectores.—Causas de éste.—Casos de sugestión.—Opinión de Ferrí.—La novela y la mujer.—La novela y los niños.—Trastornos fisiológicos producidos por las novelas.—Las novelas y la timidez.—Las novelas y la locura.—Las novelas y el raciocinio.—Las novelas y la sensibilidad.—El amor en las novelas.—Las novelas y la lujuria.—Las novelas y la irreligión.

Si para la forma métrica no ha llegado la última hora, como aseguran Prosper Mérimée y otros, es lo cierto que la afición de los lectores está hoy más, incomparablemente, por la novela que por la poesía; y que de todas las variedades de obras literarias es aquella la más leída y la más cultivada por lo mismo. «Salvo el teatro, afirma D. Juan Valera, lo más popular en el día, de todo cuanto se escribe, es la novela. La novela es lo más importante de la amena literatura. Puede decirse que es el único libro que lee la generalidad de los que leen.» De todas las obras que hay en los es-

tantes de las librerías públicas, observa el inglés Gualtero Besant, bien cabe asegurar sin temor de equivocarse mucho que novelas son las cuatro quintas partes, y que de cada ciento que se venden serán novelas las noventa y cinco. Más razón que Gil y Zárate, cuando relega la novela á lugar secundario, tiene sin duda, atendido el gusto literario que hoy priva, la Sra. Pardo Bazán (1), al decir que es «el género más comprensivo é importante en la actualidad, y más propio de nuestro siglo, que reemplaza y llena el hueco producido por la muerte de la epopeya.» Es, como nota el Sr. Muñoz y Peña (2), «una manifestación artística que tiene su origen y fundamento en la naturaleza misma del hombre»; y el gusto por su lectura dice Bacón que se explica por la aspiración á lo ideal, por la nobleza del espíritu humano que no se satisface con la pequeñez y miseria de esta triste vida en que está cautivo (3). El género novelesco en forma de fábula, de cuento, de romance, de *fabliaux* y de libro de caballería tuvo siempre y en todos los pueblos mucha importancia; pero no alcanzó nunca la que en la edad moderna. «La complejidad y riqueza de su vida, advierte D. Manuel de la Revilla (4), la organización que en ella tiene la familia, fundada en un régimen de libertad é igualdad que no co-

(1) *La cuestión palpitante*, p. 176, ed. 1.^a

(2) *Literatura preceptiva*, p. 332

(3) *Accomodando rerum simulacra ad animi desideria, no summittendo animun rebus.*

(4) *Literatura*, parte 3.^a sección 1.^a

nocieron los antiguos, la importancia que ha alcanzado la mujer, las fáciles relaciones entre todas las clases, los multiplicados lances y conflictos dramáticos á que da lugar la agitación estruendosa de las modernas sociedades, el valor y alteza del principio individual en ellas, son causas suficientes para explicar el portentoso desarrollo de este género. Á esto hay que agregar que la novela ha reemplazado á la epopeya, incapacitada para encerrar en sus moldes el ideal y la vida de los pueblos modernos, y que ostenta, por tanto, toda la importancia que alcanzó el género épico en los tiempos antiguos.» Su misma vulgaridad, su fácil comprensión y su carácter prosaico han contribuído así bien á popularizarla.

Se ha llamado á la novela el *quinto poder del Estado*, y no hay en ello exageración alguna. «Los personajes de la novela, dice muy bien Navarro Ledesma (1), van metiéndose poco á poco en el alma del público, quien concluye por adquirir la convicción de que son seres reales y efectivos de la vida, y allá en sus adentros tal vez concede más importancia á ellos y á las ideas que expresan ó representan que á los mismos hombres del mundo. De esta manera la idea novelesca va infiltrándose poco á poco en la conciencia social, formando un criterio filosófico ó político ó lo que sea, y llegando á adquirir á veces fuerza bastante para derribar lo que más firmemente

(1) *Literatura*, t. II.

parecía establecido.» La novela, son palabras del Sr. Gomez de Andino (1), «ejerce en nuestros días mayor influencia que el teatro». Las comedias y tragedias causan impresión más viva, pero no tan duradera; obran sobre el sentimiento más que sobre la razón; tienen más de artificioso, y persiste menos su influencia en las realidades prosaicas de la vida. La novela habla á la imaginación y al entendimiento, y reúne el influjo del tratado didáctico y de la forma poética. Leída y releída en el retiro del hogar, observa un crítico «va labrando lenta pero seguramente en el ánimo del lector, y á veces sin que éste se dé clara cuenta de ello; y el espíritu que al novelista anima se va apoderando del suyo.» Si con frecuencia, en frase de Saint Albin, aun tratándose de otra clase de escritos «no somos sino lo que sus autores quieren hacer de nosotros» ¿qué decir de las novelas dónde suele ser todo sugestivo, incluso las láminas y la parte material de la edición?

Los diálogos vivos y rápidos, la descripción brillante de los caracteres físicos de los personajes, el sutil análisis psicológico, las pinturas animadas de los lugares en que la acción se realiza, la trama y el nudo que gradual y lógicamente va desarrollándose sin que por eso el desenlace deje de impresionar hondamente, la diversidad de lances y situaciones en que se coloca á los

(1) *Literatura preceptiva*, p. 250, ed. 2.^a

protagonistas, las luchas entre los diversos encontrados intereses de los mismos, los múltiples conflictos de la vida individual, todo en la novela ayuda á fascinar y sugestionar el ánimo del lector, dejando en él fuerte huella que con dificultad puede borrar la mano del tiempo.

La novelista *Jorge Sand*, en la *Histoire de ma vie* (1), hace esta preciosa confesión: «Madame Genlis publicó en tiempo de la restauración una novela que me parece es de sus últimas obras. Yo tenía al leerla diez y seis ó diez y siete años, y aunque no me acuerdo bien de ella, sé que me impresionó fuertemente y que esta impresión ha producido sus efectos en toda mi vida.»

Ayuda mucho á la eficacia de la acción de las novelas la curiosidad y la atención intensa que suelen prestarles los lectores, gustando tanto de ellas que como diría el clásico «les parece que da el reloj muy aprisa», y allá se pasan con eso entretenidos, cual aquel otro gran aficionado Don Quijote, «las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio». Muy exactamente lo pinta el Padre Doss en sus *Pensamientos y consejos* diciendo: «¿Ves aquella joven absorta en un libro durante gran parte de la noche? No ve, ni oye; devora y es devorada. ¡Qué interés, qué anhelo excita en ella el drama! Todas las pasiones que se describen en el libro, se levantan en su corazón; el amor, el odio, la codicia, la envi-

(1) Cap. 15.

dia, la venganza, la cólera, la desesperación; ¡qué caos de pasiones! ¡qué flujo y reflujo de imágenes siempre nuevas en un mundo ficticio! Cuando la novela es inmoral ¡qué abominables miasmas penetran en el corazón! ¡Qué negras manchas recibe su fantasía! ¡Cómo hierve la sangre en sus venas! ¡Con qué viveza brilla entonces la centella que amenaza convertirse en devastador incendio! ¡Ah! el momento que sucede inmediatamente á estas impresiones, acaso sea testigo de una lamentable caída y de una resolución fatal».

Es una verdad notada por Malebranche en el libro *Del descubrimiento de la verdad* (1), que «las personas apasionadas nos apasionan y causan en nuestra imaginación impresiones que se asemejan por completo á las que ellas han recibido.» Y á la manera que en una lente convergente se aumenta en mucho la fuerza calorífica de los rayos del sol, la pasión del novelista al pasar por su pluma á los personajes en que él la encarna revistiéndola de formas apropiadas y abriéndola con los colores más subidos, toma creces y alcanza mayor efecto que si se oyera hablar al mismo autor.

Verdadera sugestión producen en algunas personas las novelas: tal fué el famoso caso de la homicida Sofía Schneider, niña de doce años. Otra niña, que refiere Marc en su obra *De la*

(1) Lib. II.

folie, atentó con un cuchillo contra la vida de su madre bajo la idea fija de que una joven, cuya vida se contaba en una novela, había clavado un puñal en el corazón de otra persona. El protagonista de *Crimen y castigo*, de Dostoyeuski, Rodion Romanovitch, que es arrastrado al crimen por la sugestión de las malas lecturas, es un tipo tan verosímil y tan real como lo demostraron los estragos producidos por aquella misma novela. «Le cupo á Dostoyeuski la gloria, si gloria puede llamarse, decía doña Emilia Pardo Bazán en *La revolución y la novela en Rusia* (1), de pegar á sus compatriotas la enfermedad del alma que sufría; y así como el novelista afirmaba que á veces, sobre todo después de sus ataques epilépticos, se creía un gran criminal y sentía pesar sobre su conciencia una acción inicua, después de la lectura de su libro hubo estudiante que se juzgó poseído del mismo impulso que el héroe y cometió un asesinato con los mismos pormenores y circunstancias.» Es famoso el caso que Morandon de Montyel, en un trabajo publicado en los *Annales medico-psychologiques* con el título *Impulsions homicides*, aunque atenuándolo conforme á los principios de la escuela psiquiátrica, refiere de un joyero que leyendo la *Bestia humana*, de Zola, se interesó tan vivamente en la descripción de la obsesión homicida experimentada por el protagonista de la novela, que se persuadió debía

(1) Página 384.

dar muerte á la mujer y á los hijos, para obedecer á la fuerza interior que se lo imponía; lo cual hubiera ejecutado de no entrar á tiempo en un manicomio, á donde le llevó dicha lectura, según notaron los periódicos franceses de aquel año de 1890. Los crímenes de Chambidge, aunque otra cosa dijese entonces el prologuista de las *Causes criminelles et mondaines de 1888*, por Bataille, deben ponerse igualmente á la cuenta de los novelistas que había leído. El escritor bonaerense don José Ingegnieros, trazando la *Psicología de los simuladores* (1), refiere la historia de un joven literato que, sugestionado por los novelistas franceses, se dió á simular los refinamientos y vicios contados por éstos, vistiendo trajes averiados y bizarros, fingiendo estar ebrio aunque sentía repugnancia orgánica por las bebidas alcohólicas, y llegando, ya que no se atrevía á cometerlos, á aparentar suicidios, asesinatos y los más repugnantes crímenes contra la honestidad.

En *El discípulo*, imputa Paul Bourget á las malas palabras de *Sixto* las malas acciones de *Greslou*, escribiendo á este propósito una novela tan verosímil que se confunde con la misma verdad; con cuyo motivo observó el gran crítico Brunetière que tan culpable como *Greslou* era *Sixto*, su maestro, pues comete grave falta el que habla sin curarse de las dañosas consecuencias que pue-

(1) *La Lectura*, 1905, pág. 390.

den traer sus razonamientos, y el escritor es responsable de todo lo que escribe. A lo cual replicaba Ferri que lo único que hacen las novelas es determinar la forma de la impulsión en individuos predispuestos á sufrirla por degeneración hereditaria. Pero aunque fuese esto sólo, que á todas luces no lo es, siempre resultará cierto lo que confiesa el mismo autor del *Omicidio nell' Antropologia criminale*, «ciertamente existe la influencia de la novela.»

Sobre las mujeres, principalmente, tiene la novela imperio y dominio casi irresistible, hipnótico en verdad: ataca á sus imaginaciones y las señorea; y ya se sabe, dice el doctor Paul Moreau, lo fácil que es entonces «hasta desordenar sus sentidos y provocar, casi á voluntad, furores, arrebatos y convulsiones: las antiguas sibilas de los templos paganos no eran otra cosa.» Los efectos de la novela en la mujer no son menores que los de la elocuencia, de que tan numerosos casos alega Jhon Chapman en la *Historia de los Revivals cristianos*; de otro lado, conocido es el proverbio latino: *las palabras mueven, los ejemplos arrastran*; y la novela finge ser historia, es un ejemplo viviente realzado con los colores de la fantasía. Y si todos propendemos á imitar lo que vemos ó creemos ver, en las mujeres la facultad de imitación, según prueba el doctor Rousell en su *Sistema físico y moral de la mujer*, «toma un carácter del todo mórbido. Las hay que no pueden presenciar un acceso espasmódico sin experimen-

tar ellas mismas accesos semejantes.» Diderot llegó á escribir que las mujeres están sujetas á un furor epidémico, y que el ejemplo las arrastra por instinto irresistible de imitación é involuntario impulso de su espontánea excitabilidad. Por eso, como se lee en *La mujer gaditana*, del doctor D. Federico Rubio y Galí (1), si mucho importa evitar que las novelas hagan daño á los jóvenes, más cuidado se precisa en la educación literaria de la mujer, siendo de ello una razón, que «posee un organismo mucho más débil.»

Los niños no es fácil tengan paciencia para leer una novela larga; más á los cuentos, verdaderas novelas cortas, muestran afición muy grande, que puede causar daños gravísimos si se la deja correr y satisfacerse á su antojo. Su entendimiento, escribió D. Prudencio Rovira, «en el primer desmerecimiento de la razón recibe con avidez toda enseñanza. Es como tierra sedienta que implora de continuo la ofrenda de las nubes. Lo mismo absorbe hasta las entrañas el agua pura de los cielos que la infecta de los pantanos.» Justo es reconocer que en los libros de imaginación destinados á andar en manos de niños se tiene más cuidado que en los que se dedican á los adolescentes, para no presentar escenas inmorales ó verter ideas contrarias á la religión católica; pero no por eso se toman todas las precauciones para que no irroguen perjuicios. El alma de los niños es extrema-

(1) Ed. Madrid, 1901.

damente delicada, y con la mayor facilidad se la daña y hiere: es de cera para recibir impresiones y de bronce para conservarlas; árbol tierno, la dirección que se le da en los primeros años, la retiene toda la vida. Lo maravilloso y fantástico de ciertos escritos novelescos, consagrados á la niñez, la extravían funestamente apartándola muy lejos de los caminos de la realidad. Varios de los mismos tan ponderados cuentos del dinamarqués Andersén más son, dice D.^a Emilia Pardo Bazán, «para poner espanto en el ánimo de los chiquillos y apocarlos, y llenarles el cerebro de telarañas, de ahorcados y de espectros, que para proporcionarles un rato de solaz y una disimulada lección.» No se tiene en cuenta que, como observa Zamacois, «el miedo á las cosas ocultas es uno de los tormentos mayores de la infancia; su influjo perturba el acordado desarrollo de todas las facultades; continuamente el niño se cree rodeado de poderes dañinos y adversos que esperan á hallarle sólo para acometerle: es el terror á las arañas, que pueden, por artes diabólicas, trocarse en hombres; á los pájaros que saben hablar; á las flores, que guardan el espíritu inconsolable de alguna pastorcita encantada.» No es calculable cuánto se daña la voluntad y se la deprime y se la paraliza hiriendo la imaginación del niño con historias espantables: «la aprensión, dice Mosso, el miedo, los terrores, quedarán para siempre fijos en su memoria, como una yedra fatal enroscada en su razón.» El P. Sarmiento en su *Onomástico*

etimológico confiesa de sí mismo que los relatos de apariciones, de duendes y de fantasmas le hicieron tímido hasta la ridiculez toda la vida.

La lectura de novelas puede concluir por alterar violentamente la regularidad del funcionamiento de los nervios, produciendo trastornos cerebrales muy profundos. Persona tan competente é imparcial en la materia como lo era Tissot, ha hecho esta afirmación: «de todas las causas que han dañado la salud de las mujeres, la principal ha sido la multiplicación de las novelas en estos últimos tiempos.» Las mujeres, sobre todo, reciben intensas emociones con su lectura; y es una verdad, que, como escribe don Rafael Salillas en *La teoría básica* (1), «fisiológicamente, la emoción produce constricción ó dilatación de los vasos y espasmo de los músculos orgánicos... Por causa emocional se producen igualmente exaltaciones y depresiones, claridades y obscurecimientos de la mente». No es raro que las mujeres entregadas á estas perturbadoras lecturas padezcan de histerismo, tengan pesadillas, y prorrumpán por el menor motivo en llanto nervioso; y algunas hay que al concluir una novela que las ha impresionado mucho, sienten que se les obscurece el entendimiento y les falta la memoria, quedando durante algún tiempo sin saber siquiera donde están...

Los autores que han escrito acerca de la

(1) Página 458, ed. Madrid, 1901.

timidez, como Hartenberg (*Los tímidos y la timidez*), Antón y Ferrándiz (*El origen de la timidez*), Eusebio Blasco (*La timidez en España*), Echegaray (*La timidez en general*), y Dugas (*Timidité*), dicen que esta pasión es propia de los grandes artistas y escritores, señalándose en ella Rousseau, Stendal, Montesquieu, Michelet, Benjamin Constant, Horacio y Virgilio; pero no ponen en su etiología la lectura de novelas. Sin embargo, entre sus funestos resultados el miedo es uno de los que enumera Descuret en la *Médecine des passions*. Son frecuentes, debidos al mismo origen, los terrores nocturnos, las alucinaciones, los vértigos, los desvanecimientos, los presentimientos vanos y los temores pueriles, engendrando todo ello una timidez perjudicial y ridícula. Y se comprende que así sea; porque el abuso de la imaginación produce el desgaste de las células del cerebro, que es su órgano; el exceso de trabajo mental ocasiona la debilidad de los centros nerviosos; el repetido poner toda la atención en un sólo objeto es causa de que se pierdan de vista todos los demás; y el constante recogerse dentro del propio pensamiento ó transportarse á mundos imaginarios, como hacen los aficionados con exceso á las novelas, les quita el sentido de lo real, les priva del conocimiento exacto de sus fuerzas, y los hace, ó irreflexivos y temerarios, ó pusilánimes y cavilosos.

Cervantes comprendía bien la profunda herida que en el cerebro dejan estas lecturas, cuando

nos presenta al hidalgo de la Mancha tan sugestionado por ellas, que se le volvió el seso, y llegó á creerse el mismo caballero andante, enderezador de entuertos y desfacedor de agravios. Decía el autor del *Diálogo de las Lenguas*, que «los que escriben mentiras, las deben escribir de suerte que se alleguen cuanto fuere posible á la verdad, de tal manera que puedan vender sus mentiras por verdades.» Los novelistas hacen esto tan á lo vivo, y muchos lectores lo toman tan en tonto, que no hay manera de sacarles los errores que en tales fuentes una vez bebieron, y tienen por principios incontrovertibles ó hechos históricos demostrados, lo que no es en realidad sino pura invención de un ingenio ocioso. Muchos casos pudieran referirse como éste, que el nueve de Julio último telegrafieron desde Zaragoza: «Un vendedor de periódicos que se dedicaba á leer las obras de Tolstoi, acometido de un raptó de locura, se echó á la calle desnudo, gritando que era el apóstol de la Verdad y causando el escándalo consiguiente. Los agentes de la autoridad lograron sujetarle, tapándole con una manta.»

Si el exceso de actividad psíquica es una causa de perturbación mental, como nota Tardieu (1), si la meditación debilita tanto como varias evacuaciones sanguíneas en frase de Tissot (2), si el aumento de calor producido por el trabajo cere-

(1) *La locura.*

(2) *De la santé des gens de lettres.*

bral, según observación de Davy, exagera la sensibilidad; si al decir de Feré (1), «la intensidad de las representaciones tiene influencia patente sobre el estado de las fuerzas», se comprende cuán expuestos se hallan á perder la razón los cerebros débiles de mujeres y jovencuelos que se entregan de tal modo á la lectura de las novelas, que en ella agotan sus energías intelectuales, privándose por su afición hasta del recreo y del sueño, y tan honda impresión reciben y tan grandemente se afectan, que lloran á veces á lágrima viva, produciéndoseles aumento notable en la actividad de los instintos, sentimientos y movimientos pasionales, con lo que se perturban más ó menos las facultades anímicas y se adquiere una peligrosa predisposición para la locura. No es maravilla, pues, que todos los alienistas señalen, con D. Pedro Mata (2), entre las causas *intelectuales* de la enajenación mental, la lectura de novelas y demás obras «llenas de absurdos, quimeras, maravillas, hipérboles, etc.»

Cuando menos, la excesiva lectura de novelas viene á constituir un como suicidio espiritual, porque no deja lugar al pensamiento propio: quita el amor á la investigación científica, amengua el sentido de lo real, da nocivo predominio á la imaginación sobre las otras facultades anímicas, puebla de inútiles representaciones sensibles

(1) *Degeneración y criminalidad*, prefacio, ed. 1903.

(2) *Tratado teórico práctico de Medicina legal y Toxicología*, página 302, ed. 1903.

el entendimiento, turba con sus imágenes, que causan impresión duradera y profunda, la atención, meditación y reflexión necesarias para el estudio, y debilita las energías del espíritu para llevar á cabo con ilación lógica el desarrollo de una demostración. No dice nada de más Rollin al decir que las novelas *etouffent peu á peu l'amour et le goût du vrai*.

Un escritor positivista, cual Herbert Spencer, reprueba en su libro *La moral de los diversos pueblos y la moral personal* (1) «la frecuente lectura de novelas»: se funda para ello en que tales disipaciones emocionales minan la salud mental, pues fatiga y trastorna el seguir las vicisitudes de personajes imaginarios, á quienes la viva pintura de los caracteres da color de realidad; y en que la simpatía exuberante que sentimos por los héroes novelescos nos cuesta cierta insensibilidad ulterior, porque «así como los ojos expuestos á una viva luz se incapacitan momentáneamente para apreciar las luces más tenues á cuyo favor se distinguen los objetos circundantes, así también después de derramar lágrimas por las víctimas de imaginarios infortunios, viene un instante de depresión en nuestros sentimientos de simpatía hacia las personas reales».

Potísima causa de la afición á las novelas y de la honda impresión consiguiente es la clase de asuntos preferidos:

(1) Ed. Madrid, p. 290.

«Porque á veces lo que es contra lo justo,
por la misma razon, deleita el gusto».

según advertía Lope de Vega. El tipo alrededor del cual se agrupan situaciones y caracteres, el destinado á resumir el pensamiento ó la idea capital, escribía en uno de sus preámbulos *Jorge Sand*, «representa la pasión del amor, puesto que casi todas las novelas son historias amorosas.» Pensadores ilustres han condenado este modo de proceder de los novelistas, notando con Manzoni, que el amor para abundar no necesita que se le fomente, y al cultivarlo con la literatura no se hace más que provocarlo allí donde no se necesita; y execrando con Carlyle que se constituya como principal objeto de la existencia lo que «está confinado á un pequeño número de años de la vida, y aun en esta fracción insignificante de tiempo es tan sólo *uno* de los objetos de la ocupación del hombre entre una multitud infinitamente más importante.» Sin embargo, como dice el filósofo francés Payot en *La educación de la voluntad* (1), «La literatura contemporánea es casi en su mayor parte una glorificación del acto sexual. Á creer á muchos de nuestros novelistas, el más elevado, el más noble fin que puede proponerse un sér humano, es la satisfacción de un instinto común con todos los animales.» Tal es la razón de que haya tantos devotos de este género literario y una de las principa-

(1) Lib. 4, cap. 1.º

les para estar muy prevenidos acerca de su lectura.

Cuando los amorios constituyen el fondo y la trama de una obra, no deja de haber en ella serio peligro para la juventud, aunque la exposición esté bien distante del bestial moderno naturalismo de lupanar y mancebía, y sin que se pinte tan al desnudo como lo pintaban los poetas de Grecia el ciego y alado hijo de Venus.

Aparezca en buena hora el amor platónico, incierto, indeciso, indefinible, saturado de idealismo, exento de contornos, cual si flotara vagarosamente allá en las altas regiones é impalpable atmósfera de lo *suprasensible* y fantástico, distando infinitamente de las groserías materialistas de Pigault Lebrun y demás compañeros de indecencia.

Pero, no nos llamemos á engaño: el entendimiento siente pereza en generalizar, y gusta poco de seguir de cerca esas elucubraciones, abstracciones y metafísicas, *por cuyas asperezas caminan* las novelas que han dado en la flor de llamarse *psicológicas*, y la voluntad siente demasiado aquel aguijón de la carne que abofeteaba al Apóstol (1), como un ángel de Satanás. El amor que se presentará, tal vez, en las páginas literarias desligado de todo vínculo de carne, y purificado en el crisol de la filosofía, despojarase poco á poco ante los ojos del lector, sobre todo si

(1) Epist. 2.^a ad. Cor., cap. XII v. 7.

éste es jóven, del cendal de la pureza, perderá su forma aérea, sutil y vaporosa, se concretará, encarnará en la materia, y tornarase determinado y personal. Agréguese á esto la extrema versatilidad de la imaginación, esa *loca de la casa*, como en pintoresca frase la apellidaba la virgen Abulense, y su fuerza de aumentar las proporciones de los objetos y acercarlos, por decirlo así, coloreados con mágico pincel y bellas fascinadoras tintas; téngase presente que el tentador no se duerme en las pajas, según dice la frase castellana, y anda á la continua á nuestro rededor, espiondo el momento propicio de arrojarse sobre nosotros cual león rugiente (1); añádase, en fin, la soledad y el ocio en que, como dice Tassoni (2), se leen por lo común estos escritos; y dígase después quién se atreverá á contar el sinnúmero de borrascas que se levantarán en los mares del corazón y las nubes de impureza que, en revueltos giros, cruzarán en todas direcciones, empañándolo, por el cielo, antes límpido tal vez y sereno, del pensamiento de los lectores. «Es el sueño de las pasiones tan vigilante y sutil, escribe Barcia Caballero en sus *Cartas amistosas*, que aun cuando aparentan estar más profundamente adormidas, basta para despertarlas la impalpable é invisible huella que la palabra escrita deja en la retina.»

Ya sabemos nosotros que hay algunos padres

(1) San Pedro, Epist. cap. últ. v. 7.

(2) Lib. 7.º cap. XI, *Pensamientos diversos*.

de familia tan olvidados de su deber, tan enemigos de la salud espiritual de su descendencia, tan derrochadores de la sangre divina de Jesús vertida para la santificación de las almas, que no se creen obligados á evitar en sus hijos, cuanto les sea dable, los malos pensamientos y deseos, contentándose con que no los pongan por obra. Pero aun esos, si los apartan de las malas compañías, con mayor razón deben apartarlos de las novelas malas, porque no puede haber compañía peor. Diderot que era autor de ellas, las arrancaba de manos de sus hijos. Las malas palabras corrompen las buenas costumbres, decía el Apostol (1); el resultado de las conversaciones obscenas es la práctica de la obscenidad, notaba San Clemente Alejandrino (2), porque, como ya advirtió Aristóteles (3), del torpe hablar se sigue el torpe hacer. Y no se debe dejar inadvertido que, según en la *Filotea* (4) lo reparaba San Francisco de Sales, «son mucho más venenosas las palabras deshonestas cuando se dicen encubiertas con arte y agudeza; pues si el dardo cuanto más agudo, más fácilmente penetra el cuerpo, la palabra mala, cuanto más aguda, tanto más penetra nuestros corazones». Pues lo que sucede con las conversaciones reales, eso mismo ha de decirse de las conversaciones fingidas en las novelas. La lógica,

(1) I Cor. 15, 33.

(2) Strom. lib. II.

(3) Polit. lib. VII.

(4) Parte 3.^a

decía David en una de sus *Conferencias*, «esa inflexible divinidad no retrocede, y la corrupción pasará del libro al corazón y se formará en él una asquerosa llaga, y si una mano valiente levantase el velo, os horrorizaríais á la vista de esta úlcera gangrenada». El conocido y verdadero adagio: «dime con quien andas y te diré quien eres», puede modificarse de este modo: dime lo que lees y te diré lo que haces; dime cuánta es la malicia de tus novelas predilectas, y te diré cuánta es la maldad de tus acciones ordinarias.

Y se explica que sea así. Notorio es que como el hierro se pone candente al fuego y frío en la nieve, el corazón humano se identifica sin dificultad con el medio que le impresiona; por otra parte, las pasiones en el hombre tascan con repugnancia el freno del apetito superior, y sólo buscan un pretexto para rebelarse: son un volcán oculto que, aunque parezca extinguido, al menor movimiento reventará produciendo horribles estragos; un combustible que, á la más leve imprudencia, puede arder en abrasadora llama. La idea del amor, aunque en la novela quiera llamarse romántico, espiritual y puro, dejará de serlo pronto en la imaginación del que lee, para convertirse en chispa que produce el incendio de la concupiscencia; luego, de este pozo ardiente, de este horno, sube el humo (1), y se obscurece el sol del

(1) Apoc., cap. IX, v. 2.

entendimiento: más tarde, por hablar con don Gumersindo Laverde Ruiz (1),

«Impura lava en desbordado río
Por las venas circula embravecida,
Del corazón insano despedida
Como del fondo de volcán sombrío;»

y finalmente, abandonado el lector, por su temeridad, verdaderamente en manos de su consejo (2), cae de la cúspide de la pureza, adorando al espíritu de la lujuria, que, como decía otro poeta,

«.....le brinda
en múltiple ilusión de raso y oro
pompas aéreas y livianos goces.»

Acostumbrado, el que se engolosina con esta literatura, á tener constantemente ante los ojos de su fantasía el amor, se familiarizará y encariñará con tal idea; tendrá sus manifestaciones por la cosa más natural del mundo; juzgará sus deseos hacederos y obvia y prontamente realizables aun los más altos, viendo cómo los protagonistas de sus lecturas hasta descienden del solio, con cetro en la mano y corona en la cabeza, á buscar el objeto de sus amorosas ansias en los tugurios pastoriles ó en rústicas habitaciones; y no creará insuperable ningún óbice, contemplando con qué facilidad los personajes de su novela frustan la vigilancia del hermano, se burlan de la autoridad

(1) *La Tentación.*

(2) Eccli. cap. XV, v. 14.

y de las canas del padre, ó hacen inútiles los celos y precauciones del suspicaz marido. Pretender que un joven que aprendió todos los resortes del lenguaje de la pasión, todos los recursos del arte de amar, todos los medios, ingenios y artificios conducentes á rendir las plazas con más armas y vituallas de pureza abastecidas y con mayores precauciones de recato y más fuertes muros de modestia guardadas, y ha visto en el ejemplo de aquellos héroes fingidos la facilidad con que se prende y comunica la llama del amor, y con la lectura sintió brotar en el alma fuego ardentísimo de deseos impuros que le devoran y consumen, pretender, decíamos, que, cuando la ocasión le brinde con su melena, no ponga por obra sus vituperables intentos, es punto menos que buscar cotufas en el golfo, que pedir un imposible. Rodríguez Solís, en su libro *Las extravíasdas*, no cuenta la lectura de novelas amorosas entre las causas que determinan las caídas de la mujer; pero no cabe duda que es una de las más influyentes, y que en pocos países tendrá la mujer tanta afición á este género literario como en España, donde es casi lo único que lee. Plácenos declarar nuestro pensamiento con palabras de Fr. Luis de León, el maestro incomparable de la lengua castellana, quien lo expresa por este modo en *Los nombres de Cristo* (1): «Es caso de gran compasión, que muchas personas simples y puras

(1) Libro I.

se pierden en este mal paso, antes que se adviertan de él; y como sin saber de dónde ó de qué, se hallan emponzoñadas, y quiebran simple y lastimosamente en esta roca encubierta. Porque muchos de estos malos escritos ordinariamente andan en las manos de mujeres doncellas y mozas, y no se recatan de ello sus padres; por donde las más veces les sale vano y sin fruto todo el demás recato que tienen... Y, á la verdad, si queremos mirar en ello con atención y ser justos jueces, no podemos dejar de juzgar sino que de estos libros perdidos y de su lección nace gran parte de los reveses y perdición que se descubren continuamente en nuestras costumbres.»

Los mismos novelistas se hallan contestes en reconocer el peligro que para la castidad hay, de ordinario, en este género de literatura. No es casta, decía un testigo tan poco recusable como Rousseau, no es casta ninguna joven que haya leído novelas, *jamais fille chaste n'a lu des romans*. Los naturalistas, al describir cómo los personajes de sus obras van fatalmente perdiendo la virtud de la pureza hasta caer en lo más hondo del inmundo lodazal del vicio, ponen entre los elementos morbosos del *medio ambiente* estas lecturas. En *Una página de amor*, pintando Zola cómo *Elena* vino á pecar con un casado, dice: «El libro resbaló de sus manos. Soñaba con las miradas perdidas en el espacio... ¡Cuánto mentían aquellas novelas!... Y sin embargo la seducían, haciéndole pensar, á pesar suyo, en el caballero

Ivanhoe, apasionadamente amado por dos mujeres: Rebeca, la hermosa judía, y Rowena, la noble lady. Parecía que ella habría amado con el orgullo y la paciente calma de la última...» En *El primo Basilio*, del famoso portugués *Eça de Queiroz* quien, como escribió en *La Lectura* Alicia Pestana, se complacía «en pintar casi siempre torpezas», se dice de la esposa que había de olvidar muy pronto sus juramentos: «Leía muchas novelas, y tenía un abono por meses en un gabinete de lectura. Cuando era más joven, á los diez y ocho años, se había entusiasmado con Walter Scott y Escocia... Había amado á *Errandolo* y á *Morton*, aquellos héroes tiernos y graves, que lucían en el birrete la pluma de águila... Pero hoy la cautivaba *lo moderno*... Burlábase de los trovadores, y ponía por encima de las nubes á *M. de Camors*. El hombre ideal se le aparecía de frac y corbata blanca... Desde algún tiempo atrás su pasión se había fijado en *Margarita Gautier*; su amor desgraciado dábase una melancolía vagorosa. Hallaba hasta en los nombres de los personajes—*Julia, Armando, Prudencia*—el sabor poético de una vida llena de amor...» Pero ¿qué más? noveladores hubo que daban la voz de alerta sobre los riesgos que se corría leyéndolos á ellos mismos. «Yo he puesto á esta obra, escribía en el prefacio de ella el autor de *La Nouvelle Héloïse*, un título bastante significativo, para que al abrirlo sepa cualquiera desde luego á qué atenerse; la joven que á pesar de ello se atreva á

leer una sola página, es mujer perdida, *est une fille perdue.*»

Perdida la virtud de la castidad, la virtud de la fe no anda lejos de perderse. La religión parece entonces un estorbo, y sus leyes santísimas carga insoportable. Se cierra los ojos del alma para no ver el abismo de la maldad, se trata de amontonar dudas sobre lo que no conviene creer, y se llega á dar por no existente lo que las pasiones no querrian que existiera. Los más viciosos suelen ser los más contrarios al catolicismo, que condena las rebeldías voluntarias de su carne, excita los remordimientos de su conciencia por soltar el freno á vergonzosos apetitos, y les amenaza con castigo eterno por perturbadores del orden moral y transgresores de la ley divina.

Es muy común que los mismos que se emplean en el trabajo de novelar conozcan y confiesen el daño que á las almas creyentes hacen las novelas. Por no multiplicar las citas, baste la de un testigo nada sospechoso, Pío Baroja, en la muy sonada novela *Aurora Roja*, que acaba de dar al público. Cuéntase allí cómo un seminarista dejó la carrera y la religión, y se le hace decir: «Leí libros, y pensé y sufrí mucho, y desde entonces que no creo... El primero que leí fué *Los Misterios de París*; después *El Judío errante* y *Los Miserables*... En Juan habían hecho las lecturas una impresión tan fuerte, que recordaba todo con los más insignificantes detalles. Parecía haber vivido

con el Churiador y la Lechuza, con el Maestro de escuela, el príncipe Rodolfo y Flor de María... El humanitarismo declamador y enfático del autor encontraba en Juan un propagandista entusiasta (1).»

(1) Prólogo.

CAPÍTULO IX

De algunas especies de novelas

Las novelas de caballerías.—Las novelas picarescas.—Las novelas bandolerescas.—Las novelas históricas.—Las novelas de costumbres.—Las novelas científicas.—Las novelas religiosas.—Las novelas morales.—Resumen.

Durante la edad media, época de misteriosas aventuras y de colosales hazañas, de caracteres independientes y de lucha contra el feudalismo dominante, la novela revistió la forma de *libros de caballerías*, donde casi siempre se admiran espejos de honestidad, de valor, de verdadera nobleza, de religiosidad acendrada, de lealtad á prueba de sacrificios, de cortesía llevada al extremo, viéndose á la virtud triunfante de las asechanzas que se le ponen y de los lazos que se le tienden. «Su moral es buena» testifica y falla Coll y Vehí (1). «La caballería, escribe Amador de los Ríos (2), era una religión, y su sacerdocio el

(1) *Literatura*, pág. 262, ed. 1.^a

(2) *Historia crítica de la literatura española*, tomo V.

ejercicio de todas las virtudes; el caballero, que merecía por excelencia este nombre, tipo de perfecciones.»

Con todo, los moralistas de aquel tiempo y las personas juiciosas clamaban contra la desmedida afición á tal lectura, que no dejaba, cierto, de ofrecer serios peligros por múltiples razones que no es del caso exponer ahora. Séanos permitido traer aquí el testimonio que de experiencia propia da Santa Teresa de Jesús: «Paréceme que comencé á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosa de virtud de todas maneras: porque con serlo tanto mi madre, como he dicho, de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballería... desto le pesaba tanto á mi padre, que se había de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella vi, me comencé á enfriar los deseos, y fué causa de que comenzase á faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento: comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, y con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía

tener, que eran hartas por ser muy curiosa... Ahora veo cuán malo debía ser.» Como Santa Teresa opinaban de estas novelas Malon de Chalde, Vives, Venegas, y en suma, como dice Don Pascual Gayangos, «en todas partes la opinión de los doctos se pronunció contra este género de lectura, y en nuestra España, particularmente, apenas se hallará moralista del siglo XVI que no truene y declame contra las ficciones caballerescas, considerándolas perjudiciales en sumo grado y como un germen de corrupción para las costumbres. En los confesionarios, en las obras ascéticas y morales, en los diferentes tratados de ética y política publicados en aquel siglo, se hallarán muestras patentes de esta especie de cruzada religiosa y literaria».

Tantos y tan poderosos elementos conjurados contra estas disparatadas ficciones concluyeron por hundirlas en total descrédito y por hacer que les perdiesen la inclinación las clases elevadas y cultas: pero entre el vulgo aun, por desgracia, subsiste. Muchos á quienes se les cae de las manos *Don Quijote*, se deleitan extraordinariamente con las extrañas y portentosas aventuras de los *caballeros* de quien él es sublime parodia; pueblos hay donde ni un ejemplar se conserva de la inmortal obra de Cervantes y abundan, por lo menos en extracto, las que él flageló con sátira despiadada creyendo haberles dado sepultura entre las carcajadas del mundo; en los mercados y ferias y donde quiera que concurren muchos

aldeanos se oye referir las hazañas y se ve comprar las historias de los famosos caballeros andantes, en cuya lectura se enfrascaban y embobaban las pretéritas generaciones. Hoy pueden parecer poco menos que inocentes; pero en lo antiguo causaron daños muy graves. Cuando Cervantes dice que por su lectura se puso loco *Quijano* hasta convertirse en *Quijote*, no dice cosa que deba figurarse exagerada. En el estudio *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote*, bebiéndolos en las mejores fuentes, cita Menéndez Pelayo hechos parecidos, entre los cuales están los siguientes: un caballero portugués encontró un día toda su familia llorando, y al preguntar la causa obtuvo esta respuesta entre gritos y sollozos: Señor, *hase muerto Amadis*; un sacerdote tenía por verdaderas las fábulas de *Amadis* y de *Clarian*, fundándose en que estaban en letras de molde y tenían la aprobación de los superiores con privilegio real; un conocido de Alonso Fuentes, aunque se sabía de memoria todo el *Palmerín de Oliva*, no podía vivir sin tener consigo el libro; un estudiante de Salamanca que leía en un libro de caballerías «como hallase en él que uno de aquellos famosos caballeros estaba en aprieto por unos villanos, levántose de donde estaba y empuñando un montante, comenzó á jugarlo por el aposento, y esgrimir en el aire, y como lo sintiesen sus compañeros, acudieron á saber lo que era, y él respondió: Déjenme vuestras mercedes, que leía esto y esto, y

defiendo á este caballero. ¡Qué lástima! ¡Cuál le tratan estos villanos!»; un caballero muy manso y muy cuerdo sale furioso de la corte sin ninguna causa, y comienza á hacer las locuras de *Orlando*: «arroja por ahí su vestido, queda en cueros, mata á un asno á cuchilladas, y andaba con un bastón tras los labradores á palos».

Fueron los españoles, decía Lope de Vega, ingeniosísimos en este género de composición, sin que en la invención les haya aventajado nación alguna; y por eso aquí «la literatura caballerisca alcanzó límites que hoy día nos parecen casi increíbles». Pero el descubrimiento de América, los viajes á la India, las guerras en el centro de Europa, dieron á la realidad el encanto de las antiguas ficciones maravillosas; los progresos del brazo popular hicieron que al gusto por las aventuras guerreras de los caballeros sucediese el gusto por las aventuras ordinarias de la gente escuderil; y los *libros de caballerías*, clavados en la picota de lo ridículo por la sátira acerada de Cervantes, fueron reemplazados por el género picaresco, donde alcanzó su más alta gloria nuestra literatura; pues en él, son palabras de don Eustaquio Fernández Navarrete, en el *Bosquejo histórico sobre la novela española*, nuestros compatriotas «dejando correr la fecunda vena de su imaginación y campear la abundancia de su riquísima lengua, no habían de encontrar rivales en nación alguna.» Timoneda, don Diego Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Cervantes, Vélez

de Guevara, Cristobal Suárez de Figueroa, Quedo, Vicente Espinel, Jerónimo de Alcalá, Fray Andrés Pérez, Alonso del Castillo y tantos otros elevaron altísimos monumentos que perpetuarán el glorioso renombre de la literatura española. Mas los hechos de los *picaros*, de los que *picaban* la carne en las cocinas, tenían muy poco de edificante; y las descripciones, palpitantes y calientes llenas de vida y de color, de la hampa, de la mendiguez y de la granjería andante no eran en verdad elementos moralizadores propios para engendrar pensamientos elevados.

Verdad que, como dice el señor Moret (1), *El Lazarillo de Tormes* es «libro sin modelo en su género»; pero también lo es lo que creía Munarriz compendiando á Hugo de Blair, que el honor de nuestros autores de novelas cómicas sería más grande, si estuviesen «encaminadas á un fin moral más seguro y determinado». Raras veces producirían el efecto moralizador que Tiknor y Lesage se complacen en atribuirles, y en cambio para muchos habrán sido objeto de imitación y escuela de maldad. En la *Celestina*, en la *Lozana Andaluza* y otras novelas de este jaez hay atrevimientos capaces de hacer poner rojo á un guarda cantón.

Por eso, conforme advierte Aribau (2) «difícilmente se combina la magistral gravedad de los discursos con el tono de frescura, desenfado y

(1) Prólogo al *Bandolerismo* de Zugastí.

(2) En la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra.

aun jactancia en la narración de las acciones más feas». En tales obras solía haber muy sensatas disertaciones morales y sanísimos consejos para que no se imitase lo que allí se describía, ni se deleitaran los jóvenes con la narración de los hechos; mas, según juiciosamente repara Zugasti, en su obra *El bandolerismo* (1), «el remedio es completamente ineficaz, no sólo porque llega tarde ó á destiempo, sino también porque los incentivos de ciertos cuadros contienen más aliciente, energía y eficacia que todas las graves, sesudas y frías declamaciones contra el efecto producido, cuando ya el daño está hecho. Y como entre dos fuerzas desiguales predomina la mayor, y como cierto linaje de inducciones tiene más fuerza que cierta clase de homilias, resulta que el mal triunfa del bien, que el sermón es inútil, que la inmoralidad es un hecho consumado, y que la moralidad abstracta de algunas frases condenatorias queda reducida á palabras, sin eficacia práctica ninguna».

Las novelas *bandolerescas*, con cuyos terribles relatos han entretenido á una generación los folletinistas franceses llevando á la cabeza á Javier de Montepin, á Ernesto Capendu y á Ponson du Terrail, y en las que sobresalieron aquí Ortega y Frias, Juan de Dios Mora y sobre todo Fernández y González, no son, ni mucho menos, tan inocentes como algunos se figuran; y lo mismo cabe

(1) Tomo II.

decir de las *judiciales*, cuyo iniciador fué Emilio Gaboriau (1).

Observando D. Juan Valera que lo que es reflejo fantástico de un estado social suele convertirse en causa, reflejándose á su vez en las acciones y en el espíritu humano, concluía que esta literatura «ha fomentado el bandolerismo en Andalucía y en la moderna Grecia». Cuando la Guardia civil mató al famoso bandido Bizco de Borja, refirióse que algunos de su cuadrilla llevaban consigo la novela del no menos famoso Diego Corrientes. En los Tribunales, si á los acusados de bandolerismo se les pregunta por sus lecturas favoritas, suele apreciarse que el roce intelectual con personajes fabulosos ó fantásticos de presidio ha llevado á éste muchos hombres: ejemplo elocuente de ello fueron Lemaitre y Morriset y tantos otros citados en los *Anales de higiene y medicina legal*. En el famosísimo proceso Gouffé se vió comprobado que las novelas habían influido mucho en la inmoralidad de Gabriela Gompard. Troppman, como se lee en los *Recuerdos de la pequeña y de la grande Roquette*, confesó al abate Crozes la causa de su profunda desmoralización: «Á fuerza de vivir en el mundo imaginario de estas novelas, había perdido la noción de lo justo y de lo honesto, y se

(1) Es curioso el caso de M. M. que «con una prosa inspirada en novelas que le cautivaron y seducen», como decía *La Correspondencia de España* en 3 de Marzo de 1905, dirigía escritos al Juzgado de Madrid acusándose de delitos no cometidos.

dejó dominar por la pasión hacia estos héroes de presidio, que se forman una reputación colmando de favores á los que los rodean, con los despojos de sus víctimas, ó que mueren siendo directores de una oficina de Beneficencia después de haberse formado un capital tirando de la navaja ó empleando el veneno.» Su novela favorita era *El Judío errante*, y por imitar al héroe de ella cometió su crimen, según declaración de M. Lachaud.

Si no hay en el fondo de todos los hombres un autómeta que se mueve según las impresiones que recibe, es lo cierto que la propensión á imitar tiene en todos considerable fuerza. Ciceron, en su oración *Pro Archia*, decía que si los escritores griegos y latinos habian delineado magníficas imágenes de grandes hombres, era más para que sirviesen de modelos que de objetos de admiración, y añade: «Cuando yo dirigía la República los tenía siempre delante de mis ojos, y sólo pensaba en estos hombres ilustres para dirigir así mi espíritu.» Y no sólo los ejemplos reales, también los fingidos están dotados de eficacia para mover la voluntad á reproducir los mismos actos. Cervantes decía por boca de Don Quijote que «el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imita á Ulises, en cuya persona nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y sufrimiento, como también nos pintó Virgilio en la persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos y describiéndolos como ellos fueron,

sino como habían de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes», y añade, dando pruebas de perspicaz observador, que el caballero manchego con tanto tener delante de los ojos los imaginarios caballeros andantes vino á ser como ellos «valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente y sufridor de trabajos.» Pues si tanto pueden para el bien los buenos ejemplos que se leen en los libros, mucho más pueden para el mal los malos. Por eso Platón en el tratado *De la República* (1) manifestaba que era peligroso para la moralidad el relato de actos criminales que los poetas atribuían á los dioses; porque podían servirles de ejemplo ó de pretexto. Pero en las *novelas de bandidos* no sólo se despiertan é imprimen en el espíritu imágenes que pueden alterar el recto criterio y mover al mal la voluntad del lector; el ingenio del novelista discurre ingeniosos medios de cometer el crimen y de eludir la acción de la justicia, y los tales libros vienen á ser de esta guisa escuela de bandidaje y cartilla práctica para uso de facinerosos.

Se nos figura que es injusto calificar de *un mal género* á la novela histórica, aplicando á sus cultivadores aquello que se lee en Diderot (2): «Vosotros engañáis á los ignorantes, hastiáis á los hombres instruídos, y estropeáis la historia con la ficción, y la ficción con la historia.» Al contrario,

(1) Lib. III.

(2) *Claude et Neron.*

la novela *histórica* podría ser un medio de que aprendiesen algo de lo pasado muchos que de otro modo se contentarían con saber de lo presente. Las obras del príncipe en este género, Walter Scott, que poseía como una *segunda vista* para sorprender el secreto de la Edad media, fueron conceptuadas por Villemain y por Thierry *más verdaderas que la historia misma*, si bien Chateaubriand, otro romántico de la historia, confiesa que al leerlas se ve uno «precisado con frecuencia á saltar diálogos interminables, y no siempre se encuentra en él esa naturaleza escogida, esa perfección, esa originalidad, esos pensamientos y esos rasgos que se encuentran en Manzoni y otros».

La *Fabiola*, del cardenal Wiseman; los *Mártires*, verdadera epopeya en prosa, de Chateaubriand; el *Quo vadis*, de Sienkiewich; el *Nerón*, de Ferreiroa; *Emilia Paula*, de Baraille; el *Victor*, de Gay, y *Virginia*, de Villefranche, por no citar más, reproducen con notable exactitud escenas de los primeros tiempos del cristianismo. Las novelas de Ebers denotan gran conocimiento de la historia egipcia. En las arqueológicas de algunos naturalistas sería injusto negar que se revelan prolijas investigaciones sobre Roma y Cartago. España cuenta con novelistas que supieron inspirarse en la realidad de lo pasado, trazando cuadros llenos de vida y de color, como han hecho Alarcón, Galdós, sobre todo en la primera serie de *Episodios* donde tienen menos ocasión de des-

cubrirse sus prevenciones anticlericales, Navarro Villoslada, Patxot, Amós Escalante y Leandro Herrero.

Mas no conviene exagerar la importancia de tales novelas, considerándolas como sólida base de ulteriores investigaciones históricas ó como fuente segura para adquirir noticia adecuada de los tiempos pretéritos. Como muy bien notó Valera en la *Terapéutica social* (1), «en elogio de Walter Scott aseguran los críticos que en su novela *Ivanhoe* explicó, mejor que la historia lo había hecho hasta entonces, las relaciones entre vencedores y vencidos, y cómo surgió de dichas relaciones la nación inglesa, y su interna constitución tal como ha llegado á ser en el día, inspirando al famoso Agustín Thierry para escribir la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*; pero de que una novela histórica haya sido tan atinada, sería absurdo inferir que nos conviene estudiar historia en las novelas».

Por desgracia, además, lo común y corriente es dejar muy lastimada y en sumo grado maltrecha la historia, presentando los tiempos medievales como períodos de palpables tinieblas; los reyes todos como monstruos coronados, los papas como ambiciosos sin escrúpulos, los sacerdotes como ignorantes, los monjes como fanáticos, y para concluir el cuadro, haciendo supersticiosos y crueles á los conquistadores de América, des-

(1) *La novela profética.*

pota al rey *prudente* y al Santo Oficio *Tribunal de Sangre*. Con anacronismos como el de presentar al Cid entusiasmándose ante las torres de la catedral de Burgos, según hizo Fernández y González, el fecundísimo escritor que miserablemente derrochaba su talento, apremiado por los acreedores, dictando á la vez tres ó cuatro novelas, se podrían llenar muchos y entretenidos volúmenes.

Y no se crea que en las más de las novelas históricas, que no son novelas ni historias, se pierda tan sólo el tiempo. Más parte que las calumnias del apóstata Llorente han sido, para hacer aborrecible la Inquisición, muchos esperpentos literarios como *El Tribunal de la sangre*, de Ortega Frías, y *La Inquisición y el Rey*, de Luis Parreño. Esa «serie de rehabilitaciones morales por medio de la literatura», de que hablaba Luis Vidart (1), en las que se eleva á las más altas nubes y se corona con el nimbo de la santidad y la aureola del valor á los monstruos más repugnantes, á los más sanguinarios verdugos de la especie humana, á los que, en frase de un escritor humorista, se hallaban condenados al presidio perpetuo de la historia, no van sólo contra la verdad y la justicia; son además elementos de perturbaciones sociales, gérmenes de motines y revoluciones, y fomentan los crímenes de la anarquía, en cuanto, como nota Garófalo

(1) *La novela en la Edad moderna.*

en *La superstición socialista* (1), «contienen la glorificación de los asesinos históricos». La Academia de ciencias morales de Francia en sus *Lecciones y Trabajos* (2), hace constar, con datos irrecusables, que el haber poetizado y glorificado á los hombres del Terror creó número incontable de revolucionarios y agitadores; cuando fueron detenidos los cómplices de Fieschi, Papin y Alibaud encontráronse en su domicilio las obras de Saint-Just.

Tan inútiles como las históricas para conocer los tiempos pasados, son por lo general las de *costumbres* para conocer los tiempos presentes. Imposible desconocer que se hallan admirablemente retratadas las costumbres andaluzas en las novelas de Fernán Caballero (3), Arturo Reyes, Salvador Rueda y Muñoz Pavón; las vascogadas, en las de Trueba; las montañesas, en las de Pereda; las aragonesas, en las de Polo y Peyrolon, las valencianas, en las de Blasco Ibáñez aunque con espíritu sectario y descripciones pornográficas; las catalanas, en las de Narciso Oller y don Cayetano Vidal; las americanas, en las de Legizamon, Oliveira, Ceballos, Ascasubi y Gabriel Ferry; las rusas, en las de Tourgueneff, Gogol y Gorki, etc.; pero aun omitiendo los inconvenientes de leer algunas de las nombradas, hay en cambio infinidad de *novelas de costum-*

(1) Conclusión.

(2) Agosto y Septiembre de 1855.

(3) Pseudónimo de D.^a Cecilia Böhl de Faber.

bres que sólo antifrásticamente se pueden así llamar, y donde la vida real y los caracteres de los pueblos se falsean en absoluto, cual suele suceder siempre que en las francesas pasa la escena en España.

Pues si en las novelas de costumbres no se aprende de ordinario nada bueno, otro tanto sucede con las *científicas*. Julio Verne es el príncipe de esta literatura, en que tan alto nombre alcanzó también Maine Reid; de aquél dijo don José Barbany, que había logrado «hermanar la severa ciencia con la poesía risueña», y buen fin guió su pluma al proponerse popularizar y hacer asequibles á todas las inteligencias las ideas científicas. Pero ¡cuán peligroso es en estas novelas donde la literatura y la ciencia se confunden y se barajan, no distinguir de lo posible lo absurdo, de lo pasado lo fingido, y de lo imaginario lo existente!

Las muy contadas instrucciones aprovechables, —que con método, precisión y abundancia se hallan en libros técnicos— están allí como oprimidas bajo la hojarasca y balumba de otros pensamientos que ninguna enseñanza importante contienen: todo, por ejemplo, lo que relativo al arte de beneficiar las minas trae la famosa novela *Brazo fuerte*, de Alfredo de Brehat, «está reducido en el más insignificante tratado á una página», al decir de Villar-Grangel en las *Crónicas malignas*.

Las novelas pueden servir para propagar y

hacer atractivas las ideas religiosas; mas, desgraciadamente, en gran parte de las que fingen religiosidad y devoción redúcese el cristianismo á mera sensiblería poética ó á una brillante ficción artística: las nihilistas rusas que tan impregnadas parecen de misticismo, más que á la religión cristiana se asemejan á la de los Vedas y á la de Budha, y su cristianismo será el alejandrino, pero no el del Evangelio cuyo espíritu no comprenden ó de propósito lo falsean. Como en las naturalistas dominan el positivismo y el materialismo, en otras de muy diferentes procedimientos y factura no es difícil descubrir el influjo de la filosofía panteísta. Pero este pensamiento no podríamos desarrollarlo mejor que el padre Bresciani (1) cuyas son estas palabras: «¿Quién no reconoce al dios de los panteístas en este dios de la religiosidad novelesca, que no sirve ni de Providencia, ni de Salvador, ni de Legislador, ni de Juez? En esa misma ausencia de toda regla de arte, que caracteriza la mayor porción de las novelas de nuestros tiempos; en ese horrendo *galimatias*, medio francés, medio alemán, con que nos aturden sus frases vacías, sus conceptos vagos, sus palabras sin sentido fijo, en esa especie de nebulosidad en que envuelven todas sus doctrinas y todos sus sentimientos, y aun los mismos sucesos que describen ó representan; en esa confusión, en fin, con que aparece la mentira

(1) *Avisos para conservar el fruto de la buena educación*, traducción por don Gabino Tejada.

revuelta con la verdad, el mal con el bien, lo deforme con lo bello, ¿quién no ve la huella y el reflejo de la filosofía panteísta? ¿Quién no descubre que el autor de aquellas páginas no tiene ninguna idea sana, ni fija, ni determinada, de Dios, ni de la bondad, ni de la belleza, ni siquiera del lenguaje? ¿Quién no ve claramente que, aunque este desdichado ingenio no sepa siquiera que existe una filosofía panteísta, está recibiendo su callado influjo, y obedeciendo á la huella que en su inteligencia y corazón han estampado las teorías panteístas del moderno racionalismo.»

Trollop decía que las novelas son los sermones de la época actual; y hay quienes, á imitación de Fray Gerundio cuando «dejó los libros y se metió á predicador», se ponen á sermonear en ellas dándoles el aditamento de morales; pero pueden contarse los que como el P. Franco merecen recomendación. Hay que reconocer con la autora de *La cuestión palpitante* (1), que infinidad de novelistas «que se erigen en moralizadores del género humano escribiendo novelas docentes y tendenciosas, no pueden ser de más funesta lectura.» La *redención por el amor*, que inspira el drama francés *La dama de las camelias*, santificando así los más bestiales instintos, suele ser la moral de buen número de novelas, aun de las posteriores á la época del romanticismo. En otras se habla de la misericordia de Dios como si no

(1) Pág. 149, ed. 1.^a

tuviera también el atributo de la justicia; ó se facilita con exceso el perdón de los pecados y cual si nunca hubiese que hacer penitencia; ó se atenúan y disculpan las faltas más graves inventando inverosímiles conflictos de conciencia ó rodeando á los protagonistas de tal ambiente y poniéndoles en circunstancias tan escabrosas y resbaladizas que la caída parezca necesaria y la fatalidad la justifique.

En suma, de las más de las novelas en sus distintos géneros lo que se saca es, usando de una frase de Santa Teresa de Jesús, «enfriar el corazón y calentar la cabeza». No son casi todas sino «simples frioleras fingidas por hombres ociosos y manoseadas de ingenios corrompidos», como las llamaba Melchor Cano (1), de donde viene á resultar ser cierto lo que decía el terso y elegante franciscano autor de la *Vanidad del mundo* (2): «No enseñan virtudes, no reforman el hombre interior, no dan aviso para lo porvenir, ni se saca de la lección provecho alguno.»

(1) *De locis theologicis*, lib. 11, c. 6.

(2) Pág. 104, ed. 1.^a

CAPÍTULO X

La novela romántica

Causas que favorecieron la afición al romanticismo.—Principal promovedor del movimiento romántico.—La novela romántica y la locura; y la misantropía; y la extravagancia; y las revoluciones; y el adulterio; y el incesto; y el suicidio; y el tedio de la vida; y el horror al cumplimiento de las obligaciones.

Cuando los españoles dejamos de influir en la política, dejamos de influir en la literatura de las otras naciones: á las derrotas de la espada siguieron las de la pluma; y cuanto más íbamos decayendo en el concierto de las potencias, más nos dejábamos influir por la lengua y las letras extrañas. La mayor comunicación entre los pueblos trajo mayor comunicación y recíproca influencia de las literaturas nacionales: la española reflejó sucesivamente cuantas modas literarias allende los Pirineos han ido dominando.

Como protesta contra la frialdad, la aridez y la tiranía de la escuela neoclásica, y correspondiendo á la caída del antiguo regimen político y

á los desenfrenos de las libertades públicas, sentó sus reales por mucho tiempo en el ameno campo de la novela el malhadado romanticismo con sus múltiples variadas manifestaciones. Cuántas culpas tenga sobre sí lo dijo en pocas palabras Díaz Carmona (1): «Calumnió á los personajes históricos, falsificó los principios de la moral; fué impío, ateo, panteísta, racionalista; introdujo en las letras un lirismo insubstancial y falso; idealizó las malas pasiones queriendo hacer simpáticos á personajes monstruosos; él sirvió de medio para propagar la mentira sobre la historia, las instituciones, las clases más respetables; él hizo llamar virtud al vicio, heroísmo al crimen, patriotismo á la rebelión; precipitó en el suicidio á muchos desgraciados; inició la guerra sangrienta entre las clases sociales; creó un mundo fantástico de personajes inverosímiles y monstruosos; propagó el panteísmo con sus raptos y éxtasis líricos ante la naturaleza física. ¡Oh! Jamás se le detestará como merece por el gran daño que ha hecho á la sociedad pervirtiéndola, corrompiéndola y extraviándola.»

Con saber quién fué el padre del romanticismo se explica saliera éste tan desdichado engendro. Un loco que andaba suelto porque su trastorno mental tardíamente conocido no se manifestaba en hechos que trastornasen el orden público, alteró el funcionamiento cerebral de muchos lec-

(1) *La novela naturalista.*

tores, engendrando una legión de «neurópatas, egoístas, melancólicos y soberbios, inhábiles para la acción, consumidos míseramente por su propio fuego, hastiados é iludidos por las quiméricas pompas de su espíritu, corrompedores de la sincera visión del mundo, y homicidas lentos de su propia conciencia y energía.» Rousseau, el misántropo grosero, el adulador incorregible, el hipócrita taimado que al descubrirse en sus *Confesiones* escandalizó á los menos pusilánimes, el que fingiendo austeridad seducía y luego abandonaba infelices mujeres, el que predicando amor al prójimo arrojaba los propios hijos á la inclusa, ese jurado enemigo del altar y del trono, de la religión y de la sociedad, goza el triste honor de haber sido quien hizo reflejar en la literatura el desequilibrio de sus nervios desatados, las visiones monstruosas de su fantasía delirante, eso que se llamó *mal del siglo*, de que tantos se habian de quejar sin padecerlo.

La influencia de Juan Jacobo en las costumbres no pudo ser mayor ni más funesta. «No hay ejemplo, escribe Menéndez y Pelayo, de mayor complicidad entre un escritor y su tiempo. Lo que hoy nos parece declamación insensata, sensiblería, paralogismo y mala retórica, fué para los contemporáneos un torrente de lava hirviendo. Esos libros que hoy se nos caen de las manos, tuvieron fuerza para desquiciar el orden social antiguo, para cambiar el sistema de educación, para alterar todas las relaciones de la vida, para

crear un nuevo tipo de hombres que duró dos ó tres generaciones, y yo no sé si enteramente ha desaparecido.»

No hay que detenerse mucho á ponderar el daño inmenso causado por el progenitor del romanticismo: él propio lo dice por estas palabras: «Yo no miro ninguno de mis libros sin estremecerme: en lugar de instruir, yo corrompo; en lugar de alimentar, emponzoño; pero la pasión me arrastra, y con mis bellas frases no soy más que un malvado.» Él también previó los desastrosos efectos que había de producir la literatura inspirada por sus principios y en sus ejemplos, al decir de las novelas: «Mostrando sin interrupción á los que los leen los ilusorios encantos de un estado que no es el suyo, los seducen haciéndolos mirar con desdén su estado propio y codiciar el que no tienen... Queriendo ser lo que no son, llegan á imaginarse que son otra cosa de lo que son, y he aquí cómo se convierten en locos.»

Cuando no la locura suelen producir las novelas románticas una misantropía funesta, una hipocondría maligna, estimulando la irritabilidad nerviosa, agriando el carácter, sembrando en el alma gérmenes de descontento y haciéndola terreno abonado para que arraigue y fructifique la planta dañina de toda protesta y rebelión.

Hay de ellas muchas donde la revolución social se proclama sin rodeos ni disfraces, ó en cuyas páginas todas se aspira odio profundo contra el

orden existente; pero aun no siendo tan explícitas, el resultado suele ser el mismo. Las pinturas exageradas de las injusticias sociales, de la triste condición de los trabajadores, de la excesiva desigualdad de las fortunas, del nada equitativo reparto de los beneficios y de las cargas, hacen pensar á muchos que el hierro y el fuego son poco para destruir organización tan irritante y deficiente. No cabe negarlo: las novelas de Victor Hugo, Soulié, Sand y Eugenio Sué contribuyeron á propagar el socialismo más incomparablemente que los escritos serios de Luis Blanc, de Cabet, de Lérroux y de Reynaud. «Moralistas de los menos rígidos, escribió Menéndez Pelayo en *El romanticismo en Francia*, dieron la voz de alarma contra esa literatura demagógica y encanallada que desde 1840 á 1848 fué una excitación continua y violenta á todas las malas pasiones que hierven en el populacho de las grandes capitales. La novela de propaganda socialista apenas pertenece al arte; pero ha tenido acción eficaz en la historia de las convulsiones morales de nuestro siglo».

La revolución socialista del 48 en Francia tuvo poderosos auxiliares en los noveladores románticos, quienes ejercieron también no pequeña influencia en los siguientes trastornos políticos enardeciendo los corazones y perturbando las cabezas. Julio Vallés, que conocía perfectamente los sangrientos sucesos de la *Commune*, puso de relieve la malhadada parte que en ellos tuvieron

las novelas de Balzac. El romanticismo trajo al arte la tendencia social que hoy domina á muchos literatos, de los cuales algunos quieren resolver el pavoroso problema con la implantación de un radical feminismo, como Beksis, ó con el desarrollo de la ciencia, como Wells, ó por la evolución, como Halbe, siendo en número muy grande los que con Gorter, Holst y Bonyat no encuentran más remedio que una revolución total. Se han escrito novelas francamente socialistas del peor género, como *Un viaje á tierra libre*, por T. Hertzka; *El trabajo*, por Zola; *El socialismo después de la victoria*, por E. Richter, y *Looking backward* por Bellamy; pero nada más revolucionario y subversivo que la novela romántica con sus incendiarias pinturas de los dolores y miserias de las clases trabajadoras.

Muchos de los lectores de esta suerte de fábulas, si no se arrojan con las armas en la mano á destruir el imperio de la ley, la eluden y la quebrantan con sus costumbres. Familiarizados con el trato de héroes como *Adolfo*, *René* y *Obermann*, para quienes la sociedad se hacía irresistible, consideran rutinas estúpidas, convencionalismos absurdos, los más sagrados deberes, despreciando toda autoridad, y poniendo los caprichos de la voluntad propia por fuente de todo derecho y por exclusiva norma de conducta.

No sólo los héroes sino las heroínas de tales novelas dan ejemplos escandalosos, tanto como de misantropía egoísta, de insubordinación con-

tra todo lo que parezca sujeción y traba. La *Eleonora*, de Benjamín Constant, tuvo muchas continuadoras, sobre todo en las fábulas novelescas de la mujer (1) que firmaba *Jorge Sand*, verbi-gracia, *Lelia*, *La Condesa de Rudolstad* y tantas otras. Esta despreocupada novelista al predicar la independenciam del sexo femenino y conceptuar el matrimonio, como claramente le llama en *Jacques*, *une des plus odieuses institutions*, alcanzó muchos imitadores, alguno de los cuales llega, con Federico Soulié en *El consejero de Estado*, á querer cohenestar el adulterio con la defensa que Cristo hizo de la mujer adúltera. Varios de estos novelistas reflejan en sus libros el orgullo satánico que les hacía no creer á nadie digno de su amor fuera de ellos propios ó personas de su familia. Así es que allí «se aspira el incesto» en frase de Daniel Stern; lo que se nota en novelas reputadas inofensivas como *Pablo y Virginia*, de Bernardino Saint-Pierre, según advierte Proudhon mismo, y en el *René* de Chateaubriand que, á pesar de formar parte del *Genio del Cristianismo* en las primeras ediciones, con razón se ha calificado de «la quinta esencia de los tósigos mortales más homicidas.»

Fruto legítimo del romanticismo fué esa literatura hipocondríaca, cariacontecida, que al revés de contemplar la vida por el prisma de las ilusiones juveniles dando realidad á los gratos ensue-

(1) Amantina Lucila Aurora, marquesa de Dudevant.

ños de los poetas del placer, la presenta con atavíos funerarios, tendiendo sobre la naturaleza negro crespón y empapando en lágrimas las páginas del libro, donde resuenan carcajadas de histéricos y gritos de desesperados: literatura que, como dice Pereda (1), «goza en descubrir en las almas profundidades sombrías, muy sombrías... negras si es posible, y en las cuales no existe nada, absolutamente nada, de lo que hemos supuesto en ellas los simples mortales», y donde domina un *humorismo* que parece la risa de un difunto, y un *pesimismo* agrio y escéptico que obra sobre el corazón como un líquido corrosivo. De ahí provinieron libros terroríficos como la *Galería de espectros*, de Hoffman, y la *Galería fúnebre de espectros ensangrentados*, de Pérez de Zaragoza, y los novelones espeluznantes cual la mayor parte de los ciento y pico de Tárrego y Mateos, y tantos otros atestados de relatos horribles, moralidades desconsoladoras y descripciones lúgubres, de esas que crispan los nervios, erizan el cabello, hielan la sangre, oprimen el corazón y llegan á trastornar la sensibilidad, afectando profundamente las funciones del sistema nervioso.

De las estadísticas de Balbi y de Prevost resulta que es entre los literatos donde más suicidios se registran; y cuánta parte tenga en este cobarde crimen el influjo de la novela lo han comprobado

(1) *La novela regionalista.*

Descuret en la *Medicina de las pasiones*, Debreine en los *Pensamientos de un creyente*, y Sicars en *El suicidio jurídicamente considerado*, no menos que el Dr. Pablo Moreau de Tours.

También en las novelas de otra clase (1) se describen suicidios cuyos autores exclaman como *Madame Bovary*: «La muerte: ¡ah! es poca cosa la muerte. Voy á dormirme y todo habrá concluído.» Pero en las románticas es ésta una epidemia, una manía; y muchísimas hay como *Lelia*, de Sand, donde un personaje, *Stenio*, dirige á Dios estas palabras: «He obedecido á la organización que me has dado... pero si no existes... ¡ah! entonces, yo mismo soy mi Dios y mi dueño, y puedo destruir el templo y el ídolo»; ó como el *Rafael*, de Lamartine, donde *Julia* dice á su amante: «¡Oh! ¡muramos! Sí, muramos, porque la tierra no tiene nada más que darnos, y el cielo nada nuevo que prometernos...»

Tipo y ejemplar de esta clase de novelas, que tantas vidas segaron en flor, es el *Werther* de Goethe. El padre Graciano Martínez (2), después de presuponer que á fuerza de tratar con caracteres melancólicos y disgustados de vivir, se torna uno tristón y descontentadizo, llegando á hastiarse de cuanto le rodea y tener por insoportable la vida, dice muy exactamente del *Werther*: «Aquel

(1) Al leer una de las novelas de Gabriel d' Annunzio en que, como dice Roncoroni, «se demuestra la infinita miseria de las dos formas primitivas del amor», el literato americano Silva se levantó la tapa de los sesos con un revólver de plata.

(2) *Literaturas que mueren*.

joven que, enfermo de ideal, concibe la idea del suicidio al arrojar un día al río un ramillete de flores y verlas desaparecer en el fondo de las aguas, y que más tarde realiza aquella idea al ver que no puede satisfacer la ardiente pasión que le arrebató en amores por Carlota, trastornó muchedumbre de cabezas arrastrando en pos de sí al suicidio á una porción de desgraciados que al leer las páginas del *Águila* de Weimar creían hallarse en las mismas circunstancias psicológicas de su víctima y dejar de ser hombres de honor si no se levantaban como *Werther* la tapa de los sesos. Sabido es que á raíz de la publicación de esta novela, y por espacio de muchos años después, estuvo muy en boga la manía de quitarse de en medio por la más simple desventura amorosa, enfermedad que la diagnosis de entonces calificaba de *Wertherismo*.»

La novela de Goethe, por testimonio de Madama de Stael se sabe que ocasionó más suicidios que todas las mujeres de Alemania. Pero sólo Dios sabe cuántas de estas culpas sobre sí tienen las otras novelas de la misma índole. Hay algunas que no haciendo la apología de este delito, y ni aun siquiera mentándolo, vienen á ser su causa, porque despiertan desapoderados apetitos imposibles de acallar, y describen una vida de rosadas ilusiones y plácidos ensueños que contrastan dolorosamente con las hondas múltiples tristezas que á cada momento se experimenta en este valle de lágrimas. En Septiembre del año próximo an-

terior, ante la Audiencia de Madrid, al ser preguntado Jesús Campurano por qué dió muerte á su amada María Roldán, prestó esta declaración: «Ella era muy romántica; había leído muchas novelas; y *por eso* me pidió que la matase.» Casos como éste se refieren muchos en los anales del crimen, siendo uno de los más conocidos el de Copillet y su prometida, en 1838. «Si los dobles suicidios por amor, escribe Luis Proal en su libro *El delito y la pena* (1), son hoy tan frecuentes, es por este espíritu de imitación, por esta clase de contagio que de ello resulta, con la lectura dramática, en espíritus sobrexcitados por la pasión ó debilitados por el desorden. He visto á varias jóvenes, después de un amor extraviado, asfixiarse, vestidas de blanco, y puestas en sus cabezas las coronas de desposadas, por el mero hecho de haber leído este relato en alguna novela. Si pocas jóvenes del campo atentan contra su vida después de un desengaño amoroso, es porque leen pocas novelas; al contrario, si son frecuentes estos suicidios en las clases elevadas y en las obreras, debe atribuirse á estas lecturas», lecturas que, es frase de don Ambrosio Tapia en el libro *Los suicidios en España* (2), «hacen más daño que los pedriscos en el campo»; porque en ellas, como dice don Rafael Altamira (3), se revelan «la pasión loca y desesperada, el desengaño brutal, el afec-

(1) Capítulo X.

(2) Página 105.

(3) *Psicología de la juventud en la novela moderna.*

tado y enfermizo pesimismo amoroso, la licencia y el desenfreno buscados como medios de evitar sufrimientos á menudo exagerados é ilusorios, la pesadumbre terrible con que estallan, al cabo, ciertos amores destruyendo la vida toda y aniquilando las energías más sanas».

En las novelas románticas donde más se idealiza y exageradamente se embellece la vida, es donde se la hace menos amable. «Esos jóvenes desgraciados, dice Huguet, no ven ya la vida real más que á través del prisma que los ciega; no encuentran á su alrededor esa perfección de sentimientos á que podrían aspirar; no ven ya ni las bellezas perfectas, ni los caracteres encantadores novelescos en que se habrá recreado su imaginación, y de ahí proceden las decepciones, las tristezas y los disgustos que arrastran con frecuencia á errores deplorables.»

D. Manuel de la Revilla, á quien nadie recusará por fanático é intransigente, dejó escrita (1) esta advertencia saludable: «Casi todos se limitan á considerar como perjudiciales las novelas que pintan costumbres licenciosas ó refieren aventuras livianas, ó á condenar las que desenvuelven tesis políticas, religiosas ó sociales, que pueden entrañar peligrosas consecuencias. Pero son muy pocos los que se fijan en el funesto influjo que pueden ejercer en espíritus débiles, impresionables,

(1) *Literatura general*, tomo I.

soñadores ó inexpertos, ciertas novelas de indudable pureza moral, que representan la vida con un colorido romántico ó idealista, notoriamente falso. El efecto de tales obras en espíritus del temple antes citado, es hacerles perder todo sentido racional y práctico de la vida, y alimentarlos con vanas ilusiones que engendran luego crueles desengaños.»

Acostumbrado el espíritu con la lectura de ciertas novelas *fantásticas* á bañarse en esencia de rosas, á soñar con un porvenir de dichas y á llevar la nave de sus pensamientos viento en popa por los bonancibles mares de una existencia feliz de dulzuras y de placeres continuados y supremos, al arribar á las tristes playas de la realidad, al tocar la tierra ingrata y miserable del mundo de lo positivo, fuerza es que se hastíe de la vida prosaica y metódica, y enferme de nostalgia, suspirando por volver á aquellos países encantados, de idilios perpetuos y bienaventuranzas sin fin, que veía y le parecía habitar al leer las novelas, en compañía de sus héroes. Más claro, y sin figuras: el que se entrega en demasía á esta lección llega á hacerse inepto para todo lo serio, y aun para cumplir sus más esenciales obligaciones. La experiencia de todos los días lo viene acreditando: y no podría ser de otra manera. ¿Cómo es posible sino que un estudiante, por ejemplo, pueda consagrar atención intensa y profunda, y todas las energías de su alma al examen de las abstrusas lucubraciones filosóficas, ó á la resolución de in-

trincados problemas de matemáticas, después de pasadas horas y horas sobre las novelas, después de devorar v. gr. *Las mil y una noches*, y haber recorrido, en compañía de hadas y de genios, ciudades encantadas y palacios maravillosos, que surgían de la tierra á la luz de la lámpara de Aladino, ó á la voz creadora de algun omnipotente mago?

No se olvide tampoco lo que observó Hettinger en su *Tímoteo*(1): «Estas fantásticas descripciones las acepta fácilmente la juventud inexperta; su imaginación está de este modo en continuo estado de embriaguez, la memoria se debilita por la aglomeración de ideas representativas que no dejan tras sí una impresión clara, y el juicio y la inteligencia se embotan, pues la fantasía alborotada no deja lugar al ejercicio ordenado del pensamiento.»

La excesiva lectura de tales novelas dice un elocuente autor (2) «ablanda el alma y la enerva; quita la rigidez de principios y el carácter de vigor y de firmeza que acompañan y sostienen la virtud; é inspira en el corazón de los jóvenes una vaga é inquieta sensibilidad.» «Más de una vez, cuenta un escritor dedicado á la educación de la juventud, más de una vez se han dirigido nuestros esfuerzos á combatir esa debilidad moral que es el resultado de la lectura de las novelas, y más de una vez nos ha entristecido no encontrar en

(1) Carta 8.

(2) *Preservativo contra el veneno de los malos libros.*

esas pobres naturalezas abortadas, ni fuerza, ni profundidad, ni ímpetu... Porque es digno de notarse que la profusión misma del sentimiento tiene agotada su fuente, el entusiasmo está amortiguado, las nobles aspiraciones del alma han sido sofocadas bajo esa afluencia de sentimiento supuesto y ficticio. Es como un perfume que se ha aspirado con exceso, como una planta que se ha debilitado á los ardores anormales de una tierra cálida; es como un vino generoso que la fermentación fortifica y la evaporación disipa.»

Las novelas *sentimentales* suelen producir mayor efecto en las mujeres jóvenes. He aquí cuán elegantemente lo declara un atento observador, mejor que el cual no lo habríamos de expresar nosotros. «¡Para qué ha de leer novelas la joven, si luego no sueña, si no llora, si no sufre, si no se aflige...; si no se parece á la flor que se marchita...; al tallo que se mece en el borde del arroyuelo...; á la rama de sauce que se inclina sobre una tumba, ó al pajarillo que sube y se pierde en el espacio como un sueño...! Debe la joven persuadirse de que para ser completamente dichosa, necesita tener una carta que releer mil veces...; le falta levantarse por la noche, pálida y vestida de blanco, para refrescar su frente abrasadora con la brisa, que gime como la joven...; le falta esperar con angustia, esperar desesperando, y pronunciar juramentos tomando por testigos á las estrellas amigas ó á la luna de rayos dulces y argentados.. Con voz queda, se pregunta si no

tendrá que luchar, sola en el mundo, contra los prejuicios de la sociedad entera, ó contra los odios de una familia que no la comprende... ¿No está destinada á defender á un desterrado, á un proscrito, á un sér desconocido, á *un* sér misterioso y fatal, que se imagina admirable ó temible? (¡no lo sabe con exactitud, tanto es lo que divagan su espíritu y su corazón!) Y cuando la madre, que nada adivina; cuando el padre, que tampoco ve nada, quieran hacer bajar á su hija de las alturas en que divaga dulcemente y en continuo éxtasis, para mostrarle las realidades de una vida fría y prosáica, se refugiará la muchacha en los recuerdos de sus lecturas favoritas... ¡tal vez en un recuerdo absorbente! Sólo el cuerpo estará en la realidad» (1).

(1) FERNANDO NICOLAY, *Los niños mal educados*, tercera edición, págs. 264, 265.

CAPÍTULO XI

Las doctrinas de la novela naturalista

Especial estudio que merece la novela naturalista. — El nombre *naturalismo*. — Los inmediatos progenitores. — Concepto del naturalismo. — Los antiguos y los modernos naturalistas — Obscenidad de éstos. — Su transformismo. — Su materialismo. — Su afán por rebajar al hombre y elevar á las bestias. — Su determinismo. — Su inferioridad respecto de los antiguos fatalistas.

Merece especial estudio la novela *naturalista*, como la que más en boga aun hoy se halla, y por los infinitos estragos que en las almas ha causado, y por ser sus tendencias las más paladinamente contrarias á la doctrina católica.

Hay notable confusión acerca de la palabra *naturalismo*, que se presta á muchas interpretaciones y es susceptible de ser entendida de muy diversos modos.

Laporte escribió en su *Emile Zola: l'homme et l'oeuvre*: «Zola es escritor *naturalista* porque necesita, para ganar dinero, que el público crea que las cosas que escribe son nuevas...; de modo que si ha llamado á su género *naturalismo* no lo

ha hecho impensadamente sino con malicia y por cálculo.» Y el mismo pontífice máximo de la escuela *naturalista* decía en carta al hierofante de la misma Gustavo Flaubert: «Yo me burlo como usted de la palabra *naturalismo*, y sin embargo la respetaré, porque es necesario bautizar las cosas para que el público las crea nuevas.»

Los inmediatos progenitores de la literatura naturalista, opina Zola, en los *Nuevos estudios literarios*, que son Balzac y Stendhal, si bien Sainte-Beuve, en las *Causeries du lundi*, lo niega en redondo. Es lo constante que vino como efecto de la reacción contra las exageraciones de la literatura sentimental: fué, en expresión de Faguet, una *convalecencia de la imaginación* después de la fiebre del falso idealismo, del cual, sin embargo, no se halla tan lejos como parece; pues el romanticismo, según la profunda observación de un crítico, puede compararse á un líquido en el período de fermentación tumultuosa, y el naturalismo á los sedimentos groseros que se van precipitando en el fondo del vaso.

Entendemos aquí por *naturalismo* en la novela la manera de novelar preconizada por Zola, la que defendió en multitud de artículos, prólogos y obras de crítica, y practicó en todas sus novelas, si tal vez se exceptúa *Le Rêve*, escrita, aunque en vano, para abrirse las puertas de la Academia (1), la que han popularizado con su innegable

(1) Max Nordau, escritor exaltadamente anticristiano, además de combatir el naturalismo, hasta tritularlo y pulverizarlo,

mal empleado talento Flaubert, los hermanos Goncourt y, si bien con algunas atenuaciones, Ernesto Daudet, la que ha dominado estos años últimos como soberana en los espacios del arte francés, influyendo poderosísimamente en las literaturas de todos los países y poniéndose también, por mala ventura, de moda en nuestra patria, aunque, según observa Alberto Savine en *El naturalismo en España*, es muy diferente aquí del heterodoxo y materialista francés á cuyas doctrinas (1) habremos de referirnos.

En hecho de verdad es, por desgracia, tan antiguo como las bellas artes el *naturalismo*, si por él se entiende la descripción exacta y viva de la realidad, no excluyendo de la pintura nada que

en varias de sus obras, como *Emilio Zola y el naturalismo*, *París bajo la tercera república*, y *Cartas parisienses escogidas*, en la titulada *Degeneración* prueba extensamente que Zola era un desequilibrado digno del manicomio; que tenía la locura de la duda; que padecía de alucinaciones como demente; que su pesimismo procedía de histerismo y neurastenia; que le dominaba la *manía blasfematoria* y su predilección por las cosas sucias era un fenómeno morboso, un caso de *coprolalia* en sumo grado; que su inclinación al caló es un indicio de criminal nato; que su confusión en el pensar, su inclinación instintiva á describir dementes, y su antropomorfismo y simbolismo le caracterizan suficientemente como un degenerado superior; que la lujuria que se exhibe sin asomo ninguno de vergüenza en sus novelas todas indican un psicópata sexual; y que la importancia que en sus obras da á los olores, hasta el punto de que L. Bernard pudo escribir un libro *Acerca de los olores en las novelas de Zola*, y el predominio de las sensaciones del olfato, junto con la perversión del sentido olfativo, muestran un individuo anormal y trastornado.

(1) En España son bien conocidas las teorías de Zola porque *La España Moderna* tradujo las siguientes obras: *Las Veladas de Medan*, *Estudios literarios*, *Mis odios*, *Nuevos Estudios literarios*, *El naturalismo en el Teatro*, *Estudios críticos y La Novela experimental*.

en la naturaleza exista, bueno ó malo, hermoso ó deforme sin curarse de tender un velo sobre lo que ella misma como avergonzada oculta, ni reparar en los daños de todo género que de ahí pudieran seguirse. «El naturalismo grosero, según observación de don Angel Lasso de la Vega (1), es propio de los períodos de decadencia moral en que se olvidan la dignidad y el pudor.»

En todo tiempo, escritores impudentes han manifestado la propia inmoralidad en los escritos, derramando en ellos á manos llenas la inmundicia de todas las fornicaciones y el cieno y la sangre de todas las miserias y de todos los crímenes para formar esa cadena de deshonor que, atravesando la historia, tiene sus primeros eslabones en el *Satiricón*, de Petronio, y en las *Fábulas Milesias* y en las *Sibaríticas*, modelo de libros corrompidos, según el docto Mayans, y termina á lo presente en las manos impuras de Gabriel d'Annunzio y Octavio Mirbeau.

En pleno cristianismo escribieron los descocados Rabelais, Boccacio y Ariosto; y en nuestra misma España, Cervantes, el religioso terciario, el *esclavo del Santísimo Sacramento*, el que deseaba se cortase su mano si lo con ella escrito «pudiera inducir á algún mal deseo ó pensamiento» (2), y Quevedo, el grave y sesudo autor del *Gobierno de Dios y Política de Cristo*, y la ilustre dama D.^a María de Zayas y el fraile mercedario

(1) *El buen gusto en las obras literarias.*

(2) Prólogo de las *Novelas ejemplares.*

Tirso de Molina, estamparon en sus obras mucho que la moral y el decoro reprueban, y algo y aun algos hay que reprender por tal concepto en ciertas novelas contemporáneas escritas por respetables y devotas personas de cuyo catolicismo no cabe dudar.

Hay quien asegura que ninguna novela de Adolfo Belot, de Flaubert, de Zola ni de Goncourt, aventaja en pinturas escandalosas al *Satiricón*, de Petronio; al *Decamerón*, de Boccaccio; á la *Tia fingida*, de Cervantes; á la *Celestina* ó á *La lozana andaluza*; que ninguna obra de Dumas puede emular con las producciones de Aristófanes, de Plauto y de Terencio; que la oda de Safo *Á la mujer amada*, no pocas composiciones de Anacreonte, la égloga virgiliana *Formosus pastor Corydon*, y las poesías de los elegíacos romanos no ceden, en la crudeza de la pintura y en la infamia del pensamiento, á las novelas tan execradas: *Mademoiselle Giraud*, *Ma femme*, *Mademoiselle de Maupin*, *La femme de feu* y *Madame Béclard*.

Mas lo feo, lo bajo, lo vulgar, lo grotesco y lo lascivo de los antiguos modelos de literatura, por lo común está allí incidentalmente, como accesorio y casi por descuido ó casualidad, y queda obscurecido por el resplandor de honestidad y belleza que en las demás páginas brilla, á las que sirve de contraste, para realzarlas más, como en los cuadros el claro obscuro y las sombras. Y entre las frases más crudas y los episodios más

lúbricos con que algunas veces deslucen su estilo los clásicos, con cuyo amparo y ejemplo quieren defenderse y autorizarse los naturalistas, no es fácil dar con mucho que de lejos se parezca á las groserías impuras de éstos, y particularmente de Zola. Para hallar escenas comparables á las de Francisca con Juan y Buteau en *La Tierra*, pintura de costumbres como la de Mouquete en *Germinal*, aventuras como las de Eugenio con la hermosa italiana en los *Rougon Macquart*, plasticidades á la altura de las de Gervasia y su hija en *Nana*, y sobre todo intimidades del carácter de las de Arístides Saccard con la baronesa Sandorff en *El dinero*, es necesario, dice Fatigati (1), «ir más allá de la *Celestina*, de Rojas» (2). En cuanto á *Pot-Bouillé* es, según frase de doña Emilia Pardo Bazán (3), la pintura de un lupanar, de un presidio y de un manicomio suelto, «todo en una pieza».

Estaba reservado á los portaestandartes del *naturalismo* erigir en sistema y proponer por objeto todo lo más abominable é inmundo que antes de ellos manchó alguna que otra vez las páginas de la literatura. Como el cerdo, que gusta de revolcarse en el fango, como el grosero escarabajo que se cria ordinariamente donde hay *estiércol*, como el *Staphilimus* de Linneo, cuyas

(1) *Las obras de Zola.*

(2) Á pesar de la inmoralidad y cinismo en que abunda, dicen los señores Revilla y Alcántara (*Historia de la literatura española*) que el fin de la *Celestina* «era bueno».

(3) *Apuntes autobiográficos.*

especies, dice Galdo (1), «habitan por lo general en los cadáveres», estos desgraciados sólo gozan en presentar con subidos colores y circunstancias detalladas y prolijas las manifestaciones más degradantes de la corrupción y del vicio. Los personajes de sus novelas no son ateos, porque, como diría Teófilo Gautier (2), tienen tres dioses, el oro, la hermosura y el placer; la voluptuosidad es su religión, la carne su ídolo, el deleite de los sentidos su culto, y la materia el término y la esfera de todos sus deseos y aspiraciones.

Rebuscadores de cloacas, revolcadores de cieno, no *fotografían la realidad* según ellos se glorian, ni forman con sus libros *documentos humanos*, como neciamente pretenden, sino que á semejanza de los carros de la limpieza que por las mañanas, antes de salir las gentes de casa, recogen todos los *detritus* arrojados á la vía pública, coleccionan y miran con lentes de aumento las degeneraciones, las anormalidades, las crisis nerviosas, los casos patológicos, las mil variedades morbosas de la especie humana, el erotismo bestial, el *delirium tremens* de la carne espoleada por la violencia de los más bajos instintos, haciendo de sus novelas sentinas de lujuria, clínica de enfermedades secretas, gusaneras del vicio, basureros nauseabundos de la podredumbre social, de donde hay que apartar pronto la asqueada vista porque

(1) *Historia Natural*, pág. 514, ed. 1888.

(2) *Fortunio*, cap. XXI.

el estómago, por fuerte que sea, no resiste mucho tiempo su hediondez.

El impiísimo autor de *La muerte y el diablo*, Pompeyo Gener, lo reconoce así diciendo de Zola en los *Estudios de patología literaria contemporánea*: «Siempre uno se encuentra mal después de la lectura de alguna de sus novelas: ó tiene escalofríos ó náuseas... El cuerpo para Zola no es más que una máquina de funciones innobles... Toma por actos racionales ó por pasiones lo que sólo son pródromos ó síntomas de vesanias. Para Zola la inteligencia es sólo un funcionalismo compuesto de astucia ó de vicio, movido por la locura ó el egoísmo (1). Muchas de sus obras son calumnias... No sabe sino rebajar y odiar, causar asco ó espanto. El estómago le ha atrofiado el corazón... El vientre, hecho animal, es el puerco... hecho escritor, es Zola (2). Sólo avivó en el lector los sentimientos groseros... Tal importancia se dió á lo feo y á lo inhumano que vino á tener su apoteosis en verdaderos arquetipos de los vicios. El escepticismo, el tedio, el asco y el embrutecimiento fueron el resultado de tales obras» (3).

El naturalismo, según el estigma que marcó en su frente como con hierro enrojecido el insigne Alarcón, es la *mano sucia de la literatura*, la cual por su causa, como decía Putsage (4) «ha descendido de las altas regiones del bello ideal y

(1) Pág. 96.

(2) Pág. 104.

(3) Pág. 140.

(4) *Études de science réelle*.

de los generosos entusiasmos de los tiempos pasados hasta la cloaca impura donde se agitan las inmundas pasiones.» Pero no es sólo esto el motivo de que no deban leerse novelas tan obscenas: aun los partidarios más decididos del arte por el arte y de la más absoluta impersonalidad en los trabajos artísticos, *tienden* en esta secta á enseñar sus doctrinas, que no pueden ser más vituperables.

Zola, ese desdichado que en frase del mismo Anatole France (1) no debiera haber nunca nacido, se revuelve contra los autores que basan sus obras «en lo sobrenatural é irracional; que admiten, en una palabra, formas misteriosas más allá del determinismo de los fenómenos»; y contra la Metafísica que «sólo se alimenta de hipótesis y de pura poesía»; y contra los filósofos, que son «una especie de músicos de genio que siempre están cantando sin llegar nunca á encontrar una verdad», y contra la Teología, porque los naturalistas «no profesan religión alguna... ni creen en la revelación», para seguir el método científico que «proclama la libertad del pensamiento y no solamente sacude el yugo filosófico y teológico, sino que rechaza toda autoridad científica personal». De entre los sistemas filosóficos, el transformismo le parece que «se adapta mejor al estado presente de las ciencias, y es hoy el más racional y el que se basa más direc-

(1) *Vie littéraire.*

tamente en nuestro conocimiento de la naturaleza».

La filosofía panteísta tuvo su literatura, el romanticismo: el naturalismo es la literatura de la filosofía materialista. Para él son un mito la espiritualidad y la inmortalidad del alma: no existe más que la materia, ni otro método científico que la experiencia y la observación: eso que llamamos pensamiento y voluntad debe estudiarse como todas las funciones nerviosas que estudia la fisiología. «Somos, decía Zola en la *Novela experimental*, analistas del hombre en su acción. Continuamos fatalmente con nuestras observaciones y experiencia la obra del fisiólogo, que ha continuado la del físico y la del químico... Debemos obrar sobre los caracteres, las pasiones, los hechos humanos y sociales, como el químico y el físico sobre los cuerpos brutos, como el fisiólogo sobre los cuerpos vivos... La novela experimental substituye al estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, el del hombre natural, sometido á leyes físico-químicas y determinado por las influencias del medio: es, en una palabra, la literatura de nuestra edad científica, como la clásica y la romántica han correspondido á una edad de escolasticismo y teología... Si el terreno del médico experimental es el cuerpo del hombre en los fenómenos de sus órganos en el estado normal y en el patológico, nuestro terreno es igualmente el cuerpo del hombre en sus fenómenos cerebrales y sensuales, en el estado sano y el morbosos.» Y

en el *Estudio sobre Chateaubriand* añade: «El útil del siglo es el escalpelo. Nuestra literatura es una literatura de observación y de experimento. Somos lo mismo que los químicos.» Lo cual vuelve á decir en los *Nuevos estudios literarios* con estas palabras: «El naturalismo es una fórmula pura: es el método analítico y experimental. Es naturalista el que emplea este método, cualquiera que sea su retórica.»

Se ha hecho advertir que los primates del naturalismo, en su afán por rebajar el hombre hasta las bestias, le comparan con sospechosa frecuencia á los animales atribuyéndole propiedades, costumbres y rasgos fisionómicos de ellos. Así, Daudet, con ser de los menos extremados, describe á Rosén con «pequeña cabeza de gavián, mirada de acero y pico de presa», y á Herberto con «quijadas de caballo y mejillas de muñeca», á *Roscowich* con «ojos de conejo», á *Coleta* con «naricilla de gata *espiritual* y alegre»: el príncipe manifiesta su agradecimiento al soberano con «un gracioso relincho», pero con todo el rey no confía los negocios á su «tosca mandíbula»: para decir que la reina de Iliria abofeteó á su esposo lo expresa de esta elegante manera bestial: «Plantó su sólida mano de escudera en el hocico de aquel dañino animal.»

Aunque sólo fuese por ello, esta literatura, de alguna manera hemos de llamarla, merece el adjetivo de *brutal* con que la apodó Weis, porque en cambio á los brutos los ensalza y sube hasta

el hombre, que no hay más que ver. Del mismo novelista son estas palabras: «Sobre la ancha silla, en un cogín de brocado oriental, duerme la más linda bestiecilla del mundo; gris, sedosa, con los pelos como plumas: es un delicioso tití... Furiosa empuñó la besteza aquél paquete de seda viviente y con uñas, donde brillan, despertados con sobresalto, *dos ojos humanos.*» *No fué leon el pintor*, decía el de la fábula; pero, ya con tan buenos amigos como los naturalistas, no pueden quejarse mucho los animales de que la literatura los trate injustamente. Voltaire, escuchada una poética descripción que de la vida salvaje hacía Rousseau, dijo que le entraban ganas de ponerse en cuatro pies: bastante mejor tratados salen en estas novelas los irracionales que los hombres. Quienes las lean sin prevenciones y confiadamente, sacarán por conclusión, si las creen, que *todos somos unos*, y á alguien podrá decirse á la postre aquello de *dime con quien andas y te diré quien eres.*

De la lectura de las novelas naturalistas se desprende la perniciosa consecuencia de que el hombre no es libre, y por lo mismo no hay responsabilidad ni moralidad en los actos humanos, que, aun los más opuestos á toda ley, no merecen ningún castigo. No se dirá allí expresamente, pero el lector lo ve con claridad manifestado en todas y cada una de las páginas. Zola, en *Les romanciers naturalistes*, nota esto mismo y lo aplaude; y en los estudios donde defiende su

sistema de novelar, formula por modo terminante su pensamiento con estas palabras: «Las condiciones de existencia de todo fenómeno, dice (1), son las mismas en los cuerpos vivos que en los brutos. El cuerpo humano es una máquina, cuyas ruedas podrán desmontarse y montarse de nuevo á gusto del experimentador. Todo se enlaza; había que partir del determinismo de los cuerpos brutos, para llegar al de los cuerpos vivos, y puesto que sabios, como Claudio Bernard, demuestran ahora que rigen leyes fijas al cuerpo humano, ya se puede anunciar, sin temor de engañarse, la hora que sean formuladas á su vez las leyes del pensamiento y de las pasiones. Igual determinismo debe regir á la piedra del camino y al cerebro del hombre... Hay un determinismo absoluto para todos los fenómenos humanos... El hombre metafísico ha muerto y todo nuestro terreno se transforma con el hombre fisiológico.»

Creyendo estas novelas se ve que es en vano combatir contra las inclinaciones, y que á nada conduce violentarse, pues al fin será no lo que nosotros queramos sino lo que tenga que ser, lo que causas extrañas á nosotros produzcan como resultante de fuerzas irresistibles. Cuáles sean éstas, lo explica Zola, el jefe indiscutible é indiscutido de los nuevos sectarios disfrazados de artistas. En primer término, como el hombre no

(1) *La novela experimental.*

es otra cosa que una *bestia que piensa*, «forma parte de la naturaleza y está sometido á las *influencias del suelo* en que vive». Después «la herencia ejerce grande influjo en las manifestaciones intelectuales y pasionales del hombre... de padres viciosos salen hijos más viciosos todavía, como de un padre escrofuloso nacen hijos raquíuticos, desmedrados y enfermizos». Finalmente, «lo mismo que en el cuerpo humano, hay una solidaridad que enlaza los diferentes miembros y los diferentes órganos entre sí, de tal suerte, que si un órgano se corrompe, otros muchos quedan contagiados y se declara una enfermedad muy compleja. Un miembro se gangrena é inmediatamente todo se daña en torno de él, el círculo social se descompone, la salud de la sociedad queda comprometida. El medio social modifica constantemente los fenómenos. En él sufre el hombre una transformación continua.»

Todo en las novelas de autores que tales doctrinas sostienen va dirigido á presentar al hombre como autómeta irresponsable. La interminable serie de los *Rougon-Macquart* lleva por objeto convencer de que un tronco podrido solamente puede producir retoños dañados. En *Una página de amor*, que es de las novelas menos sucias de Zola, se justifica, por las circunstancias que la preparan, la caída de la heroína, de modo que puede llegarse á esta conclusión: «La pasión era fatal.» Huysmans se goza en colocar sus

personajes en medios ambientes donde sólo un verdadero milagro podría preservarlos de la corrupción. *Germinia Lacerteux*, en la novela de este título, de los hermanos Goncourt, es víctima de una lenta degradación moral, de una progresiva degeneración que la lleva hasta el lodo de la calle, porque, dice Zola en *Los noveladores naturalistas*, «tiene necesidad de amor como hay necesidad del pan que se come.» Y á este tenor podrían multiplicarse sin fin los ejemplos.

Los deterministas filosóficos rebajaban menos al hombre; y atribuían la inclinación de su voluntad á causas menos groseras que el determinismo materialista. En la literatura fatalista pagana se ve á los héroes pelear sublimemente contra el destino, aunque en último término venga siempre á vencer el inexorable hado: en la literatura naturalista los personajes, bobos de capirote, ó locos de remate, ó neurópatas inconscientes, oponen á las múltiples determinaciones que sobre ellos actúan menos resistencia que la hoja al huracán que la arrebatata, y se dejan llevar de la influencia de multitud de variados agentes á hundirse en la sima del vicio ó del crimen, cual rama desgajada del árbol y caída en el fondo del arroyo, cuyas aguas la arrastran por el cieno hasta precipitarse con ella en el abismo. Es esta una literatura de manicomio, como muy bien dijo Renard (1), y

(1) *Études sur la France contemporaine.*

parece cultivada por los encerrados en él, pues todo su afán se reduce á deducir que todos debemos estar allá, puesto caso que todos somos como ellos irresponsables y determinados fatalmente.

CAPÍTULO XII

La moral de la novela naturalista

El pesimismo.— La cobardía.— La justificación del crimen.— Vanas pretensiones de moralizar.— La moral literaria de los naturalistas.— Las enfermedades del cuerpo y las enfermedades del alma.— La moral para los hombres y la moral para las mujeres.— El desnudo en el arte.— La pintura fiel de la vida.— La novela y el teatro.— Impasibilidad de los naturalistas ante los hechos inmorales que describen.— El horror al vicio por su descripción.— Esta, en la pluma de los naturalistas, es propia para hacerle amable.— La experiencia los confunde.— Daños que el naturalismo causa á los pueblos.

Fruto de la manera naturalista de ver la sociedad y considerar la vida es la hipocondría, la misantropía, el pesimismo, la desesperación, el desaliento para toda lucha noble y generosa. «Cuando se extrema la observación, decía el P. Restituto del Valle (1), y pone el artista todas sus miras en acumular datos y documentos para realzar el mérito de sus obras, ya se corre gran peligro de llegar al pesimismo; pero si ese estu-

(1) *El pesimismo en el arte.*

dio de observación se lleva á cabo con ojos y criterio de naturalista, el riesgo entonces es inevitable, y en una ú otra forma reflejará la producción artística ese tedio ó mal incurable que reside en el alma de su autor.» En lo antiguo, dice un crítico, se escribían las novelas para divertir, para ensanchar el corazón, para distraer con bellas ficciones los ánimos que se contristaban con la vulgar y prosaica realidad de la existencia terrena: ahora es todo lo contrario; «el toque, el busilis de la buena novela está en dar un mal rato á cada uno de cuantos la lean, en turbar su digestión, en dañar su hígado, en vencer sus repugnancias y dominar sus ascos para que sufra con valor y sin vómito el espectáculo inmundo de las más espantosas miserias.» Así lo afirman los hermanos Goncourt en el prólogo de *Germie Lacerteux*.

Al modo que, según ya dijeron los antiguos, no hay paradoja sin algún filósofo por defensor, no han faltado críticos para quienes es más ventajoso adquirir antes de lanzarse al mundo idea de él, aun peor de la que merece, contemplándole bajo el prisma de la fealdad en las novelas naturalistas y mirando con anteojos de aumento sus imperfecciones y miserias, á fin de que haga menos impresión la triste realidad de la vida. Riolar (1) después de dejar sentado que en todas las novelas naturalistas, sin una excepción siquie-

(1) *El triunfo del idealismo.*

ra, lo feo ha sido «aumentado, transformado, retorcido, según el gusto ó el empeño de quien la escribió», hace esta juiciosa observación que suscribimos con gusto. «Siendo la novela el género literario que más frecuenta la juventud, es perjudicialísimo que sólo encuentre en ella los cuadros de sombrío pesimismo, el frío desengaño y triste desesperanza..., y es en cambio altamente favorable para disponer la textura de un espíritu, al comenzar la lucha por la vida, que el idealismo absorbido en las lecturas le presente el campo de batalla no como un hacinamiento de egoístas unidades ó un manantial de mezquindades y desengaños, sino como el lugar del sacrificio noble, ó simplemente como el camino escabroso de la dicha.»

Después de lo anteriormente expuesto, conocidos el ejemplo y la teoría, la ejecución y la técnica de esta guisa de novelar ¿podrá llevarse en paciencia que los naturalistas busquen pasar plana de muy ejemplares moralizadores? «Queremos, escribe su jefe en *La novela experimental*, ser dueños de los fenómenos, de los elementos intelectuales y personales para dirigirlos. Somos moralistas experimentadores, que mostramos por medio de la experiencia de qué modo obra una pasión en un medio social. El día en que tengamos el mecanismo de esta pasión se la podrá tratar y reducir, ó á lo menos hacerla lo más inofensiva posible. Y véase aquí donde se halla la

utilidad práctica y la alta moral de nuestras obras naturalistas que desmontan y montan de nuevo pieza por pieza la máquina humana para hacerla funcionar bajo la influencia de los medios. Cuando se posea las leyes, no habrá más que obrar sobre los individuos y los medios si se quiere llegar á un estado social mejor. Así hacemos sociología práctica y nuestra labor ayuda á las ciencias políticas y económicas... Cuando los novelistas hacen experimentos en una llaga grave que emponzoña á la sociedad, proceden como el médico experimentador, y tratan de hallar el determinismo simple inicial para llegar después al determinismo complejo de que procede la acción.» Pero si la transmisión hereditaria, y el atavismo, y la selección, y la concurrencia vital, y el duelo, y el clima, y el medio social ejercen tan incontrastable influjo; si el hombre es un motor cuya dirección impulsiva le viene de fuera, una máquina cuyo complicado engranaje y misteriosos resortes funcionan siguiendo la resultante de las fuerzas exteriores que sobre ella actúan, un maniquí que se mueve del lado de donde se le tira de la cuerda, ¿á qué fin la moral y la terapéutica de las pasiones? ¿Á qué estudiar enfermedades que no tienen cura y buscar la corrección del que es incorregible? Aunque los medios empleados por los noveladores naturalistas se encaminasen, y no todo lo contrario, á mejorar las costumbres, ¿qué se adelantaría con ello si las acciones humanas se determinan fatal y necesariamente? «Así se explica,

observaba el Sr. Polo y Peyrolón (1), que los escritores naturalistas permanezcan impassibles ante los criminales, hijos de su fantasía: disecan, no curan; exponen, no corrigen.»

Lo inmoral que es y el daño que hace á las costumbres este acumular sin término obscenidades y miserias, aunque nadie hay que deje de verlo, está oculto á los ojos de los naturalistas. En el artículo que intitula *Litterature obscène*, decía Zola: «Se hace uno culpable cuando escribe mal: en literatura yo no conozco más que este crimen: no veo dónde pueda ponerse la moral cuando se coloca en otra parte. Una frase bien hecha es una buena acción... Para mí lo innoble comienza cuando acaba el talento.» Y en otra parte sentó este absurdísimo apotegma: «Cuando un autor tiene talento, todo le está permitido... Yo no sé lo que es eso de escritor moral é inmoral... Para mí no hay más obras obscenas que las mal pensadas y las mal escritas.»

Ha dicho Stuart Mill que «las enfermedades de la sociedad, lo mismo que las del cuerpo, no pueden precaverse ni curarse sin hablar de ellas á las claras»; y Zola compara á los literatos naturalistas con «los activos obreros que sondean un edificio, indicando las vigas podridas, las grietas interiores, las piedras desencajadas, todo lo que no se ve de fuera y puede causar la ruina del monumento entero»: en sentir suyo los idealistas

(1) *El naturalismo.*

pintan al hombre como debe ser, y los naturalistas deben pintarle como es: «aquéllos dicen que es necesario mentir para ser moral; éstos afirman que no se puede ser moral fuera de la verdad»: y no quiere ver que una cosa es la ciencia económica, la ciencia médica, la ciencia teológica, y otra muy distinta la literatura; que quien se propone aprender á curar los males de la sociedad ó del cuerpo y del alma del hombre, estudia tratados serios y didácticos, y no lee á ese fin libros de diversión y entretenimiento; que aun en las obras de Moral y de Medicina hay tratados peligrosos para la juventud, que no deben leerse por curiosidad; y que, por lo menos, en cuanto á los naturalistas viene como anillo en el dedo lo que decía el autor del *Nuevo arte de escribir novelas*: «Es necesario haber perdido el juicio y estar loco de remate para creer que escribiendo novelas se va á hallar el remedio de nada.»

El prologuista de la primera traducción española de *Nana*, esa obra que, según *L'Evenement*, «merece dos años de presidio», estampó las siguientes palabras: «Zola necesita un público predominantemente masculino. Así como en el mundo hay muchas cosas que no debe saber ni presenciar la mujer casta, en el arte, reflejo del mundo, sucede otro tanto»; é indica que, al igual que en los museos antropológicos, en los dominios de la literatura puede y debe haber gabinetes reservados donde no se permita entrar señoras. ¡Cómo si hubiese tantas morales como sexos,

y la ley de Dios no fuera una para todos, y sólo las mujeres tuvieran pasiones y peligro de malos pensamientos y deseos! *¡Gabinetes reservados!*... Y los naturalistas hacen de sus obras ediciones prodigiosamente baratas, y las adornan con títulos que llamen la atención y con láminas que fijen la vista, y ponen de venta los ejemplares en los escaparates de todas las librerías, después de anunciarlos á son de bombo y platillo en cuantos periódicos pueden, para que sirvan de venenoso pasto á la voracidad insana de jovencuelas desocupadas y de estudiantes desaplicados.

«Nosotros, confesaba Zola, no tratamos de ocultar los vicios, sino de desplegarlos á la luz del día para que se vean en toda su deformidad. Somos analistas y analizamos, y exponemos el resultado de nuestro análisis. Si de él resulta algo inmoral, la inmoralidad no es nuestra sino del objeto que describimos.» «Vemos el mal, decía también, y lo denunciarnos, ¿qué culpa hay en esto?» No habrá culpa en denunciar la maldad humana—sin exagerarla ni atribuirle á condición fatal de la naturaleza, ni hacerla agradable y fácil de realizar,—tratándose de otros vicios que no sean los de la carne; pero en la descripción de las faltas contra el sexto precepto de la ley de Dios, es obvio que no cabe igual libertad que en las restantes: no se puede escribir lo que no se puede hablar ni tampoco pensar voluntariamente, lo que San Pablo ni siquiera permitía que se nombrase, *nec nominetur in vobis*: no ha de ser el

novelista menos recatado que el vicioso, ni exponer al público lo que da vergüenza ejecutar en secreto, ni complacerse en descubrir lo que no es lícito mirar: de otro modo se ofende á la moral y á la misma naturaleza exhibiendo lo que por inclinación suya debe permanecer oculto. Puede decirse del desnudo en la novela, lo que del desnudo en la escultura, presentado por el arqueólogo Muller como el verdadero ideal del arte: que es antinatural y en todo y por todo falso, pues ni los hombres andan sin vestidos, ni se encuentran tan despojados de pudor como los retratan los naturalistas. Si de buena fe hay quien dice que dando á conocer el mal por la novela se evita el que se le vaya á buscar en el mundo, se equivoca lastimosamente de medio á medio: como de lo vivo á lo pintado hay mucha diferencia, lo que se obtiene es despertar en los jóvenes el malsano deseo de saber por sí mismos lo que el novelista les anuncia y descubre.

Escribió Zola en *Le Naturalisme au Théâtre* (1): «Les lecteurs ne sont pas accoutumés à se voir dans un miroir fidèle, et ils crient au mensonge et à la chuanté»: y ya en 1850 había dicho el novelista Stendhal, á quien los partidarios del naturalismo se glorían en tener por padre: «un libro es como un espejo que llevan por la calle. A veces reflejará ante nuestros ojos el azul del cielo, pero otras el fango del camino. ¡Y váis á acusar enton-

(1) P. 48 ed. 1900.

ces de inmoral al hombre que lo lleva sobre sus espaldas! ¡Su espejo enseña el fango, y acusáis al espejo! Acusad más bien al camino donde se encuentra la charca ó al inspector de policía que deja estancarse el agua y formarse el fango.» Mas las culpas de la sociedad no disminuyen las del novelista, cuando al reproducirlas en la obra literaria vuelve á darles sêr y á escandalizar nuevamente con ellas al público: sin contar con que la novela naturalista no es espejo que retrata sino gancho de traperero que revuelve la basura recojiéndola y sacándola de donde se esconde para arrojarla al aire, que corrompe con su pestifera hediondez. «Lo que es digno de reprobación en la vida, escribió Sánchez de Castro (1), es digno de reprobación en el arte, sin que puedan justificarlo, ni atenuarlo siquiera, las perfecciones de ejecución.»

El contagio de las representaciones inmorales tiene en el teatro un campo mucho más reducido que en la novela. En el prefacio de *La princesa Georgina* rechazando, con poca suerte, Alejandro Dumas el reproche de inmoralidad que se hiciera á causa de *Una visita de bodas*, decía: «Siendo el teatro una pintura ó una sátira de las pasiones ó de las costumbres siempre ha de ser inmoral. No has llevado á él tu hija y has hecho bien... Hay allí una desnudez que no conviene exponer á todas las miradas.» Se puede evitar que las hijas

(1) Literatura general y española, p. 129, ed. 1890.

vayan á oír comedias escandalosas, pero no es tan fácil evitar que lean escandalosas novelas: para ello no tienen que moverse de casa; los que trafican con la fragilidad y la miseria humana por medio de la literatura, ya se cuidarán de ofrecerles y proporcionarles á bajo precio tósigos mortales.

Y después de pintar con feroz ensañamiento y con grosera delectación las vilezas más vergonzosas é impuras, no tienen una palabra para execrarlas ni en modo alguno dan á entender la malicia que las hace aborrecibles, ni las presentan como rarezas y excepciones, antes se concluye de la lectura que es aquello lo más *natural* del mundo y cosa cuya repetición práctica no tiene nada de reprehensible ni extraño. En *Le roman expérimental* hay á este propósito pasajes como los que vamos á transcribir: «Un novelista que experimenta la necesidad de indignarse contra el vicio y de aplaudir la virtud, desnaturaliza los documentos que aporta, porque su intervención es tan embarazosa como inútil. La obra pierde su forma: no es una página de mármol sacada de un bloque de la realidad, sino una materia amasada por la emoción del artista... No se concibe un sabio indignándose contra el aire porque es perjudicial á la vida... El novelista no se permite juzgar los actos de sus personajes. Inútilmente se buscaría en él una conclusión, una moralidad, una lección cualquiera sacada de los hechos. El autor no es un moralista sino un anatómico.»

No faltan quiénes, insiguiendo las paradojas de Proudhon, juzgan que á la postre la lectura naturalista viene á ser moralizadora y saludable, porque contemplando al vicio en toda su horrible y repelente desnudez se le coge horror y asco. Pero no va por ese camino la realidad ni suceden así las cosas. Si presentar aisladamente y en las debidas condiciones un hecho repulsivo inspira repulsión, el ofrecerlos á la continua de modo sistemático produce resultado bien distinto: la repetición de actos engendra la costumbre, y la costumbre adapta el ánimo á las cosas quitándoles todo lo que al principio las hacía parecer extraordinarias: el hábito de ver crímenes atrofia la sensibilidad, encallece la conciencia, y disminuye la aversión al derramamiento de sangre; y como la madera se petrifica estando mucho tiempo en contacto con la piedra, el alma se deprime, se rebaja, se encanalla, perdiendo el pudor y la delicadeza, desde que da en bajar con el novelista á los pudrideros sociales donde toda inmundicia moral tiene su asiento.

Á lo cual se agrega que, según propia confesión, de la que atrás tomamos nota, nada hacen estos novelistas por que se vea el vicio abominable sin que esta vista perjudique al alma. Aspiran á darnos en sus obras trozos palpitantes de la realidad, pedazos sangrientos de la vida, fotografías directas de la naturaleza, sin importárseles un ardite todo lo que esto no fuere. Como hay enfermedades físicas contagiosas á largas distan-

cias, hay enfermedades morales cuya sola descripción produce el contagio. Es peligroso acercarse con la imaginación á las corrupciones de la carne, porque sus miasmas envenenan el espíritu. «Cuando la moral se oculta bajo el fango, escribía D.^a Concepción Jimeno, es imposible que éste no salpique el rostro del que la busca.»

Y cuenta que este fango está dorado y embellecido y ornado con la pedrería luciente y las galas brillantes de fantasías esplendorosas caldeadas en otro tiempo por el sol del romanticismo. Sobre el lodo infecto de la miseria humana tienden los escritores un velo, aunque tenue y vaporoso, que le presta indefinible encanto: hacen brotar, en medio de la podredumbre con la magia de su estilo, lozanas flores de poesía: retocan las fotografías de la realidad con mano de artistas enamorados; y salen, finalmente, al público, no copias exactas y precisas que espantan y repelen, sino miniaturas primorosas que atraen y seducen. No: si las pasiones se reprodujesen con sus propios antipáticos matices, si las infracciones morales se pintaran con los negros y severos colores correspondientes, si no hubiera en esos libros cebo para los desenfrenos de la carne é incentivo para los apetitos de la concupiscencia, á buen seguro que no serían tan curioseados y manoseados de cierta juventud.

La experiencia, en que tanto fían los naturalistas, los confunde del todo. ¿Qué han hecho sus producciones más que envenenar las almas y

sembrar aires de pestilencia en la atmósfera social? Para quién han servido de muro de contención en el camino del crimen? Habrán arrancado á alguno de las garras de una pasión? Atribuirá alguien á esas lecturas su mejoramiento y progreso moral? «Á quién persuadirá Zola, exclamaba Brunètiere en *Le roman expérimental*, que el *delirium tremens* de *Coupeau* apartará de su copa á un solo borracho, y que la enfermedad repugnante de *Nana* contrabalanceará nunca en los ensueños de una desgraciada hija del pueblo todas las seducciones de la libertad, del placer y del lujo, de que él le hace las más amplias descripciones?»

Con razón más que suficiente, en naciones protestantes donde más arraigadas están las *libertades de perdición*, se ha creído necesario que el poder civil prohibiese y condenase novelas de Zola; al hacerlo no hizo sino usar del derecho de justa defensa; una sociedad donde se propague y domine mucho tiempo esta literatura cancerosa quedará herida de parálisis, esperando sólo al sepulturero que de un puntapié la arroje al fondo de la tumba. Óigase á un testigo nada tachable de austero en demasía, don Juan Valera, quien fundándose en que las bellas letras, signo y reflejo del espíritu general, vuelven á reflejarse é influir después en ese mismo espíritu general de donde han salido, siendo alternativamente causa y efecto, dice esto que, á pesar de su extensión, no renunciamos á poner aquí sin dejar línea: «Si

no fuera una moda efímera é inficionase á todos los pueblos de Europa; si persistiese tan enojosa literatura, sería cosa de creer en aquella teoría del americano Draper de que cada raza tiene un ideal cuyo desenvolvimiento constituye el progreso de la raza, hasta que el ideal se agota y no da más de sí. Entonces llega para aquella raza la edad madura de la razón y se estaciona y no vale para nada. Los chinos agotaron su ideal hace siglos ¿iremos también á agotarle los europeos? Yo tengo la firme creencia de que no: de que nuestro ideal es inagotable. Si yo no tuviese esta creencia, añadiría una coleta al sistema de Draper: supondría que el ideal vuelve por turno de una raza á otra, y que iba á volver á los chinos, los cuales, que son más de cuatrocientos millones, entusiasmados y movidos acabarían por caer sobre nosotros y conquistarnos.»

El naturalismo sofoca la aspiración á los grandes ideales, deprime los afectos, apoca el ánimo, empequeñece los horizontes de la vida, siega con guadaña inflexible la flor hermosa de la esperanza, y es síntoma á la vez que motivo de funesta decadencia para la generación que en él se educa. Pero cedamos la pluma al padre Conrado Muiños (1): «La costumbre, escribe, de mirar siempre á la tierra, á la materia y al hecho, hace contraer la miopía intelectual que incapacita para las altas concepciones; el exceso de la vulgaridad

(1) *Polémica literaria.*

y de la prosa ahoga los gérmenes de la poesía y de toda idea elevada, el espectáculo constante de las ruindades morales mata en el corazón los sentimientos hidalgos, y si algo queda por destruir después de ésto, de ello se encarga la pornografía empezando por encenegar el espíritu y acabando por enervar las energías físicas y morales.» Como decía muy bien el emperador de Alemania, cada novela de Zola ha sido para Francia un nuevo Sedán.

CAPÍTULO XIII

Valor científico y literario de la novela naturalista

La preparación científica de los novelistas.—La *Bestia humana*, de Zola, juzgada por Lombroso.—Los delincuentes de las novelas naturalistas.—El naturalismo al servicio de la falsa criminología.—Los *documentos humanos* del naturalismo.—Falta de verdad en los personajes naturalistas.—Falta de estudio de la naturaleza en los autores.—La conversión del arte en ciencia.—Falsea el naturalismo la naturaleza, la mutila y la calumnia.—Exceso de detalles en estas novelas.—Frase canallesca.—Falta de interés.—Falta de emoción.—El estilo.—Causa de la venta de ejemplares de las novelas naturalistas.—La bancarrota del naturalismo.

Preguntaba Zola con seriedad que hace reír: «Ser dueño del bien y del mal, dirigir la vida, la sociedad, resolver á la larga los problemas del socialismo, traer sobre todo bases sólidas á la justicia resolviendo por medio de la experiencia las *cuestiones de criminalidad*; ¿no es esto ser los obreros más útiles y morales del trabajo humana?» Pero si en el autor de *Las veladas de Medán* nada es extraño, no deja de parecerlo que

Lombroso, si bien materialista como él, asevere en su *Estudio de la antropología criminal en la literatura*, que en las novelas naturalistas se puede estudiar al delincuente lo mismo que en la sociedad, siendo ellas para el criminalista y para el antropólogo fuente de tan segura enseñanza como una narración testifical ó un informe científico, y debiendo calificarse de verdaderos *documentos humanos* obras por el estilo de *La taberna*, de Zola, y *El discípulo*, de Paul Bourget.

Pero si el mismo Lombroso estudia dos millares de dementes, confiesa que no está seguro de haber comprendido bien más de una docena, y después de observar cincuenta y un mil criminales, incurre en tantas perplejidades y contradicciones, ¿qué consecuencias ciertas vamos á sacar de estas obras de imaginación, aun de las más atiborradas de notas y detalles? Los antropólogos distinguidos dedican muchos años á las investigaciones y á la reflexión. Dónde, empero, pregunta el señor Andrade en *La antropología criminal y la novela naturalista* (1), «¿dónde ha estudiado Zola física, química, medicina, psicología, fisiología, etc., etc., pues todas estas cosas y muchas más parecen necesarias para el vasto plan de investigación que pretenden desarrollar los novelistas?»

Los modernos materialistas criminólogos no cesan de batir palmas en loor de Emilio Zola por-

(1) Página 90.

que después de haber estudiado, con análisis prolijo, á los delincuentes por pasión, desde *Teresa Raquin* observa los criminales natos, aplica en larga serie de novelas á los *Rougon-Macquart* las leyes de la herencia y el atavismo, y condensa los datos psiquiátricos sobre el alcoholismo en *La taberna*, los antropológico-criminales en *La bestia humana*, y en *Lourdes* los psico-patológicos. *La bestia humana* es su obra más célebre en tal concepto: el asunto está tomado de la realidad, del proceso de los esposos Fenayrou, y el autor confiesa que primero de poner manos á la obra estudió, para aplicar sus doctrinas, *El hombre delincuente*, de Lombroso; pues éste, á pesar de ello, en su ensayo *La bestia humana y la antropología criminal*, le pone muchos defectos: dice que salta á la vista que no ha examinado los criminales *d'après nature*, que las figuras de ellos le producen el efecto de fotografías descoloridas y borrosas, como si estuvieran tomadas de retratos al óleo; que él no sabría clasificar al personaje *Roubeaud*, etc., etc., concluyendo por afirmar, que incurre en muchos errores y que «un alienista no puede menos de encontrar defectos gravísimos, mayores que los méritos.»

Los delincuentes de las novelas naturalistas, diga lo que quiera Hericourt (1), pueden estudiarse como se han estudiado los de las demás obras literarias, como por ejemplo los de Dante

(1) *La bête humaine de M. Zola et la physiologie du criminel.*

fueron analizados por Carrara, Carmignani, Ortolan, Niccolini y Abegg, dedicándoseles tratados especiales, cual el de Nino Verso Mendola, *Criminalogia dell Inferno*; el de Antonelli, *Dei principi di diritto penale che si contengono nella «Divina Comedia»*, y el de Alfredo Nicéforo, *Criminali é degenerati dell Inferno dantesco*; como Salillas, Ziino, d'Alfonso, Kohler, Georg Brandes han examinado los de Shakespeare, y Loggiardi Laura y Capelli los de Manzoni: para ver qué se pensaba en las distintas épocas sobre asuntos penales, aunque no siempre piensan los novelistas como su época; para comparar sus ideas con las que hoy dominan en el campo científico, y justipreciar las luminosas adivinaciones de la esplendente intuición del genio. En una palabra, las novelas se aprovecharán de la ciencia, pero ésta no sacará de ellas utilidad positiva, ni pueden ser estudiadas por los antropólogos criminalistas sino en concepto de asuntos de historia, ó de ejercicios de crítica, ó de juegos de *Fisica recreativa*.

En lo que estamos conformes con *I delinquenti nell'Arte*, famosa obra de Enrique Ferri, briosamente refutado por la de Mans, *Les criminels dans l'Art et la Littérature*, es en que por obra de los noveladores naturalistas «la Ciencia se refuerza con demostraciones sugestivas que llevan sus conquistas y extienden su dominio, desde los estrechos y rígidos límites del laboratorio y la erudición técnica, al terreno abierto y

bien poblado de la general cultura y la conciencia común.» Mas precisamente por esto, porque las novelas naturalistas extienden, difunden y arraigan en el vulgo las nociones de una Ciencia *falsi nominis*, enemiga de la libertad y depresiva para la dignidad humana, es por lo que, sin tener verdadero valor científico, teniéndolo, y muy grande, para engañar y pervertir, deben ser condenadas y execradas por todo hombre de buena voluntad.

De *documentos humanos* calificaba Zola sus novelas; hay en ello tanto de vanidad como de inexactitud. Lo han hecho ver á vista de ojos competentes escritores, entre ellos Max Nordau, á quien dejamos gustosos la pluma por no ser su autoridad recusable para nuestros adversarios. Decía así en *El realismo*: «Cree Zola que sus novelas son realmente documentos serios de los cuales la ciencia pueda aprovecharse. ¡Qué puerilidad! La ciencia no sabe qué hacer de las novelas. La ciencia no necesita personajes y acciones inventadas, por verosímiles que sean, sino hombres que hayan vivido, acciones que ocurrieran efectivamente. Su *novela experimental* es una fantasía todavía más extraña. Si emplease de buena fe el vocabulario, demostraría Zola que no tiene ningún conocimiento de la naturaleza del análisis científico. Él cree haber hecho un análisis cuando inventa personajes neuróticos, los pone en situaciones inventadas y los hace realizar acciones no menos fingidas. Un experi-

mento científico es una pregunta clara que se hace á la naturaleza, y á la cual quien debe responder es ésta, no el que la interpela. Zola hace preguntas. Pero á ¿quién? ¿A la naturaleza? No: á su propia imaginación. ¿Qué fuerza probatoria tendrán estas respuestas? El resultado del experimento científico es decisivo, y todo el que se encuentre en posesión de sus facultades puede comprobarlo. Por el contrario, los resultados á que llega Zola con sus pretendidos experimentos, no existen objetivamente; están contenidos en su imaginación tan sólo; no son hechos, sino opiniones á que cada uno prestará ó no su fe, según su talento. La diferencia entre un experimento y lo que Zola llama con este nombre es tan grande, que me parece difícil atribuir el abuso de la expresión á pura ignorancia ó incapacidad de pensar.»

El papel calla, con efecto, y carga con todo, y sobre él es fácil hacer el diagnóstico de las enfermedades morales, trazar el progreso de los agentes morbosos y desenvolver la urdimbre de la historia y la trama de la vida; ¿quién, sin embargo, nos asegura que las cosas pasarán en la realidad como las finge la fantasía del novelista, y que en idénticas circunstancias obrarían, como él cree, los mismos personajes si fueran de carne y hueso? En las novelas mismas de Flaubert y de Balzac, tan elogiados por su estudio y comprensión del medio social, se nota que los personajes obran según el capricho del novelista, sin que la

ciencia que éste profesa pueda sacar de ahí ninguna observación estimable. En su estudio de la vida, aunque los naturalistas alardean de presentarla en su totalidad, es lo cierto que cada uno la estudia parcialmente, haciendo de los seres humanos y de sus hechos é ideas una selección arbitraria conforme á las propias inclinaciones personales; resultando, como muy bien se ha dicho, que sus cacareados *pedazos de vida* son cuadros sinópticos de ella, puestos fuera de su sitio y ordenados artificialmente según particulares propósitos. Aun cuando los detalles se tomen de la realidad, no reproducen ésta y dejan de ser verdaderos desde el punto en que pierden su relación exacta con la totalidad del fenómeno: los personajes de carne y hueso se convierten dentro del cerebro de los naturalistas en símbolos monstruosos é inverosímiles; pues amontonan en cada uno de ellos rasgos pertenecientes á muchos, y hacen ver en poco tiempo y en determinado espacio lo que ha sucedido en el transcurso de muchos años y en sitios muy diferentes.

Se ha exagerado mucho respecto á lo concienzudo y exacto de las observaciones realizadas por los novelistas de esta escuela. Es cosa comprobada por los críticos que Zola tomaba de segunda ó tercera mano y no del estudio *directo* de la naturaleza la mayoría de los datos que consigna en sus obras. Para *L'Assommoir*, tuvo presente y saqueó el estudio de M. Denis Poulot; para *Nana*, á la *Venecia salvada*, de Thomas Ol-

way, y para *Una página de amor*, las *Memorias*, de Casanova. La escena del parto en la *Alegría de vivir* se halla tomada al pie de la letra de un manual de obstetricia, y la descripción de la santa Misa en *La falta del abate Mouret* es reproducción literal de un devocionario. Las veinte novelas de los *Rougon-Macquart* están calcadas en los informes de la policía y de los médicos sobre la familia Kerangal, cuyos individuos, entre los cuales hubo varios artistas, han ocupado durante sesenta años los anales de la justicia criminal y de la literatura psiquiátrica, siendo objeto de tratados especiales por parte de los hombres de ciencia.

Los periódicos se cuidaban muy bien, cada vez que Zola iba á publicar una novela, de llenar columnas relatando prolija y fastidiosamente los largos y detenidos estudios con que antes de principiar á escribirla se había preparado el autor; pero realmente, dice un crítico imparcial, se parecía á un viajero que atraviesa un país en tren rápido, divisando algunos detalles puramente exteriores, reteniendo algunas perspectivas, poniéndose en aptitud de hacer luego hermosas aunque falsas descripciones, pero sin aprender nada sobre las especialidades reales y esenciales del país ni sobre la vida de sus habitantes, pues de ordinario los tan ponderados estudios consistían «en hacer una visita á la Bolsa cuando se proponía escribir sobre el comercio, en emprender un viaje en ferrocarril cuando quería

describir el movimiento de una vía férrea, en echar una vez un vistazo en una alcoba de acceso fácil cuando quería describir el género de vida de las *cocottes* parisienses».

Ha habido, sí, quienes emplean veinte años en pergeñar una novela de cortas dimensiones, poniendo en ella el ímprobo trabajo que Flaubert en *La tentación de San Antonio*, y leen, verbi gracia, treinta volúmenes de agricultura para escribir sólo diez líneas sobre esta ciencia, y antes de dar principio á la obra reúnen cúmulo inmenso de notas y apuntes *tomados del natural*; pero puede decirseles lo de Horacio. *non erat his locus*.

Querer convertir el arte en ciencia y hacer de la novela una historia natural y social del hombre (1) es desfigurar el carácter de la ciencia y acabar verdaderamente con el arte. Intentar promover los adelantos científicos haciendo experimentaciones con papel y tinta y no en gabinetes y laboratorios es tan vano como risible empeño. El sistema naturalista, además, es gratuito, incierto, fundado en meras hipótesis deducidas *a priori* de leyes físicas imaginarias, y en vez de partir de hechos ciertos se asienta sobre la esperanza de los adelantamientos científicos con que sueña, como puede verse en la doctrina de Zola que á lo futuro acude á cada paso para salir de los atolladeros en que le meten sus absurdas

(1) *Historia natural y social de una familia bajo el segundo imperio*, era el título que puso Zola á una serie de sus novelas.

ideas preconcebidas. Sería el colmo de la candidez no tomar en broma el petulante orgullo de los *naturalistas* é ir á buscar en sus novelas las ciencias naturales, y no en libros realmente científicos escritos por los sabios que con verdadera competencia pueden tratar materias de ordinario, por cierto, muy poco entretenidas. «No he hallado, escribía Larroumet (1), nada más necio é indigesto y monótono que esas eternas disertaciones sobre la herencia, la inneidad y la célula; ese estilo especial del que sólo pueden hacer uso con algún acierto los sabios, en cuanto se rodea de sentimiento y de énfasis, se vuelve puro galimatías.»

Si en algunas novelas puede aprenderse algo, no será en las naturalistas donde se conozca la naturaleza y la verdad; pues allí la trama de la historia aparece incompleta y mutilada, y si se recogen en el papel hechos y circunstancias que se tienen ante la vista y sólo ante ella tienen su verdadera realidad, es atribuyendo su existencia á causas imaginarias y falsas por entero.

Las propensiones ingénitas al mal, prueba de la caída de la naturaleza humana inficionada por la transmisión del pecado de origen, carecen de fuerza insuperable en quien tiene el pleno dominio de sí mismo. Los naturalistas ven con Zola que «hay en todos un fondo de bestia humana como hay un fondo de enfermedad», y no quieren

(2) *Nouvelles études de littérature.*

ver el ángel que con la bestia lucha y á la cual en muchas ocasiones vence; se apoderan de los adelantos de la Fisiología para descifrar el misterio de la vida humana, olvidando los eternos principios y las incommovibles bases sobre que se asienta la Psicología sin la cual esta vida es inexplicable. Confunden con enorme injusticia, según hacía constantemente Zola, lo *irracional* con lo *sobrenatural*, y al prescindir de una realidad como esta de la gracia divina y de su influjo sobre la voluntad del hombre, no pueden comprender ni manifestar la verdadera lucha que entre la virtud y el vicio, entre el deber y la pasión se desarrolla en el corazón humano, haciendo exclamar al desesperado autor del *Diablo Mundo*:

«Aquí, para vivir en santa calma,
ó sobra la materia ó sobra el alma.»

«Yo no revelo ni invento, decía Zola en su libro *El naturalismo en el teatro*, porque pienso que es más útil obedecer al impulso de la humanidad que á la evolución continua que nos arrastra.» Hay, con todo, en sus novelas y en las de sus satélites tanta invención como en las de los románticos y son tan fingidas como ellas. El naturalismo es el *romanticismo al revés*; tan exagerado y pernicioso como éste, aunque sin duda menos poético. Los románticos engrandecían más de lo justo las pasiones humanas, los naturalistas las deprimen más de lo verdadero; aquellos ha-

cían del hombre un semidios, estos le ponen al nivel, si es que no por bajo, de las bestias; los unos se apartaban de la realidad remontándose á las alturas, los otros hundiéndose en el lodo y en la inmundicia. No pintan caracteres sino caricaturas; no muestran al hombre sino lo anormal, los extravíos, las excepciones de la especie humana. Para ellos parecen escritos los versos de López de Ayala:

«Piensan en su ceguedad,
Cuando nuestra vida exprimen,
Que hasta encontrar algún crimen
No han hallado la verdad.»

Pues si las novelas naturalistas son tan perniciosas é inútiles como hemos visto, de agradables y amenas no tienen nada. En su afán los autores por parecer, cual los creía Zola, *sabios especiales*, y por dar carácter científico á sus imaginaciones y caprichos, colocan la escena en el fondo de las minas, en el seno del Comercio, de la Agricultura ó de la Industria, dan á los personajes profesiones técnicas y, tomando la ocasión por los cabellos, vierten sobre el papel todos sus conocimientos y observaciones en la forma tan poco atractiva con que lo hiciera M. Héctor Malot. La atención se fatiga y se pierde entre abrumadora balumba de datos sin objeto, entre descripciones interminables, entre larguísimas listas de pormenores y detalles mínimos que á nada conducen ni artística ni científicamente. Su *verismo* los trae

á imitar á aquel Restif que explicaba en el prólogo de las novelas quiénes eran las personas que allí figuraban con nombre supuesto, y para que hubiese más verdad copiaba, sin mudar tilde, las cartas amorosas de las mismas. De los labios más soeces recogen también, sin atenuarlas, toda frase canallesca y toda grosería de bestial lujuria.

Obras de tesis y aun de símbolo las suyas, leído el título puede decirse lo que han de decir, sin necesidad de hastiarse con aquellas disertaciones soporíferas, áridas, pedantescas, insufribles. La acción, de puro sencilla, desaparece casi por entero. El interés no existe, porque donde no hay libertad no hay lucha, y donde falta la lucha falta el interés. Un arte cuyos principios consisten en el sistemático desprecio de la psicología y del ideal, aunque sólo sea como elementos poéticos, es un arte suicida que no espera á que otros vengan á destruirlo. Aquellas páginas, pulimentadas y lustrosas á trechos, pero frías siempre como el mármol, aquella glacial impassibilidad en la narración, ese empeño antinatural de *esconder el alma*, causan daño, repelen la vista, y hacen pensar en los conocidos versos de Nicasio Gallego:

«Quien á los ecos
De virtud y de gloria no se inflama,
Ni al tierno sollozar del afligido
Súbito llanto de piedad derrama;
El que al público bien ó al patrio duelo,
De gozo ó noble saña arrebatado,

Cual fuego que entre aristas se difunde,
Ó como chispa eléctrica invisible
Que en instantáneo obrar rápido cunde,
Su corazón de hielo
Hervir no siente en conmoción secreta,
Ni aspire á artista ni nació poeta.»

El estilo no tiene tampoco nada de natural; es estilo decadente, *delicuescente*, bizantino, de un barroquismo incomportable, de una afectación pueril, de una nimiedad de principiante: los maestros de esta escuela, si creemos á sus biógrafos, se pasaban las horas muertas detenidos ante una frase, ó dándole vueltas á una oración, ó discutiendo donde caería mejor una coma, y quedaban desfallecidos, extenuados, jadeantes, cuando, por fin, concluían de redondear un párrafo. Con la manía de la lima y del pulimento suelen tener la del ritmo y el color: quieren, los que alcanzaron la jefatura en esta secta literaria, que la palabra pinte y cante, ya que hablan la música y la pintura, y que produzca sensación tan viva é impresión tan fuerte como la vista misma del objeto, dislocando y trastrocando á este fin las frases, rompiendo con todas las reglas de la gramática y del sentido común, y acudiendo á los medios más extravagantes y menos artísticos. Zola mismo lo reconoce en *Les romanciers naturalistes*: «Nuestra jerga actual, esa parte del estilo exclusivamente de moda... quedará como una de las jerigonzas más monstruosas de la lengua.»

De todo lo cual, y de mucho más que dejamos

en el tintero, se infiere que novelas de esta clase no deben figurar ya en la sección de *amena literatura*, ni pueden clasificarse en el género *poético compuesto*, ni hay nada por qué se hayan de decir *le poème épique des nations modernes*, como de las otras novelas escribió Villemain, siquiera sea una epopeya *bastardeada*, según la llamó Federico Schlegel. Se ha dicho muy bien que la lectura de estas novelas, aun para gente avezada á lecturas áridas y enojosas, es más difícil que la de un censo de población ó la de una tabla de logaritmos.

Dirase, empero, ¿cómo, pues, explicar el favor de que goza la novela naturalista? ¿Cómo ha inundado el mundo con sus ejemplares, y hay alguna de la que á poco de aparecer pasaban de ciento las ediciones? La moda puede tanto en la literatura como en los trajes. La novela positivista es expresión y reflejo del positivismo que domina en las ciencias y en todas las relaciones sociales. La numerosísima clase proletaria la acogió con entusiasmo, porque, según reparó el malogrado P. Blanco García en la *Historia de la literatura española en el siglo XIX* (1), «mira en tales libros canonizadas sus utopías y consagrado el culto de la materia.» La sociedad corrompida, escribe D. Gustavo A. Martínez en su obra *El naturalismo y Zola* (2), «no podía menos de buscar y admirar esos cuadros en que sus vi-

(1) T. II.

(2) P. 106.

cios aparecían disculpados con los ejemplos y embellecidos con los prestigios del Arte. He ahí el secreto del éxito: éxito grande, sí, pero éxito ruín, éxito mezquino, éxito vergonzoso y calculado.» Muchas veces hemos recordado al pensar en esto, aquellas palabras de Vives (1), ese genio á quien Laverde (2) pone al lado de los Platones y Aristóteles, de los Agustinos y Tomases: «Las más veces la causa de aprobar tales libros es contemplar en ellos sus costumbres representadas como en un espejo y regocijarse de verlas alabadas.» Por muy insípido que sea este manjar de la novela naturalista lo encuentra sabroso *la piara de Epicuro* por el condimento excitador de la sensualidad y por el picante aperitivo de la lujuria: la carnaza de lo obsceno y el ruido del escándalo son el cebo infame con que se llama y atrae á los lectores: cuanto más pábulo haya en una novela y mayor estímulo para los desenfrenos sexuales, más seguro es que entre cierta gentuza se encontrarán lectores: de *Une page d'amour* y de *Au bonheur des dames*, que son de las novelas menos groseramente lúbricas de Zola, no se habían despachado más de 50,000 ejemplares en 1887, mientras que de *Pot-Bouille* se llevaban ya vendidos 65,000, de *L'Asommoir* 111,000 y 149,000 de *Nana*, que eran en aquella fecha sus libros más vitandos. De cien lectores de novelas, dice d'Azambuja, los noventa y nueve

(1) *De christiana femina.*

(2) *De la fundación de una Academia de filosofía española.*

van á buscar allí algo muy diferente de la honestidad y de la misma literatura.

Las tendencias de las nuevas generaciones literarias, dice Remy de Gourmont, «son rigurosamente antinaturalistas».

La bancarrota del naturalismo estaba prevista: desde el primer momento se conoció que pasaría como pasan las epidemias y las tempestades asoladoras. Ya en 1881 el académico Fernando Brunetière, tratando *Des origines de le roman naturaliste* en la *Revue des Deux Mondes*, pronosticaba que la novela naturalista no tardaría en desaparecer y que antes vería surgir formas de novelas que ella creía irremisiblemente condenadas.

La muerte del santón de Medan precipitó la de su secta: el naturalismo está de cuerpo presente; pero los miasmas de su cadáver en descomposición continúan envenenando el mundo. A medida que se acentúa reacción saludable en favor del realismo sano, fuerte, vigoroso, vivificante, un grupo de degenerados lleva á las páginas de la novela las abyecciones más oprobiosas de la aberración humana. Lo lascivo, dice Bernaldo de Quirós, es lo que en grado mayor sale á la literatura «como manifestación epidérmica del vergonzoso mal venéreo que affige al mundo. Cualquiera puede sacar de la literatura de nuestros días todas las aberraciones, todas las monstruosidades de la psicopatología sexual... Sadistas, masochistas, fetichistas, uranistas, *hors nature* de todas



clases, como la señora Rachilde titula á sus dos héroes, andan sueltos por esos libros, en compañía de otros que, como la *Safo*, de Daudet, son *toda la lira.*» Antes se cantaba el amor bestial, el *instinto genésico*, como decía Zola gloriándose de haber inventado esta frase: ahora se entonan loores á un amor, si así pudiera llamarse, que las bestias tendrían por indigno de ellas: es la literatura de la Pentápolis si las ciudades nefandas conocieron literatura: no ya leerla, aun cogiéndola con pinzas, pero ni mentarla siquiera se debe por quien en algo se estime.

CAPITULO XIV

De algunas novelas en particular

Las novelas no están de suyo prohibidas.—Pueden servir de provecho.—Su influjo es mayor para el mal que para el bien.—De ningún otro género literario se ha abusado más.—Causas de que haya tantos autores de novelas malas.—Novelas prohibidas por la Santa Sede.—Consecuencias de esta prohibición.—Algunas novelas prohibidas en España.—Son muchas más las que prohíbe el derecho natural.—Estilo descuidado de las más de estas novelas.—Despropósitos célebres de las mismas.—No proporcionan instrucción, ni distracción siquiera.—De algunas novelas buenas.—Hay pocas realmente tales.—Aun para permitir la lectura de éstas, se han de tener en cuenta las circunstancias del lector.

La Iglesia prohíbe novelas, pero no las novelas; como tampoco está de suyo prohibida, ni mucho menos, clase alguna de manifestación artística, ó de expresión estética, ó de honesto deleite.

«La buena novela, dice D. Marcelo Macías (1), la novela que aspira á deleitar por medio de la belleza, no puede menos de contribuir indirectamente al triunfo de la verdad y del bien, por la

(1) *Literatura preceptiva*, pág. 229.

íntima relación que existe entre lo bello, lo verdadero y lo bueno.»

Hay novelas excelentes de las cuales se puede decir aquello de Horacio:

*Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.
Lectorem delectando pariterque moriendo;*

y verdades que en libros de moralistas cansan quizá y molestan ó por lo menos no logran llamar y fijar seriamente la atención, expresadas por este medio literario pueden interesar extraordinariamente y producir emoción profunda. El *Quijote* acabó con la afición á los empecatados *libros de caballería*, y *Fray Gerundio* rechazó de la cátedra sagrada la creciente invasión del enrevesado culteranismo. Puestas al servicio del bien las obras literarias de esta clase pueden ser un elemento altamente moralizador y de gran influjo en el desarrollo de la cultura. Mas para ello, como dijo Lope de Vega (1), para que sean *ejemplares* más aún que las que con este nombre bautizó el autor de *La Gitanilla*, «habían de escribirlas hombres científicos ó, por lo menos, grandes artesanos, gente que hallase en los desengaños notables sentencias y aforismos».

Las novelas son, sin disputa, indiferentes de su naturaleza: la malicia de los autores es la que las hace malas. Pero ya que, según se le ocurría á Cadahalso en las *Cartas Marruecas* (2), «las ver-

(1) Filomena.

(2) Carta 68, de Gacel á Ben-Beley.

dades útiles están tan lejos de ser repetidas con sobrada frecuencia, que pocas veces llegan á repetirse con la suficiente», no nos cansaremos de advertir que su influjo sobre el ánimo de los lectores es incalculable. Y porque si mucha fuerza tienen para mover al bien, la tienen y aun mayor para inclinar al mal hacia el que propende nuestra naturaleza viciada por el pecado, es por lo que no creeremos haber nunca inculcado bastante la conveniencia de que no se lea todo lo que venga á las manos, sino que se ponga en la admisión del huésped literario igual solicitud que se pone para averiguar si podemos dar alojamiento en nuestras casas al primer advenedizo que dentro de ellas quiera ser recogido.

Por lo mismo que es tan popular y leída la novela, y porque tan fácilmente señorea los ánimos, de ningún otro género literario se ha abusado más, y allí en mayor número se refugian los que se proponen corromper la sociedad halagando todos los malos instintos y buscando el medro y el lucro con lisonjear las más bajas y bastardas pasiones.

Nicolay en la *Historia de las creencias* (1) hace esta observación acerca de las causas de que haya tantos autores de novelas reprobables: «Desesperanzados de aventajar á sus predecesores, preocupáanse ante todo de escribir en el sentido más violento, más atrevido, más paradójico: los hay

(1) Libro 6, cap. II.

que fían menos en su talento que en su impudor para hacerse célebres, y no faltan tampoco quienes no vacilarán en firmar las más groseras elucubraciones que parecen haber sido elaboradas en una sentina y en un momento de borrachera. ¿Cómo se explica esto? En muchos casos del modo siguiente: el autor, que ha querido publicar un libro honesto que el público no ha sabido apreciar, se dice: «Escribamos cosas... escabrosas para satisfacer el gusto del día y excitar la curiosidad.» Su novela será una mala acción, acaso hasta un crimen desde el punto de vista de la moral...; pero ¡qué le importa si el libro se vende! Así es que la última palabra en materia de reclamo será, como atractivo supremo, el anuncio ruidoso en los periódicos de una obra que *conturba el ánimo*. De modo que apología y justificaciones escandalosas del mal; defensas impudentes é insolentes rehabilitaciones; compromisos vergonzosos; reivindicación del derecho de morir; pretendida fatalidad de las pasiones; análisis cínico de corrupciones científicas; descripción complaciente y hasta glorificación de los rebajamientos, de los desfallecimientos, de las liviandades de toda clase; tal es la pimienta con que á menudo se sazonan esas publicaciones malsanas, que el lector acepta con facilidad inconcebible, á poco que el novelista haya demostrado talento ó tan sólo originalidad.»

La Santa Sede ha condenado novelas de los siguientes autores:

Ayguals de Izco, Wenceslao: *Marta ó la hija de un jornalero*. Decreto de 6 Septiembre de 1852.

Balzac: Todas sus novelas. Decreto de 20 de Junio de 1864.

Champfleury: Todas sus novelas. Idem.

Gutiérrez, Luis: *Cornelia, ó la víctima de la Inquisición*. Decreto 26 de Agosto de 1822.

Suberwich, Madama: *Los misterios de la Inquisición*.

Diderot, Dionisio: *Santiago el falalista*. Decreto 2 Julio 1804.

Dumas, Alejandro, el padre y el hijo: Todas las novelas de uno y otro. Decreto de 22 de Junio de 1863.

La religión extranjera, novela galante é histórica. Decreto 10 de Julio 1725.

Feydeau, Ernesto: Todas sus novelas. Decreto 20 Junio 1864.

Flaubert, Gustavo: *Madame Bovary*, y *Salambo*. Idem.

Esquirós, Alfonso: *Las vírgenes*; decr. 20 de Junio 1844.

Guerrazzi, Francisco Domingo: *Isabel Orsini*; decr. 8 de Agosto 1844.

Hugo, Víctor: *Nuestra Señora de París*; decreto 28 de Julio 1834. *Los Miserables*; decr. 20 de Junio 1864.

Lamartine, Alfonso: *Jocelyn, diario encontrado en casa de un cura de aldea*; decr. 22 de Septiembre 1836. *La caída de un ángel*; decreto 27 de Agosto 1838.

La Roche, Guilhem: *Jacquelina de Baviera*, condesa de Hainaut, novela histórica; decr. 26 de Agosto 1726.

Marini, Juan Bautista: varios de sus poemas y narraciones novelescas; decr. 11 de Junio 1624 y 27 de Septiembre 1678.

Moura Secco, Francisco: *Ángel*; decr. 13 de Marzo 1865.

Murger, Enrique: todas sus novelas; decr. 20 de Junio 1864.

Niccolini, Juan Bautista: *Arnaldo de Brescia*; decr. 14 de Enero 1844.

Pallavicino, Ferrante: varias novelas; decr. 12 de Mayo 1639 y 13 de Enero 1660.

Pigault-Lebrun. Carlos Antonio Guillermo: todas sus novelas; decr. del Santo Oficio 22 de Noviembre 1820 y 28 de Julio 1834.

Poujoulat, Juan José Francisco: *La bedutna*; decr. 4 de Julio 1837.

Rousseau, Juan Jacobo: *Julia*; decr. 9 de Diciembre 1806.

Sachetti, Francisco: *Novelas*; decr. 22 de Abril 1727.

Sand, Jorge (pseudónimo): todas [las novelas]; decr. 27 de Noviembre 1840 y 14 Diciembre 1863.

Soulié, Federico: todas las novelas; decr. 20 de Junio 1864.

Stendhal, Enrique Beyle: todas las novelas; decr. 4 de Marzo 1828.

Sue, Eugenio: todas sus novelas; decr. 22 de Junio de 1852.

Tresserra, Ceferino: *La judía errante*; decreto 20 de Septiembre de 1864.

Voltaire, Francisco María Arouet: *Novelas y cuentos*; decr. 2 de Julio de 1804.

Zola, Emilio: todas sus novelas y demás obras; decr. 13 de Septiembre 1894 y 1 de Septiembre 1898.

Las referidas novelas, al ser prohibidas por la Santa Sede Apostólica, lo están en todo el mundo y en cualquiera lengua que se traduzcan. No se las puede editar ni poner á la venta, bajo pena de pecado mortal; y los librereros que estuvieren autorizados para venderlas, sólo pueden hacerlo á los que tengan autorización para leerlas. Pecan igualmente los que las retienen sin permiso pontificio.

Además de las novelas incluídas en el *Índice* romano, hay otras muchas reprobadas por obispos: aunque sus prohibiciones obligan sólo á los respectivos súbditos, ningún cristiano que se interese por la propia salvación huyendo los peligros de pecar, leerá lo que un Prelado de la Iglesia de Dios prohíbe que sea leído.

Hace años que publicó el *Semanario Vasconavarro* un catálogo de los libros cuya lectura es nociva según la calificación que de ellos hizo la censura, y de él entresacamos las siguientes novelas:

El alma desterrada, por Ana María, traducida por D. Eugenio Ochoa. (Nociva á los jóvenes de carácter debil y de imaginación exaltada.)

El Almirante de Castilla, por la duquesa de Abrantes. (Injuriosa al clero.)

Amar con poca fortuna, por Gregorio Romero Larrañaga. (Contiene proposiciones temerarias, erróneas, impías.)

El Auto de Fe, por D. Eugenio Ochoa. (Calumniosa á la Iglesia en sus instituciones y sus ministros, sediciosa, etc.)

Aventuras del baroncito de Faublas. (Obscenísima.)

Beppo, por Lord Byron. (Peligrosa para personas faltas de instrucción.)

La Bruja ó cuadro de la corte de Roma, por don Vicente Salvá. (Libelo infamatorio contra la Santa Sede.)

Cándido ó el optimismo, por Voltaire. (Prohibida.)

El capuchino, por el conde de Peyronet. (Lasciva, escrita con espíritu antirreligioso.)

Los capuchinos ó el secreto del gabinete obscuro. (Lasciva, difamatoria de una Orden aprobada.)

Carta de Amabed, por Voltaire. (Impía, obscena, injuriosa al Papa, etc.)

Carta á Eugenia, por Freret. (Prohibida.)

Los Cartujos y la monja. (Calumniosa contra una Orden aprobada.)

El Castillo de Nebestein, traducida por Teodoro Guerrero. (Inmoral, peligrosa para los jóvenes.)

El Castillo de Santa Catalina, por D. Juan de la Rosa González. (Trata de amoríos, etc.)

Celestina, tragicomedia de Calixto y Melibea, y también la segunda *Celestina ó amores del caballero Felides*. (Obscena.)

Colección de novelas traducidas por D. G. F. Coll.

La Condesa de Lafaille ó Lyon en 1793. (Comprendida en las reglas 7.^a y 8.^a del índice.)

El cornudo, por Paul de Kock. (Obscenísima en ciertos pasajes.)

La criolla, por D. Francisco Rebollo (*Tío Fidel*). (Injuriosa al instituto de los Jesuitas y al Sacramento de la Penitencia.)

Las cuatro edades, por Carlos Pogens. (Obscena, injuriosa al clero regular.)

Narraciones fantásticas, por Hoffman. Traducidas por D. Cayetano Cortés. (Lascivas.)

El Epicúreo, por Tomás Moore. (Peligroso para la juventud y las mujeres.)

La Escuela del gran mundo, por D. Fernando G. de Bedoya. (Peligrosa por la materia de que trata.)

Esperanza ó Blanca, por D. J. P. y M. (Amatoria, lasciva.)

El fraile ó la reliquia entre las ruinas, por D. Joaquín del Castillo y Moyone. (Sacrilega, profanadora de la Escritura, calumniadora de las vírgenes, etc.)

Las guardillas de Madrid ó el nuevo diablo cojuelo, por L. Corsini. (Impío, escandaloso, etc.)

Gustavo el calavera, por P. de Kock. (Obs-

cenísima, prohibida para todo género de personas.)

La Hermana Ana, por el mismo. (Peligrosa para la juventud.)

El hijo de mi mujer, por el mismo. (Obscena.)

Historia que parece novela, por F. Corradi. (Peligrosa por sus tendencias materialistas.)

La hija de un cardenal. (La tendencia de esta novela es denigrar y ultrajar la religión de Jesucristo en sus autoridades.)

Historia de Eloisa y Abelardo. (Licenciosa.)

El hombre de los tres calzones, por Paul de Kock. (Inmoral.)

Ida y Natalia, por el vizconde de Harlincourt. (Peligrosa para los jóvenes.)

El Italiano ó el confesonario de los penitentes negros, por Ana Radclife. (Perniciosa, etc.)

Javier el ermitaño, traducida por E. (Debe considerarse como prohibida.)

Josefina de Corneford, por A. Letamendi. (Infamatoria contra el catolicismo y los religiosos fieles á su deber.)

Juana la Papisa, por D. H. O. (Injuriosa á la Santa Sede.)

Lances de amor y fortuna, por P. de Kock, traducida por Escobar. (Injuriosa al matrimonio.)

Memorias de un ángel, por D. Manuel González. (Peligrosa por su mal espíritu.)

Misterios de Madrid, por D. C. García Doncel y Luis Olona. (Inmoral, escandalosa.)

Misterios de Madrid, por J. M. Villergas.

(Debe considerarse como prohibida por su espíritu anticatólico.)

Misterios de Londres, por Trollope. (Peligrosísima.)

Misterios de los Jesuitas, por D. Joaquín Rodríguez. (Injuriosa á la Iglesia, etc.)

Mi vecino Raimundo, por Kock, traducida por Jérico. (Amatoria, lasciva, etc.)

Ni rey ni roque, por D. Patricio de la Escosura. (Calumniosa para la Iglesia, etc.)

Olimpia, por J. B. de l'Ecluse. (Injuriosa á la Santa Sede, etc.)

Pequeños misterios de París, traducida por Próspero A. de Letamendi y J. M. Redevilla. (Peligroso para el común de los lectores.)

Pizarro y el siglo xvi, por P. AVECILLA. (Mirada ya política, ya religiosamente, es vituperable é indigna de leerse.)

Purgatorio de San Patricio, por J. García Torres. (Injuriosa al matrimonio.)

¿Quién es el hombre? por D.^{ña} Josefa Mier de Moya. (Peligrosa por algunas circunstancias que le dan cierto carácter de inmoralidad.)

Los rebeldes en tiempo de Carlos V., por el vizconde de Harlincourt. (No debe permitirse su lectura á los jóvenes.)

La Religiosa, por Diderot. (Infame.)

Roma subterránea, por C. Didier. (Sediciosa, etcétera.)

Salicia, ó desengaño de amor, por Justino Mantua. (Obscena.)

El sacerdote blanco, por D. Ignacio Pusolgas. (Lasciva.)

El secreto de Roma, por Eugenio Briffault. (Infamatoria, escandalosa.)

El suicidio de un anciano, traducida por E. (Subversiva al estado conyugal.)

Templo de Venus en Gnido, por Montesquieu (Lasciva.)

El testamento de un parcial y una muerte supuesta, por Eleuterio Martín Regnart. (Comprendida en la regla 7.^a del Índice Tridentino.)

Las tres navidades. (Peligrosa principalmente para los jóvenes por sus pestilenciales doctrinas.)

Una noche en el infierno, por Pedro Martínez López. (Sediciosa y denigrativa para la religión.)

Werther ó las pasiones, por Goethe. (Inmoral.)

Rancé, por Chateaubriand. (Tiene un trozo injurioso á la corte pontificia.)

Erraría quien creyera que se puede leer cuantas novelas no se hallan nominalmente censuradas: fuera tanto como dar por cierto que son honradas todas las personas que no están en la cárcel ó en los registros de policía. ¿Dónde hay tiempo para leer, juzgar y condenar todo lo sucio y abominable que hace gemir las prensas?

Nunca hay razón para obrar contra ella: pero ni aun pretexto hay para leer novelas vedadas por el derecho natural solo ó por éste y el eclesiástico.

La inmensa mayoría de estas obras no tienen siquiera en abono suyo el contribuir á perfeccio-

nar el estilo ó el enriquecer el vocabulario. Aparte de que para tal objeto no es preciso acudir á ellas, pues hay libros serios, de instrucción sólida, que en cuanto á la forma no les ceden ventaja, y aun muchos novelistas suelen escribir obras más útiles con pergeño al menos igual, perdería casi siempre el tiempo y el trabajo, quien buscara allí elevación de pensamientos y nobleza de ideas, ó elegancia, corrección, energía ó diafanidad de lenguaje.

Desde que la imprenta ha hecho baratísima la difusión de los libros, hay quien los escribe únicamente para dar á los cuatro vientos su nombre puesto de letras de molde al pie del volumen ó en su portada. Y esta turbamulta de autores intonsos sin vocación y sin aptitudes literarias sienta sus reales, con mayor predilección que en otro sitio alguno, en el campo de la novela; ya por la amplitud vastísima de este género, cuyo argumento no está sujeto á limitación ni á cortapisas, y en donde caben desembarazadamente todos los tonos y tintas del estilo, y todas las variedades y diferencias de lenguaje, de donde resulta más fácil su cultivo; ya porque es lo que más se vende en el mercado de librería, á causa de hallarse más en boga y en todo su apogeo adquiriendo la preponderancia y primacía en el extenso ámbito de las letras. De ahí la prisa con que muchos novelistas escriben, mirando más á la cantidad que á la calidad y malgastando y derrochando excelentes aptitudes literarias, hasta darse el caso de

que Perez Escrich publicase doscientas novelas, y Fernández y González asombrase por su fecundidad, y se llevara á los tribunales la cuestión de si Alejandro Dumas, padre, podía escribir todo lo que llevaba su nombre, y hecho el balance de lo producido por Prentis Sugrahma, muerto el pasado año, resulte un término medio de veinticinco novelas anuales.

Esta precipitación mercantil con que se trabaja por lo ordinario las novelas, da lugar á muy reidos despropósitos, como aquel: «La bella marquesa cerró sus ojos y miró al cielo». La frase de Enrique Pérez Escrich: «Era de noche, y sin embargo llovía», es más famosa que el mismo novelista. En Javier de Montepin se ve á los personajes paseando por los jardines «con las manos á la espalda y leyendo un periódico». *Robinson Crusoe*, el héroe de la célebre novela de Defoe, después de quitarse la ropa y arrojarse desnudo al mar, se llena los bolsillos con las galletas que recoge de un buque naufrago. Dickens, el más cuidadoso de los novelistas ingleses, en una obra cita la Epístola *primera* á los de Éfeso, y en otra hace salir por Occidente la luna nueva. Ponson de Terrail, el que en muchas de sus novelas tan pronto presenta vivos como muertos y resucitados á los mismos personajes, escribió aquello de: «Tenía la mano fría como la de una serpiente». Con expresiones como las *alas de la garduña* y las *plumas de la gacela*, leídas en populares novelistas, podrían llenarse muchos volúmenes.

De cualquier modo, si decimos que no se lean malas cosas para aprender buenas palabras, es por aquello de San Agustín (1) á los que con el mismo propósito tomaban en sus manos á Terencio: «Nadie reprende las frases, vasos elegidos y preciosos, sino el vino de perdición que en ellos se propina por escritores ebrios, que con su ayuda más fácil y fuertemente á la torpeza excitan y provocan»; pero según observaba el mismo Santo «así no se aprende á hablar bien, sino únicamente á ser malo y á cometer el mal con menos rubor y miramiento que antes». Además, escribe Gobi-net, «si algunos te dijeren que estos libros están bien trabajados, que sus palabras son elocuentes, y que leyéndolos aprenderás á hablar, diles que la elocuencia la puedes aprender tomándola de fuentes puras y no de estas tan corrompidas, y que no necesitas ni quieres poseer ninguna ciencia ni elocuencia que hayan de ocasionar perjuicios á tu alma y exponerte á perder tu eterna salvación».

No sólo no sirven de instrucción pero ni aún dan esparcimiento y solaz al ánimo las más de las novelas. Aventuras absurdas é inconcebibles aún para la imaginación más exaltada; diálogos larguísimos y soñolientos en fuerza de ser con pesadez irresistible monótonos; descripciones de la naturaleza adornadas profusa y empalagosamente con brillanteces de piedras falsas, con argentería de pacotilla, y con un número sinnúmero de

(1) *Confesiones*, pág. 57, ed. Foubly, 1884.

imágenes de relumbrón, en lo cual llevan la poco apetecible palma los discípulos é imitadores del autor de *Los Miserables*: he aquí comúnmente el fondo de estos escritos, su eterna invariable letanía y su único repertorio. El argumento es casi siempre el mismo: enamoramientos, y suicidios, y desafíos, y adulterios; y luego patilla y cruzado, y vuelta á empezar: el que ha leído una novela casi casi puede decir las ha leído todas.

El que tenga afición á ellas la puede satisfacer sin echar mano de las condenables. La casa editorial de Herder, en Alemania, las está publicando excelentes de Spillman, la Baronesa de Brackel, Ernesto Lingen y otros varios. La biblioteca de la *Buena Prensa*, de París, consagra especial atención á las novelas y las ha editado hermosísimas de *Pierre l'Ermite*, Cheron de la Bruyère, Paul Deschamps, y muchos no menos notables. Y en España conocidos son los novelistas que á la ortodoxia y á la moral juntan sobresalientes cualidades literarias; y no faltan traducciones de lo más selecto publicado en países extranjeros: la casa editorial de Gustavo Gili, de Barcelona, comprendiendo la necesidad de poner al mal un dique con la difusión del bien, se propone verter al castellano las novelas más recomendables desde todos los puntos de vista, y tiene en prensa dos bellísimas de Monlaur, á saber, *Le Rayon* y *Après la neuvième heure*, de que se han hecho fuera de aquí muy numerosas y repetidas ediciones.

De leer novelas se ha de escoger las que sean mejores por todos conceptos, y principalmente desde el punto de vista de la moral. La condesa Zamoyska, en el libro *El trabajo* (1), poniendo por principio que no son necesarias y que sólo su perfección puede ser causa de su existencia, concluye: «Si no son perfectas son un mal.»

El autor del *Nuevo viaje alrededor de mi aposento*, escribía: «Creo que un gran número de personas se forman muchas y muy graves ilusiones sobre las lecturas que se permiten ó que permiten á otros: un pasatiempo, una página bien escrita, un medio de conocer el mundo y no ser engañado, un recurso contra el aburrimiento... todo eso son pretextos para hacer enmudecer las alarmas de una conciencia cristiana. La lectura de las novelas, hasta de las que se llaman buenas, quita al carácter su gravedad, á la vida su seriedad, al corazón su candor, á la voluntad su firmeza.» Pero si esto puede parecer exagerado, no lo es el decir que pocas de las novelas que se llaman buenas, lo son realmente bajo todos sus aspectos.

He aquí cómo lo prueba Fernando Nicolay en su excelente obra *Los niños mal educados* (2): «El autor creará razonar bien diciendo: «¡Nada más inocente y más puro que mi libro!» La respuesta es fácil. Vuestra novela, se le podría decir, no tiene nada de malo porque habéis for-

(1) Cap. III, pág. 117, Barcelona 1905, Gustavo Gili, editor.

(2) Cap. VI, pág. 262, 264, 3.^a edición, Barcelona 1904.

mado los personajes *como los necesitabais*, adornándoles de cualidades transcendentales é incomparables. Mas supongamos que uno de vuestros lectores se halla en circunstancias análogas á la en que se encuentran los personajes. ¿Encóntraría también una sociedad *ideal* formada *á propósito*, para que sin tropiezo alguno llegara hasta el desenlace? ¿Sería protegido por las mismas imposibilidades, amparado por las mismas virtudes? En una palabra ¿*podría realizarse* en la vida práctica vuestra edificante historia?... Pongamos un ejemplo. La protagonista de vuestra obra no debe inspirar más que un noble y tierno cariño... ¿qué hacéis? La suponéis tísica y con un pie en el otro mundo. Escribís la *vida de un alma*. Y gracias á esta suposición... en la obra será todo angelical... Mas si se diera el caso de que la protagonista estuviese sana y buena, no hay modo de adivinar en qué vendría á parar la *virtuosa* novela, que se desliza suavemente sobre el papel, merced á la ausencia de seres que vivan, sientan y quieran... Traslademos la acción á la vida normal, y tal vez comprobaremos que esta *buena* novela ha causado *males*, hasta verdaderos desastres, á pesar de las excelentes intenciones del escritor... De lo dicho ha de inferirse que las novelas no son útiles para la juventud, á menos que los autores se valgan de esta forma literaria *con el exclusivo objeto* de procurar una buena enseñanza con los atractivos de una agradable ficción.»

Aun tratándose de novelas buenas á carta cabal y á las que no se pueda poner tacha, para decidir en cada caso particular si conviene leerlas, es preciso tener presentes las ocupaciones del lector, su edad, su sexo, su imaginación y hasta su temperamento, y de cualquier modo bien será no olvidar que esta clase de escritos son en el banquete literario como los postres y las confituras, de los que no se puede cargar mucho el estómago sin peligro de estragar el paladar, de perder la afición á los manjares sólidos y aun de alterar el equilibrio de los humores y la regularidad de las funciones del organismo.

CAPÍTULO XV

Poesías

Abundancia de malos poetas y de poetas malos. — Previsiones de los antiguos contra los poetas. — Poder sugestivo de la poesía. — Es mayor que el de la prosa. — Ejemplos. — Obscenidad é incredulidad. — Poetas blasfemos. — Poetas satánicos. — Poetas desesperados. — Deplorables efectos de la poesía pesimista. — Vanas excusas de Ferrero en favor de la poesía mala.

Imposible no admitir que la poesía, de suyo y por razón de su naturaleza, tan lejos se halla de ser enemiga de la moralidad que muy por lo contrario, como quieren los preceptistas, «aspira á encarnar en una forma concebida por la imaginación la celestial belleza que en los seres se refleja y eleva el corazón al mismo Dios, manantial inagotable de lo bello»: por lo que, ciertamente, grandes santos como la Mística Doctora y Juan de la Cruz, se valieron de ella cual vehículo para llevar al alma de los lectores el amor divino en que se hallaban inflamadas.

Achaque fué común de los poetas entretenerse con *bagatelas sonoras*; y modernamente constituyen escuela y forman legión los Cátulo Mendes, Teófilo Gautier, Teodoro de Banville y demás que opinan con Gustavo Flaubert que «un hermoso verso que no significa nada es superior á un verso menos bello que significa algo»; con lo que dan lugar á que algunos, como Valera en su polémica con Campoamor (1), califiquen de *inutilidad sublime* el arte poética; pero no faltan quienes, según quería el marqués de Santillana, «fingen cosas útiles cubiertas y veladas con muy hermosa cobertura». Por eso, cuando damos la voz de alerta respecto de los peligros que estas lecturas ofrecen, ni siquiera nos referimos á los malos poetas que literariamente considerados son tantos, que los buenos, como decía el autor del *Licenciado Vidriera*, «apenas hacen número» pues las condiciones que Horacio les exigía (2), resultan muy difíciles, á pesar de lo cual, como dice el mismo preceptista (3), «cuando los médicos sólo se ocupan en la medicina y los artesanos en su oficio, en punto de poesía todos, hasta los más ignorantes, quieren hacer versos»: limitamos nuestras censuras á los poetas moralmente malos, que no son en cantidad tan corta como tal vez pudiera imaginarse.

Muchos, fundándose en que, igual que á los

(1) *La metafísica y la poesía*, pág. 151.

(2) Lib. I, Satira 4.^a

(3) Lib. I, Epíst. 1.^a

pintores, les está permitido emprenderlo todo y valerse de todo, conforme al dicho horaciano:

.... *pictoribus atque poetis*
Quidlibet aadendi semper fuit aequa potestas;

y creyendo, como Cátulo (1), que no es lo mejor el que los versos sean castos, pues dejarían de ser agradables si no fuesen un tanto libres; gansos de fama, único fin de sus trabajos, según Ovidio (2); para lisonjear y ganar á los compradores de sus obras, al tenor de lo que, en caso semejante, decía Lope:

«Pues el vulgo lo paga, es justo
Hablar en necio, para darle gusto»,

en vez de enseñar deleitando, ponen la perfección de su obra en la enseñanza del deleite: miran tan sólo á encender y avivar el fuego de las pasiones inspirándose exclusivamente en el lenguaje de los sentidos (3).

Otros no llevan por fin y blanco en sus versos hollar los fueros de la moral; pero la sacrificarán gustosos en aras de la sonoridad rotunda de la frase. Atentos sólo á encajonar perfectamente,

(1) Epigr. 16.

(2) *De Arte amandi*.

(3) Á veces el espíritu de vino es quien habla en ellos conforme al sentir de Horacio:

Nulla placere diu nec vivere carmina possunt
que scribuntur aquæ potoribus;

y al ejemplo de Marcial:

Possunt nil ego sobrius: bibenti
Succurrunt quindecim poetæ.

aunque sea á golpe de martillo, las palabras dentro de los límites de la rima, no harán reparo de trocar un pensamiento verdadero por otro falso ó inmoral quizá, con tal que pueda expresarse con número más cadencioso. Nuevos Procastes, todo lo sujetan á la medida inflexible del verso, llegando á escribir errores, sólo porque, en algunos casos, encuentran así con más facilidad la consonancia, según aquello de

«¡Oh! fuerza del consonante á lo que obligas,
Que transformas en blancas las hormigas».

Son relativamente en número por demás escaso los amantes de la poesía que la tratan como quería el inmortal autor del *Quijote*, cuando escribió estas graves palabras: «La poesía, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias; y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios; ella es hecha de una alquimia de oro de tal virtud que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hala de tener el que la tuviere á raya, sin dejarla correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en lamentables tragedias ó en comedias alegres y

artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que ella encierra.»

No pueden contarse, en cambio, los que aun sin pertenecer á su gremio, tienen por regla de fe literaria y por canon y norma de estética aquello que decía Víctor Hugo: «No hay en poesía ni buenos ni malos asuntos, sino buenos y malos poetas. Por otra parte, todo es asunto, todo entra en la poesía, todo tiene derecho de ciudadanía en el arte. En el gran jardín de la poesía no hay fruto vedado. El espacio y el tiempo pertenecen al poeta. Que vaya adonde quiera, que haga lo que se le antoje, tal es su ley. Que crea en Dios ó en los dioses, en Plutón ó en Satanás, en Canidia ó en Morgana ó en nada... Todo da lo mismo: el poeta es libre.»

Aun en muchos de los que ponen sobre sus cabezas la moral y la religión, cuyas leyes por nada del mundo violarían, en vano será buscar pensamientos provechosos ni enseñanza saludable: gastan el tiempo, que es oro, en hacer inútiles, aunque vistosas estatuas con deleznable y quebradizo barro: se ocupan, como decía el irónico Persio (1), en dar cuerpo al liviano humo, y pasan la vida confeccionando dulces frioleras sin substancia, según el célebre dicho de Xenarcas *poetæ nugæ agunt*: se fatigan en labrar primorosamente la palabra, con el fin de que cause

(1) Sat. 5.^a

grata impresión al oído, como aquellos insectos que hilan sus entrañas para tejer telas que, á lo sumo, servirán de cazar moscas.

Por eso es que, con perdón sea dicho de los buenos, que algunos lo son mucho, y afirmarlo nos complace, insistimos en que es necesario emplear cautela extraordinaria en la lectura de poetas en el caso de que se les haya de leer, haciendo en ellos el mismo expurgo que el manco de Lepanto nos refiere se hizo en la librería del dueño del Rocinante, y teniendo muy á los ojos las prescripciones de la Iglesia.

Los antiguos eran muy rigurosos en este punto. Los Lacedemonios no admitían en sus tierras los poetas, fundándose, según Plutarco (1), en que escribían más bien cosas dulces que no saludables. Platón, en el libro 8.º de su *República*, disponía se obligase á dejar de escribir versos á los que en ellos no ofreciesen modelos de buenas costumbres. Quintiliano (2) no quería se explicase á los niños los versos de Horacio y otros. Cicerón, á quien nadie tachará de enemigo de las luces y de las letras, pregunta (3): ¿Quieres saber qué males y estragos hacen los poetas? y contesta: «Llenan de molicie los ánimos, quebrantan el nervio de la virtud.» Virgilio, en su última disposición, dió á sus albaceas el encargo de entregar la Eneida á las llamas, por lo que pudiera

(1) *In Lacon.*

(2) *De Reth*, libro I, cap. XIII.

(3) *Quæst. Tuscul.*, libro 2.º.

perjudicar á las costumbres la relación, un si es no es libre, de los amores de Dido por él cantados; lo que también quería Lutero (1), aunque muy poco amante de la moral, desterrando de las aulas además á Juvenal, Marcial y Cátulo.

Cuando Valera dice en los *Nuevos estudios críticos*, que «en verso, quizá sin razón, no tiene la misma importancia que en prosa cualquiera atrocidad que se diga, con tal que se diga con primor y elegancia»; y algunas páginas más adelante: «En verso, la mitad de los lectores por lo menos casi no se fija en el sentido; de suerte que el poeta puede blasfemar, maldecir y renegar á sus anchas y convertirse en máquina infernal ó ametralladora, que lanza oraciones jaculatorias al diablo y tiros á Dios, sin que se escandalice ni pervierta mucho el que lee, porque apenas repara más que en el sonsonete ó melopea, y como si estuviese presenciando una batalla, sin peligro de la vida, se ciega con el humo, se ensordece y aturde con los truenos, y no ve á donde van los disparos», sienta afirmaciones sólo explicables por su deseo de reducir á polvo la malhadada estética naturalista, mostrando de paso como nada puede haber más perjudicial que su lectura. Conformes hay que estar con lord Macaulay en que cuanto es mayor la influencia de la poesía en imaginaciones de niños que en imaginaciones de adultos, tanto más poderosa fué en los pueblos primitivos

(1) *Apud S. Ligorium.*

y salvajes que lo es ahora en las naciones adelantadas: hoy el predominio de los poetas dista mucho de ser el de los antiguos bardos de Alemania y del país de Gales, y nos cuesta trabajo creer los efectos horribles de las tragedias de Esquilo, las convulsiones de los rapsodas después de recitar los versos de Homero, y la insensibilidad de los *mohawk* cuando han entonado el canto de la muerte; pero el mismo autor, el mejor historiador que ha habido, en sentir de Menéndez Pelayo, dice en sus *Estudios literarios*, que «del propio modo que la linterna mágica produce ilusión en la vista, así la produce la poesía en el espíritu», advierte además que «cualquiera niña se conmueve hasta tal punto con historias como la de *Caperuchita encarnada*, que, aun cuando sabe que los lobos no hablan, cree, llora, tiembla de miedo y se impresiona de tal suerte que no se atreve después á entrar en una vivienda á obscuras, temerosa de verse sorprendida por la fiera; pues tal y tan grande tiranía ejerce la imaginación en las inteligencias incultas»; y es de consignar que las poesías malas, cuyos efectos perniciosos deploramos, andan en manos de niños y de personas de incultas inteligencias.

Según observa Arréat, en su libro *Une éducation intellectuelle* (1), «sea cualquiera el influjo que la literatura novelesca haya ejercido, la hermosa lengua de la poesía va más derechamente

(1) Pág. 73.

al corazón.» El poeta, dice Grosse en su obra *Débuts de l'Art*, tiene en las manos el violín encantado del cuento alemán: «al sonar la primera nota, abandona el guerrero su espada, deja su martillo el trabajador, cierra su libro el sabio; en unos y otros nace un mismo sentimiento, sus corazones vibran al unísono, todos se identifican con el poeta.» Por la poesía escribió, en *La defensa* de ella, Shelley (1): «se pasa de la admiración á la imitación, y de la imitación á la identificación con los objetos de la admiración misma.»

No cabe ponerlo en tela de juicio. La poesía en manos criminales es arma terrible que causa inevitablemente numerosas y profundas heridas. En la prosa, á través de los artificios de la elocuencia, en medio de la espesa hojarasca de los tropos y en el fondo de la argentería luciente de las figuras, con una observación atenta y cuidadosa puede descubrirse el error, oculto como la serpiente en las flores del prado; en la poesía no es posible la defensa, ni hay lugar para el reflexivo discurso: es un río salido de madre, que todo lo inunda y arrolla. El poeta principia ganando el oído con la melodiosa dulzura del ritmo y de la cadencia; embriaga la imaginación, poniendo ante su vista placeres no soñados; avasalla la voluntad con la sugestión magnética, con la influencia hipnótica de imágenes vivísimas y deslumbrantes; adormece el entendimiento con

(1) Pág. 22, ed. Williams.

la armonía suavísima de sus cantos, como el Orfeo de la fábula con el embeleso de sus himnos hizo dormir al Cancerbero, para arrebatarse de su custodia á Eurídice. Los gentiles, para simbolizar el dominio que sobre las almas ejerce la poesía, por aquel entonces inseparable de la música, decían que, con ella, Amphión obligaba á las piedras á colocarse unas sobre otras en orden y concierto, hasta construir muros; y Arión caminaba sobre los delfines, y Lino serenaba las tempestades y daba movimiento á las montañas y detenía el curso de los ríos. En la prosa, por mucha parte que se dé á la imaginación, es preciso dar alguna al entendimiento, al tenor de lo preceptuado por las reglas oratorias, según las cuales sería vano empeño tratar de persuadir sin haber antes convencido, por lo que tiene aun en su buen criterio alguna defensa el lector. La poesía, por el contrario, se va desde luego á fondo; se clava en lo más íntimo del corazón; echa tras sí todas las llaves; se apodera de todos los resortes, y le hace suyo por entero. «La herejía, dice el Sr. Sardá y Salvany (1), envuelta en los artificiosos halagos de una rica poesía, es mil veces más mortífera que la que se da á tragar en los áridos y fastidiosos silogismos de la escuela.»

Pensamientos hay que en prosa, aun vestidos con el purpúreo manto, el espléndido ropaje y las rozagantes galas de una dicción elocuentísima

(1) *El liberalismo es pecado*, c. X.

y sin tacha, y aunque ornadas con la resplandeciente pedrería del más sublime estilo, nos causarían horror insoportable: tal es la magnitud de la malicia que encierran!: atavíeselos, empero, con la cadencia métrica de la poesía, y notárase en ellos un no sé qué irresistible, que parece atenuar en gran parte su perversión. No hay, de seguro, conciencia tan corrompida que no rechace indignada la lubricidad que informa cada una de las elegías de los libros de *Los Amores*, el *Arte de amar* y el *Remedio del amor*, compuestos por el desterrado del Ponto; el mismo título que ostentan, como la cuarta del libro primero de *Los Amores: Amicam qua arte quibusque nutibus in cœna presente viro uti debeat, admonet*, y la también cuarta del libro segundo: *Quod amet mulieres cujuscumque formæ sint*, basta para que la vista se aparte de ellas con el asco y la repugnancia á que son acreedoras; pero desleídas estas ideas inmundas en el rosado licor de la poesía, soberana é insuperablemente hermosa en manos de Ovidio, lejos de causar horror, pueden concluir por enseñorearse del ánimo.

Decir con Stecchetti (1) que «la poesía no tiene corrupción alguna y el ambiente social es el que corrompe á la poesía... porque no es el arte el que forma á la sociedad, sino la sociedad es la que hace el arte á su imagen y semejanza», es ir abiertamente contra el sentido común y la expe-

(1) Prólogo de la *Nueva polémica*.



riencia. Verdad es que la corrupción de las costumbres se refleja de ordinario en la poesía haciéndola atea y licenciosa; pero eslo también que la poesía perversa contribuye eficazísimamente á pervertir la sociedad ó aumentar su depravación si ya se encuentra depravada. El influjo de los *cronistas del demonio*, como llama el clásico Padre Estella (1) á los poetas malos, es incalculable lo mismo en orden al entendimiento que á la voluntad. La poesía, dice el italiano Monti (2), «puede definirse *la música de las ideas*... Éstas no producirán nunca fuerte impresión en el oyente si no van acompañadas de la armonía». Declarémoslo con algún ejemplo para que mejor se conozca lo que venimos sustentando.

Hoy, después de los minuciosos trabajos críticos que para esclarecer el reinado de Felipe II se han realizado (3), aparece su figura orlada con los resplandores de la gloria como astro de primera magnitud en el cielo de la Historia patria. ¿Cuántos, sin embargo, no sentirán bullir la duda en su alma, al leer aquellos versos de fuego en que el sublime Quintana, pulsando con maestría inimitable la lira de Tirteo y de Píndaro, condensa todo su odio al rey prudente (4):

«Alzarsé ví una sombra, cuyo aspecto
De odio á un tiempo y horror me estremecía:

(1) *De la vanidad del mundo*, parte 1.^a, cap. LXVIII.

(2) *Versiones poéticas*.

(3) El auditor de la Rota señor Montaña es uno de los que verdaderamente han traído *nueva luz* á esta materia.

(4) Oda titulada *En el Escorial*.

El insaciable y velador cuidado,
La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa
Hicieron siempre abominable trono:
La aleve hipocresía,
La sed de sangre y de dominio, ardiendo
En sus ojos de víbora lucía.»

Más que las huera declamaciones oratorias sobre la próxima ruina espiritual del Papado, ¿no conmovió hondamente muchos espíritus la *Oda á la invención de la Imprenta* (1) en aquel su insensato apóstrofe?:

«¡Ay del alcázar que al error tundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó; y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el Dios del mal, y que insolente,
Sobre el despedazado Capitolio,
Á devorar al mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?
Dura, sí; más su inmenso poderío
Desplomándose va.....»

El gran daño que Voltaire, esa *sirena de la impiedad*, como le llamó La Harpe (2), causó con sus escritos de filosofía ó á ella parecidos ¿puede compararse, ni de mucho, con el estrago hecho por sus populares tragedias en que, para hablar con Menéndez y Pelayo, «la monotonía y false-

(1) Escrita en julio de 1800.

(2) *Apologie de la religion*, c. I.

dad del género están avivadas por dardos, más ó menos directos, contra el ministerio sacerdotal y el fanatismo, que él personifica en sacerdotes griegos, ó en mandarines chinos, ó en el falso profeta Mahoma, ó en los conquistadores de América, no atreviéndose á herir de frente el objeto de sus perennes rencores?» ¿Quién, al leer, aunque sea de priesa y distraidamente, las poesías de Enrique Heine, de ese *ruiseñor alemán que hizo nido en la peluca de Voltaire*, como le apellida un crítico de su misma nación, estará seguro de no sentir levantarse, como ha dicho el insigne prologuista de la traducción española, D. José J. Herrero, «voces interiores que responden á la voz del poeta, y moverse en su memoria tempestad de hojas secas, y dar lumbre todavía el mal apagado rescoldo?»

Antes los poetas malos se contentaban de ordinario con ofender á la moral: hoy es lo corriente que ofendan también al dogma. Como la perversidad del entendimiento suele ser hija de la perversión de las costumbres, en las poesías obscenas se hallan frecuentemente alardes de incredulidad la más descocada y repugnante. Al modo que el novelista Zola, el autor de *Nana* y de *L'Assommoir*, escribió también *Romay Lourdes*; los más de los que mojan su pluma en el cieno del vicio concluyen por esgrimirla á modo de arma de combate contra los ideales más puros y las doctrinas más santas, defendiendo ó procurando insinuar creencias materialistas como las que ex-

presó en estos cínicos versos el catalán Bartrina.

«Sé que el rubor que enciende las facciones
Es sangre arterial;
Que las lágrimas son las secreciones
Del saco lagrimal;
Que la virtud que al bien al hombre inclina
Y el vicio, sólo son
Partículas de albúmina y fibrina
En corta proporción.»

En Italia los poetas naturalistas, los *sapos inmundos de la literatura*, como los llamó Luis Alberti, los que á sí mismos se definen diciendo con Guerrini:

«Somos los sacerdotes de Epicuro:
Nuestra faz amorosa alegre brilla;
Es nuestra ara opíparo banquete;
Báquicos cantos al cielo levantamos,
Y entre nosotros hay sacerdotisas...» (1)

entremezclan en sus obscenidades las blasfemias más espantosas. Stecchetti, uno de los jefes de los *idealistas de la inmundicia*, escribió estos versos impiísimos, con cuya traducción no nos atrevemos á manchar nuestro idioma:

«Ma non mi pentiró, ma ne glispasimi
Del mio lungo morir non voglio piangere,
Ma voglio il Dio de farisei deridere
Con l' ultima bastemmia.»

- (1) Noi d' Epicuro i Sacerdoti siamo
Noi la face d'amor lieta rischiara,
Noi l' oppulenta mensa abbiám per ara,
E i cantici di Bacco al ciel leviamo
Frine con noi sacerdotessa abbiám, etc.

El infierno difícilmente podrá inventar blasfemias más horribles que las que ha discurrido la poesía moderna. Hay quien renuncia á la beatitud suprema antes que arrepentirse y someterse á la divinidad, y exclama con lord Byron:

«Sed felices solos.
Vuestra felicidad no me acongoja,
Si á los míos y á mí postra y sonroja.»

No falta quien se encara con el mismo Dios apostrofándole como Immerman.

«Tú también, oh buen Dios, me has agraviado:
Sin explorar mi voluntad siquiera,
Me has puesto en el teatro del pecado.»

Y hasta hubo un poeta, Teófilo Dondey, capaz de recomendar el suicidio con el ejemplo de Cristo entregado voluntariamente á la cruz. El que no rechace pronto con horror lejos de sí estas sacrílegas obras, tema perder no sólo el último resto de fe religiosa sino toda fe, toda esperanza, todo ideal noble y levantado: el caso de Honegger, de aquel joven de 17 años que teniendo la cabeza llena de Musset, de Byron, de Heine y demás poetas blasfemos exclamaba: «Sería para mí el más grande de los consuelos si pudiera ahogar en cerveza ó en ponche los pocos pensamientos íntimos, serios y decentes que me restan», es un caso, por desgracia, sobrado frecuente.

Y no contentos con blasfemar y renegar del Dios verdadero, defienden, ensalzan y adoran al

diablo, cuya apología hizo muy seriamente en *La Bruja Michelet*. El satanismo de las logias masónicas ha pasado á la literatura é inficiona una gran parte de la novela y sobre todo de la poesía. Multitud de escritores como Rollinat lanzan sus poesías contra el cielo á guisa de flechas caldeadas en las llamas infernales. La imaginación de Shelley, de Chatterton, de Hekerman, de Rapisardi, de Yungueiro y de Graf debe de ser un infierno á juzgar por lo ocupada y dominada que la tiene Luzbel. El principal satanista fué un demente, Baudelaire, según el cual, «el arte moderno tiene una tendencia esencialmente demoníaca. Y parece que esta parte infernal del hombre que el hombre se goza en explicarse á sí mismo, aumenta de día en día, como si el diablo se entretuviera en alimentarla por procedimientos artificiales, al modo de los que ceban cerdos, engordando pacientemente al género humano en sus corrales para prepararse una nutrición más succulenta». En él se inspiró Richepin para escribir las oraciones al diablo en el tomo de *Las blasfemias*; discípulos suyos fueron Huysmans, cuando escribía la novela *Al revés*; Villiers de l'Isle Adam, quien en frase de Paulhan «buscaba con más frecuencia la compañía de Satán que la de Dios»; Barbey d'Aureville que, en *Los diabólicos*, hace desfilar ante la vista una espantosa galería de invocadores y servidores de Lucifer; Peladan que, en el *Vicio Supremo*, describe así á sus compañeros de demencia y de sacrilegio:

«Hay espíritus superiores que no tienen necesidad de escritos, porque su pensamiento es una página escrita para el infierno. En lugar del cabrón han matado en sí propios al alma buena y van al sábado del Verbo. Se congregan para manchar y profanar la idea. El vicio que existe, no les basta: se emulan en la investigación del mal nuevo, y cuando lo encuentran se aplauden». El mismo Carducci con su *Salve oh Satana* de la horrible *Oda á Satán*, que le puso al frente de los poetas demoníacos, recuerda el *Gloria y honor á tí, Satán, en las alturas*, de las no menos horribles *Letanias de Satanás* cantadas por el histérico autor de *Las flores del mal*. Y aunque parezca que la manía de estos locos de atar sólo á ellos daña, no es así ni mucho menos; porque produce, como decía González Serrano en su libro *Literatura del día*, «limbos tormentosos movidos por vientos de fronda, y agitados por dolores que repercuten en el medio social».

Y como el hombre, nacido para amar á Dios, con un corazón más grande que el mundo, no puede satisfacerse con los hediondos amores carnales, engendradores del cansancio y del fastidio, los poetas lúbricos retratan en sus obras el triste estado de su alma, presa de la desesperación y de la duda ó sepultada en la sima espantosa del escepticismo, mirando con ojos de odio al cielo desde el fango en que, con las alas rotas, se revuelve enferma y herida, y viendo la realidad á través de un espeso velo de dolor y de tristeza;

con lo que producen en los lectores trastornos y perturbaciones morales gravísimos. Byron, Heine y Musset, idealizadores de la carne y poetas de la lujuria, son igualmente los representantes de un *pesimismo* feroz y egoísta, que hiela el alma y crispa los nervios, verdadera enfermedad del espíritu al que envenenan los versos de Leopardi, de Leconte de Lisle, y de cien otros.

Espronceda, que aunque no haya escrito la *Desesperación* y otras muchas composiciones asquerosísimas que se le atribuyen, es autor de *A Jarifa en una orgía* y del *Canto á Teresa* que no pueden leerse sin sonrojo, estampó expresiones como ésta:

...«desespera y muere.

Muere, infeliz, la vida es un tormento,
Un engaño el placer; no hay en la tierra
Paz para ti, ni dicha ni contento,
Sino eterna ambición y eterna guerra.»

Y Campoamor, en cuyas poesías humorísticas hay tantos ataques á la moralidad, prodiga pensamientos como los que á continuación copiamos:

«No hay honor ni virtud más que en la lengua,
Gloria y fe para el hombre son un sueño,
Nacer, amar, morir; después ¡quién sabe!
Que á ahogar el hombre sus virtudes hecho
Sólo le han de afectar, á pesar mío,
Calor, hambre, interés, amor ó frío.»

De la mayor parte de los modernos poetas ha

dicho Julián Schmidt, que «existía en ellos una idea fija que les hacía ver el carácter distintivo de hombres importantes en la enfermedad permanente, en el mal humor y en la misantropía». Janssen en sus biografías de los hombres célebres pone de manifiesto como Schiller, Goethe y los más favorecidos de las Musas, entre los que no se inspiran en las sublimes concepciones del cristianismo, fueron unos desgraciados llenos de tristezas y de dolores que solían decir como Luis Tieck: «Mi vida es un vacío completo», y exprimían en los versos el mal humor que envenenaba su alma separada de Dios, fuente del verdadero consuelo y autor de la paz de la conciencia.

También en España muchos de los últimos versificadores han dado en la misantropía más desconsoladora y en el odio más salvaje á cuanto existe, viéndolo todo, á semejanza de Próspero Merimée, por el lado horrible y envuelto en funerarios crespones; é imitando á Bourget y á Verlaine, verdaderos budhistas literarios y nihilistas de la poesía, caen en tan inverosímiles extravagancias, y padecen tales visiones y anuncian tantas fatídicas profecías, que hacen repetir lo que decía Valera en *La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX*: «Si la razón ha de ejecutar en nosotros tan diabólicas travesuras, vale más ser locos que cuerdos.»

Pero es lo admirable que no todos son neuropatas desequilibrados, enfermos del cuerpo, hastiados con la vida y heridos en el alma: muchos,

cuando prorrumpen en blasfemias de desesperados, y exhalan quejas amarguísimas, y gritan con acento lastimoso:

«Palpé la realidad y odié la vida,
Sólo en la paz de los sepulcros creo;»

tienen el alma quieta y contenta y les rebosa la satisfacción por todos los poros. Es una moda que había pasado de tal, y que ahora vuelve á ser de buen tono; pero á la que puede aplicarse lo que decía el propio Leconte de Lisle al tomar asiento en la Academia francesa en 1887: «El público literario no tardará en desechar con desprecio lo que aplaude hoy con ciega locura. Las epidemias de esta clase pasan y el genio permanece.»

Esta poesía de la desesperación ó de la duda, que goza en hacer ver los profundos abismos de la miseria humana y en agrandar la nada de la vida; que analiza friamente, severamente, implacablemente las fibras del corazón para descubrir sus flaquezas, los organismos de la sociedad para mostrar sus irritantes injusticias y el conjunto de la creación buscando defectos en sus detalles ó la penosa antítesis entre la sana alegría de la naturaleza y las enfermedades incurables del espíritu; esta inspiración morbosa, producida por fiebre de delirio, excitada por el olor de la sangre y de los incendios é iluminada con la siniestra fosforescencia de la podredumbre de los sepulcros; donde se oyen todas las imprecaciones de la soberbia impotente, todos los alaridos del dolor

sin consuelo, todos los ayes de agonía de la humanidad, juntando en uno los horrores de todas las tragedias de la historia, las blasfemias lanzadas por todas las literaturas, los sollozos contenidos en todas las elegías, y la amarga tristeza que palpita en todas las religiones orientales, deprime el alma, ahoga las energías del espíritu, mata todos los impulsos levantados y generosos, destruye el germen de la virtud, precipita al que desfallece y hunde al que cae, presentándole como término inevitable de sus desgracias y de sus aflicciones una tumba vacía de esperanzas y llena de lobregueces; y causa mayores males aun que la propia filosofía pesimista representada por Schopenhauer y Hartmann, la que tanto influye en la poesía actual, según detenidamente mostró Jouvin en su obra *El Pesimismo* premiada por la Academia francesa de Ciencias morales.

Tales poesías, que tan incalculable daño hacen á la voluntad, no lo producen menor en el entendimiento, porque muestran la realidad de modo muy diferente que es, haciendo formar de las cosas ideas de todo en todo falsas. No faltan monstruos en la especie humana; en cada hombre hay un *fondo de bestia*, como bárbaramente decía Zola, el *fomes concupiscentia* que la teología católica demuestra y explica, y la filosofía pagana había observado ya, aunque sin poder explicarlo; pero es innegable que son muchos los que domeñan sus groseras pasiones sujetando los instintos á la razón y ésta á la ley divina, muchos

los que obran generosamente, por móviles desinteresados y puros, y llegan, por conservarse en la virtud y por favorecer al prójimo, á la más heroica abnegación y al sacrificio más sensible: la vida es valle de lágrimas, pero en él brota la flor de la paciencia y de la resignación regada con celestial rocío; es lugar de destierro, pero desde aquí nos comunicamos con los que aguardan nuestra ida; es cárcel obscura, pero lucen en ella los rayos hermosos de la esperanza: la naturaleza perdió de sus encantos cuando el hombre primero perdió la inocencia, y se rebeló contra él al rebelarse él contra Dios; pero todavía nos sonrío, nos halaga y nos alegra con sus flores, con sus brisas, con sus fuentes, con sus pájaros, diafanidad del cielo, con el brillo del sol, con el rocío de la aurora. Sí; estos poetas, que atosigan las almas y acibaran la vida y gozan en hacer sufrir á los otros, falsean también la historia, injurian á la sociedad, calumnian la naturaleza.

El antropólogo italiano C. Ferrero ha dicho que aunque nos quejamos con razón de que el arte moderno, especialmente la poesía, es con tanta frecuencia pesimista, satánico, macabro, neurótico, este mal tiene alguna compensación y cierta ventaja, por ser como una válvula de seguridad y una especie de emuntorio, sirviendo de «defensa contra las tendencias anormales que, sin él, acabarían por transformarse en acciones». Suponiendo que muchos hombres de talento se contenten con una satisfacción puramente literaria,

plástica ó musical, y que la sugestión de la obra de arte no tenga la misma fuerza que la sugestión directa é inmediata del hecho visto ó percibido, para que resultase cierta la consecuencia deducida sería preciso que los poetas y artistas se limitasen á manifestar en las producciones el estado de su espíritu sin que las diesen á conocer á los demás; pues aunque fuese más intenso el escándalo dado por sus hechos que el que dan con sus escritos, la difusión de éstos es mayor y su radio de acción más grande. Amén de que es lo ordinario que el que mal piensa, mal escribe, y el que mal escribe, mal obra; y el revolver en la fantasía, para componer versos, imágenes voluptuosas, es acicate que estimula las pasiones á precipitarse por la pendiente del vicio.

CAPÍTULO XVI

Los clásicos gentiles

Los modernos poetas impíos y los antiguos poetas paganos.— Los daños de las fábulas mitológicas eran mayores en los primeros tiempos de la Iglesia.— Ejemplos de personas pervertidas con su lectura.— Testimonio acerca de los perjuicios que de la misma pueden provenir.— Precauciones que deben tener aquellos á quienes está permitida.— La literatura gentil y los alumnos.— Expurgo que ha de hacerse en la que se les proponga por modelo.— Superioridad de la poesía bíblica sobre la poesía gentil.— No á todos es provechosa la misma poesía sagrada.

Tiene razón Simrock al poner á los modernos poetas paganos muy por debajo de los antiguos: «no tienen un cielo poblado de divinidades; pero como no conocen el *más allá*, con gusto harían de esta tierra la morada de todos los demonios. Comparados con ellos eran morales, piadosos y creyentes los antiguos, y santo y sublime el antiguo gentilismo». Es una verdad también lo que Lacordaire escribía al abate Landriot: «Nuestras generaciones están mucho más corrompidas por la lectura de los autores modernos que por la de

los antiguos.» Las fábulas mitológicas ofrecen hoy, relativamente, peligro escaso. Son muchos los que opinan, aunque no se atrevan á decirlo, como Luis de Vargas, en su artículo *La vida literaria*, publicado en *La república de las letras* (1):

«En mi ánima os juro que no comprendo qué calidad de belleza puede radicar en esa civilización helénica que tanto admiran los poetas..., sin duda porque se habla de ella en los epítomes de Retórica. Soy un desgraciado: en toda una pléyade de amadriadas, orçadas y demás congéneres, no veo más que un indecente cortejo de mujeres desnudas. La mitología es la mayor calamidad que ha podido caerle á la literatura; es un tumor maligno difícil de extirpar. Es una cosa así como el crepúsculo, el eterno crepúsculo; parece que acuden á ello los que no encuentran otra manera de dar libre curso á una potencia imaginativa y ejecutiva.»

Mucho más peligrosa fué la mitología cuando era la religión oficial y dominaba en el arte y la literatura. Por eso parecerá á todos muy cuerdo el estatuto de las *Constituciones apostólicas: Abstine ab omnibus libris gentilium*. La Iglesia, dice Clavigny de Sainte-Honorine en su *Del modo de discernir y hacer uso de los libros sospechosos*, «tenía que el estudio de los autores paganos que corrompieron las verdades más esenciales, honraron el vicio y sancionaron la

(1) 6 Mayo 1905.

venganza é irreconciliación, alterara las costumbres de los cristianos.»

No deja, sin embargo, de haber gravísimos inconvenientes todavía en darse con exceso á la lectura de los poetas gentiles. El caso de San Agustín, que, según refiere en las *Confesiones*, desde muy joven cayó en la culpa por leer á Virgilio, y los más tristes de Juliano, Luciano y Pomponio Leto se han repetido á través de las edades con lamentable frecuencia. Napoleón en el *Memorial de Santa Elena* confiesa haber perdido la fe á los trece años «viviendo en medio de los griegos y romanos y de sus infinitas divinidades»; y Voltaire es tan deplorable como elocuente ejemplo del daño que pueden acarrear los libros gentiles, ejemplo, al que deben agregarse otros sinnúmero, que el abate Gaume refiere en varias de sus obras como el *Gusano roedor*, las *Cartas á Mgr. Dupanloup*, el *Racionalismo*, el *Resumen de la cuestión de los clásicos* y la *Revolución*.

Son muchos los escritores que han puesto en clara luz los perjuicios que suele traer la lectura de la poesía gentil. Viajar por estos terrenos del paganismo, decía Luis Vives (1) es «caminar entre espinas y respirar los venenos más nocivos y los miasmas más pestilentes»; hay allí según el célebre Guillermo de Buddé en su *De transitu helenismi ad christianismum*, un lazo tendido por el cazador infernal para apoderarse de las

(1) *De corrupt discipul.*

almas, lazo tanto más peligroso, cuanto que lejos de ser fácilmente advertido atrae y encanta la vista. Ese estudio, escribía el P. Paz (1), «causa aversión á la Escritura y á las letras cristianas, inclina al estudio de las cosas frívolas y empobrece la razón».

Claro es, por usar de una frase de San Gregorio Niseno (2), que hay mucha diferencia entre «apoderarse de las riquezas de Egipto para consagrarlas á Dios adornando con ellas el tabernáculo santo», y deleitarse con la vista de sus bellezas sin ningún fin ulterior. El que lee semejantes poesías con intención recta y causa justa pidiendo á Dios el necesario auxilio, puede aprovechar el tiempo; el que inmoderadamente se entrega á su lección sin motivo ni cuidado, tema mucho por sí mismo. «Á los profesores y á otros por razón de su oficio les están permitidos los clásicos obscenos» en la vigente disciplina. Mas no por eso se han de creer inmunes de todo daño y desobligados de toda cautela á través de este campo donde en expresión del renaciente Vives (3) «crecen diferentes plantas, de las cuales unas son útiles, otras dañosas, y algunas sirven solamente para recrear la vista». Preciso es que los que tienen libre la entrada en este coto, á la generalidad vedado, imiten á la industriosa abeja que se posa sobre todas las flores, huyendo ve-

(1) *De Vita Spirit.*

(2) *De Vita Moyses.*

(3) *De disciplinis.*

lozmente de las nocivas y libando con tacto exquisito solamente lo provechoso de cada una; y así, conforme al consejo de San Basilio á Seleuco, «eviten como lazos y trampas las fábulas indignas que se escribieron neciamente de los dioses, enseñanza de los demonios, cuentos merecedores de risa y de lágrimas». Lo cual no carece de dificultad, pues se necesita para ello, dice San Juan Damasceno (1), ser «cual los discretos cambistas que saben distinguir perfectamente el oro verdadero del falso».

El Santo Concilio de Trento después de proscribir en absoluto los libros que tratan, refieren ó enseñan *ex professo* cosas lascivas, hace una excepción en favor de los antiguos escritos por los gentiles, *propter sermonis elegantiam et proprietatem* (2), pero prohíbe que por ningún concepto, *nulla tamen ratione*, se lean á los niños: hoy les son permitidos igual que á los alumnos adolescentes, con tal que estén *solerti cura expurgati* (3). Gaume trata extensamente de probar que el llamado *uso discreto* de los autores clásicos en los colegios católicos fué lo que produjo el Racionalismo, y el Protestantismo, y el Cesarismo, y el Volterianismo y la Revolución francesa. Este uso, añade (4), «ha paganizado la Europa, y ha reproducido y perpetuado en el mundo moderno las antiguas teorías de la demo-

(1) *De fide orthodoxa*.

(2) Regla 7 del Índice Tridentino.

(3) *Constit. Officiorum* art.º 10.

(4) *El Renacimiento*, cap. V.

cracia y del regicidio, como confiesan todos los revolucionarios de nuestros días.» Muchos escritores de las más diversas ideas ponderan los perjuicios provenientes de transmitir al espíritu de la juventud el espíritu de los antiguos adoradores de los ídolos, sumergiendo su alma en las profundidades de sangre y de inmundicia que constituyen el fondo abominable de la literatura gentil. «Puede decirse, afirmaba R. Garófalo en la *Criminalogía* (1), que si la instrucción clásica se extendiese hasta hacerse popular, produciría efectos deplorables: sobre todo la historia, que no es más que la continua apología de toda clase de inmoralidades y de crímenes.»

Pero prescindiendo de lo que pueda haber de exagerado en tales afirmaciones, ninguna persona de buen juicio llevará á mal el precepto de la expurgación. «Deseo de todas veras, decía Manzoni (2), que en vez de presentar los antiguos, como se viene haciendo desde hace mucho tiempo, á la imitación de la juventud, se sometan al examen meditado de un talento grave, elevado y concienzudo.» Melchor Cano (3), después de observar que «los que se dedican demasiado á la literatura pagana, se llenan pronto de errores de que difícilmente puede apartárseles», llama *ley santísima* á la que sólo permite á los adolescentes más aprovechados y con determinadas condi-

(1) Pág. 195, de la traducción de Madrid.

(2) Carta al marqués de Areglío.

(3) *De locis*, lib. IX.

ciones el estudio de los poetas gentiles. Otro eminente español, el P. Fr. Luis de Granada, considerando que, si de tres navíos que pasaban el estrecho de Magallanes se decía que era segura la pérdida de uno cuando menos, en este estrecho del estudio de los clásicos gentiles apenas se salva uno de cada ciento, exclamaba dolorido (1): «Mas ya que la miserable condición de nuestra vida nos puso en esta necesidad, debriase tiempo conveniente para ella, proveyendo de tal manera estuviese ya fraguada la obra, y asentado el edificio de las virtudes en el que comienza, que pudiese sufrir bien esta carga. Mas estando aún tan tierna la obra; estando aún el mozo gustando la leche de Cristo, que lo aparten de estos pechos y lo arrimen á los de los Gentiles, donde no halle otro pasto sino argumentos y sofismas, esto es más para sentir. Porque dime: ¿qué es esto, bien mirado, sino hacer lo que hacía aquel crudelísimo Faraón, para destruir el pueblo de Dios, cuando mandaba que en naciendo el hijo, luego le ahogasen en las aguas de Egipto? Pues ¿qué otra cosa vemos en nuestros tiempos, sino que apenas ha comenzado uno á renacer en Cristo, antes que crezca y tome fuerza en el nuevo sér que recibió, cuando luego lo meten hasta los ojos en estas aguas, donde se ahogue y pierda todo el espíritu que tenía?»

Los jóvenes, escribía el famoso Gabriel de

(1) *Tratado de la oración*, parte II, cap. IV.

Puy-Herbault en su obra *De tollendis et expurgandis malis libris*, aprenden el arte del adultorio estudiándolo en los poetas paganos, «y muchos que han acudido castos á sus lecciones, después salen de ellas corrompidos, causando asombro ver el gran foco de vicios que abrigan en sí mismos y fomentan en los demás, siempre tardos para la virtud y prontos para todo género de crímenes»; y por eso pedía una expurgación severa que sólo dejase lo que pudieran leer sin peligro: *Excerptantur quæ pueris prælegi tuto possint*. Y la razón es, decía el P. Possevino, porque si bajo el pretexto de enseñar á la juventud el buen griego y el latín, se la hace aprender el idioma del infierno, los jóvenes «olvidan muy pronto las pocas palabras latinas que aprendieron, pero las lecciones y ejemplos de libertinaje que estudiaron nunca se borran de su memoria.» Proporcionando instrucción, escribía á su vez el P. Dumas en el *Triunfo de la academia cristiana sobre la pagana*, por medio de obras de infieles que convierten en ídolos sus vicios infames, que santifican el odio, la venganza, la crueldad y el amor deshonesto, «se hace que los niños vean escritos los pecados que corrompieron la inocencia de sus padres, y se los induce á malos hábitos por medio de célebres ejemplos, echando aceite en el fuego de su concupiscencia.»

De cualquier modo, para saborear bellísima poesía, no hay que acudir á los libros nefandos de los gentiles ni aun dejar las Sagradas Escri-

turas, pues en todas sus composiciones, hechas para cantarse, resaltan, dice García Blanco (1), «los caracteres más recomendables de la oda griega y latina, y acaso sean sus verdaderos originales.» Y, en realidad, como decía el arzobispo de Cambray, Salignac de la Motte Fenelón (2), «ninguna oda griega ó latina ha podido llegar nunca á la sublimidad de los Salmos; ningún poeta puede compararse á Isaías, pintando la majestad de Dios, ni el mismo Homero se acercó jamás á la magnificencia sublime de Moisés.» Chateaubriand, teóricamente en el *Genio del cristianismo*, y de un modo experimental en *Los Mártires*, probó que la religión cristiana es más estética que la religión de los griegos, y desde el punto de vista de lo bello no sufren parangón las mitologías paganas con los dogmas católicos, y ninguna poesía hay comparable con la de los libros inspirados. Más aún; hay en la Biblia, en dicho de un orientalista tan célebre como Jones, tales riquezas poéticas y tan varia y extremada hermosura como no se puede juntar reuniendo los libros de todos los pueblos.

Tiene de singular, según lo advierte Caminero (3), la literatura hebrea, que nunca se propone el mero deleite ó el solo ejercicio literario, ni halaga las malas pasiones del hombre, ni refiere crímenes ó hechos perversos sin condenarlos,

(1) *Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea.*

(2) *Diálogo 3.º*

(3) *Manuale isagogicum.*

antes se ocupa con preferencia en asuntos religiosos y patrióticos, excitando constantemente á la práctica del bien y al aborrecimiento del vicio con las razones más oportunas y eficaces. Pero, sin embargo de esto y de ser la Biblia, como palabra de Dios, sólo pureza y santidad, hay poesías en ella que no á todos indistintamente pueden permitirse. *El Cantar de los Cantares*, alegoría castísima de los desposorios de Cristo con la Iglesia y con el alma, por ciertas descripciones poéticas á estilo oriental que acaso pudieran servir de escándalo á algunos jóvenes, no se dejaba leer á los hebreos hasta la edad de treinta años; y Orígenes quería que se abstudiese de su lectura todo aquel que «*nondum carnis et sanguinis molestiis caret, neque ab affectu naturæ materialis abscedit.*»

Por igual caso, aun leyendo composiciones poéticas ortodoxas y morales puede originarse no pequeño perjuicio en las fantasías juveniles si la lección traspasa los límites de lo justo; pues acostumbrado el ánimo á dejarse llevar inmoderadamente de la imaginación en alas de la poesía, no es fácil que se avenga con la seriedad de sus obligaciones peculiares, ni se sujete dentro de las inflexibles reglas de la lógica, ni halle gusto en nada que no sea ilusorio, extraordinario ó vagamente sentimental: no de otra suerte, diremos con Luis Vives, que algunos estómagos delicados y enfermos, que se regalan mucho, y sólo se deleitan con ciertas confituras de azúcar y miel, desechando toda comida sólida.

CONCLUSIÓN

De todo lo hasta aquí no pergeñadamente expuesto creemos se deduce que no puede ser dudosa para nadie la verdad expresada en la *Vida de Descartes*, por Baillet, con estas palabras: «Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falaz y un corazón perverso los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.»

Nos ha parecido oportuno insistir tanto en esta afirmación por el mismo tenaz empeño que en desconocerla y rebatirla ponen los afiliados á la escuela criminalista italiana, diciendo con Enrique Ferri, en *Los delincuentes en el arte* (1), que «llama poderosamente la atención contemplar la impotencia casi absoluta de las ideas en el campo de la realidad. Por mucho que un razonamiento sacuda nuestra razón, no cambiaremos por ello nuestra conducta. Dividimos nuestra vida en dos

partes, una de teoría, otra de práctica, que no se informa en aquélla; y en tan perpetua contradicción estamos, que sería grotesca si no fuera general... Las teorías científicas, las creencias religiosas y las opiniones políticas carecen de influencia determinante sobre las acciones de los individuos, siendo éstas por el contrario el índice y efecto personal de un temperamento fisio-psíquico que se desenvuelve en determinado ambiente físico-social. Creencias, opiniones y teorías son en sí mismas el efecto, la resultante más ó menos advertida del temperamento y ambiente; pues se nace idealistas ó positivistas, materialistas ó místicos... apropiándose y absorbiendo cada hombre en la variedad que le circunda de opiniones científicas, religiosas ó políticas las que más responden á las disposiciones embrionariamente contenidas y organizadas en su personalidad física y psíquica.» En lo cual anda en contradicción con el mismo Darwin, quien en el libro *De la descendencia* observa que «todo el que familiariza su espíritu con una mala acción, aumenta las facilidades para realizarla»; y con los fisiólogos más eminentes, entre ellos Gratiolet, cuyas son estas palabras: «Pensar en una acción dispone á su ejecución.»

Para mostrar como la literatura no tiene ninguna parte en las almas no predispuestas, se echa mano de la siguiente comparación de un novelista famoso: «Si un diabético se hace una pequeña herida, muere. Pero no es esta herida la

que le mata: la herida revela sólo un estado general con el que cualquiera otro accidente hubiera sido igualmente funesto». Aunque así fuese, como nadie puede estar seguro de su *predisposición*, no sabiéndose si la naturaleza será ó no bastante fuerte para resistir los efectos del veneno, la más rudimentaria prudencia pide que no se haga una prueba que puede ser mortal. Cierto, en las epidemias no más se contagian que los de constitución débil para resistir el ataque de los microbios: ¿quién, sin embargo, dejaría de tomar precauciones, y se pondría voluntariamente al peligro juzgándose inmune y á cubierto de todo daño?

Sí; Melacton mismo no pudo menos de verlo y de llorarlo: «Importa muchísimo cuáles libros andan en manos de los hombres.» En nuestros días lo ha expresado así Julio Vallés en su obra *Les réfractaires* con estas significativas palabras: «Alegrías, dolores, amor, venganzas, nuestros sollozos, nuestras risas, las pasiones, los crímenes, todo es copiado, todo. El libro está allí. La tinta sobrenada en este mar de sangre y de lágrimas... ¿Quién es ella? preguntaba un juez: ¿qué es lo que lee? pregunto yo... Un pensamiento traducido del chino ó del griego, tomado de Senéca ó de San Gregorio, ha decidido un porvenir, pesado sobre un carácter, ó arrastrado un destino... Unid á la autoridad de la imprenta el interés de la novela. La huella que imprime es imborrable como la mancha de sangre en la

mano de Macbeth... Y esto sin que se note, sin que se comprenda que el corazón late... en el escritorio de otro. Rarísimos los que no llevan la marca del libro en la cabeza ó en el pecho, sobre la frente ó sobre los labios... Pobre corazón que se adelanta ó se atrasa, y se regula por las letras como el reloj del bolsillo se pone en hora conforme al reloj del sol... El libro se apodera de vosotros; os sigue de las rodillas de la madre á los bancos de la escuela, de la escuela al colegio, del colegio al cuartel, al palacio, al foro, al lecho mismo de muerte, donde, según el volumen hojeado durante la vida, tendréis la última hora sacrílega ó cristiana, cobarde ó valerosa.»

Cuidémonos, sin embargo, de no exagerar, porque toda exageración tiene algo de mentira, y en tan complejo asunto, como nota Aramburo Zuloaga en *La nueva ciencia penal* (1) «los errores son fáciles; temibles las exageraciones». Así como hay deterministas que consideran las acciones del hombre resultado necesario de influencias fisiológicas, haylos que llegan á la misma consecuencia de la irresponsabilidad humana, teniendo en cuenta el influjo de la lectura y demás factores sociales, para decir como Fouillée, que en todo delito «la sociedad entera es culpable», ó como Büchner, que todo delincuente es «una víctima del orden social», ó con Quetelet, que «la sociedad prepara los crímenes y el culpa-

(1) Pág. 122, edición 1887.

ble no es sino el instrumento que los ejecuta». No: el libro no inclina de modo irresistible á determinadas creencias ó determinadas prácticas; si así fuese deberíamos cambiar continuamente de ideas y de conducta, según cambiamos de lección. Hay casos en que la sugestión de la lectura es tan poderosa, que no deja lugar al discurso y cautiva y arrastra el ánimo con fuerza insuperable; pero por lo común el lector de obras moralmente malas es reo de dos pecados, uno por ir con la lectura contra un deber eclesiástico ó natural (1), y el otro porque, después de exponerse al peligro de perder la fe ó la virtud, cae en él voluntariamente.

Este peligro es mayor en unas personas que en otras, y su gravedad depende de múltiples circunstancias. Por lo general, los jóvenes y las mujeres están más expuestos á ser víctimas de los libros aun tratándose de novedades de doctrina, pues no obstante el pretendido *misoneismo* que en *Il delitto politico* les atribuye Lombroso, tiene razón Tarde al decir (2) que «su facilidad en empaparse en las nuevas modas, no sólo en materia de vestir, sino de sentimientos, ideas y costumbres, es grandísima aunque á veces se disimula bajo exterioridades engañosas».

Los directores de conciencias, consultados so-

(1) El derecho natural, escribe Patuzzi (*De praecepto fidei et de vitiis fidei oppositis*), prohíbe, aun á los que tengan licencia, leer aquellos libros con cuya lección teman prudentemente que vengán á dudar de la fe.

2) *El delito politico*.

bre el particular, tratándose de obras que no lleven la aprobación eclesiástica al frente, y no conociendo la buena fama del editor, y la reconocida honradez de los autores, y la favorable opinión que merecieren á la prensa católica, lo que según Avanzzini (1) puede ser indicio suficiente para un prudente confesor, si se ven en la necesidad de juzgar por sí mismos, no lean más allá de lo que fuere bastante para advertir la malicia de la lectura, conforme sabiamente lo aconseja el Concilio de Burdeos de 1850 (2); y en caso de duda, máxime cuando se quiere leer por mera curiosidad, no se eche en olvido lo que dice San Ligorio (3): *In hac re expedit ordinarie rigidiores opiniones sequi*, sobre todo tratándose de novelas, con arreglo á lo prevenido por el primer Concilio Provincial de Burgos, celebrado por el P. Aguirre (4), no sabiéndose si se deberá ó no permitir su lectura *negativam partem amplectantur*.

(1) *Comment. in Constitutionem Apostolicæ Sedis*, t. I.

(2) Cap. XXX.

(3) *De libris prohibitis*, cap. V.

(4) Parte 1.^a tit. 12.

AUTORES

cuyas palabras se citan en esta obra

- A**braham le Moine, 22.
Aguirre, 310.
Agustín (San), 112, 120, 265.
Alarcón, 208.
Alberti, 285.
Albrecht, 67.
Alembert, 66.
Alicia Pestana, 163.
Alimonda, 7.
Altamira, 195.
Alvarado, 43.
Alzog, 49.
Amador de los Ríos, 167.
Andrade, 234.
Aramburo, 308.
Argens, 54.
Aribau, 172.
Aristóteles, 158.
Arndt, 27.
Arreat, 278.
Avanzini, 309.
- B**aillet, 305.
Balmes, 7, 131.
Barbany, 181.
Barcia Caballero, 157.
Baroja, 164.
Bartrina, 285.
- Basilio (San), 18, 133, 299.
Bataille, 146.
Baudelaire, 287.
Berard, 74, 76.
Blanco García, 247.
Bon Rodríguez, 111.
Bouillon-Villers, 44.
Bourdeau, 64.
Bourget, 20, 146.
Bourg Fontaine, 26.
Bresciani, 182.
Brunetière, 146, 229, 249.
Brunner, 39.
Buchner, 308.
Buddé, 297.
Burdigalense (Concilio), 310.
Byron, 287.
- C**adahalso, 252.
Cadalso, 79.
Calderón de la Barca, 97.
Calvino, 112.
Cámara, 39.
Caminero, 39, 136, 303.
Campoamor, 289.
Cano, 184, 300.
Cánovas del Castillo, 81.
Carlyle, 155.

- Carranza, 116.
 Carvajal, 76.
 Casiodoro de Reina, 108.
 Castro (Alfonso), 124.
 Catarino, 124.
 Cátulo, 273.
 Cervantes, 19, 48, 143, 151, 176,
 204, 272, 274.
 Cicerón, 175, 176.
 Cipriano (San), 102.
Civiltà Cattolica, 20.
 Clavigny de Sainte Honorine,
 296.
 Ciente Alejandrino, 158.
 Clemente XIII, 15.
 Cocheo, 126.
 Coll y Vehí, 167.
 Condorcet, 33, 55.
Constituciones Apostólicas,
 296.
 Cornely, 132.
 Crisóstomo (San Juan), 121.
 Crozes, 174.
Chapman, 147.
 Chateaubriand, 177.
Darwin, 306.
 Daudet, 211, 212.
 David, 153.
 Davy, 153.
 Debreine, 83.
 Delauro-Dubez, 42.
 De-Luc, 54.
 Descartes, 66.
 Descuret, 151.
 Díaz Carmona, 186.
 Diderot, 56, 148, 176.
 Doss, 143.
Doveri d'ogni uomo, etc., 98.
 Draper, 30, 31.
 Dumas (H.), 59, 225.
 Dumas (P.), 302.
 Dupanloup, 91.
Eça de Queiroz, 163.
 Espronceda, 243, 289, 291.
 Estella, 184, 282.
Evénement, 222.
Faguet, 202.
 Fatigati, 205.
 Favre, 65.
 Félix, 75.
 Fenelón, 121, 303.
 Feré, 153.
 Fernández Navarrete, 171.
 Ferrero, 79, 293.
 Ferri, 51, 147, 236, 305.
 Flaubert, 193, 272.
 Fleury, 123.
 Flor O'Squarr, 72.
 Fontana, 125.
 Fontenelli, 44.
 Fouillé, 308.
 France (Anatole), 209.
 Francisco de Sales (San), 114,
 153.
 Freret, 90.
Gaceta de Lyon, 58.
 Galdo, 207.
 Gallego, 245.
 García Blanco, 303.
 Garófalo, 179, 300.
 Gaume, 299.
 Gauvier, 207.
 Gener, 208.
 Gerson, 123.
 Gil Maestre, 80.
 Claire, 132.
 Gobinet, 265.
 Gómez de Andino, 141.
 González Serrano, 286.
 Gossin, 57.
 Graciolet, 306.
 Granada, 120, 301.
 Grave, 69.
 Graverson, 122.
 Gregorio Magno (San), 121.
 Gregorio Nazianceno (San), 86.
 Gregorio Niserno, 298.
 Grosse, 278.
 Guerrini, 285.
 Gury, 16.
Hammon, 78.
 Haneberg, 39.
 Harpe, 283.
 Hedmond Gibson, 52.
 Herbert Spencer, 67, 154.
 Hericourt, 235.
 Hettinger, 118, 128, 198.
 Heymans, 28.
 Hilario (San), 93.
 Hobbes, 62.
 Holbach, 55, 62, 66.
 Horacio, 252, 272.
 Hugo (Victor), 275.
 Huguet, 196.
 Hurter, 122.
Immerman, 286.
 Ingegnieros, 146.
 Inguanzo, 23.
 Ireneo (San), 93, 102.
 Isidoro (San), 16, 121.
 Isla, 183.
Janssen, 290.
 Jenarcas, 275.
 Jerónimo (San), 51, 117.

Jimeno, 228.
Jorge Sand, 143, 155, 191, 193.

Kaisiewick, 130.

Lacordaire, 293.
Lacroix, 28.
Lafuente, 111.
Lagardere, 81.
La-Harpe, 56.
Lamartine, 193.
Lamennais, 110.
La-Mettrie, 55, 62, 66.
Lamy, 106.
Laporte, 201.
Larroumet, 242.
Laschi, 77.
Lasso de la Vega, 204.
Laverde Ruiz, 97, 160.
Leconte de Lisle, 291.
Ledesma, 125.
Legouvé, 90.
Leocadio Doblado, 27.
León X, 7.
León XIII, 101, 298, 127, 161.
Ligorio, 310.
Liret, 125.
Littré, 66.
Locke, 33.
Lombroso, 63, 76, 77, 234, 235.
Lope de Vega, 98, 155, 171, 252, 273.
López de Ayala, 244.
Lorenzo Justiniano (San), 88.
Lutero, 115.

Macaulay, 277.

Macé, 66, 69.
Macías, 251.
Magnard, 82.
Magnier, 59.
Maistre, 24, 33.
Malebranche, 144.
Malon, 129.
Mallet, 129.
Mallet-Dupan, 57.
Manzoni, 155, 300.
Marc, 144.
Marshal, 109.
Martínez del Campo, 72.
Martínez (Graciano), 193.
Martínez (Gustavo A.), 247.
Martínez Vigil, 15.
Mata, 153.
Mateos Gago, 115.
Melancton, 307.
Mella, 74.
Mellock, 66.
Menéndez Pelayo, 50, 107, 170, 187, 189, 284.
Mercurio de Francia, 56.

Mestral, 106.
Michelis, 40.
Mochler, 117.
Montepin, 264.
Montesquieu, 44.
Monti, 282.
Montoro, 38.
Morandón de Montyel, 145.
Moreau, 147.
Moret, 172.
Moscho, 19.
Mosso, 149.
Moulinie, 102.
Música, 137.
Muñoz, 230.
Munarriz, 172.
Muñoz Peña, 140.

Napoleón, 297.
Navarro Ledesma, 141.
Nettlau, 74.
Nicolás, 80.
Nicolay, 200, 253, 267.
Nordau, 202, 237.
Notovich, 67.

O'Collaghan, 126.
Orígenes, 16, 21, 304.
Ortí y Lara, 32.
Ortiz de Urruela, 58.
Ovidio, 20, 42, 273.

Pardo Bazán, 140, 145, 149, 183, 206.

Pascal, 35.
Patuzzi, 309.
Paulo IV, 97.
Payot, 155.
Paz, 298.
Peledan, 286.
Perceval, 110.
Pereda, 132.
Père Peinard, 73.
Pérez Escrich, 264.
Perrone, 109.
Persio, 275.
Petavio, 38.
Platón, 176, 276.
Plutarco, 63, 276.
Polo Peyrolón, 221.
Ponson du Ferrail, 264.
Posada, 70.
Possevino, 302.
Proal, 19, 68, 195.
Proudhon, 191.
Putsage, 208.
Puy Herbault, 302.

Quetelet, 308.
Quintana, 282.
Quintiliano, 276.

- Quirós, 249.
- R**aynal, 55.
Regio, 67.
Remy de Gourmont, 249.
Renan, 39, 40.
Renard, 215.
Revilla, 140, 196, 200.
Ribot, 81.
Riolar, 218.
Rollin, 154.
Roncoroni, 193.
Rotero, 123.
Rousel, 147.
Rousseau, 35, 36, 53, 57, 68, 69,
162, 163, 188.
Rovira, 148.
Rubio Galí, 148.
- S**aint-Albin, 142.
Sainte-Beuve, 202.
Salas Quiroga, 26.
Salillas, 150.
Salmerón, 38.
Sánchez de Castro, 225.
Santillana, 272.
Sardá y Salvany, 280.
Sarmiento, 149.
Savine, 203.
Scfo, 134.
Schlegel, 247.
Schmidt, 290.
Semanario Vasco - Navarro,
257.
Shelley, 279.
Simrock, 295.
Soto, 125.
Soulié, 191.
Stecchetti, 281, 285.
Stern, 191.
Sthendhal, 224.
Stuart-Mill, 251.
Suárez, 15.
Surio, 19.
- T**andy, 70.
Tarde, 73, 309.
Tardieu, 152.
Tapia, 195.
- Tassoni, 157.
Tavannes, 79.
Teresa (Santa), 132, 168, 184.
Tertuliano, 42, 89, 102, 112.
Thierry, 177.
Thiers, 114.
Tissot, 150, 152.
Tissot de Palol, 44.
Toribio (Santo), 51.
Tridentino (Concilio), 17, 128,
299.
Trollop, 183.
- U**baldi, 131.
- V**airesse, 44.
Valdés, 152.
Valera, 140, 174, 178, 222, 230,
272, 277, 290.
Valsechi, 41.
Valton, 127.
Valle (Restituto), 217.
Vallés, 307.
Vargas, 296.
Vaticano (Concilio), 30.
Veis, 211.
Velte, 128.
Vera é Isla, 96.
Vicent, 76.
Vidart, 179.
Vigouroux, 130.
Villanueva, 133.
Villar-Grangel, 181.
Villemain, 177, 247.
Viseman, 113.
Vives, 248, 297, 298, 304.
Voltaire, 31, 37, 45, 52, 65.
Woodwart, 52.
Vouters, 49.
Wix, 110.
- Z**accaria, 15.
Zamacois, 149.
Zamoyska, 267.
Zimmerman, 96.
Zola, 83, 162, 202, 209, 210, 211,
213, 214, 215, 219, 221, 223,
224, 226, 233, 242, 246.
Zugasti, 173.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. pág. 7

CAPÍTULO PRIMERO.—*Obras doctrinales* 13

La lectura de obras irreligiosas ante la Biblia. — Poder de la palabra escrita. — Razones de condenar los Santos Padres la lectura de tratados impíos. — La lectura, comida del alma. — Magisterio de los libros. — La propensión al mal. — Las disposiciones del lector. — Variedad de asuntos en las obras anticristianas. — Ingenio de sus autores. — Carácter seductor de sus doctrinas. — Obras heréticas. — Obras de católicos, que pueden ser perniciosas.

CAP. II.—*Malas artes de los escritores impíos.* pág. 29

Supuestos conflictos entre la fe y la razón. — Hipocresías de los sectarios. — Fingen ser los suyos los mayores ingenios. — Falsifican la historia. — Adulteran los textos de los escritores católicos. — Su tono doctoral. — Aire de convicción. — Ejemplos de esto. — Criterio falaz. — El método en la discusión. — La forma. — Las citas de la Escritura.

CAP. III.—*Daños producidos por las obras impías* pág. 49

Ejemplos en países extranjeros. — Idem en España. — Causas de la impiedad en Inglaterra. — La revolución francesa y la literatura irreligiosa. — Influjo particular de Voltaire y Rousseau. — Las dos siguientes revoluciones francesas. — La corrupción de costumbres en la sociedad actual.

CAP. IV.—*Los crímenes del anarquismo* . . . pág. 61

Empeño de los modernos impíos en hacer ver que ninguna idea es perjudicial.—Diferente modo de pensar de los escritores antiguos.—La experiencia ha abierto á muchos los ojos.—De las malas ideas provienen las malas acciones.—Influencia dañosa del positivismo.—Idem del determinismo.—Idem del darwinismo.—Filiación del anarquismo científico.—Relación entre la propaganda anarquista y los crímenes de los anarquistas.—Literatura anarquista.—Idem socialista.—Los anarquistas no son malhechores de derecho común: ni criminales natos.—Se hallan sugestionados por lecturas acráticas: ó por otras igualmente perniciosas.—Leyes especiales contra la propaganda anarquista.—Necesidad de prohibir y castigar la publicación de escritos libertarios.

CAP. V.—*Solución de algunas objeciones* . . . pág. 85

Para defender la religión no se precisa por lo común leer las obras á ella contrarias.—Funestos efectos de la curiosidad.—No hace falta la lectura de libros donde se combate la fe, para que sea razonable el asentimiento prestado á ésta.—Ni leyéndolos se puede formar juicio sobre la solidez de los sistemas opuestos al catolicismo.—Aun llevando buena intención es difícil que no perjudiquen tales lecturas.—Nada prueba el que á algunos no les hayan hecho daño.

CAP. VI.—*Biblias protestantes* pág. 101

Adulteraciones de la Biblia hechas por Lutero y Calvino.—Fundación de las Sociedades Bíblicas.—Sus trabajos en España.—Traducciones que reparten en nuestra nación.—Frutos funestos que producen.—Razón de no leer la Biblia sin notas.—Obscuridad de las Sagradas Escrituras.—Necesidad de que sean interpretadas.—Qué cualidades ha de tener la interpretación.

CAP. VII.—*Biblias en lengua vulgar* pág. 119

La Iglesia no teme nada de la lectura de la Biblia.—Lo que la preocupa es el bien espiritual de los fieles.—Las herejías nacieron de interpretar mal el Sagrado Texto.—Causas de las primeras prohibiciones de leer la Biblia en vulgar.—La lectura de la Biblia y los excesos del protestantismo.—La prohibición tridentina.—La lección de la Biblia es punto de disciplina.—Legislación vigente.—Peligros de la lectura de la Biblia para algunas personas.—Condiciones que exige su lectura.—Necesidad de proceder con consejo en ella.—Traducciones recomendables.

CAP. VIII.—*De las novelas en general* pág. 139

Popularidad de la novela.—Su importancia en la moderna sociedad.—Su influjo sobre los lectores.—Causas de éste.—Casos de sugestión.—Opinión de Ferri.—La novela y la mujer.—La novela y los niños.—Trastornos fisiológicos producidos por las nove-

las.—Las novelas y la timidez.—Las novelas y la locura.—Las novelas y el raciocinio.—Las novelas y la sensibilidad.—El amor en las novelas.—Las novelas y la lujuria.—Las novelas y la irreligión.

CAP. IX.—*De algunas especies de novelas* pág. 167

Las novelas de caballerías.—Las novelas picarescas.—Las novelas bandolerescas.—Las novelas históricas.—Las novelas de costumbres.—Las novelas científicas.—Las novelas religiosas.—Las novelas morales.—Resumen.

CAP. X.—*La novela romántica* pág. 185

Causas que favorecieron la afición al romanticismo.—Principal promovedor del movimiento romántico.—La novela romántica y la locura; y la misantropía; y la extravagancia; y las revoluciones; y el adulterio; y el incesto; y el suicidio; y el tedio de la vida; y el horror al cumplimiento de las obligaciones.

CAP. XI.—*Las doctrinas de la novela naturalista* pág. 201

Especial estudio que merece la novela naturalista.—El nombre *naturalismo*.—Los inmediatos progenitores.—Concepto del naturalismo.—Los antiguos y los modernos naturalistas.—Obscenedad de éstos.—Su transformismo.—Su materialismo.—Su afán por rebajar al hombre y elevar á las bestias.—Su determinismo.—Su inferioridad respecto de los antiguos fatalistas.

CAP. XII.—*La moral de la novela naturalista* pág. 217

El pesimismo.—La cobardía.—La justificación del crimen.—Vanas pretensiones de moralizar.—La moral literaria de los naturalistas.—Las enfermedades del cuerpo y las enfermedades del alma.—La moral para los hombres y la moral para las mujeres.—El desnudo en el arte.—La pintura fiel de la vida.—La novela y el teatro.—Impasibilidad de los naturalistas ante los hechos inmorales que describen.—El horror al vicio por su descripción.—Esta, en la pluma de los naturalistas, es propia para hacerle amable.—La experiencia los confunde.—Daños que el naturalismo causa á los pueblos.

CAP. XIII.—*Valor científico y literario de la novela naturalista* pág. 233

La preparación científica de los novelistas.—La *Bestia humana*, de Zola, juzgada por Lombroso.—Los delincuentes de las novelas naturalistas.—El naturalismo al servicio de la falsa criminología.—Los *documentos humanos* del naturalismo.—Falta de verdad en los personajes naturalistas.—Falta de estudio de la naturaleza en los autores.—La conversión del arte en ciencia.—Falsea el naturalismo la naturaleza, la mutila y la calumnia.—Exceso de detalles en estas novelas.—Frase canallesca.—Falta

de interés.—Falta de emoción.—El estilo.—Causa de la venta de ejemplares de las novelas naturalistas.—La bancarrota del naturalismo.

CAP. XIV.—De algunas novelas en particular pág. 251

Las novelas no están de suyo prohibidas.—Pueden servir de provecho.—Su influjo es mayor para el mal que para el bien.—De ningún otro género literario se ha abusado más.—Causas de que haya tantos autores de novelas malas.—Novelas prohibidas por la Santa Sede.—Consecuencias de esta prohibición.—Algunas novelas prohibidas en España.—Son muchas más las que prohíbe el derecho natural.—Estilo descuidado de las más de estas novelas.—Despropósitos célebres de las mismas.—No proporcionan instrucción, ni distracción siquiera.—De algunas novelas buenas.—Hay pocas realmente tales.—Aun para permitir la lectura de éstas, se han de tener en cuenta las circunstancias del lector.

CAP. XV.—Poesías pág. 271

Abundancia de malos poetas y de poetas malos.—Previsiones de los antiguos contra los poetas.—Poder sugestivo de la poesía.—Es mayor que el de la prosa.—Ejemplos.—Obscenidad é incredulidad.—Poetas blasfemos.—Poetas satánicos.—Poetas desesperados.—Deplorables efectos de la poesía pesimista.—Vanas excusas de Ferrero en favor de la poesía mala.

CAP. XVI.—Los clásicos gentiles pág. 295

Los modernos poetas impíos y los antiguos poetas paganos.—Los daños de las fábulas mitológicas eran mayores en los primeros tiempos de la Iglesia.—Ejemplos de personas pervertidas con su lectura.—Testimonio acerca de los perjuicios que de la misma pueden provenir.—Precauciones que deben tener aquellos á quienes está permitida.—La literatura gentil y los alumnos.—Expurgo que ha de hacerse en la que se les proponga por modelo.—Superioridad de la poesía bíblica sobre la poesía gentil.—No á todos es provechosa la misma poesía sagrada.

CONCLUSIÓN pág. 305

Autores cuyas palabras se citan en esta obra. 311

OBRAS

del

Ilmo. Sr. D. Antolín López Peláez

OBISPO DE JACA

	<u>Ptas.</u>
La exposición continua del Santísimo (1892)	1'50
Las aras de la Catedral de Lugo (1892)	1
El darwinismo y la ciencia (1893).	1'50
El Pontificado (1893).	6
Historia del culto eucarístico en Lugo (1894)	1
El monasterio de Samos (1894).	2'50
Historia de la enseñanza en Lugo (1894), obra premiada. . .	2
El gran gallego (1894).	3
Los benedictinos de Monforte (1895), obra premiada . . .	2'50
De la región gallega (1897)	1
El señorío temporal de los obispos de Lugo (1897), dos vo- lúmenes), obra premiada	5
Las poesías de Feijóo (1899).	4
Los escritos de Sarmiento (1902).	3
Argos divina (1902), obra premiada.	2
El derecho español en sus relaciones con la Iglesia(1902), obra premiada	2'50
El obispo S. Capitón (1903), obra premiada.	1
La Censura eclesiástica (1904), obra premiada	2
Los daños del libro.	3

OBRA IMPORTANTÍSIMA

LA CENSURA ECLESIAÍSTICA

(OBRA PREMIADA)

POR EL

Ilmo. Sr. D. Antolín López Peláez

Obispo de Jaca

Un elegante volumen en 8.º mayor, lujosamente impreso sobre papel verjurado.

«El doctísimo señor López Peláez viene á confirmar con este libro la justísima reputación de sacerdote celoso é ilustrado que tiene bien acreditada con anteriores estudios, por los cuales se ha hecho merecedor de ser presentado por el Gobierno de S. M., con general aplauso, para la Sede Episcopal de Jaca. El nuevo libro del señor López Peláez estudia punto tan interesante como la censura eclesiástica desde los puntos de vista histórico, canónico y apologético, por lo cual resulta una obra á la vez teórica y práctica, instructiva y de inmediata aplicación. Todas las objeciones que suelen hacerse á la censura eclesiástica están vigorosamente refutadas, y á la vez expuesta con la traducción de la Constitución *Officiorum ac munerum* de S. S. León XIII é ilustrada con numerosas y oportunísimas notas, la doctrina vigente de la Iglesia acerca de la materia. Como apéndices se insertan al final el texto latino de dicha Constitución apostólica, la lista de autores cuyas obras todas están prohibidas, la de escritores españoles que figuran en la última edición del Índice, las Reglas del Congreso católico de Zaragoza referentes á la prensa y la Bula de Benedicto XIV relativa á los censores.

«Para todos, pero muy señaladamente para los escritores católicos, es de gran utilidad la lectura de este libro, donde en corto espacio pueden ver reunido cuanto les interesa saber respecto á sus deberes para con la Iglesia en cuanto se relaciona con la publicación y lectura de libros.»

(La Ciudad de Dios.)



A. F. O. S.

OSDA OS
DEL LIBRO

BB
605